

Pío Baroja

El Hotel del

CASINE



Lectulandia

El hotel del Cisne refleja las experiencias del autor durante la época que vivió en París, entre 1936 y 1940. Se trata de una novela en la que respira una honda melancolía. Por aquel entonces, Baroja sintió los efectos de la soledad y del desamparo en forma extremada. Padeció de insomnios alternados con sueños y ensueños complejos. De todo esto sacó materias para varios relatos cortos y novelas de las cuales esta es, sin duda, la más interesante. Hay en ella retratos de personas que convivieron con él durante el período anterior a la segunda guerra mundial y, como siempre, pinturas de ambientes muy delicados.

Lectulandia

Pío Baroja

El hotel del cisne

ePub r1.0

Titivillus 12.10.15

Pío Baroja, 1946

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN

por Miguel Sánchez-Ostiz

Aunque aparezca fechado en Itzea en el mes de octubre de 1945, *El hotel del cisne* es un libro que nos devuelve al todavía reciente episodio de su segundo exilio parisino del que ha regresado cinco años antes. Un libro extraño escrito en buena medida en París y que habría llegado a Bera en aquellas maletas que se habían quedado en la aduana de Irún y con las que un buen día apareció un soldado de caballería. Libro también en parte dictado, al menos lo que se refiere a los sueños, en San Sebastián, a Miguel Pérez Ferrero. Es un libro de la invención y a la vez un libro de la memoria (y que ha dado pie a uno de los más curiosos y atractivos, por lo inusual y por las muchas sugerencias que plantea, libros de la bibliografía barojiana: *Baroja: surrealismo, terror y transgresión* (1974), de Juan Pedro Quiñonero), porque ya en esta época raro es el libro de Baroja en el que no aparezcan trasposiciones apenas enmascaradas de episodios vividos en los días de la Guerra Civil y el exilio. Pongamos que en esa fecha Baroja estuviera ordenando sus recuerdos para confeccionar sus memorias y que viera la oportunidad de referirse a una época no tan lejana haciendo poco menos que ficción autobiográfica con ella.

El hotel del cisne, además de uno de los títulos más curiosos de Baroja, más crepusculares también, es para mí una referencia curiosa. En la plaza del Castillo de Pamplona había un hotel con ese nombre del que, al día de hoy, queda en la fachada, junto al tejado, una hermosa enseña que quiero creer vi alguna vez encendida. Pongamos que a la puerta de ese hotel fuera donde Baroja jugó de niño a la pelota, en su primera mañana pamplonesa, porque ese rincón ostentaba hasta hace unos años un curioso cartel que rezaba «Prohibido fijar carteles», debajo del que había otro que decía «Prohibido jugar à pelota», debajo del que había otro que decía «Prohibido hacer aguas menores», debajo del que había otro que volvía a decir «Prohibido jugar à pelota», debajo del que finalmente decía «Se prohíbe en este sitio el hacer aguas menores ù otra suciedad». «¿Y usted cómo lo sabe?», «Porque lo tengo delante de las narices, buen hombre, al tiempo que escribo estas páginas, y forma parte de mi cacharrería particular».

Pongamos que ese cartel fuera, a todas luces, una incitación a la mínima transgresión de echar un punto o algo. Se prohibía mucho jugar a pelota en aquella ciudad levítica, sobre todo contra las paredes de las iglesias o basílicas semirrecónditas, como la que tiene su entrada por la calle Ansolega y da a la calle Nueva, la calle de las muertes, en palabras de la abuela de Pío Baroja... Ah, se me olvidaba, y los utilicé, el nombre del hotel y el título de la novela, a modo de explícito homenaje barojiano, para titular un capítulo especialmente onírico de mi

novela *El pasaje de la luna*.

Pero pongamos también que ese hotel pudiera ser o en realidad fuera (aquí hace falta una de esas pesquisas muy de Patrick Modiano con un anuario del tiempo ido en la mano), un hotel parisino, uno de tantos que ostentan nombres y enseñas tan atractivas como enigmáticas —como los muy literarios hoteles del Fetiche, de los Salvajes o de la Aviation, que da casualmente contra las tapias del cementerio de Père-Lachaise, uno de los hitos barojianos de París más recurrentes—, aunque nos conviene más un hotel fantasmal, de factura racionalista, como para dibujo de Pierre Le Tan.

En uno de los artículos escritos desde París, que es donde por primera vez pone en escena a su áter ego Procopio Pagani, sitúa perfectamente el hotel y la calle, en las proximidades de ese sitio pintoresco donde los haya que es el parque de Buttes-Chaumont, en una calle que iba de la plaza de Fêtes a la de La Villette. Baroja sitúa *El hotel del cisne* en el barrio de Belleville, en una calle pobretona, la de los Solitarios. Belleville no ha sido nunca un barrio frecuentado por los turistas, jamás. Al tiempo de la independencia de Argelia menos todavía. Hoy es más que recomendable para quien quiera saber cómo es de verdad una ciudad, su corazón multirracial, quiénes son sus verdaderos habitantes, cosas a las que Baroja prestaba mucha más atención que cualquiera de sus contemporáneos. Hubo una época en que Belleville era evitado hasta por los propios parisinos, sobre todo por estos. Al día de hoy, después de muchos y sucesivos derribos, el bulevar Belleville y su mercado, en el que se mezclan las razas y las etnias, las lenguas, incluidas las voces de algún muecín, las músicas, los comercios orientales, africanos, árabes, judíos, con todos sus aromas y colores encontrados, sus caligrafías, que le dan una animación extraordinaria y es un lugar privilegiado para quien ve las ciudades como el mejor escenario de la errancia.

Pongamos pues que Baroja conociese el barrio de Belleville de una de sus muchas correrías por esa ciudad a la que los turistas nunca llegaban, cuando solo era un barrio pobre (casi un pueblo aparte), de calles provincianas a las que se asomaban jardincillos precarios y bistrots más bien improbables, que es limítrofe de otro todavía más curioso, el barrio de Amérique.

Digamos que en ese momento, cuando Pío Baroja dice tratar a Procopio Pagani, le presta algo de su pasado y algo de su presente. De su presente dice: «Mi estado material y moral es lamentable (...). Viejo, sin dinero, débil, achicado. Está uno perdido». Su pasado, el de Pagani, es la vida madrileña y algunas ilusiones (muchas veces innominadas) que se han desvanecido.

Ese Procopio Pagani ya es objeto de uno de los artículos enviados por Baroja a *La Nación* de Buenos Aires, pero desde Madrid, y publicado en julio de 1941, es decir, cuando ya se había embarcado en el proyecto general de sus memorias. La historia la retomará posteriormente en *Aquí París* y en *Los paseos de un solitario*. También aparece un Pagani en uno de los episodios de las memorias de su hombre de acción

por excelencia, en *El amor, el dandismo y la intriga*. Aquí es un empleado de la alcaldía de Bayona que le coge algo de simpatía a Aviraneta y le arregla las cuestiones de su pasaporte.

Pero bueno, el escenario del encuentro con Procopio Pagani, ese viejo desconcertado, zarandeado por la marejada de la época, es Las Pulgas de Saint-Ouen, junto a la Porte de Clignancourt, en una época que no está para entusiasmos, sobre todo para él: el fascinante mundo de los objetos y las viejorrerías que sin embargo en Madrid le atrajo menos, porque no dejó mucho testimonio escrito del shélebre Rastro madrileño. Las de Saint-Ouen, sin embargo, le fascinaban y las visita en esa estancia parisina en la que no tiene un duro, encuentra una argizaiola incluso, pero no la compra, le piden 400 francos, pero no sabe qué hacer con ella, piensa en su sobrino Julio, que reúne cosas de folclore, y de seguido reflexiona sobre ese carácter displicente común a toda la gente que pulula alrededor de las chamarilerías. Las Pulgas de París siguen resultando fascinantes al día de hoy: dédalo de callejuelas, barracones, galpones, patios, en los que se amontonan los pecios de todos los naufragios, los restos de los restos, toda la abigarrada cacharrería de las tragedias y de las paradas circenses. Baroja frecuenta Las Pulgas en compañía de Sebastián Miranda, el escultor, que por esa época le está haciendo un busto. También hay un episodio con una viola con el que en *Canciones del suburbio* compone una magnífica *conversation pieces*, de esas que coleccionaba Mario Praz. Además de Las Pulgas, frecuenta las ferias populares con barracas de atracciones (sobre todo las adivinatoras del porvenir: negocios estos que le gustaban a rabiarse, coleccionista que fue de grandes y pequeños Albertos, y de toda suerte de libros sobre nigromancia) y los parques.

Procopio Pagani es otro de los álgos de Baroja u otro de sus disfraces, cómo saberlo con exactitud: vejestorio, provisto de un nombre tirando a improbable, y más que nombre, seudónimo con el que su autor huye de su verdadero nombre, un nombre, dice, vulgar y corriente, pero el Baroja que ahí se pone en escena es un Baroja atemorizado, atemorizado por su vida real y por esos sueños que le harán decir a Ernest Jünger: «Duermo inquieto; los sueños se van haciendo más gráficos. Después de levantarme me observo en el espejo para constatar mi identidad y cerciorarme de que sigo siendo yo. ¿Dónde habré estado? Quizá haya un día en el que no regrese».

Curioso que Baroja explore a su manera el mundo de los sueños, pero que no se meta en mayores honduras, se dedique solamente a explotar su potencial literario, evocador, de relato cifrado de su propia vida (una forma como cualquier otra de explicarse) a través de esas enigmáticas puestas en escena, en cuyos lances pintorescos está positivamente enredada nuestra vida, pero que se ha utilizado raramente como procedimiento narrativo, por demasiado fragmentario o demasiado críptico.

Una vez más Baroja pone en escena un hombre a la deriva, que es una de sus puestas en escena más queridas, un hombre herido, vencido por el tiempo y por la

lucha desigual con las circunstancias que le han tocado vivir, que titubea entre realidad y fantasía, entre las construcciones inquietantes de los sueños, no siempre fácilmente descifrables, y los fragmentos de realidad en los que encuentra cumplido reflejo su vida cotidiana.

En esa calle triste de los Solitarios hay también un Baroja que duerme mal y se queja de ello y toma algún medicamento para dormir que ya no le hace el efecto de antes, y que un día va a la botica, pero el boticario ya no le sirve sin receta, y eso provoca una conversación agria. Baroja padece de insomnio (lo seguirá padeciendo hasta el fin de su vida y seguirá tomando Fanodormo y cortará las pastillas con un alicate) y de soledad, y es Pagani quien por el momento lo escribe en un memorial que se da poco menos que por perdido. La ficción ilumina la realidad. Baroja tiene miedo y se siente confuso, Pagani sueña cosas abrumadoras, las más pequeñas gestiones de la vida cotidiana le trastornan, le hacen sentirse perdido, se siente amenazado, pisa terrenos que le inquietan, los figurantes de sus sueños le son siempre hostiles, las cosas no pueden acabar más que de mala manera.

El procedimiento narrativo de *El hotel del cisne* es sencillo y a la vez arriesgado. A Baroja se le reprocha su pintoresca construcción, mitad crónica y mitad descangallado ramillete de escenas oníricas con el común denominador de la angustia y la zozobra (es curioso constatar que más de cuarenta años atrás, en 1901, que es la fecha de *Inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox*, los sueños de este son también amenazadores, inquietantes). Pero no se puede poner en duda que esa construcción es en extremo eficaz, porque tanto a él, como autor, como al lector, le devuelve el espíritu de una época, y refleja con eficacia lo que Baroja siente y vive en ese momento de incertidumbre extrema. Baroja, tal y como se expresa Jünger, sabe de ese territorio extraño e inquietante de los sueños, donde parece encontrarse la clave de asuntos vividos y bien vividos, y aunque no le dé mucha importancia, por ese desdén tan suyo hacia el psicoanálisis, «el cubismo de la medicina», dirá en un pasaje de sus memorias, y demás, sabe que en esa red él es el cazador y la presa.

Pero tal vez sea en *Canciones del suburbio* donde con mayor plasticidad, de manera más directa, antes de embarcarse en esos libros suyos memorialísticos hechos a base de fragmentos, en los que dejó Baroja reflejadas sus experiencias de los días finales de París, sus paseos por una ciudad fantasmal, por sus barrios predilectos, siempre pobres, de los interiores banales o decadentes a los que se asoma, de Las Pulgas, de los glacis de las antiguas fortificaciones, nidos de miserias varias (también las frecuentará Henry Miller, por cierto), los soldados que pasan cantando, con marcialidad más que dudosa (qué curioso el reproche de Baroja) la vieja canción *Auprès de ma blonde qu'il fait bon dormir*, el tren de los evacuados...

Pero para llegar a ese hotel del Cisne de los atemorizados perdedores, Baroja ha tenido que pasar, una vez más, por la Casa de España de la Ciudad Universitaria. El dibujante Baldrich, hijo del general Martínez Anido, el de la Barcelona de los pistoleros de la patronal y demás amenidades, le facilita un pasaporte para poder

regresar a Francia con la excusa de que en Francia se podía ganar la vida mejor que en la España de la Guerra Civil. A Baroja no lo vemos zascandileando con los escritores del nuevo régimen. Será apreciado por ellos (aquí por ejemplo un estupendo artículo que le dedica Eugenio Montes), pero no creo que apreciara en demasía a aquellos estetas que marcarían con su poesía y su retórica toda una época. Estaba de más.

Allí, en la Casa de España, en 1939, le visita Josefina Carabias, y esta, en un estupendo reportaje, describe la precariedad en la que Baroja vive:

Es una habitación más bien pequeña, dividida en dos por una cortina, detrás de la cual están el lavabo, las perchas y el armario. En el otro compartimento hay un diván que hace las veces de cama, una mesita de trabajo junto al balcón, una estantería con libros y dos sillas. Todo está nuevo y muy limpio. Los muebles son de estilo moderno, y la tapicería y la pintura son de tonos claros. Pero don Pío, con sus sesenta y tantos años, su barbita y su boina, desentona aquí.

Ese desentonar o estar de más, de no estar en su sitio, es una de las características más acusadas de su etapa parisina. Lo vemos andar de prestado allí donde vaya, ya sea en su celda de la ciudad universitaria, o en casa de Marañón, o en el estudio de Sebastián Miranda, o en las mesas de los restaurantes donde le invitan a comer unos y otros.

Esa estancia la relata de manera más o menos pormenorizada, con lagunas e imprecisiones, en *Aquí París*, libro publicado en 1954, y más que probablemente escrito de manera muy tardía sobre materiales diversos de aquellos años, incluida una colección de artículos escritos desde su retiro de la Casa de España.

Baroja echa en falta su casa, sus libros, su gente, se queja de insomnio y de falta de dinero, explica una y otra vez su rutina diaria de paseos por el parque Montsouris y aledaños, de poco dormir, trabajo en su cuarto —así escribirá *Susana o los cazadores de moscas* o *Laura y la soledad sin remedio*, con no pocos elementos autobiográficos de su vida en aquellos días y de las noticias que le iban llegando de España, incluido el encuentro, que da en encononazo, con Solana—, sus lecturas... Pero se le ve extraviado, desconcertado, amenazado por el sesgo que van tomando los acontecimientos en Europa, las movilizaciones, los pactos y declaraciones de guerra.

Con Solana, tuvo que encontrarse en el año 38 cuando este expone en París. Es curioso que algunas de las estampas escritas por Solana, referidas a atracciones de feria y mercadillos, sean también motivos de páginas barojianas. No hace falta sino leer unas y otras para saber en qué para esa comparación tan común que se hace entre Baroja y Solana: dos mundos extraños.

El París de Pío Baroja, tanto en *El hotel del cisne* como en *Aquí París*, es un París crepuscular, un París que sin embargo ha nutrido una cierta literatura, las primeras

páginas de Patrick Modiano, sin ir más lejos. Baroja nos contará cómo intentó irse a América, cómo vivió prácticamente encerrado y cómo fue invitado por unos y por otros, nos contará que su entretenimiento favorito, habida cuenta de su falta de dinero, era dedicarse a caminar por la ciudad, una ciudad a la que al día de hoy podemos asomarnos en la fotografía de Robert Doisneau, de Brassai, el amigo de Henry Miller —es el París de *Trópico de Cáncer*, mira que es casualidad—, un París en blanco y negro (la misma imaginería que servirá unos años después para *Las puertas de la noche de Carné*), pero tampoco lo hace con mucho entusiasmo, porque como le decía a Josefina Carabias, la ciudad la tenía ya muy vista. Una ciudad que conservaba, decían, el encanto provinciano de las calles adoquinadas y de los barrios populares, y que por otro lado iba construyendo las cités racionalistas, como la de Rancy, que iba a servir enseguida como campo de concentración improvisado para la racia de los judíos del Vel' d'Hiv' (todavía andan sus protagonistas por los tribunales). El París que describe Azorín, que también está en esa misma época en la ciudad, es muy distinto. Más que dos ciudades distintas, son dos sensibilidades distintas, y dos lenguajes.

Baroja, solitario impenitente, trata de una manera o de otra con bastante gente, mucho con los estudiantes de la Casa de España, trata con los corresponsales de *La Nación*, con Marañón, con Azorín, con Sebastián Miranda, con Pérez Ferrero, con vascongados, dice, gudarís exiliados a los que encuentra en un pequeño restaurante vasco y de quienes no da sus nombres, qué pena, aunque dice que solo piensan en alistarse para luchar contra los alemanes. Una vez más encontramos la mezcla de precisión del detalle y de lo difuso de muchos pasajes, tan característico en Baroja. Trata con algunos granujas —los agentes literarios que le dejaron a deber sus derechos de publicación en América— o con algún que otro extravagante —Baroja tuvo mucho de montaña de piedra imán, como la de Simbad, para los mixtificadores y los excéntricos—, como René de Berval, ruso nacionalizado francés, poeta, oficial de caballería colonial, impecune total, amigo de Cocteau, discurridor de la antigüedad remota y admirador de Baroja, de quien publicó en *Marianne* una entrevista. Baroja se lo pasaba en grande con él.

También trata con algunos escritores franceses, mientras que a otros los lee o los ha leído. Será muy interesante el juicio que nos dé de Céline. Se ve que conocía su obra aunque en su biblioteca no figure ningún libro suyo y sí lo haya en cambio de un escritor maldito donde los haya, *Le Sabbat* de Maurice Sachs, que habla pormenorizadamente de una época siniestra, pero que fue publicado por Côrrea una vez que su autor desapareció en misteriosas o terribles circunstancias, eso según qué leyenda escuchemos. Libro editado en 1946, por cierto. De Céline, de quien habla de manera más prolija que de otros, nos dirá que estaba obsesionado de manera enfermiza con encontrarle a la existencia el peor rostro posible, reproche que ya le había hecho Elizabeth Craig, a quien está dedicado el *Viaje*.

Baroja se encontró con el estrepitoso Blaise Cendrars, a quien conocía de otros

viajes (tal vez de cuando Cendrars durmió en la habitación azul del palacio de Zarautz propiedad de una de las amigas más entusiastas de Baroja, la marquesa de Narros) y con quien más que probablemente habló de la guerra en el Bidasoa, porque Blaise Cendrars también estuvo en San Juan de Luz, enviado especial del periódico de extrema derecha *Gringoire*, para vigilar las andanzas de un famoso tren de municiones destinado a la defensa de Irún, que después de muchas idas y venidas se quedó en una vía muerta, y cuyos restos encontró Cendrars en Bocau. Un Cendrars que le envidia a Baroja el apellido diciéndole que ese sí que es un apellido de escritor, un Cendrars que firma sus dedicatorias diciendo «con mi mano amiga» y ya ha escrito sus obras mayores, ha viajado mucho y está a punto de desaparecer como un eremita.

Qué lástima que Baroja juzgara que Blaise Cendrars no pasaba de ser poco menos que un agitado charlatán, cosa con la que su íntimo amigo y biógrafo T'Stervens (que a la sazón estaba de corresponsal de guerra por cuenta de *Gringoire* en el gobierno de Burgos) estaba de acuerdo, porque cabe imaginar un encuentro entre esos escritores, aventurero pasivo uno de ellos, fascinado por la vida de aventura, y aventurero de hecho el otro, desde su extrema juventud, unas veces pasivo y otras activo, y pasablemente mixtificador, que vivía en una perpetua ficción autobiográfica y en aquellas fechas se dedicaba a matar ratas a tiros en el jardín de un palacete que estaba junto al hotel donde vivía.

Al final de su estancia en París, en aquellos últimos meses, cuando cena con Léon-Paul Fargue, de quien habla sin entusiasmo alguno, Cendrars se ha vuelto a vestir el uniforme militar para actuar de corresponsal de guerra, por cuenta de *Paris-Soir*, con las Fuerzas Expedicionarias Británicas. El mismo uniforme, por cierto, que Baroja no se pone porque le sale caro, y es lástima, porque hubiese sido algo glorioso: Baroja de uniforme, aunque quien sabe, no hay que olvidar que cuando se vistió el frac de académico, el aldeano famoso dejó al público patidifuso porque parecía que lo había llevado puesto toda la vida. En aquella ocasión, Sánchez Mazas escribió algo muy hermoso: «Tenía la elegancia de quien no ha cometido una inelegancia jamás».

En París Baroja visitó a menudo a Blaise Cendrars en su domicilio de L'Alma-Hôtel, en el 12 de la Avenue Montaigne, en compañía de Miguel Pérez Ferrero, su biógrafo..., solo que Cendrars se quedó con la extravagante copla de que Pérez Ferrero, y vaya usted a saber si también Baroja, venían no del País del Bidasoa y aledaños, sino de El Paso, Texas... Los mixtificadores no tienen remedio, su entusiasmo por el mundo y sus cosas, arrasa, causa estragos. El genio de Blaise Cendrars consiste en llegar a Biarritz (a la fastuosa casa de Eugenia Errazuriz, claro) el 13 de septiembre de 1936 y en enviar el 12 de octubre un reportaje sobre la quema de Irún, a pie de acontecimiento y con todo lujo de detalles vividos la víspera, incendio que había tenido lugar antes de que él llegara a la zona.

No es el mismo París del año 1900, ni del 1906 ni del 1913, cuando Baroja está

enfascado en las pesquisas de su hombre de acción, ni el de las estancias posteriores, es una ciudad gris, no es el mejor momento para hacer el *flâneur*, para ir a los *bouquinistes* de los muelles o a huronear en los comercios de estampas de la rue de Sein o Monsieur le Prince. La inquietud está en el ambiente, y, para Baroja, la incertidumbre frente a su futuro más inmediato. Escribir, escribe, sí, pero le falta casi todo. Los exiliados españoles, cada vez más numerosos, no piensan sino en hacer las maletas y en marcharse a América. Baroja también lo intenta, va hasta el Havre, pero no consigue pasaje y se queda.

Desde el primero de septiembre de 1939, fecha de la invasión alemana de Polonia, el panorama ciudadano cambia mucho: globos de defensa antiaérea, reparto de máscaras antigás, toque de queda, cafés velados por espesas cortinas, trifulcas en los cafés entre antisemitas, futuros collabos, y militantes comunistas, nacionalismo a raudales, miedo en unos, ganas de revancha en otros.

Al propio Fargue lo retratan sentado en el café de Flore diciendo en alta voz que espera la derrota de su país y hablando de «mierda moral» para referirse a los judíos y a los extranjeros que frecuentaban el café. Decía Baroja que por lo visto Fargue había perdido la brillantez que había tenido en tiempos como conversador. Es el París del Front-Popu y de la *drôle de guerre*, de la desdichada descubierta militar y del antisemitismo feroz.

Baroja se plantea el regreso empujado por la desbandada que produjo en París la amenaza de la inminente llegada de las tropas alemanas de ocupación, en junio de 1940, cuando un mes antes los blindados de Rommel y Guderian arrollan materialmente al ejército aliado. El 5 de junio, después de un enigmático mes de inactividad que ha dado que pensar a los estrategas (sobre todo a los de barbecho), se produce una nueva ofensiva que es de la que da cuenta Baroja y que produce la desbandada hacia el sur. Tuvo miedo de que los artículos que había escrito en contra de los nazis le perjudicaran. Baroja no vio a la Wehrmacht entrar en París, como afirma algún entusiasta barojiano (de esos que, si no lo saben todo, sí casi todo, que es mucho peor), porque salió días antes, como él mismo relata en *Aquí París*. Baroja salió de París antes de que la ciudad fuese declarada ciudad abierta por el general Maxime Weygand (académico de la lengua, por cierto) el día 10 de junio y de que los alemanes entraran en la plaza de la Concordia el día 14 de junio de 1940.

Es en *Aquí París* donde dice que se enteró de la llegada de los alemanes a París cuando ya estaba en Bayona en medio del caos. Y aún tuvo suerte de haber podido encontrar un medio de escapar de la ciudad en uno de los últimos trenes atestados de refugiados que salieron de noche de la estación de Austerlitz.

PRÓLOGO

Tenía Procopio Pagani un nombre de bautismo anterior al de Procopio, y un apellido anterior al de Pagani; ahora, los pocos artículos que escribió en su vida en periódicos americanos los escribió llamándose Procopio Pagani. Yo le traté bastante cuando vivía en París, en Belleville, en el Hotel del Cisne, un hotel de una calle pobretona llamada de los Solitarios.

Su vida tenía algún interés; yo hice que me la contara y la escribí en parte; después le dejé mis cuartillas para que las leyera y viera si le parecía bien añadir algo, y entonces comenzó la guerra y no supe lo que fue de él. De los libros que escribí en los que aparecía Pagani, con el título general de *Días aciagos*, no me quedó más que el último, en el que hablo de sus recuerdos y de sus sueños.

Pagani había sido hombre de algunos medios, casi rico, y se había arruinado con una vida disipada, bebiendo y andando de mala manera. Muchas veces recordaba la época en que cenaba en buenos restaurantes y bebía ajeno, como un tiempo magnífico. En esta última etapa mísera del comienzo de la guerra escribía artículos para una Enciclopedia que se iba a publicar en Buenos Aires.

Le induzco a que escriba

Pagani me dijo que soñaba mucho; también contó que de chico era un poco sonámbulo y que a veces se levantaba dormido de la cama y empezaba a vestirse, y de pronto se despertaba y se volvía a acostar. Yo le induje a que escribiera sus impresiones últimas y sus sueños lo más exactamente que pudiera, y como probablemente no se acordaría por la mañana de ellos, le aconsejé que pusiera en la mesa de noche unas cuartillas y un lápiz para tomar notas, y creo que lo hizo desde que se declaró la guerra, en septiembre de 1939, hasta el final de mayo del 40, en que le dejé de ver.

Pagani era, creo yo, un argentino desnacionalizado, mixto de español y de italiano. Su nombre era Juan Procopio, y el primer apellido era vulgar y corriente: Sánchez, López o García, no recuerdo bien o no me lo dijo.

Yo le conocía por Procopio Pagani, y como a él le parecía bien, le seguí llamando así.

De su historia lejana, no contaba más sino que había nacido en Buenos Aires, que pasó gran parte de la vida en Madrid, que vivió algún tiempo en Roma y Venecia, y que luego fue a instalarse definitivamente a París.

Pagani había pasado la juventud en Madrid desde la época de la guerra de Cuba hasta las proximidades de la primera guerra mundial. Después estuvo algún tiempo en Italia esperando una herencia, y luego ya se quedó en París, donde se convirtió en un

parisiense, pues llevaba veinticinco años en las orillas del Sena.

Cuando comenzó, siguiendo mis consejos, a escribir sus impresiones y sus sueños, me confesó que con estos últimos se había llevado un chasco. Él los creía, mientras no los fijaba en el papel, raros y extraordinarios, y al escribirlos los encontró vulgares.

Un médico amigo que le visitaba, parece que le dijo que él, en una época, hizo lo mismo con la preocupación de las ideas de Freud, y que con este pensamiento, más o menos consciente, el sueño no era espontáneo, sino producido, en parte, por la idea de escribirlo después.

—Efectivamente —dice Pagani—, creo que con la idea preconcebida, en esta época, sueño más que de ordinario, y que después, sin querer, doy fin o principio a sueños que en el momento de forjarlos quizá no tenían ni principio ni fin. Muchos que me parecieron muy interesantes se me olvidan. Quizá si los hubiera recordado me hubiesen parecido vulgares. Lo mismo me pasa con las impresiones de la vida real.

Le advertí a Pagani que había leído que los sueños se forman y desarrollan en muy poco tiempo, y que se cuenta de no sé quién que estaba escribiendo y que se durmió, y que tuvo un sueño que le pareció largo y complicado, y cuando despertó vio que la pluma que tenía en la mano estaba todavía húmeda de la tinta que no se había secado, lo que hacía suponer que el sueño no había durado más que un minuto o dos.

«Mi estado material y moral es lamentable —me escribía Pagani en el otoño del 39—. Viejo, sin dinero, débil, achicado y con la guerra en perspectivas. Está uno perdido. Menos mal —añadía— que la encargada del hotel donde vivo, madame Latour, amiga antigua, me ha dicho: “No se alarme usted. Pagani. Su cuarto y la comida los tendrá usted seguros todo el tiempo que dure esto, y si necesita usted algún dinero para cualquier cosa, yo se lo daré”. Es una amiga excelente. Haría por ella lo que pudiera, que no es mucho.

»Esta seguridad de poder vivir me tranquiliza en parte, pero no me llega a producir alegría. No tengo posibilidad de sentirme contento, y las horas me parecen lentas y tristes. Todas me agobian, y más las de la noche. Me paso el tiempo tendido en el diván, pensando vagamente en puras fantasías. A veces tengo vértigos. Mi oído es tan fino, que de noche noto todos los ruidos que se hacen en la casa y en la calle, y no me dejan dormir.

»Cualquier idea o proyecto que se me ocurre hace palpar mi corazón. ¡Qué miseria!»

Poca cosa

No se lee nada que valga la pena sobre los sueños. Lo más probable es que, con más o menos energía, se esté soñando siempre, aunque no se recuerden estos sueños al despertar. Los perros también sueñan, a juzgar por sus actitudes. Probablemente, el cerebro no está nunca completamente parado, como no lo está ninguno de los demás órganos del hombre, y mientras parte de las células cerebrales descansan, otras velan.

Recuerda uno los sueños muy próximos al momento de despertar. Los otros se borran. Casi todos los sueños están formados a base de impresiones del día anterior.

Me defrauda

Cuando me envió Pagani las notas sobre sus sueños, me defraudó:

«Tengo la idea vaga de que en medio de la noche sueño varias cosas que no se fijan en mi memoria —me decía en una carta—. Solo recuerdo las fantasías de antes de despertar, y si no se me ocurre escribirlas en tres o cuatro líneas, se me olvidan.

»Se conoce que hay sueños fuertes, absurdos o razonables que dejan huella, y otros que son como conjunto de nubes fantásticas, que se dispersan rápidamente.

»No he encontrado interpretación ninguna de esas que hablan los psicoanalistas y a las que usted, sin duda, se refiere en sus instrucciones. Lo que sí me ha parecido ver es que los motivos del sueño se repiten mucho con ligeras variantes.

»Si usted o algún psiquiatra profesional lee la relación de estos sueños mezclados con impresiones de la vida, y encuentra indicios para suponer qué clase de pájaro soy y si está uno dentro de la fisiología o de la patología, me alegraré mucho saberlo. Es un conocimiento que no tiene seguramente gran importancia para un viejo derrotado como yo, pero puede ser algo divertido.»

Sueños pedagógicos

No estoy seguro, pero creo que todos los que escribían antiguamente sus sueños tenían la pretensión de darles un carácter intuitivo trascendental y hasta profético. Estos pobres sueños de nuestro amigo Pagani no tienen nada de anticipadores: son, más bien, restos del pasado. Es el Mercado de las Pulgas de un pobre hombre; el resto de la vida que ha pasado y ha dejado sus sedimentos, unos claros y otros disfrazados, con sus mascarones más o menos enigmáticos.

En este Rastro de ideas usadas no hay ninguna anticipación; es una almoneda de vejeces mustias y un poco tristes. Nuestro héroe no ha soñado nunca con problemas trascendentales ni ha tenido sueños proféticos. Él mismo lo reconoce.

Impresiones de repetición

—Cuando era chico, en un pueblo de Italia —dice Pagani—, fui a ver a una vieja parienta, tía de mi madre, de más de ochenta años, con un primo mío.

Me presentaron a ella, y le preguntaron:

—¿Ya le conoces a este chico, *avola*?

—¿No le voy a conocer? —dijo ella—; ¡las veces que hemos estado jugando en la escuela juntos! Era muy travieso, ya lo creo. Siempre saltando y corriendo.

Ahora a mí me pasa lo mismo..., en sueños. Todo me parece que lo he visto de antemano, hace mucho tiempo, y no me choca nada.

Tierras, ríos lejanos, pueblos, caminos, los conozco perfectamente. Ahora, cuando quiero recordar un detalle concreto sobre alguno de ellos, no lo consigo.

Diversidad de sueños

Los sueños de los viejos deben de ser diferentes a los de los jóvenes, y los de las mujeres a los de los hombres. Yo, desde hace tiempo, no he soñado ya que volaba, como soñaba de chico.

He preguntado a madame Latour si sueña, y me ha dicho que poco, y siempre sobre alguna dificultad práctica que tiene que resolver con escasos medios.

En cambio, Dorina, su hija, tiene sueños de muchacha. Pasea por hermosos parques a caballo y varias veces ha soñado que ha ido a bañarse al lago de las Buttes-Chaumont, y al salir se ha encontrado sin ropa y ha tenido que marchar desnuda entre la gente, completamente avergonzada. Es un sueño muy de mujer.

Sueños vulgares

Los sueños de Pagani son vulgares y zarrapastrosos. No tienen pompa ni majestad.

No se le podría representar a nuestro amigo como al caballero en el cuadro de Rafael, que está en la National Gallery, de Londres.

Allí el guerrero, revestido de una armadura, está dormido sobre su escudo, al pie de un laurel. Una mujer de aire grave y tranquilo le presenta un libro y una espada como preparándole para el estudio y para la guerra, y otra, más sonriente, le ofrece las flores como símbolo de los placeres de la vida.

Ninguno de los sueños de Pagani es pedagógico, como el *Sueño del jardín* (*Somnium Viridari*); ni poético, como el *Sueño de una noche de verano*, de Shakespeare; ni filosófico, como el *Sueño del gallo*, de Luciano.

Son casi todos sueños vulgares más o menos absurdos y más o menos mediocres. A pesar de ello, yo siento haber perdido muchos de ellos, porque me parece que los

perdidos debían de ser los más interesantes.

Alguno me ha dicho: «¿Para qué publicar un libro a base de sueños?». A mí me parece que puede ser tan interesante hablar de lo que se piensa en sueños como de lo que se piensa en estado de vigilia, y a veces más. Yo no creo, como dice Calderón, que la vida es sueño; creo, por el contrario, que el sueño es vida, y que en la muerte no se sueña.

PRIMERA PARTE

LA CASA

—Yo soy un ciudadano que va llegando al final de su vida, ya próximo —dice Pagani—. Padezco insomnios, vértigos y zumbidos de oídos. Como hombre nervioso, todo me intranquiliza e inquieta: tomar el tren, esperar a una persona, cobrar una letra en un Banco. Para mí estas pequeñas diligencias son verdaderos suplicios, y no tengo ya la menor condición para la vida práctica. Algunos me dicen que he hecho bastantes tonterías en mi dilatada existencia, pero no creo que las tonterías sean la causa de mis achaques, sino la edad, y algo también la mala suerte.

Siento cansancio; mi vida me parece estúpida y monótona. Estoy harto de vestirme para no hacer nada, de desnudarme para no dormir, y de andar por la calle sin objeto. Si de esta existencia mediocre pudiera suprimir lo antipático y lo feo y no dejar más que los momentos agradables, quedaría de ella muy poca cosa.

Lo que más me molesta es el insomnio; me produce una depresión física, ideas negras, inútiles y enojosas.

Aunque fuera un par de días a la semana, quisiera tener a mano un hipnótico fuerte para dormir siete u ocho horas seguidas.

Antes, un amigo médico me daba una receta de un somnífero. Me la despachaban en la botica, pero el médico amigo, al parecer judío, se marchó a América, y el farmacéutico a quien conozco no me quiere dar sin receta alguna pastilla de una droga para dormir.

Es curiosa la preocupación del farmacéutico. Claro que no es generosa o filantrópica. Piensa, sin duda, que yo pudiera sentir la veleidad de tomar siete u ocho pastillas de una vez e intoxicarme, y quizá morirme, perjudicándole a él y al buen nombre de su establecimiento.

Yo le digo al practicante de la farmacia:

—Deme usted dos o tres pastillas para un par de veces.

—Es imposible.

—Pues entonces deme usted una para esta noche.

—Tampoco puede ser.

Hay un interés social en que el señor Pagani no se intoxique. ¡Qué farsa!

—Un amigo librero del piso quinto del Hotel del Cisne ha traído morfina, me ha invitado a tomarla y la hemos tomado él y yo en inyección. Pero a mí me ha hecho muy poco efecto. Sin duda tiene uno el cerebro correoso y el insomnio rebelde. Él ha quedado, por lo que ha dicho, bastante amodorrado y le ha dado miedo el ensayo.

Estaría uno muriéndose de hambre, y como ahora no le dan un hipnótico, entonces tampoco le darían un pedazo de pan.

En cambio, en otras cosas que a mí, al menos no me interesan nada, el Estado se muestra muy diligente y filantrópico.

Digo esto porque alguno ha conseguido que nos manden al hotel caretas para los gases asfixiantes.

De los inquilinos del piso quinto de este hotel hay pocos que piensen en la utilidad de tal aparato, aunque algunos creen que viste mucho ir llevándola en banderola por la calle.

Las mujeres no han hecho caso de él, ni le han dado la menor importancia. Lo han dejado en su cuarto, encima de un armario o colgado de una percha por la correa, y nada más.

Son mucho más valientes que los hombres.

Estos días vivimos amenazados por las perspectivas de la guerra. Será probablemente larga y cruel. ¡Qué miseria! Yo hago la vida de siempre. Voy a algunas librerías de viejo, a dos o tres tiendas de antigüedades, y los domingos por la tarde al Mercado de las Pulgas de Saint-Ouen, donde conozco a un tal Jacob, vendedor de cosas viejas y fabricante de juguetes. Suelo hacer con él alguna pequeña transacción comercial.

¿Qué actitud he tomado en esta guerra? Qué sé yo. ¡Casi ninguna! ¿Qué conviene a Europa? ¿Qué conviene al mundo? ¿Qué conviene a cada uno de nosotros? Como digo, no lo sé. Según unos, falta autoridad; según otros, sobra; según unos, la libertad y la democracia han pasado; según otros, no. No se puede sacar consecuencia ninguna que tenga cierta unanimidad; por tanto, lo mejor es no pensar en ello.

El que viva verá lo que pasa y juzgará el valor de las ideas por su éxito. El que gane tendrá razón ideológicamente, y el que pierda no la tendrá. Esto ha pasado siempre, y seguirá pasando.

II

NUESTRO BARRIO

Vivo en el quinto piso de este hotel, que sería elegante en su tiempo para el barrio pobre de Belleville, pero que ahora tiene el aire de lo moderno-viejo, cosa bastante lamentable y hasta ridícula, como un edificio de Le Corbusier desconchado, ennegrecido por los años, y con goteras. Es decir, como un edificio modernista, viejo. Como quien dice, la juventud decrepita.

Desde hace tiempo vivo aquí en el Hotel del Cisne de la calle de los Solitarios. La

lluvia ha ennegrecido las paredes de la casa. Los años han arrugado la piel de sus habitantes, y las desilusiones han marchitado su espíritu.

Mi cuarto no es malo.

Como yo soy amigo de la antigua conserje, y ahora administradora, madame Latour, y llevo en el hotel mucho tiempo, hice un trato con ella y compré con mi dinero, en una época que tuve de relativo bienestar, la mesa, dos sillones y un armario para los libros. Con esto y algunas cosas más, no tiene mi cuarto ese aire antipático de las habitaciones de los hoteles pobres, en donde todo está usado, roto, desteñido y marchito.

El cuarto es mi único refugio actual.

En estas circunstancias me alegro muchas veces de ser viejo. Si tuviera veinte o veinticinco años, quizá hiciera alguna ridiculez. ¿Qué ridiculez? Una de ellas sería estar enamorado de Dorina, la hija de madame Latour.

Ahora, en pleno aislamiento y en plena vejez, esto es imposible. La soledad me envuelve y me aísla. La aceptaría con gusto si pudiera dormir, pero no puedo dormir.

Es para mí una obsesión el insomnio.

Siempre he tenido poca facilidad para el sueño. Los ruidos, el calor, el viento Sur, cualquier cosa, ya desde hace tiempo me impiden dormir.

Teniendo en cuenta la desdichada condición mía, cuando vine a instalarme en este hotel mandé poner en mi cuarto, por dentro, unas contraventanas fuertes para aislarme.

Yo creo —quizá me equivoque y no recuerde bien— que en la mayoría de los hoteles de París no suele haber contraventanas interiores.

Quizá ha dado la casualidad de que en los hoteles donde he estado yo no las hubiera.

Supongo que en los cuartos corrientes solo hay persianas por fuera, y por dentro esas cortinas de tela fuerte, oscura y de color, llamada antes de reps, no sé por qué.

Cuando vine al cuarto del Hotel del Cisne hice, como digo, que me pusieran por dentro contraventanas sólidas y fuertes.

De esta manera, entre las persianas, la ventana, la contraventana y la cortina, me defiende de los ruidos de fuera; si no, no me dejarían dormir un momento, dada mi excitabilidad.

Cuando comenzaron las alarmas y en el aire vibraban los alaridos de las sirenas, decidí aislarme aún más, y entre las ventanas y contraventanas ponía estratégicamente, uno encima de otro, los almohadones de mi diván, cerraba bien, echaba la cortina, la sujetaba con dos sillas, y después me ponía algodones en los oídos.

Aun así, no resolvía la cuestión por completo, porque, a veces, al sonar las sirenas de alarma, la gente del piso quinto empezaba a hablar y a taconear por el pasillo y yo no conseguía dormir ni siquiera un momento.

Mi cuarto del Hotel del Cisne es el mejor del quinto piso, el más espacioso y el de

las más bonitas vistas. Lo elegí principalmente por eso.

Es un cuarto bastante grande, con una ventana amplia. Entrando, a mano derecha, tiene la cama sobre un diván, y un lavabo. A mano izquierda, una estantería. Esta coge casi toda la pared, y, en medio de ella, hay una chimenea y un armario para la ropa.

Delante de la ventana está la mesa, un silloncito, y al lado de la chimenea, ya sin uso desde que hay calefacción, una butaca bastante cómoda.

Desde la ventana, que cae sobre unos tejados, se ve el cerro rocoso, erguido en medio del lago del parque de las Buttes-Chaumont, con un templete en lo alto.

Si no estuviera tan nervioso y tan cascado, me encontraría bien aquí. Pero con la intranquilidad y la irascibilidad de mi carácter, sospecho si ya no me encontraría a gusto en ninguna parte.

La encargada del hotel, madame Latour, me trata con atenciones. Somos amigos desde hace tiempo, y como yo no gano apenas, me fía. No sé si podré pagar las deudas alguna vez.

No soy tan loco para creer que madame Latour, o su hija Dorina, me van a tener a mí una simpatía y una consideración como si fuera un muchacho joven y amable. Ya comprendo que no. Pero me tienen afecto, las conozco desde hace ya años y las he servido con toda mi buena voluntad.

Madame Latour piensa dejar este hotel cuando termine la guerra, que alguna vez acabará, y retirarse a una casa que tiene comprada y que no puede ahora desalojarla y despachar a los inquilinos. Cuando pueda, me reservará un cuarto para mí. Es muy buena y muy simpática.

La camarera de nuestro piso, madame Le Blond, es una rubia gruesa, normanda, ya de cuarenta años, sonriente, amable y muy charlatana. Está casada con un obrero. Mientras arregla mi cuarto por las mañanas, hablamos mucho.

Hay dos mujeres hombrunas que limpian los pasillos y la escalera, dirigidas por Pietro. Pietro es el mozo; tiene cara de italiano del Sur, un poco de bufón.

La secretaria del hotel es una solterona, fea, de color de membrillo, muy seca y ordenancista.

Mientras siga la guerra permaneceremos en este hotel moderno, y al mismo tiempo viejo, del barrio de Belleville, barrio pobretón y sin carácter.

Yo supongo que en estos alrededores no ha pasado nunca nada histórico que valga la pena de contar.

Pantin, el pueblo vecino, incorporado hace tiempo a París, es casi ilustre al lado de nuestra barriada. He oído decir que Pantin es de fundación antigua. Se habla de que padeció una peste no sé en qué tiempo, hace siglos; de una batalla encarnizada de los aliados contra las tropas de Napoleón, y, últimamente, aunque esto no sea muy glorioso, de ser el lugar de los horribles crímenes de Troppmann.

La fama cómica y burlona asignada por los parisienses a Pantin debe de proceder de su nombre, que en francés significa muñeco o títere de esos de cartón, que mueven

los brazos y las piernas con un cordel o con un hilo.

No creo que Belleville conserve recuerdos históricos de importancia. El único que conozco de él no tiene ninguna solemnidad.

Se dice que en este barrio, donde antes se explotaban muchas canteras, había hace cerca de un siglo un letrero en un mojón, ilegible por las pedradas y los golpes sufridos.

No parecía la inscripción muy antigua, y tenía las letras borradas.

Se llevó la piedra a la Academia de Inscripciones y de Bellas Artes, y no se pudo descifrar, hasta que un sacristán de una iglesia de Montmartre, que era de Belleville, recordó el letrero leído por él en la niñez, e indicó que decía: «Esto es el camino de los asnos». Era un rótulo que podía servir para otras vías, carreteras y cañadas.

La inscripción servía, sin duda, para los arrieros que llevaban burros y no para las personas. La noticia, como se comprende, no es digna de aparecer en una historia solemne ni en una guía de turistas estéticos.

El haber venido a vivir a este barrio y a este hotel se debe a mi conocimiento y amistad con madame Latour, conocimiento que data ya de más de veinte años.

Yo siempre la he tenido afecto, y ella me ha correspondido. Si puede, me proporciona algún trabajo, cuando piensa que yo soy capaz de realizarlo.

En tiempo de guerra supongo que no podré hacer gran cosa. Los trabajos literarios son muy escasos hoy para un hombre poco conocido. Como compensación, la comida y estancia van a conservar los precios de la época de paz. El alquiler de casas y de cuartos está regularizado, y el racionamiento también. Así que no le puedo ser muy gravoso a madame Latour, y ella misma me dice que no me apure.

He tenido la suerte de que mi amigo Evans me haya regalado un calorífero eléctrico para la cama. Le he advertido a madame Latour, y me ha dicho:

—Puede usted usarlo, Pagani, porque gasta muy poco.

Gracias a esto no me hiel.

Yo no encuentro la vejez tan insoportable y tan dura como muchos quieren pintarla.

La vejez no promete nada, y a veces da cosas agradables.

La juventud, en cambio, promete mucho y da poco y malo. Sus frutos son comunales y de mogollón.

La gran belleza de la juventud está en sí misma, en la salud y en la fuerza. En lo demás, pensando en lo que proporciona, no vale nada. En la juventud es donde más se nota que las buenas cualidades de generosidad, de valor, de inteligencia y de energía, no se cotizan en el mercado del mundo. La juventud es la época de más deseos y menos posibilidad de satisfacerlos, y, por tanto, más fracasos. ¡Vaya al diablo la juventud con todos sus adornos de flores de papel!

Yo no me ocupo gran cosa de los huéspedes del hotel. Si los encuentro en la escalera o en el ascensor, ni siquiera los saludo.

Trato un poco a los del quinto piso, en donde estoy instalado, y entre ellos a un librero de viejo llamado Gentil y a un policía retirado, Eugenio Barbier.

Todo el mundo piensa que ni en el final de otoño, ni en el invierno, comenzará la guerra de verdad. La mayoría suponemos que será en primavera o en el principio del verano próximo.

Este vaticinio, no sé si fundado o no, se va cumpliendo. No depende seguramente del tiempo, ni de la estación, sino de los preparativos hechos por los alemanes y de la campaña de Polonia.

El otoño ha sido regular. El invierno empieza a ser muy frío. Se va encareciendo la vida por día. Gracias al racionamiento podemos vivir.

La calefacción en el hotel es mediocre; en el quinto piso, y de noche, sobre todo, apenas se nota. Por la madrugada, en la cama, sentiría frío si no tuviera el calorífico eléctrico regalado por Evans.

Uno de los inquilinos del piso, el corredor de libros Gentil, me ha dicho esta mañana:

—Oiga usted, Pagani.

—¿Qué hay?

—Creo que vamos a pasar muy mala época. ¿No le parece a usted?

—Yo también lo creo así. ¿Quién puede considerarse dichoso en una época como la actual? —le pregunto yo.

—Algún desdichado —dice Gentil, a quien le gusta jugar con los vocablos.

—Es verdad.

—No tengo ya nada —suele añadir mi vecino—: ni amigos, ni diversiones, ni dinero, ni ilusión, ni familia, ni nadie que se ocupe de mí. Estoy mejor que quiero.

—¡Qué cinismo! —le digo yo, en broma.

—¿Usted no pensará marcharse, Pagani?

—Yo, no. ¿Adónde voy a ir?

—Debíamos formar en este piso del hotel, donde estamos los más pobres de la casa, una asociación para defendernos: el Sindicato del Quinto Piso del Hotel del Cisne.

—Muy bien. Hay que aclarar los fines de ese Sindicato.

—Ya los aclararemos. Eso vendrá después. Usted, como es amigo de la administradora, podrá conseguir que nos apoye.

—Sí, pero hay que saber qué fines son los nuestros, para decírselos a ella y que los acepte.

—Ya se los explicaré a usted. Mi plan es buscar la ayuda mutua. Un día de estos hablaremos.

—Cuando usted quiera.

—Yo, primero, sondearé a los demás inquilinos del piso, y si veo que la mayoría estamos de acuerdo, tendremos una reunión, y explicaré el proyecto, que no tendrá nada de complicado.

Este Gentil es, como he dicho, un librero ambulante, hombre de clara inteligencia y muy ducho en su oficio. No es de esos franceses patrioterros que suponen que fuera de Francia no hay nada. Al revés, tiene una idea de humanista, y cree que todos los países de Europa han contribuido a su modo a la cultura universal.

Gentil, en estos años, por lo que él mismo me ha dicho, andaba constantemente yendo y viniendo de París a las capitales de provincia y a los pueblos a comprar libros y estampas, y debía de ganar muy bien su vida. Pero ahora esto ya no es fácil. No se puede andar libremente por Francia. Todas son dificultades y ha decidido no moverse de París, venga lo que venga y pase lo que pase.

Gentil ha sido durante mucho tiempo comisionista de casas editoriales de importancia. Ha vendido a plazos libros voluminosos y caros, de medicina, arqueología y de historia. Ha andado también haciendo suscripciones para obras publicadas en fascículos. Sabe mucho de bibliografía.

Al parecer ha ganado dinero en grande, pero se lo ha gastado alegremente.

Gentil ha hecho también, en otro tiempo, algunas jugadas de Bolsa, en las que ganó bastante dinero, según dice.

—¿Así que ha sido usted rico? —le pregunto yo.

—¡Hombre!, según a lo que se llame rico. Aguado, el banquero español paisano de usted, murió hace ya cien años dejando cuarenta o cincuenta millones de francos de capital. Para su tiempo no era poca cosa. Sin embargo, Rothschild, al saberlo, dijo: «Ese pobre Aguado yo creí que tenía una posición más segura».

Gentil ha debido de ser hombre juerguista y gastador. Sin duda, tuvo hace años alguna cuestión grave con un amigo que había sido su socio, y este amigo contribuyó a arruinarle y a indisponerle con su mujer.

—Ese es una canalla del género miserable —parece que afirmaba con rabia delante de otro amigo—. De él se puede decir lo que decía Carlos Duolos de un granuja de su tiempo: «Se le escupe a la cara, se le seca con el pie y da las gracias».

Gentil, ahora, tiene su centro en una librería del boulevard Haussmann, donde recoge los encargos y las proposiciones de compra y venta. Yo he hecho algunos pequeños negocios con él.

Guarda en su cuarto unos dos mil volúmenes escogidos, casi todos encuadernados; piensa que le servirán de reserva para el tiempo de la guerra. Supongo que esta no será como la guerra de los Treinta Años, porque, si así fuera, ninguno de los inquilinos del piso quinto de este hotel veríamos su final.

—¿Tiene usted libros raros? —le pregunto.

—No; ¿para qué? Como decía Voltaire, los libros raros no valen nada. Todo lo que vale algo se reimprime.

—Y ¿algún incunable?

—Tampoco. Un incunable curioso es como tener guardado un billete de Banco de miles de libras esterlinas, que se puede quemar o estropear. He comprado y vendido bastante en la vida.

Gentil supone que los libros subirán de precio, quizá el doscientos por ciento, si no llegan al mil por ciento. Esto puede muy bien suceder por la desvalorización de la moneda. Así que es posible que el libro de cinco francos valga, con el tiempo, cincuenta o ciento.

—¿Usted trata bien los libros? —me pregunta luego.

—Creo que sí. Soy de los que no los ensucian ni les doblan las hojas.

—Entonces le dejaré a usted el que quiera.

—Bueno, me llevaré este tomo de Stendhal.

—Hay un proverbio que dice: «Libro prestado, libro perdido»; pero creo que con usted eso no será cierto.

—No; puede usted estar tranquilo.

—Hay quien pone un *ex libris* en la primera página de un volumen con una frase que dice: «Fulano de Tal, *et amicorum*». ¡Gente cándida!

Cuando le he devuelto el libro de Stendhal, Gentil me ha querido convencer de que leyera la *Correspondencia* de Grimm y Diderot, en dieciséis tomos. Me dice que él la ha leído varias veces. Yo no soy capaz de enfrascarme en una obra tan larga y de una época lejana para mí. Fuera del ambiente de la mitad del siglo XIX hacia acá, lo demás me interesa poco.

Gentil viste con cierta elegancia. Tiene rasgos de humorismo. Cuida mucho de sus trajes y de todas sus prendas personales, y yo le he visto un día huyendo de la lluvia corriendo por la calle con un pañuelo puesto sobre los hombros y el sombrero metido debajo de la chaqueta para que no se le mojara.

Gentil es un tipo, en general, alegre. En sus momentos de hipocondría se califica a sí mismo de miserable, de muerto de hambre y de golfo.

—Todo el que se estudia a sí mismo —suele decir, convencido— concluye despreciándose y despreciando a los demás.

A nuestro hotel le llama muchas veces, en vez de Hotel del Cisne, el Hotel del Canard, que es en francés el Hotel del Pato, y, al mismo tiempo, del Embuste.

—No creo que tenga usted razón para decir esto. ¿Qué embustes se van a fraguar aquí? ¿Para qué?

Mi vecino asegura que en la juventud, en su pueblo, era un poco calavera y que le llamaban: *Gentil la Fripouille*, algo como Gentil sinvergüenza, o Gentil bribón.

Un conocido mío argentino diría de este libro que era *muy malevo*.

El hombre parece que está divorciado. Ha tenido sus aventuras y ha gastado el dinero con mujeres. Según Barbier, el policía, Gentil tiene hijos, y está obligado a

pasarles una pensión. Barbier cree que gana todavía bastante, pero que lo gasta en sus trapisondas.

Gentil es de Clamart, de los alrededores de París. Pero él suele decir que es de Meudon, pueblo próximo a Clamart, donde fue cura Rabelais, por quien tiene gran entusiasmo.

Gentil es un hombre del siglo XVIII, estilo Pompadour. Es un pompadouriano de buhardilla. Es un burlón, que se ha puesto el mundo por montera.

Gentil dice que en su juventud tuvo épocas de *elegantiasis* aguda, pero ya se le ha pasado por completo esa enfermedad. No lo creo del todo. Se fija mucho en la indumentaria suya y en la de los demás.

Su especialidad son las frases hechas, los lugares comunes, que le encantan.

Se burla de todo el que conoce, y suele decir:

—Si uno juzga al mundo por sí mismo, cree que el mundo es cándido.

—¿Y si lo juzga por los demás?

—Entonces cree que es de una canallería perfecta.

—Tiene usted razón.

Cuando estamos entre gente, yo no le puedo oír en serio, porque, a pesar de que no estoy muy alegre, la risa me invade sin poderla reprimir. A Gentil le gusta contar detalles ridículos y contradictorios de las personas. Es un misántropo jovial. Según él, ha tenido desilusiones en la vida.

A veces nos encontramos en el despacho del hotel unos cuantos pobretones, aburridos, que no sabemos qué hacer, y entra Gentil, saluda y dice muy amablemente, con una expresión de satisfacción y de falsa inocencia:

—¿Qué tal se está pasando la velada, señores?

Yo no puedo contener la risa, y tengo que mirar a otra parte.

Si hay alguno de esos comerciantes retirados, egoístas, brutos, groseros y poco inteligentes, le llama mi distinguido amigo, mi particular amigo, y si sabe que tiene hijos, le dice:

—Usted, que es padre de familia, sabe lo que es el sacrificio.

Los comerciantes retirados le miran con asombro.

Cuando habla de alguna mujer que la ha corrido de una manera escandalosa, dice, con una seriedad fingida:

—Es una señora muy honesta y de una gran discreción.

Y si ve a algún comerciante viejo que ha tenido denuncias por falsificación o por vender géneros alimenticios putrefactos, asegura:

—La vejez no tiene nada tan bello como la virtud. Hay que reconocerlo.

Otras frases por el estilo las dice automáticamente:

—No se reemplaza a una madre... El horizonte político se oscurece por momentos... Todo está muy mal, todo está muy mal... Nuestra situación es verdaderamente peligrosa... Nadie sabe adónde vamos a parar... El grito de un pueblo libre es el de la gloria... Los grandes pensamientos vienen del corazón... El

tiempo es el gran maestro de la vida.

Yo le digo a solas:

—¡Pero, hombre, Gentil! ¿Para qué tomarlo todo a broma? Le van a descubrir y le van a tomar odio.

—La gente de ingenio —replica él— comete muchas faltas, porque no puede comprender lo vanidosas y lo estúpidas que son las personas que se creen de buen tono. Por eso, tener un almacén de vulgaridades en la cabeza es muy práctico.

—No creo. La gente nota la broma.

—¡Ca!, ella cree lo que le gusta, ¡y vaya usted a saber entre ellos y nosotros quién está engañado! Además, si todo el mundo está engañado, todo el mundo tiene razón.

Algunas veces me ha dicho:

—¡Cómo le embrutece a uno la presencia de los tontos! A veces ejercen una acción catalítica. El poco ingenio que se puede tener se pierde inmediatamente en su presencia, y por inhibición se convierte uno en un idiota perfecto. Así, el hombre estúpido, que vulgariza al hombre de ingenio, observa, después de departir con una persona ingeniosa: ¿Por qué dicen que este hombre es inteligente? Yo no le he oído decir más que tonterías. Y lo extraño es que es verdad. Hay gentes inspiradoras que le hacen a uno casi genial, y otras embrutecedoras o idiotizadoras que le convierten a uno en el más estúpido de los animales. Ahora, en tiempo de guerra, creo que conviene ser lo más estúpido posible; por lo menos, tomar el aspecto de la estupidez.

Gentil es un humorista. Parece un desocupado de café, pero en el momento en que da mayor impresión de indiferencia y de burla prepara sus negocios.

—Yo creo que debe usted cambiar algo de su táctica, por lo menos de su léxico —le digo yo.

—¡Bah!, ¿para qué? La casa no vale la reparación.

Gentil me dice que cuando se mira al espejo se increpa y exclama:

—¡Pobre hombre! Vas decayendo.

El asegura que se desprecia a la gente solo con conocerse a sí mismo.

Es un hombre de un pesimismo profundo, aunque con frases alegres. A mí, que lo soy también, me sorprende. El otro día fue a visitarle un pariente suyo, y cuando se marchó me decía, convencido:

—Hace falta tener muy mala intención para ir a visitar a una persona en este tiempo.

—¡Hombre, no! No creo que todo el mundo vaya a visitar a los amigos con mala intención.

—La mayoría, sí. Le gusta ver la miseria ajena.

Luego decía:

—La casualidad es casi siempre una cosa justa, mucho más que las disposiciones de los hombres, que quieren dirigir los asuntos.

Hablando del celo que algunos quieren tener con los demás, y que siempre es excesivo, contó con gracia esta anécdota frailuna:

El prior de un convento se encontraba en una casa rica ante una cena espléndida, un día de vigilia: magníficos pescados, dulces, etc., etc. La dueña de la casa elogió un plato de postre que había preparado el cocinero.

Entonces, un familiar que acompañaba al prior, le dijo con gran misterio:

—No coma usted ese postre, padre.

—Y ¿por qué?

—Porque he visto que en la cocina le han puesto algo de manteca de vaca.

—Y a usted, ¿quién le mete en eso? ¿Qué tiene usted que hacer en la cocina? —le preguntó, incomodado, el prior.

IV

PROYECTOS

Gentil está muy preocupado con las dificultades que surgirán mientras dure la guerra en este hotel mísero. Es una de las cosas más alarmantes para él.

El supone que la guerra será larga y estúpida.

—Pasaremos miserias sin cuento.

—La cuestión está, para nosotros, en que nos podamos entender de una manera amistosa los que vivimos en el piso quinto —me dice. Y añade—: Debemos ayudarnos un poco, en beneficio común. ¿No le parece a usted?

—Me parece muy bien.

—Yo creo que no nos subirán el precio del cuarto.

—No, parece que no. Madame Latour me ha dicho que lo van a estabilizar durante el período de la guerra.

—En la comida darán un racionamiento igual para todos en las cosas esenciales.

—Así parece.

—Eso nos conviene —indica Gentil—. La cuestión es que no nos estorbemos unos a otros en la vida cotidiana.

—¿Y ha pensado usted algo para eso?

—Pues he pensado, y ya se lo he dicho a dos o tres de nuestro piso, que tenemos que echar, con cualquier pretexto, de la casa a ese comisionista Bergmann, que es antipático y ruidoso, y a esa familia de judíos rumanos, que se han metido cuatro personas en un cuartucho y lo van a convertir en un foco de infección.

—¿Están en el pasillo que da al patio?

—Sí.

—Yo no los noto apenas.

—Claro, usted está en el otro lado. El comisionista Bergmann dice que es checo;

pero yo creo que es de verdad alemán, y constantemente, sobre todo por las mañanas, al amanecer, está haciendo ruidos estridentes con los cajones que arrastra por el suelo. Los judíos rumanos son sucios y desagradables. Los demás hay que reconocer que no estorban, al menos los del corredor donde yo estoy. No sé los de aquí.

—Aquí, cuando las alarmas, hay bastante barullo sin objeto.

—Bueno, ya veremos de evitarlo.

—No creo que será difícil.

—Entonces usted, Pagani, ¿está dispuesto a secundarme?

—Sí, sí. Completamente dispuesto.

—Bueno, pues iré consultando con los demás inquilinos.

—Hágalo usted. A ver qué dicen.

—Vamos a formar algo como un Ku-Klux-Klan de buhardilla.

—Entonces nos prepararemos a hacer cuplés con los reglamentos de nuestra asociación tenebrosa.

A los pocos días, Gentil se presentó en mi cuarto y me dijo:

—Todos están conformes.

—¿Todos?

—Sí, menos Perronet.

—No sé quién es.

—Es un antiguo mozo de bar, que es un imbécil, que dice que hay que echar a esa polaca María Lubomirsky, que vive al final del corredor, donde usted tiene su cuarto.

—¿A Manón?

—Sí.

—Y ¿por qué?

—Perronet supone que María Lubomirsky le ha quitado a él varias veces, del cacharro o marmita de leche que dejan por la mañana a su puerta, alguna cantidad, y la ha sustituido con agua.

—Y será muy probable.

—Casi seguro. Yo le he dicho a Perronet que no ha sido la polaca, sino los rumanos, y que a Manón no se la puede echar, porque es amiga íntima de la mujer del gobernador militar de París. Con esto, el hombre se ha quedado apabullado y refunfuñando, y se ha preguntado si para eso se ha hecho la Revolución francesa y se ha dictado la Declaración de los Derechos del Hombre.

Me reí un poco de las mistificaciones de Gentil.

—¿Qué le parecen a usted mis maniobras? —me preguntó.

—Es usted un Talleyrand.

—Un Talleyrand de buhardilla.

—Yo creo que todos son de buhardilla. Si no colabora la gente en sus anécdotas, no serían nada.

—Es muy posible. Mañana tendremos una pequeña reunión en el cafetín del Acueducto, del boulevard de La Chapelle, cerca de la calle del Acueducto. ¿Sabe

usted dónde está?

—Sí. ¿A qué hora?

—A las seis de la tarde. No deje usted de ir.

—No tenga usted cuidado. Iré.

V

LA REUNIÓN EN EL CAFETÍN

Al día siguiente, a las seis de la tarde, estábamos la mayoría de los inquilinos del quinto piso citados en el cafetín del boulevard de La Chapelle, próximo a la calle del Acueducto.

Nos reunimos Gentil, Barbier, Perronet, Nickles, Le Brouillard y yo.

Fuimos en dos grupos. Al cruzar el canal de San Martín contemplaba yo el agua amarillenta y turbia, en la que sobrenadaban montones de paja y de papeles. Vimos las esclusas y las gabarras, que dan a los alrededores un aire holandés, pero un aire triste, pobre y miserable. Este canal, siempre que lo veo, me hace ese efecto de miseria, con sus aguas negras y sus detritos de color. Al acercarnos al café y al revistarnos Gentil, dijo con sorna, señalando al grupo:

—C'est l'avenir de la France.

Yo me eché a reír. Éramos todos viejos y desastrados. Había bastante gente en el bar del Acueducto; el patrón y su mujer estaban en el mostrador, y un mozo y un chico servían a los parroquianos en las mesas. A veces, lo hacía el mismo patrón.

Gentil pidió una botella de vino de Beaujolais. Los demás, un *bock* de cerveza, y Le Brouillard, nada. Gentil, con la botella en la mano, cantó, como Sganarelle en una comedia de Moliere:

*Qu'ils son doux,
Bouteille jolie!
Qu'ils sont doux
Vos petits gloux-gloux!*

—¿Usted no quiere un poco de vino, Pagani? —me preguntó Gentil—. Para mí es demasiado toda la botella.

—No quiero beber. He perdido la costumbre.

—Beba usted un poco. Hay que beber vino para estar alegre en estas circunstancias. Ya sabe usted que todas las gentes atravesadas son bebedores de agua.

—Bueno, écheme usted un poco.

—Le traerán un vaso.

Gentil avisó al amo, al *père* Martín, hombre grueso, mofletudo, con un pecho y unos brazos de gigante. Andaba este sirviendo a la clientela y dando órdenes a su mujer y a un chico. Tenía un aire caricaturesco, sobre todo cuando llevaba con toda su humanidad en la mano gruesa una copa con un platillo diminuto.

Cuando Gentil me llenó el vaso, yo dejé el *bock* intacto.

—¿Nadie lo quiere? —pregunté.

—El señor Le Brouillard lo tomará con gusto, si se lo ofrece usted —dijo Gentil.

—Yo, con mucho gusto se lo ofrezco. No se lo he dicho, porque pensaba que quizá le podría molestar que le ofreciese algo que yo no quería.

—No se preocupe usted de eso, señor Pagani. Tomaré el *bock*. Sé que es usted hombre de buena voluntad, y yo también creo que lo soy.

Y Le Brouillard hizo un saludo ceremonioso al tomar el *bock*.

Le Brouillard tiene la cara larga y arrugada, la expresión indiferente, los ojos grises y la boca de labios delgados. Usa una pelerina o macfarlán raído.

Gentil nos dio una pequeña explicación, y dijo en broma que íbamos a parlamentar en aquella taberna acerca del régimen de nuestro quinto piso, y contó, antes de entrar en materia, una serie de chistes sobre parlamentarios célebres.

Guizot había dicho en un discurso: «Prestadme, señores, alguna atención, porque están agotadas todas mis fuerzas». Al día siguiente, un periódico conservador partidario suyo, citaba la frase, y decía: «Prestadme, señores, alguna atención, porque están agotadas todas mis farsas». De otro político dijeron: «Es un hombre de una capacidad extraordinaria». Y el periódico suyo escribió: «Es un hombre de una rapacidad extraordinaria».

Se habló de las anécdotas de Talleyrand. Gentil dijo que casi todas estaban inventadas. Pero ¿qué importa, si son divertidas? Luego contó esta: A la entrada de Luis XVIII en Francia, en 1814, al día siguiente de la presentación de Talleyrand al rey, un periódico que se titulaba *El Enano Amarillo* publicó esta noticia:

«Ayer, su ilustrísima el obispo de Autun tuvo el honor de presentar su esposa a su majestad el rey cristianísimo.»

Después de estos entremeses anecdóticos, se fue al fondo de la cuestión.

—Vamos a ella —dijimos todos.

—La guerra está encima —afirmó Gentil—. ¡Quién sabe lo que durará! En nuestro piso del Hotel del Cisne estamos bien, dados nuestros pobres medios de vida; pero hay gente que nos estorba.

—Uno de ellos, el comisionista Bergmann —dijo Barbier, el ex policía.

—Y los rumanos —añadió Gentil.

Perronet aseguró:

—Yo creo que la polaca María Lubomirsky suele quitar la leche de las marmitas.

Gentil le hizo callar, diciéndole que la polaca tenía grandes influencias, y que si se le metía en la cabeza, nos echaría a todos del hotel.

En un aparte le dije yo a Gentil:

—Supongo que eso de que la polaca tiene grandes influencias será un bulo.

—¡Ah, claro! Pero es una mujer amable y simpática, que da un poco de alegría a nuestro rincón.

—Evidente.

—¿Así que se acuerda que a María Lubomirsky no se la moleste en modo alguno? —preguntó Gentil.

—Sí, acordado —dijimos todos, menos Perronet.

—Respecto al comisionista Bergmann, yo me encargo de echarle —indicó Barbier.

Barbier es un empleado retirado de la Policía, hombre alto, serio, de buen aspecto, misterioso de ademanes. Da la impresión de muy cauteloso, pero no creo que tenga miedo de descubrir sus intenciones. Fuera de los recuerdos de su oficio, no tiene nada que contar.

Como su tipo de viejo es respetable, al parecer, le contratan en una agencia funeraria para ir en los entierros solemnes como persona de buen aspecto, como un *croque-morí* distinguido.

A Barbier le gustan los entierros, y aunque no conozca al difunto, suele ir en las comitivas importantes por afición a las pompas fúnebres.

Además de policía, ha sido agente de un prestamista del barrio. Es muy amigo de las maquinaciones. Las intrigas, los anónimos, todo eso le encanta.

Bergmann, a quien se quiere echar, es un bruto sombrío. Vende géneros de Checoslovaquia, y debe de ser alemán. Es fuerte, rojo, decidido, de cabeza cuadrada.

Se conoce que elige sus muestras de comercio al amanecer, y mueve sus cajas de un lado a otro, sin duda para reconocerlas y escoger género, y produce unos chirridos estridentes, que no dejan dormir ni a los vecinos de abajo ni a los del mismo piso.

—Yo —dijo Gentil— he hablado con la administradora de la casa, madame Latour, de lo molesta que es la vecindad de Bergmann, y la administradora me ha respondido: «Yo no le puedo echar a ese hombre sin más motivo. Pero invente usted algo para que se vaya y luego tráigame otro inquilino».

—Y eso, ¿será difícil? —preguntó alguno.

—Yo, el otro inquilino, lo tengo.

—¿Quién es? —dijeron varios al mismo tiempo.

—Es una señora escritora, que no meterá más ruido que una mosca. Una señora muy honorable.

—Se acepta —indicamos todos.

—¿La administradora no pretenderá aumentar el precio de los cuartos? —preguntó el señor Le Brouillard.

—No. Parece que no está permitido.

—Muy bien.

—Respecto a la cuestión de los judíos rumanos —dijo Barbier—, conozco al inspector de Higiene del distrito, y le escribiremos una carta firmándola todos.

Seguramente los obligarán a marcharse.

—¿No es un poco duro? —preguntó Nickles, el pasante de un colegio del barrio, adjunto a un liceo.

—No, no es duro —contestó Gentil—. Esos rumanos son ricos y tienen miles de dólares, y han mostrado papeles del Estado y acciones de fábricas y de minas. Viven cuatro personas en un cuarto de dos metros en cuadro, lo que es una porquería. Padre, madre y dos hijos, uno de quince años.

—Nada, nada, firmaremos todos —dijo la mayoría de los reunidos.

—Se me ocurre una idea —indicó Perronet.

—¡Hombre, qué cosa más rara! —murmuró Gentil en voz baja—. Y ¿qué idea es?

—Que podíamos poner un bar en el cuarto vacante, pagándolo entre todos.

—No; no lo permitiría la administradora del hotel.

—Aquí la cuestión es que hay que tener otro inquilino para el segundo cuarto que queda vacante.

—Yo tengo un inquilino —dijo Nickles—, siempre que sea seguro que no aumenten el alquiler.

—Y ¿quién es? —preguntamos varios.

—Es un pasante de escuela, un *pión*, como yo. Se defiende dando lecciones de inglés, pero ya tiene muy pocas. Vivía en una pensión de extranjeros, y se ha cerrado la pensión con la guerra.

—Y ¿cómo se llama?

—Mac Donald.

—¿Inglés?

—De origen. Pero creo que está nacionalizado francés. Es un hombre que mete menos ruido que un ratón.

—Lo principal es que no pretendan subir el precio de los cuartos —repitió Perronet.

—Pagani se enterará bien de esto.

—Sí, sí, lo haré. Como hemos formado una asociación, un pequeño sindicato —añadí después—, me parece natural y lógico nombrar un presidente, y creo que el presidente más indicado, porque es el iniciador de la idea, es nuestro amigo Gentil.

Barbier, Nickles y Le Brouillard aceptaron la proposición. Perronet no dijo nada.

Al salir del bar me decía Gentil:

—¡Qué reunión la nuestra de pobretería y de roña!

—Pobreza no es vileza, se dice en español.

—Aquí se dice: pobreza no es vicio. Y cuando a un autor antiguo le indicaron esto, contestó: «No es vicio, es algo peor». A mí me parece lo mismo.

—Claro, es natural. Usted tiene la nostalgia de Versalles.

—No sea usted fantástico, amigo Pagani —replicó Gentil—. No soy del Trianón, sino del quinto piso del Hotel del Cisne.

—Bien, pero de espíritu es usted un versallesco.

—No, mi distinguido amigo —contestó él—. Todo se pega, hasta la hermosura. Se pega la fealdad, la tristeza y la ramplonería, y a mí se me ha pegado algo de todo eso con la vida miserable.

VI

PERRONET, «EL PELUCAS»

Al ir al hotel, en compañía de Gentil, hablamos de nuestros vecinos del piso quinto, a quien yo apenas conocía.

Perronet, según me dijo, era uno de los más antiguos de la casa. Tenía una habitación pequeña, con ventana al patio. Era hombre alto, pesado y asmático, de cara amarillenta, arrugada y triste. Tosía mucho y vestía de negro. A pesar de que llevaba tiempo en el hotel y nos cruzábamos en la escalera o en el ascensor, no nos hablábamos.

Tenía el aire de aburrirse con lo que él mismo decía.

Era un antiguo mozo de bar de los bulevares de Rochechouart y de Clichy. A fuerza de trabajo y de economía, reunió bastante dinero para vivir de su renta.

Hacer un capitalito con propinas de obreros, de artistas y de empleados roñosos tiene su mérito.

Parece que los del oficio, según dijo Gentil, llaman a estos tipos de bar un pelucas.

Perronet, *el pelucas*, tenía una renta para vivir modestamente; pero con la desvalorización de la moneda, el hombre estaba asustado.

—Sí, no me choca —dije yo.

—Hay que tener en cuenta —indicó Gentil— que, hace solo cinco o seis años, una manzana valía veinte céntimos, hoy vale dos francos, y dentro de un año puede que valga ciento. Perronet no tiene manera de ganar dinero. Me han dicho que presta por intermedio de algunas vendedoras del mercado de Belleville.

—¿A usura?

—Es posible.

—¿Es mala persona?

—No creo. Es un egoísta, un solitario. No tiene parientes, al menos en París, ni manera de ganar dinero, y toda su astucia la emplea en pequeñas maniobras y en escamotear unos céntimos haciéndose el tonto. Perronet ha tenido en su vida la ambición de ser rentista y de vivir tranquilamente en una pensión cómoda de cierto aire burgués. Ya consiguió esto. Pero ahora empieza a ver su tranquilidad y su vida segura en peligro. Creo que ha dicho por ahí que, si puede, se irá al campo.

—¿Y no tiene amigos antiguos?

—Sí; tiene un compañero que es el amo de un bar que está cerca de la poterna de La Chapelle, y allí parece que se pasa la mayoría del tiempo.

—Y usted, ¿conoce algo de su historia?

—Poca cosa. Parece que vivió con una mujer que tenía un puesto en la plaza de Belleville. No se sabe si estuvo casado con ella o no. Tampoco se sabe qué cantidad de dinero tiene. Para gastar diez céntimos, siempre ha tenido que reflexionar si el gasto era imprescindible. Algunas veces le convidan y viene algo alcoholizado, pero no se le nota apenas. Únicamente estos días pasea en el cuarto, de un lado a otro, y canturrea en voz baja algún cuplé de *La Mascota* o de la *Filie de madame Angot*. También parece que espera que llegue alguien o algo que le resuelva la vida; pero esa persona, o ese algo, no llega nunca.

—Es lo que pasa siempre. No llega nada.

—Por lo menos, nada bueno.

VII

EL MISTERIOSO SEÑOR LE BROUILLARD

—¿Y el señor Le Brouillard? —le pregunté a Gentil.

—Yo creo que debe de ser un avaro.

—¿Qué oficio ha tenido?

—No sé. Se cree que es un antiguo burócrata, jubilado; otros dicen que ha sido pasante de notario. Tiene todo el tipo de un *paperassier*. ¿Sabe usted lo que es esto?

—Sí; el oficinista que maneja muchos papelotes.

—Eso es. Es una palabra que no hay más que en nuestro idioma. Francia tiene el alto honor de ser el país más entusiasta de la burocracia del mundo. Los demás países la imitan, pero creo que solo China ha llegado a su altura. Por eso ha inventado esas palabras: *Paperasser*: hojear papeles, o papeletear, y *paperassier*: el que se dedica a ese trabajo.

—Y Le Brouillard, ¿es un *paperassier*?

—Así lo creo, pero no lo sé con seguridad. Me figuro que es un hombre raro, un solitario y un estoico. Creo que, viejo y todo, puede resistir las inclemencias del tiempo, y que haga temperaturas extremas de frío o de calor, sale a la calle. Es hombre que gasta muy poco.

—Quizá tenga un retiro escaso para vivir.

—Así debe de ser. Lleva un macfarlán o ulster raído y un sombrero que es el mismo que se le ha conocido desde hace diez años. La única modificación que

practica en su cubrecabezas, después de limpiarlo con bencina, es llevarlo de delante atrás y ponerle la cinta al revés, con lo cual el lazo siempre queda a la izquierda. La ropa que emplea para la calle no está mal, es un poco raída, pero puede pasar. También lleva en la solapa una condecoración, y un junco en la mano, con puño de plata. En casa usa una chaqueta y unos pantalones llenos de composturas, y en invierno se pone encima una bata acolchada. «Es una bata buena, que me abriga», dice, convencido.

—¡Pobre hombre!

—Le Brouillard considera la rutina en la vida como algo cómodo y magnífico. Su paseo habitual es el parque de las Buttes-Chaumont. ¿Usted va al mediodía, alguna vez, a ese parque? —me pregunta Gentil.

—No; muy pocas veces.

—Pues vale la pena de ir.

—¿Por qué?

—Porque es la flor y nata de lo pobretón y de lo raído. Unos viejos retirados, con aire melancólico, con niños pálidos de la mano, solteronas marchitas, algún vagabundo que mira el suelo, para ver si hay colillas. ¡Es delicioso!

—Cosa triste.

—A mí, toda esa gente me da la impresión como si le quisiera echar a uno la culpa de su miseria.

—¡Qué malevolencia tiene usted!

—Le Brouillard explica que el parque tiene forma irregular, la figura de un triángulo isósceles, y que es curvilíneo. Yo le conté que en ese parque, o, mejor dicho, en el mismo sitio, antes que existiera el parque, se levantó en otro tiempo la gran horca de Montfaucon, y que allí colgaron al almirante Coligny, después de matarle por orden de los Guisas, tras la noche de San Bartolomé. También le dije que el rey Carlos IX fue a insultar el cadáver del almirante, por tenerle como símbolo de los hugonotes franceses, y que dijo, imitando a Vitelio: «Un enemigo muerto no huele nunca mal». Esto parece que lo cuenta él ahora a sus amigos del parque.

—Si le sirve de lucimiento, hace bien.

—Como habrá usted visto, contornean el jardín de las Buttes por los dos lados, largos y curvos, la calle Manin y la calle Botzaris, y por el lado corto y recto, la calle de Crimea. Le Brouillard ha medido todas las distancias, los minutos que se tarda en dar la vuelta al lago. Según él, este tiene dos hectáreas.

—¡Qué afición por las diligencias vanas, como decía un amigo! —le indico yo.

—Carlos Le Brouillard es el hombre de los trabajos inútiles. Tiene un anteojo antiguo, largo, con cuatro tubos de cobre enchufados, que se sacan de otro recubierto de madera roja, y desde su ventana mira la copa de los árboles del parque, y como el aparato no es acromático, todo se ve rodeado de un arco iris.

—Y ¿qué observa?

—Nada. Ha medido también varias veces el número de pasos que tiene ese

parque a lo ancho y a lo largo. Le Brouillard podría escribir, si se le ocurriera, un libro como el de Juan Jacobo Rousseau, que se titulara: *Les rêveries du promeneur solitaire*. Probablemente, supone que aprende siempre algo. Como decía el filósofo ginebrino, *Je deviens vieux en apprenant toujours*. Le Brouillard marcha, a veces, despacio, y como si tuviera algo que hacer, hasta la estación del Norte, y se para en el canal de San Martín. Cuando hace buen tiempo va observándolo todo y sentándose en los bancos del camino, hasta el cementerio del Père Lachaise.

—¡Pobre diablo!

—Es como una lapa. Tiene interés en calidad de molusco. Está muy enterado de fórmulas burocráticas. ¿Usted no le habla?

—No; no he tenido ocasión.

—Vive en un cuarto del otro pasillo. Usa un levitón antiguo y un gorro negro de seda, ajado y mugriento. Tiene muchos años. Probablemente, más de ochenta. Antes de la guerra vivía mejor que ahora. Se dice que se pasaba la vida haciendo figuritas de cartón y pintándolas. Se conoce que con eso ganaba algo. Cuando pasea por el parque de las Buttes-Chaumont recoge los papeles, las hojas de los árboles, los prospectos, los billetes del Metro.

—¡Qué tipo!

—Como no quiere gastar en lavado más que una cantidad muy pequeña, los pañuelos y hasta la camisa se los lava en el cuarto él mismo y los pone a secar en la ventana.

—¿Y no tiene amigos ese hombre?

—Sí; los tiene.

—Y ¿qué clase de tipos son?

—Uno de ellos parece que es un antiguo *clown*, que tenía como nombre de guerra *Tom Ship*. La especialidad de *Tom Ship* era ser un payaso fúnebre. Tuvo sus éxitos en su tiempo, hace cuarenta o cincuenta años, y vive por este barrio. El otro amigo es un viejo petulante y tonto, ex cómico de la legua, que se da mucha importancia y se hace llamar Favart d'Isère. Nadie le recuerda, pero él cree que ha dejado su nombre en la historia del teatro. Favart es un hombre pequeño y con peluca, que fue en su tiempo cómico y empresario. Al parecer, representaba, sobre todo, melodramas de repertorio antiguo: *Lázaro el pastor*, *El conde de Montecristo*, *El campanero de San Pablo*, *Los misterios de París*, *El judío errante*, *Treinta años*, o *la vida de un jugador*. Cuenta muchas anécdotas de cuando representaba este o el otro melodrama en Tours, en Poitiers, o en Béziers, y los regalos que le hacían. El señor Favart, en su tiempo, quería valorizar los dramas que representaba, y como pensaba que no había escritor tan popular y tan famoso como Alejandro Dumas, padre, lo mismo que se tratara de una obra antigua o de una moderna, ponía como nota en el cartel: «Drama de Alejandro Dumas», y añadía después: «Hijo de esta ciudad».

—Y ¿era un cómico bueno ese Favart?

—No; un cómico de la legua, muy petulante y muy afectado. Tiene el hábito de

tomar rapé y guardar unas tabaqueras esmaltadas que le regalaron sus admiradores.

—¿Se da mucho tono?

—Sí; tiene dinero, ha ahorrado. Ese viejo *clown*, *Tom Ship*, cuenta que en su casa puso Favart un letrero que decía: «El señor no está visible de dos a cinco», y que un antiguo compañero le dijo: «Ya he visto el cartel que ha puesto usted en su casa, de que el señor no está *risible* de dos a cinco».

Según Gentil, Favart d'Isère solía recitar este epigrama a su amigo Le Brouillard:

*A tout miracle révélé,
Un certain Charles peu crédule,
Soutenait qu'ânesse ni mule.
En aucun temps n'avait parlé.
Quoi!, dit Favart l'infailible.
Oses-tu démentir la Bible?
De par le grand Dieu d'Abraham
Je te pure, mon ami Charles,
Que l'ânesse de Balaam
A parlé comme je te parle.*

También el *clown* había atribuido a Favart la anécdota conocida del oficial y del cura. El oficial marchaba en un hermoso caballo, y el cura iba montado en un asno flaco y esquelético.

—¿Cómo va el burro? —preguntó el oficial con malicia.

—A caballo, señor oficial, a caballo —le contestó el cura.

Esta misma réplica la había tenido que sufrir Favart una vez que había ido a una aldea, él montado en un hermoso caballo pacífico, y el primer galán en una burra.

VIII

NICKLES, EL PASANTE DEL COLEGIO

Hablando de Nickles, a quien yo conocía poco, me dijo Gentil:

—Nickles es un intelectual, hombre de mala suerte. Ha llevado una vida tan austera, que ha tenido que prescindir de todo. Los días que tiene libres se mete en su cuarto y lee y toca el violonchelo. Toca bastante bien.

—¿Y tiene libros?

—No; los toma prestados de la biblioteca del liceo del barrio. Los días de fiesta se echa en el diván, envuelto en una manta, y lee y hace música, y así se pasa el tiempo.

—¿Es buena persona?

—Sí; es un buen hombre, cándido y romántico. No ha tenido suerte en la vida. Ya no cree que la tendrá, y no espera nada.

—¿Es muy viejo?

—Andará entre los cincuenta y los sesenta.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Nickles es un pasante de un colegio del barrio, que está adscrito al Liceo Rollin. Nickles es soltero, pobre hombre abrumado de trabajo y de cuidar chicos insolentes y estúpidos. Es profesor suplente de alemán y de griego; pero no ha llegado a lo que se llama en Francia la *agregation*, que es como un grado universitario intermedio entre doctor y profesor.

—Sí; conozco alguno que se encuentra en el mismo caso.

—Nickles gana muy poco y está sometido en su colegio a una disciplina terrible. Hablo alguna vez con él. *C'est un drôle d'homme*.

—Pues ¿por qué?

—La amenaza de la guerra le ha reventado. Yo no sé lo que pensará usted. Yo tengo la idea de que los políticos alemanes actuales son muy brutos y muy pedantes, y algunos son verdaderos *gangsters* teatrales e histéricos; pero creo que la masa alemana es buena, trabajadora y demasiado dócil y obediente. Si el Gobierno francés hubiera encontrado un sistema de entenderse con ella y hubiese permitido una migración limitada en Francia, nos hubiera venido muy bien, y yo creo que, al cabo de treinta años, los alemanes radicados aquí serían tan patriotas de Francia como los franceses. Pero esto es hablar por hablar.

—Y actualmente es peligroso.

—Sí, es cierto; pero aquí no nos oye nadie. También creo que, si algún pueblo podía hacer una transformación social salvadora en Europa, era Alemania; pero se ha entregado a unos aventureros de ópera cómica estúpidos y petulantes, y estos, con el tiempo, la llevarán a la ruina.

—Me asombra oírle a usted.

—Bueno, asómbrese usted. En nuestro tiempo se ve que Europa es mediocre. No brota nada genial. Se repite y se repite, haciendo lo mismo en mayor escala.

—Esto será, probablemente, por el dominio de las masas, que no pueden tener un pensamiento original.

—Yo también así lo creo. Las masas no permiten que se destaque un hombre en la política. Se apoderan de él y hacen que las sirva para sus intereses y sus apetitos.

—Así que vamos al reino de los Asurbanípal o de los faraones de chaqueta.

—De chaqueta o de casco, es igual. Los sesos son por el estilo. Vuelvo a Nickles. La familia de este hombre tenía antes de la guerra del 14 una posesión en una aldea no muy lejos de la ciudad de Nancy, y él vio la posesión, cuando tenía veinticinco o veintiséis años, arrasada y destruida. A su madre, que veía su casa nativa en ruinas, los campos arrasados y lloraba desconsolada, le juró que trabajaría principalmente para reconstruir la casa y los campos. Son esos proyectos absurdos que se hacen en la

juventud, sin tener en cuenta las necesidades imprevistas. El hombre ha llevado más de veinte años pensando únicamente en la casa y en la propiedad, sacrificándose por ellas, haciendo deudas y arruinándose, y cuando llega el momento de aprovechar el trabajo de su vida entera, se le muere la madre y viene la guerra.

—¡Qué se va a hacer! Mala suerte. En la vida no basta ser previsor ni prudente.

—Lo mismo se pierde uno por prudencia que por imprudencia.

Los días siguientes hablé con Nickles y estuve en su cuarto en compañía de Gentil. Nickles es hombre delgado, pálido, con los ojos claros. Manifiesta un gran odio por los alemanes. A pesar de su germanofobia, tiene más aire de alemán del Sur o de italiano de la Lombardía que de francés.

Veo que Dorina, la hija de madame Latour, tiene buena amistad con él. Le trata muy amablemente. Él le da lecciones de inglés. Nickles es un hombre capaz de generosidad y de austeridad. Ha vivido su vida oscura, dispuesto a sacrificarse por algo noble y verdadero. No ha encontrado más que miseria y farsa. No ha tenido ocasión de sacrificarse dignamente.

IX

PEQUEÑO COMLOT

La conspiración del quinto piso, tramada y dirigida por Gentil, comenzó a dar resultados.

Barbier, el policía, se encargó del asunto de Bergmann. Tenía amigos en la Prefectura, le llamaron al comisionista desde allí y le obligaron a perder el tiempo. El comisionista consultó su caso con Gentil, y este, con su perfidia pintoresca, le aconsejó:

—Podía usted hablar con Barbier.

Barbier le dijo confusamente que aquel barrio era de comercio pequeño, de rivalidades entre tienda y tienda; tendría la enemiga de algún patriotero, por su apellido alemán. Finalmente, le dijo que creía que le convenía más ir a Montrouge, donde haría mejores negocios.

Bergmann se convenció y se fue. Le sustituyó madame Philippe. Esta era una mujer muy simpática en su trato, de una gran amabilidad. Parecía una verdadera dama.

No se sabía si era casada o viuda. Era una mujer de cuarenta a cincuenta años, delgada y elegante, de cara aguda, como de pájaro. Al parecer, había viajado mucho, y, según se decía, hacía traducciones y colaboraba en algunas revistas.

Gentil averiguó que había vivido con una señora amiga; pero esta señora tuvo que

aceptar a unos parientes en su casa, y no le quedaba sitio. Madame Philippe se hizo pronto amiga de la administradora, madame Latour.

La recién llegada parecía mujer que debía de tener historia. Quizá el nombre que empleaba era falso.

Había viajado, era muy amable y trabajaba muchas horas al día, traduciendo del inglés y del alemán al francés. No sabíamos qué traducía.

Se oía constantemente la máquina de escribir en su cuarto, durante horas y horas; pero a ella el trabajo no le quitaba ni su amabilidad ni su sonrisa. Comía en la casa. Después de comer daba un paseo por las Buttes-Chaumont, y volvía a su labor. Debía de estar trabajando sus ocho horas diarias.

Los domingos por la tarde iba a la estación de San Lázaro, a Ville d'Avray o a Sèvres, donde, sin duda, tenía amigos. Madame Philinpe convidaba a tomar el té en su cuarto cada diez o doce días.

Nos invitaba a María Lubomirsky, a Gentil, a Nickles y a mí. También venían algunas veces madame Latour y su hija Dorina.

El cuarto era pequeño, y las señoras se tenían que sentar en la cama-diván. La tertulia solía ser amena y entretenida. Gentil contaba sus maniobras y sus bromas. Nickles daba explicaciones de las consecuencias de carácter etnográfico y político que se obtenían en la filología. Madame Philippe hablaba de las personas conocidas por ella en épocas mejores. Madame Latour sabía historias raras, y su hija era muy observadora. La polaca María contaba cosas extraordinarias del gran mundo de Varsovia, de Viena y de París. Yo hacía también mis pequeños comentarios.

Gentil, Nioldes y yo propusimos a madame Philippe colaborar en los gastos de la reunión y celebrarla todas las semanas, pero ella se negó: por el momento no podía, le era indispensable trabajar durante muchas horas, para vivir.

El caso de los judíos rumanos se resolvió pronto. Un conocido de Gentil se presentó en el hotel como si fuera del Servicio de Higiene, y dijo que tenía que ver la habitación.

El rumano explicó que estaba allí provisionalmente y que se marchaba en seguida a El Havre con su familia, y se fue.

Se limpió y desinfectó el cuarto cuidadosamente. Los rumanos dejaron, al parecer, chinches, piojos y hasta gusanos.

Cuando el cuarto quedó libre y limpio entró a vivir en él Mac Donald, el amigo de Nickles.

Era este un hombrecito con una inteligencia de homúnculo y un carácter de lo mismo. Tenía los ojos azules y el pelo rubio, casi rojo. Decir un chiste que tuviera un poco de éxito era su ambición suprema. Quizá por ello, pocas veces conseguía su objeto. Él mismo se reía estruendosamente de sus gracias.

Mac Donald, cuando se instaló en su cuarto, nos invitó a Nickles, a Gentil y a mí a tomar una loncha de jamón y un vaso de cerveza para quitar el carácter judaico a su nueva habitación.

Mac Donald era un hombre de poco carácter. Cuando le visité vi que su cuarto parecía de estudiante.

En la pared tenía fotografías de actrices y de mujeres guapas, y en el mármol de la chimenea, varias novelas inglesas de aventuras. Tenía también colgadas en las paredes varias raquetas de tenis. Iba a jugar algunos días de fiesta no sé adónde.

De cuando en cuando se emborrachaba de una manera periódica, y como no era partidario de alborotar, volvía a casa muy serio y muy triste y se metía en la cama.

Esta periodicidad me recordaba el caso de un aristócrata inglés de la buena época, de quien se contaba que decía, convencido:

—El sábado próximo, si Dios quiere y el tiempo lo permite, me emborracharé concienzudamente.

Gentil me dijo después que Mac Donald era medio teósofo, medio espiritista, porque le había hablado de influencias misteriosas, y suponía que algunas veces se reunían cuatro o cinco personas en la habitación estrecha y se dedicaban a consultar con el velador, que, como todos los veladores especializados en esto, resolvía grandes cuestiones con sus patas, como muchos hombres famosos, sobre todo políticos. Al parecer, Mac Donald tenía cierta conmiseración por las personas que se llaman sensatas y que no ven en un velador más que un utensilio un poco ridículo de madera o de laca, porque él veía en el aparato la sabiduría de la sibila de Cumas.

Nickles y Mac Donald, con algunos auxiliares del colegio en el que ambos trabajaban, iban a un restaurante pobre del boulevard de Rochechouart, donde se servían almuerzos y comidas de ocho a diez francos, lo que ya en nuestro tiempo indicaba la plena miseria.

Mac Donald es insignificante. Nickles no. Tiene carácter, y cuanto más se le trata se ve que vale más.

Manón, la polaca, habla con él y se ríe un poco de sus fantasías.

Gentil llama a nuestro piso «la Pouponnière», como se dice de las salas de los asilos para los niños de pecho.

Se ha hecho el padrón de «la Pouponnière», de menos a más edad, que es así:

María Lubomirsky, veintinueve años.

Mac Donald, cuarenta y cinco.

Gentil, cuarenta y ocho.

Madame Philippe, cincuenta y uno.

Nickles, cincuenta y siete.

Rosa Vinay, sesenta y seis.

Perronet, setenta.

Pagani, setenta y dos.

Barbier, setenta y cinco.

Le Brouillard, ochenta y uno.

Entre los inquilinos del piso quinto llegamos a contar cerca de los seiscientos años.

—Se podría decir —ha indicado Gentil—: «Desde lo alto de estas pirámides, cuarenta siglos os contemplan».

—Eso no impide que la llamemos «la Pouponnière» —le he replicado yo.

—También podríamos llamarla la «Menagéries juvenile».

—Sí; desde el punto de vista biológico. Desde el punto de vista económico, se le podría denominar «el club de los capitalistas».

—Es verdad. Y, sin embargo, ¡vaya usted a saber si alguno de estos compañeros no tendrá sus cuartitos guardados!

—Cabe esa posibilidad. Puede que haya dinero... ¡Y hasta juventud!

—En la mirada de Manón y en la de Nickles hay juventud.

—Es cierto.

X

NUESTRO ESTATUTO

El estatuto del sindicato del quinto piso dice, poco más o menos, así:

«Todos los vecinos del piso estarán levantados para las ocho de la mañana, excepto los enfermos, y acostados para las doce de la noche.

»Entre las horas de las doce de la noche a las ocho de la mañana, nadie hará ruido, ni se tendrán conversaciones en voz alta en los cuartos, ni en el pasillo.

»La gente se abstendrá en esas horas de ir al baño, para no despertar a los demás con el ruido de los grifos. Se abstendrá también de escribir a máquina.

»Cuando haya alarmas, el que quiera marchar al refugio del piso bajo, lo hará sin ruido, sin conversaciones, sin taconazos y sin golpes en las puertas.

»También se ruega que nadie beba la leche en la marmita del vecino, se encuentre esta en el suelo o en el picaporte.

»Todo lo que pueda molestar al vecino hay que evitarlo, porque en estos casos, el interés de cada uno es el general, y el interés de todos es también el de cada uno.»

No hay que pensar que el buen régimen para el quinto piso del Hotel del Cisne se llevara a la práctica de un modo completo y sin protestas. Hubo rivalidades y reclamaciones. Estas las resolvía nuestro director Gentil sin darles importancia. La mayoría, formada por él, Nickles, Mac Donald, Barbier, Le Brouillard y yo, y apoyada en madame Philippe, arreglaba las cuestiones con la suavidad posible.

Perronet y Rosa Vinay, a veces, inventaban ofensas o injusticias que se hacían con ellos. Pero no dábamos importancia a sus reclamaciones. Ya veían que, siendo nosotros los más, teniendo yo una amistad estrecha con madame Latour, y no queriendo hacer más que una justicia distributiva auténtica, no tenían derecho a

protestar.

Manón Lubomirsky se marchó unos días, y me dio a mí el encargo de que, si llegaban cartas para ella, las enviara a Londres, y si no volvía para Navidad, época hasta la cual tenía pagado el cuarto, recogiera los libros y me quedara con ellos.

Manón volvió mucho antes de Navidad y fue a pasar una corta temporada a Chamounix. Estuvo dos o tres días tan alegre, tan alborotada como siempre. Parecía que para ella no había guerra.

Perronet y Rosa Vinay odiaban a la polaca; hubieran querido encontrar un motivo de reclamación. Uno de aquellos días, Manón no apareció de noche, y el otro se lo pasó durmiendo.

Madame Latour me dijo poco después:

—Perronet me ha indicado que piensa marcharse al campo con unos parientes.

A ella le habían solicitado el cuarto; pero si nosotros teníamos algún amigo, se le reservaría.

Se lo dije a Gentil, y este habló a un compinche suyo, que se dedicaba también a la compra y venta de libros, y a quien le llamaban Poliche.

Perronet no se marchó por entonces; sin duda, le ofendió el ver que los vecinos estaban deseando que se fuera.

XI

LAS MERMAS

Cuando han empezado las alarmas y el ruido de las sirenas, he ido yo dos o tres veces al salón del piso entresuelo, porque me han llamado. Después he advertido:

—A mí que no me llamen. No quiero bajar.

Esos dos o tres días que he bajado al salón, considerado como refugio, estaba lleno de huéspedes de los primeros pisos, personas más elegantes que las de nuestra altura, pero de un aspecto casi peor.

Los tipos de los hombres eran de empleados, algunos militares, gentes venidas de provincias, mujeres solas, viejas pensionistas y aventureras, probablemente de historia.

No se diferenciaban, en la conversación y en el trato, de la gente de los hoteles elegantes. Quizá en lo exterior, pero nada más.

Entre ellas había algunas damas jóvenes, con aire gatuno, con ganas de coquetear, que sonreían a los galanes y no se preocupaban gran cosa de la guerra.

Había alguno que otro extranjero, pero no muchos. La mayoría era gente venida de los departamentos del Este, donde la guerra, probablemente, va a ser más dura y

más inmediata.

Había también viejos pálidos, malhumorados, furiosos, dispuestos a encontrarlo todo mal, y algunas solteronas flacas, esqueléticas y agrias. Daban la impresión de mujeres que en un país entregado a la sensualidad no habían encontrado lugar para ellas, y tenían aspecto descontento y triste. Había también mujeres de tipo fino, avisado, y algunas señoras de traza monacal.

Entre la gente del piso segundo, una señora y su hija se destacaban entre aquellos empleados y comerciantes de aire servil. La madre era alta, pálida y vestía modestamente, y la hija, de diecisiete a dieciocho años, pálida y esbelta, tenía vitola aristocrática. Dicen que eran de una gran familia arruinada.

Otras dos que llamaban la atención: una era una rubia austríaca y lánguida, que, al parecer, tocaba admirablemente a Beethoven y a Schumann en el piano, y de la que se decía que era espía, y una hebrea con los pelos rizados, que parecía un negrito.

Gentil embromaba a todos de una manera escandalosa. Claro, no lo notaba nadie; pero lo notaba yo, que le conozco desde hace tiempo.

A Gentil le entusiasmaba mistificar a los buenos burgueses, empleando en la conversación las frases hechas y los tópicos más manidos. Madame Latour le miraba, sospechando que hablaba en broma. En una época así, me parece una burla sangrienta expresarse de esta manera. No sé si tenía miedo o no, pero todo lo miraba con sorna.

Parece mentira que se pueda tomar una actitud parecida.

Gentil asegura que es discípulo del personaje de un sainete de Labiche: *El viaje de monsieur Perrichon*. Considera al señor Perrichon como el mejor modelo que imitar. El mismo monsieur Jourdain, del *Bourgeois Gentilhomme*, de Moliere, no es tan completo, según él, como Perrichon.

Gentil, como digo, imita a Perrichon. Eso de que el señor Perrichon mire con antipatía al joven que le ha salvado de un peligro grande al deslizarse en un ventisquero alpino, porque cree encontrar un aire protector humillante en él, y que, en cambio, se entusiasme con un joven farsante, que finge deberle la vida a Perrichon para conquistarle y para conquistar a su hija, está muy bien. Es humano hasta más no poder, mucho más humano que Ruy Gómez de Silva o que el padre Goriot. Cuando a Gentil la imitación le sale bien, se ríe después a carcajadas. Desde hace tiempo le da mucho resultado esta maniobra y la celebra.

Únicamente, a veces, cuando los negocios le salen mal, se mete en la cama y maldice de todo, y repite la palabra de Cambronne.

Al día siguiente está sonriente y emplea alguna de sus frases zumbonas, sonriendo:

—Siente uno que es algo, porque está uno entre tontos. Todo tiene sus ventajas — dice.

—Es verdad.

—Los que tenemos que vivir del trabajo hemos de ir acostumbrándonos a ser mentirosos y aduladores; si no, no podríamos desenvolvemos en la vida —añade él.

—¡Qué inmoralidad! ¡Qué maquiavelismo! —le digo yo en broma.

—No; es que tenemos criterios distintos con los buenos burgueses. Ellos desprecian el nuestro, que tiene menos partidarios. Nosotros no tenemos más remedio que aceptar el suyo, al menos exteriormente. Ellos ven la vida en función de prestigio social y de dinero. Nosotros, en función de inteligencia y de trabajo. No nos podemos entender...; por tanto, hay que fingir.

Después de la acumulación de gente en los hoteles de París empieza la dispersión, el éxodo. Unos se van a América; otros, a Inglaterra; otros, a las colonias francesas; otros, a España y Portugal.

Según me han dicho, un amigo mío español ha salido de París con su familia y sus hijos en un coche automóvil de muerto, destartado.

—En un *tombereau* —me decía el que me contaba esto, riendo, porque esta palabra francesa le sonaba, sin duda, al mismo tiempo a caída y a tumba.

XII

BARBIER, EL POLICÍA

Desde que hemos hecho este arreglo, los vecinos del quinto piso nos tratamos un poco más. Según Gentil, hay entre esos tipos algunos pocos recomendables.

Rosa Vinay, antigua bailarina, mujer celestinesca y embrollona, es embustera, liosa, intrigante, conspiradora, que llega a creer en sus embustes.

Perronet, el ex mozo de bar, es bruto y malintencionado. Le Brouillard, muy misterioso, tiene una vida de topo o de gusano. Y Mac Donald se muestra muy poco espiritual, a pesar de su espiritismo.

Barbier, el ex policía, es malhumorado y un tanto siniestro; pero capaz de un buen movimiento, sobre todo con persona que conozca y con la que tenga confianza.

Barbier sabe historia de crímenes. He estado en su cuarto. Tiene una estantería pequeña, con unos cien o ciento cincuenta volúmenes: son las memorias y los recuerdos de jefes de Policía, escritos por Vidocq, Andrieux, Canler, Gisquet, Gustavo Macé y Goron. Tiene también *Le libre noir de la Police*, de Delavau y Franchet, que es un diccionario de sospechosos políticos, con notas del tiempo del Ministerio Deplorable, de 1820 a 1830; *Las causas célebres de todos los tiempos*, de A. Fouquet; *El cancionero criminal*, *La historia de la Policía de París*, de Raissan, y *Las prisiones de París*, por un antiguo detenido.

Tiene, además de los libros técnicos de identificación y de antropometría, novelas de Edgar Poe y de Conan Doyle.

—Y a la gente de la Policía, ¿le sirve algo la literatura?

—Todos hemos leído a Poe y a Conan Doyle, y hemos aprendido mucho de ellos. De Poe, *La carta robada*, *El misterio de María Roger* y *El escarabajo de oro*, son como modelos de inducción. Dupin es nuestro héroe.

—¿Y Conan Doyle?

—Sherlock Holmes ha sido uno de nuestros tipos predilectos.

—Sí; está muy bien.

—Hay una frase suya muy exacta.

—¿Y es?

—Esa que dice: «Cuanto más extraño es un crimen es más fácil descubrirlo; cuanto más vulgar, más difícil». Esto es verdad.

Lo que explica Barbier, porque lo ha leído, no es muy interesante. Pero lo que cuenta, porque lo ha visto, ya es otra cosa. Además, da a sus historias, aunque sea de una manera machacona, pesada y vulgar, un aire muy gráfico y misterioso.

Barbier, cuando habla el argot de los criminales y los imita, llama a la cabeza la *Sorbonne*; a la conciencia, la *muette* (la muda); a la querida del chulo, la *marmitte*; al amigo, un *poteau* (el compinche); a la cárcel, le *collage*; dedicarse al robo es *s'affranchir* (emanciparse).

Barbier me dice:

—Los criminales franceses tienen dos variedades del argot: una, la de los estafadores y ladrones, que es el *leucheben*, y otra, de los apaches y chulos, que es el *javanés*.

—No lo había oído nunca.

—El *leucheben* consiste en sustituir la primera letra de una palabra con una *l* y ponerla luego al final de ella. Así, la palabra *boucher* se convierte en *louchebeme*; *quatre*, en *la trequeme*.

—¿Y el javanés?

—El *javanés* estriba en intercalar la sílaba *di* entre las demás de una palabra. Empleando este sistema con el *argot*, es casi imposible para el oyente descifrar lo que quiere decir una frase. En el argot criminal, para decir las tres y diez minutos, se dice: *Trois plombes, dix broquilles*, y en el javanés: *Troidi plomdibedi dixdi brodiquidilledi*. Cualquiera, al oír una frase así, piensa: «Esto está dicho en un idioma extranjero».

Barbier sabe los signos y jeroglíficos que emplean los gitanos trashumantes y ladrones cuando pasan por un pueblo, y qué significan las cruces, estrellas, triángulos y rombos que ponen con tiza o con carbón en las paredes.

Me habla también de la manera de entenderse los estafadores con los anuncios de los periódicos. Barbier me explica cómo los ladrones emplean el soplete oxihídrico para abrir las cajas metálicas de valores.

Barbier es viudo, y tiene dos hijos, con los cuales está reñido. Parece que no los puede ver ni en pintura. A los hijos les pasa lo mismo con el padre. Riñeron por cuestión de la herencia de la mujer del policía. Este, sin duda, pretendía quedarse con el dinero de la difunta, y los hijos le salieron al paso. No hay posibilidad de

reconciliación entre ellos.

Los hijos dicen de él: «Es un explotador. Es un canalla». El padre dice de los hijos: «Son unos chulos... Unos *voyoux*».

Barbier es aficionado al café, a los licores y al tabaco, hábitos que se ve precisado a abandonar, porque no tiene dinero para ello. El coñac y el aguardiente baratos empiezan a saber a alcohol de quemar; yo creo que los deben de hacer con madera, con serrín o con otra sustancia semejante; el café es malo, y el tabaco también. Me han dicho que, de joven, a Barbier le llamaban *Poil de vache* (Pelo de vaca). Supongo que sería de color rojo. Ahora, su cabeza es blanca.

Barbier dejó de ser policía ya hace tiempo. Ha estado en el Cuerpo de Seguridad cerca de cuarenta años.

Barbier ha nacido en La Courtille, barriada próxima, que tenía hace años una taberna o merendero de fama, que aún se recuerda, en donde se cantaban canciones alegres, y una de ellas tenía como estribillo:

*Vivent les chansons grivoises
Et le vin de Ramponeau!*

A Barbier le gusta hablar de sí mismo, y le invito a contar sus historias de empleado en la Policía.

El padre de Barbier tenía una tienda de comestibles en el barrio de Pantin. Él, de chico, era muy poco estudioso, y le gustaba más corretear por el campo que ir a la escuela.

Cuando tenía cuatro o cinco años, con otros pilletes de la calle, presencié las investigaciones de los agentes de la Policía para descubrir los restos de las víctimas del asesino Troppmann. Este bárbaro había matado a una mujer y a sus cinco hijos, entre ellos a una niña, y los había enterrado en el campo, entre Pantin y Belleville.

Barbier cuenta el número de asesinatos que ha habido en Francia de apellido alemán, desde Troppmann a Weidmann. Este último ha matado, hace poco, a cinco mujeres, y ha sido guillotinado en Versalles.

El contemplar a la brigada de Policía haciendo sus investigaciones en los campos de Pantin, cuando los crímenes de Troppmann, sin duda, impulsó a Barbier a entrar en el Cuerpo de Seguridad. Era entonces jefe Gustavo Macé.

El escritor ruso Turgueniev estuvo en la ejecución de Troppmann y dijo que no daba la impresión de un monstruo, aunque la boca, al parecer, tenía un aire siniestro, con unos dientes negros en forma de abanico.

El cura de La Roquette dijo que Troppmann tenía una inteligencia extraordinaria. Hacía, al parecer, versos que no estaban mal, lo que no se sabe si es signo de inteligencia o de habilidad.

De extravagancias de criminales cuenta muchas. Troppmann, después de haber matado a una familia entera, lloraba cuando hablaba de su madre.

Lacenaire, el día que mató a la mujer Chardon, expuso su vida para salvar un gato

que se iba a caer de un tejado.

Lebiez, después de su crimen, dio una conferencia en una sala pública sobre el darwinismo y la Iglesia.

El crimen de Menesclou les hizo mucha impresión a todos los jóvenes de la época de Barbier, porque se trataba de un mozo de veinte años que había cortado en pedazos a una niña de cuatro, después de violarla. El tal Menesclou era un tipo repugnante y degenerado. El crimen había ocurrido en la calle de Grenelle. A Menesclou le guillotinaron en la plaza de la Roquette, con aplauso del público.

Por entonces, no recuerdo si antes o después, Barbier se enteró del crimen de un guardia de Seguridad en el boulevard de la Chapelle.

Unas muchachitas del barrio notaron, por la tarde, ya al anochecer, que un hombre alto y corpulento, que llevaba una cesta en el brazo, se detenía delante de las bocas de las alcantarillas, miraba a derecha e izquierda, sacaba algo de la cesta y lo tiraba en el sumidero.

Le vieron repetir la maniobra, le siguieron por curiosidad, y en la calle del Gue (El Vado), que ya no existe, vieron a la entrada de la alcantarilla algo de color de sangre que había echado el hombre, y que se había quedado detenido.

Avisaron a un agente, este pidió un farol en una tienda, cogió aquel objeto y vio que era un hueso con restos de carne sanguinolenta.

Los llevó a una farmacia, y el farmacéutico dijo que era un pedazo de húmero de una persona, con sus músculos. Interrogaron a las muchachas, y estas dieron las señas del hombre de la cesta. Era alto, corpulento, llevaba una blusa y una gorrilla con la visera sobre los ojos.

Un guardia municipal se acercó al grupo, y al oír la relación de las chicas, dijo que había visto a un compañero suyo con la indumentaria indicada y la cesta por el boulevard de la Chapelle. El compañero de la cesta le indicó que estaba mudándose de casa.

Prendieron al guardia corpulento. Resultó ser el mismo visto por las muchachas. Se supo, poco después, que había citado al comisionista de una joyería en su casa, y le mató de un golpe en la cabeza con una barra de hierro. Le robó y le despedazó.

Se averiguó que antes había hecho una operación parecida con una novia suya, en un cuartucho que tenía alquilado en la calle del Evangelio. A la novia la despedazó, y fue dejando los trozos entre las fortificaciones y la poterna de la Chapelle.

—¡Qué bárbaro! —dije yo.

—El guardia fue guillotinado en la plaza de la Roquette, y yo fui a ver la ejecución —añadió Barbier al concluir el relato.

—¿Estuvo templado? —le pregunté yo.

—No. Los criminales, ladrones y asesinos nunca están en el patíbulo tan serenos como los políticos.

Los criminales tenían también sus momentos de sentimentalismo, según Barbier.

—Hará años —añadió—, el director de la Grande-Roquette castigó severamente a

un celador por su exceso de severidad contra una banda de forzados que se enviaba a la Nueva Caledonia. Los forzados, sorprendidos del espíritu de justicia del director, le pidieron que perdonara al guardián.

Ya de agente, los primeros trabajos de Barbier los hizo cuando el crimen de Pranzini.

Pranzini era un aventurero antipático y repulsivo, nacido en Egipto, hijo de italiano, tipo que quería lucir a toda costa, con trajes elegantes y joyas falsificadas.

Asesinó a una cortesana, a su doncella y a la hija de esta, en una casa de la calle de Montaigne.

Al año siguiente, otro tipo más enigmático de aventurero, que se hacía llamar Prado y pretendía ser conde, medio español, medio polaco, asesinó a otra mujer galante.

Por entonces, según decía Barbier, *Le Petit Journal* señaló que los cuatro crímenes que más apasionaron al público francés en aquella época se realizaron en un perímetro de París muy pequeño. El de madame Cornet, en la calle de Séze, entre la iglesia de la Magdalena y el boulevard, por Marchandon. El asesinato de María Aguetant, por Prado, en la rue Caumartin, entre el boulevard de la Magdalena y el de Haussmann. El de María Regnault, de su doncella y la hija de esta, en la rae Montaigne, por Pranzini. Y el de Gouffé, por Eyraud y Gabriela Bompard, en la calle Troncon-du-Coudray, en la callejuela pequeña, entre la calle d'Anjou y la de L'Arcade.

En todos estos crímenes anduvo Barbier haciendo investigaciones, acosado por los reporteros, que querían averiguar datos de los agentes para lanzarlos en los periódicos.

Era curioso cómo el público y los testigos se engañaban y mentían. Cuando la estafa de madama Humbert, todo el mundo creía en su inocencia. En el sucio asunto de madama Steinheil, se oyeron estupideces. En algunos procesos había testigos que declaraban en falso para que hablaran de ellos los periódicos.

Cuando se prendió a Vacher, el destripador de Borgoña, que mató pastores y pastoras en los bosques de esa región y los degolló, de quince personas que le conocían muy bien, solo una se atrevió a identificarle ante el juez.

Por este tiempo, según mi vecino, había una curiosidad histórica por los criminales. En Tolosa de Francia se representó *El asunto Pranzini, o los crímenes de la calle Montaigne*. En París, en el teatro del Château d'Eau, se dio el melodrama *Jack el destripador*, con decoraciones del barrio de Witechapel, de Londres.

Barbier no tuvo suerte para destacarse. Era difícil, según él, porque todos los triunfos se los adjudicaban los comisarios o el prefecto.

Después le ascendieron, le dieron una condecoración y le enviaron al distrito diecinueve, al que pertenece el barrio de Belleville, pero tampoco tuvo ocasión de lucirse. Goron había sido comisario en Pantin y había organizado bien la Policía del barrio.

Barbier me contó casos de crímenes y de robos de gente degenerada, aunque vulgar. Le había dado mucho que hacer, según decía, el hallazgo, en la calle Botzaris, cerca del parque de las Buttes-Chaumont, de los restos de una mujer cortada en pedazos, que echaban un olor de ácido fénico y de putrefacción horrible.

En otra calle pequeña, próxima, la calle Hassard, ya derribada, un saltimbanqui había disparado tres tiros sobre una mujer y la había tirado a la calle. Le llamaban al asesino «el español de Montmartre», pero no era español: era un bretón, una bestia salvaje. Le decían el español porque había estado en España y hablaba bien esta lengua.

—¿Ha oído usted hablar del joven Ducret, que le guillotinaron en abril de mil ochocientos ochenta y siete? —me preguntó Barbier.

—No, no he oído hablar de él.

—Era hijo de una portera de la calle de Trévise, y había matado a una señora que vivía en la casa. Había una canción que se llamaba *A la Villette*, y que comenzaba así:

*Ça n'était pas un homm' bien mis
Il n'avait pas d'très beaux habits,
Pendant le jour il n'faisait rien,
Et l'soir il baladait son chien
A la Villette!*

La canción terminaba:

*La dernière fois que je l'ai vu
Il avait le torse tout nu
Et la tête dans la lunette
A la Roquette.*

Esta canción la cantaron unos granujas cuando guillotinaron a Ducret.

—¡Qué crueldad!

Las historias de chulos, contadas por Barbier en argot parisiense, eran muy curiosas. El hombre no tenía ni mucha discreción ni sentido ético, pero a veces era muy entretenido, y al hablar se veían las vacilaciones de los agentes, la más o menos inteligencia del comisario del distrito.

Barbier todo lo veía como de abajo arriba.

Luego me explicó con detalles la época de los anarquistas Ravachol, Henry, Caserío, la manera de ser de todos ellos y las canciones de Ravachol al ir a la guillotina.

Después me habló del proceso Dreyfus. Aquí era la confusión. No sabía nada, no tenía una idea personal de lo que podía haber en el fondo de este asunto célebre, que apasionó a Francia y a Europa. Los periódicos estaban vendidos, había un mundo de intrigas. No se veía nada claro en todo aquello.

—¿Pero Dreyfus era inocente?

—Evidentemente, lo era.

—¿Y cómo el doctor Bertillon aseguró que era culpable?

—Fue una obcecación de su parte. Tenía la terquedad del hombre de sistema.

—¿Era un hombre de valor científico?

—Todo el mundo lo creía. Estaba especializado en la antropometría y en el estudio de las letras y de la identificación gráfica de los escritos. Adolfo Bertillon había fundado la antropometría en Francia, pero en el asunto Dreyfus falló por dejarse arrastrar por la pasión política.

—Es extraño.

—Bertillon había escrito en un libro esta frase: «No se ve más que lo que se mira y no se mira más que lo que se tiene en el espíritu».

—¿Y él hizo como todos?

—Como todos. Bertillon se empeñó en que la carta era de Dreyfus y puso toda su energía en demostrarlo. Estudió las letras de los documentos, los rastros dejados por la tinta en el papel, y, cada vez más obcecado en su terquedad, hizo que condenaran a un inocente.

También Barbier había intervenido en el asunto de madame Humbert; pero este no tenía nada de misterioso ni de extraño.

Pasado su tiempo de agente activo, Barbier estuvo de oficinista, y luego le jubilaron. Entonces entró de vigilante en bazares del centro y de barrio, con un público alterno de gente pobre y de gente rica que se dedicaba a veces a robar chucherías y cosas de valor. Los grandes almacenes de París son, como se sabe, los lugares predilectos del robo femenino. Se organiza una vigilancia y una policía muy discreta. Solamente se las detiene a las reincidentes. Hay algunas ladronas de verdad, de profesión; otras, son por miseria, por necesidad, y otras son histéricas, trastornadas, absurdas. Había denunciado multitud de robos, de los que se decían impulsados por fetichismo sexual. En las mujeres se daba el caso de la atracción erótica de la seda, del terciopelo y de las joyas. Estos latrocinios se habían comprobado varias veces en mujeres pobres, pero también en señoras ricas, que se llevaban algo al descuido por un impulso irrefrenable del momento.

—¿Así que esto era verdad? —le pregunté al policía.

—Completamente cierto.

—Yo creía que era mala literatura.

—No; yo he visto mujeres, pobres y ricas, que entraban en un bazar, veían los trajes de seda, los chales de colores, los tocaban, se trastornaban y los robaban. Cuando se trataba de una mujer pobre, se decía: es una ladrona profesional, pero muchas veces se trataba de mujeres ricas, perturbadas, que no podían resistir la tentación del momento.

«¡Qué humanidad la que ha conocido este hombre!», pensaba yo.

Se explicaba fácilmente que fuera un pesimista. Barbier dejó esta plaza en los bazares porque no podía estar en pie tanto tiempo.

Me dijo también que había tratado con cierta intimidad a Deibler, el verdugo de París, y que le visitaba en su casa. Al parecer, este monsieur de París de la época había guillotinado a los criminales célebres como Marchandon, Prado, Pranzini, Ravachol, etc., y se quejaba de la Prensa, que con frecuencia criticaba su falta de habilidad en el oficio.

—*Dame* —decía—, *on n'est pas sûr d'avoir une bonne presse!*

Antes de Navidad, Perronet, el ex mozo de bar, desapareció de la casa. Nadie le volvió a ver en el Hotel del Cisne. Por lo que dijeron, se había ofendido porque Gentil, Nickles y yo íbamos a la tertulia de madama Philippe y a él no le invitaban.

Al marcharse Perronet, Gentil avisó a su amigo comisionista, tipo con cara de musaraña, al que llamaban Poliche, para ocupar el cuarto deshabitado.

Este cuarto del antiguo mozo de bar estaba muy limpio. Al marcharse Perronet se había llevado de él todo, hasta los clavos de la pared.

Gentil me contó unas historias curiosas de Perronet.

Muchas veces se me ha ocurrido, pensando en un tipo conocido hace cincuenta años, del cual uno no sabe más que se llama Fulano de Tal, y que visitaba este sitio, o iba a un café, frecuentado por uno, el proponerse, como un problema, el averiguar quién era, de qué familia, qué dificultades tuvo en la vida. No cabe duda de que sería una investigación inútil y poco práctica, pero muy curiosa.

Con el que he llegado a intimar bastante, y hablo con frecuencia, es con Nickles.

Nickles, que, como he dicho, odia a los alemanes, afirma de ellos que son grandes filólogos.

—¿Y a usted le importa algo la filología? —le pregunto en broma.

—¡Hombre, sí!

—A mí, nada. Y echaría todos los libros de filología al fondo del mar por pasar una tarde divertida.

—¡Pero, hombre, Pagani, la ciencia tiene gran importancia!

—La ciencia útil, sí. Lo demás, poca cosa. Y el arte, menos. A mí, si le pegan fuego a todos los museos del mundo, me tiene sin cuidado. Esas supersticiones del arte, en las cuales la vida no tiene valor ninguno, son ridículas. Entre que echen abajo el Louvre, con todas sus maravillas, o este pobre Hotel del Cisne, con nosotros, prefiero que echen abajo el Louvre.

—Y todos los de la casa lo preferimos —dice Gentil irónicamente—, pero no lo decimos. ¿Para qué? Hay que mantener un poco la decoración, sobre todo cuando no cuesta nada.

Rosa Vinay es una antigua bailarina, que tuvo cierta fama en su juventud. No sé si bailaba en la Opera, o en la Ópera Cómica. La vieja ex bailarina es un poco coja. Supongo que en su tiempo no lo sería, dada su profesión. Puede ser que ahora esté reumática.

Madame Latour ha oído que la Vinay tenía alguna fama, y que ganaba dinero, mucho dinero. No sé cómo habrá caído tan bajo para vivir en el quinto piso de un hotel de un barrio pobre. Algunos aseguran, según la administradora, que tiempo atrás llamaban a la Vinay *Vol-au-vent á la financière*. Se creía que se había arruinado en la Bolsa.

La Vinay llevó, al parecer, una vida bohemia hasta muy tarde, entretenida por *gigolos*, por jovencitos, si es que ella no era la que entretenía a estos *gigolos*, como se decía en tiempo de paz. Ahora, en tiempo de guerra, esta palabra se emplea poco.

De Rosa Vinay se dice que en su juventud era una mujer sin escrúpulos, y que se vendía al mejor postor. Al parecer, su preocupación fue siempre hacerse rica de cualquier manera. Al llegar a la vejez, tuvo la mala suerte de meterse en especulaciones desdichadas y arruinarse.

Dicen que tiene una hija, también bailarina, y como es parecida a su madre, egoísta e interesada, abandonó a esta sin inconveniente.

Hay retratos de la Vinay de cuando tenía treinta años, y parece una mujer guapa; ahora, de vieja, es sencillamente horrible. Es curiosa tal transformación.

Esto parece que no es del todo raro, y en todas partes hay mujeres que parecieron guapas y atractivas en su juventud, y que en la vejez quedan horrorosas, con las facciones deshechas, el pelo teñido, las mejillas pintadas y la boca de un aire repulsivo, con los dientes postizos.

Muchas veces pienso, respecto a esto de los dientes postizos, que no comprendo cómo las mujeres coquetas y los viejos presumidos, que quieren parecer jóvenes, no se dan cuenta de que llevar una dentadura postiza, blanca e irreprochable, como si fuera de porcelana, da la impresión de algo falso. Está bien en el que quiere que sus dientes sean solo una herramienta para masticar los alimentos, y no se preocupa de engañar a los demás; ahora, los que quieren engañar, debían pedir al dentista unos dientes un poco irregulares, para dar el cambiazo.

La Vinay es una histérica. La histeria, sin duda, en colaboración con la vejez, la ha cambiado y la ha arrugado, dándole el aire decrepito que tiene.

La camarera de nuestro piso, madame Le Blond, asegura que ha visto a la antigua bailarina llorando amargamente, retorciéndose las manos, y, al poco tiempo, riéndose a carcajadas.

A veces viene a visitar a la Vinay una mujer no tan vieja como ella, una cortesana,

que vive cerca de París, y parece que tiene una posesión magnífica, con un castillo histórico.

A esta mujer gruesa, inflada y como estucada, la llama Dorina «Bombón-Fondant». Bombón-Fondant tiene un nombre de guerra, que no recuerdo, algo como madame de Nevers, o madame de Étampes. Parece que esta señora ha sabido hacer su fortuna. Parece también que es corriente el destino de algunas cortesanas francesas de llegar a tener un palacio. Esto lo hemos leído en novelas y folletines. No sabíamos su exactitud, pero, según dicen, en esta Bombón-Fondant es auténtico.

Le he preguntado a Gentil, que se entera y conoce a todo el mundo, y me ha dicho:

—Bombón-Fondant, como dice usted que la llama Dorina, ha tenido la fama de ser una mujer que desvalijaba a un hombre en un tres por cuatro. Es dueña, efectivamente, de varias fincas en los alrededores de París y de un castillo señorial, cuyo entretenimiento le cuesta muchos miles de francos. Parece que entiende mucho de joyas, porcelanas y de cuadros.

—¡Qué tía!

—De cuidado.

¡Y qué diferencia en los destinos entre la Bombón-Fondant y una ex cortesana convertida en traperera, que suele estar por las mañanas en la calle Botzaris! De ella dicen que ha sido también la *cocotte* de fama, a la que llamaban «La grande Suzón». La gran Suzón, ya en decadencia, se entendió con un traperero, y suele estar cuidando del fardo de las basuras recogidas y esperando el carro que venga a llevárselo.

Bombón-Fondant viene a visitar a la Vinay en compañía de un jorobado anticuario, y le compra algunas alhajas raras que tiene esta. Bombón regatea de una manera miserable.

Rosa Vinay suele aparecer pintada como una máscara, dice Gentil, y a veces se le transparenta la piel a través de la pintura.

La Vinay es una mujer chismosa, suspicaz y antipática, de un egoísmo agresivo; no ha podido resignarse a su edad, y anda intrigando y no la quiere nadie.

La Vinay suele espiar muchas veces lo que pasa en el corredor del quinto piso, porque, al parecer, duerme mal, y muchas veces, cuando vuelve tarde Manón, la puerta de la Vinay se entreabre, y la vieja ex bailarina acecha el paso de la polaca.

Manón Lubomirsky, que la vio una vez espiándola, le sacó la lengua, y otra vez se burló de ella poniendo el dedo pulgar de la mano en la punta de la nariz. Un día apareció en la puerta del cuarto de la Vinay un papel sujeto con una oblea, con un pareado escrito a máquina. Era un epitafio burlón sobre alguna señora del antiguo régimen:

*Ci-git qui fut quinze ans pucelle,
Trente ans catin et le reste maquerelle.*

Era un epigrama imitado de algún otro antiguo. Estuvo en la puerta hasta el

mediodía, en que lo mandó quitar, cuando se enteró, madama Latour.

Probablemente lo había puesto Gentil.

María Alejandra Lubomirsky, a quien los vecinos del piso quinto empezamos a llamar Manón, es una mujer de unos treinta años, blanca, rubia, dorada, de ojos azules, muy atractiva. No sé por qué se la llama Manón, pero todo el mundo en la casa la conoce por este nombre.

La camarera de nuestro piso le dice *la jolie dame*. Manón tiene, evidentemente, encanto, y es amable con todo el mundo.

Lleva una vida desordenada y absurda. Es muy aficionada a los trajes de color de rosa. Se va no sabemos dónde y pasa, a veces, una semana sin volver al hotel.

En algunos períodos de miseria, se dice que se levantaba por la mañana muy temprano y bebía la parte de leche que tenían los vecinos de los cuartos próximos en una botella o en una marmita, al lado de la puerta. Luego se acostaba.

Ahora parece que no tiene necesidad de eso. Cuando hay alarma no baja nunca al refugio, y se queda en la cama.

De Manón Lubomirsky se dice que es de una familia de príncipes, quizá de alguna rama pobre. Se asegura también que está casada y divorciada, y que ha llevado una vida loca y fastuosa. No sé lo que habrá de verdad en ello.

Sea lo que sea, es una mujer graciosa y simpática, que no tiene la menor intención dañina para nadie, y que nos trata bien a gentes como nosotros, sin dinero, sin juventud y sin fuerzas, y a la cual, impunemente, se puede despreciar.

Manón se pone a nuestro nivel y se ríe con lo que se le dice. Es una mujer de genio alegre, que se ha puesto el mundo por montera. A mí me trata bien y me ha convidado varias veces a merendar en su cuarto. También me ha consultado sobre varios asuntos.

Madama Latour, como es una mujer sin gazmoñería, se ríe con sus cosas. Manón acaricia a Dorina como a una niña.

Un día, riendo, me dijo que era verdad que había robado la leche de la marmita del señor Perronet. Después de beber se acostó.

—Y sus antepasados, ilustres príncipes de Polonia, ¿no se estremecerían en sus tumbas al saber este latrocinio de una descendiente suya? —le pregunté yo.

—¡Bah, ellos robarían más! —contestó con gracia.

Manón tiene una amiga muy bonita que viene en auto, con unos trajes elegantísimos, pero parece que es una cabeza de chorlito y no se entera de nada.

SEGUNDA PARTE

LA CALLE

La historia de los criminales contada por Barbier ha avivado en mis recuerdos las de otros crímenes de los que se habló mucho antes de declararse la guerra con más curiosidad y un interés mayor que el que despierta el conflicto internacional de ahora. Este es como un golpe de maza en el cráneo que deja a la mayoría en un estado de aturdimiento y de vacilación.

Hace unos meses, invitado por mi amigo Evans, fui a cenar a un restaurante de la orilla izquierda en el muelle del Sena, un restaurante lujoso que tiene fama de que dan bien de comer. Cenamos parcamente, porque ni él ni yo nos encontramos en la época en que se cuenta con el estómago. Estábamos cerca de un balcón y había una corriente de aire poco agradable.

—Aquí hace demasiado viento —le dijimos al mozo.

—Sí, hemos abierto los ventiladores porque el aire estaba muy cargado. Cerraré uno de los ventiladores.

Lo cerró, pero seguía la corriente.

—¿No cree usted que debíamos dar un paseo? —le dije a Evans—. Hace una hermosa noche fresca, pero buena para andar bien abrigado.

—Vamos.

Salimos a la calle. Marchamos un rato por la orilla del río, y de allí, por la calle de Bonaparte, hasta el Luxemburgo, y luego al boulevard Saint-Michel. De aquí tomamos por la rue Denfert-Rochereau al boulevard Port-Royal. Todo estaba muy desierto. Parece que en París la gente se acuesta ahora más pronto que antes.

—No he andado nunca por estos sitios —me dijo Evans.

—¿No?

—No. Nunca.

—¿Quiere usted que vayamos al boulevard Arago?

—¿Qué hay allí?

—Que mañana van a guillotinar a uno cerca de la cárcel de la Santé.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Un periodista.

—¿Está lejos el boulevard Arago?

—No, a un paso. Quizá haya algunos preparativos para la ejecución, que se efectuará por la madrugada, y esto sea curioso.

Vamos por la calle del *faubourg* Saint-Jacques, que se halla triste y negra,

flanqueada de hospitales hasta la encrucijada del boulevard Arago, en donde se levanta la estatua del astrónomo de este nombre, detrás del jardín del Observatorio. La estatua resplandece muy iluminada por la luz eléctrica.

—Aquí, en este boulevard, está la cárcel de la Santé —digo yo.

Avanzamos por la izquierda. El paseo muestra dos filas de árboles espesos, iluminado por focos eléctricos. Deben de ser castaños de Indias, que echan, con el viento, los pétalos ligeros y blancos de sus flores, como si fuera nieve. Enfrente está la cárcel. Se ve el muro que la rodea, pero no se ve dónde termina, tapado por el follaje. Es un muro hipócrita, tenebroso y traidor.

Pasamos por el asfalto, por la acera opuesta a donde está la prisión. El boulevard está desierto, sin un alma. Debe de haber gendarmes al otro lado, en las partes en sombra. Yo le digo a mi amigo que hace tiempo había una poterna pequeña en la pared, y cerca una boca de alcantarilla ancha, lo menos de un metro de diámetro. Allí parece que guillotinaban, en la misma acera. No vemos la puerta, pero sí una manga de riego gruesa que está echando agua.

Pasamos por delante del muro de la cárcel, hasta que se termina en una calle. Volvemos. Suenan las campanas de un reloj. Son muchas. No sé si son las once o las doce. Quizá este reloj es de la prisión.

—¿Vamos a la otra acera? —me pregunta Evans.

—No. Me parece que hay gente apostada ahí que nos puede interrogar, pedir los papeles y fastidiarnos. Quizá a alguno le choque nuestra curiosidad, y siendo extranjeros nos mareen a preguntas.

—Tiene usted razón.

Avanzamos hasta la plaza Denfert y entramos en un café-bar. No hay más que un grupo de pequeños burgueses bebiendo y jugando a las cartas con sus mujeres. Es sábado.

El mozo parece hombre charlatán, y yo le pregunto:

—Oiga usted: ¿es verdad que mañana van a guillotinar a uno en la Santé?

—Sí, eso he oído. A uno que mató a su hijo... de una manera miserable. Creo que es un canalla. Se llama Moyse.

—¿Moyse? Parece nombre judío. Para matar a su hijo sería más lógico que se llamara Abrahán.

—¿Por qué? —pregunta el amigo.

—¿No ha oído usted hablar del sacrificio de Abrahán?

—No haga usted chistes macabros.

—¿Y usted ha presenciado alguna ejecución? —le digo al mozo.

—No, no he visto ninguna. No dejan acercarse a la guillotina más que a los abogados, a los médicos y a algunos periodistas. Los guardias móviles cierran la calle.

—¿Y viene gente?

—Sí, siempre viene gente; pero ahora, como los periódicos no lo anuncian, la

mayoría no se entera de que va a haber una ejecución, y estas son tan temprano, que cuando el público se da cuenta, la ejecución está hecha.

—¿Usted recuerda a Landrú? —le pregunto yo.

—Sí.

—¿Le ejecutarían en la Santé?

—Entonces yo no estaba en París... Soy rumano. Creo que le ejecutaron en Versalles.

En vista de sus pocos conocimientos sobre la materia, yo voy exhibiendo los míos, bebidos en buenas fuentes, en causas célebres y en folletines.

Digo cómo primero guillotinaban en París, a principios del siglo XIX, en la plaza de la Grève, que debía de estar hacia el Hotel de Ville, y cómo allí ejecutaron a los sargentos de La Rochela y a otros criminales políticos; cómo luego trasladaron el lugar de las ejecuciones a la plaza Saint-Jacques, próxima al café donde estábamos; después, a la plaza de la Roquette, y luego, al boulevard Arago. Hablo de Lacenaire, Papavoine, Troppmann, Lebiez y Barré, Marchandon, Pranzini, Prado y Landrú. Les cuento cómo Lacenaire hacía versos; Lebiez defendía, en conferencias, el darvinismo, y les hablo de las réplicas de Prado y de Landrú. Prado afirmó en el juicio oral, al decir algo, que ponía su cabeza para asegurar que lo que decía era verdad, y el presidente le advirtió:

—No ponga usted su cabeza, que no la tiene usted muy segura sobre sus hombros.

Esta frase, Prado la celebró amablemente, y hasta felicitó al fiscal por su ingenio.

El mozo de café me escucha en silencio. Entonces cuento cómo había conocido hacía muchos años a un hombre que aseguraba tener un libro encuadernado con la piel de Pranzini, asesino de una mujer, y cómo se decía que con el pellejo de Troppmann habían hecho una petaca. Hablo del museo de Scotland Yard, de Londres. Añado que nunca he visto la guillotina de cerca, pero que hacía mucho tiempo estuve en la plaza de la Roquette, y en medio vi unos pilares de piedra en el suelo, donde se armaba el patíbulo. Cerca, en una calle próxima, que creo se llamaba de la Folie Regnault, había una barraca en donde se guardaba la guillotina, y en la puerta los chicos habían dibujado con tiza el aparato de segar cabezas atribuido a monsieur Guillotin (la segadora mecánica) y puesto al lado letreros de «¡A muerte Dupont!», «¡A muerte Dual!», «¡A muerte Brisquet!». Como pasé dos o tres veces por allí, un día la puerta estaba abierta y la gente curiosa se asomaba y yo también, pero no vimos más que unas tablas.

Iba a pasar al capítulo de las ejecuciones españolas, cuando el amigo Evans me indica:

—Vámonos. Ha tenido usted un pequeño éxito de narrador, y ya basta.

Al ir a salir del café-bar, el mozo me dijo:

—Tengo un compañero que trabaja en un café del boulevard Saint-Michel. A veces pasa por aquí para su casa. Vive en un piso bajo del boulevard Arago, enfrente

de la Santé. Si le veo esta noche, me voy con él a mirar desde la ventana. Si viene usted por aquí, le contaré lo ocurrido.

Al día siguiente vi que los periódicos no decían nada de la ejecución. Era Primero de Mayo o víspera del Primero de Mayo.

Después de comer fui al café-bar próximo a la plaza de Denfert-Rochereau en compañía de un pintor conocido. El mozo se rae acercó con aire satisfecho y misterioso.

—Estuve en la casa del compañero.

—¡Ah! ¿Sí?

—Sí; vi todo lo que se podía ver desde la ventana del cuarto de mi amigo en el boulevard Arago. Estuvimos el compañero, su mujer y yo jugando a las cartas hasta las cuatro de la mañana. Antes de hacerse de día se pusieron en fila los gendarmes a un lado y a otro de la cárcel. Poco después apareció un carro en la calle de la Santé y se paró en el boulevard, cerca de la acera. Bajaron varios hombres; uno llevaba una linterna sorda, y en un momento sacaron una porción de cosas: una cesta, una caja, un saco, y armaron la guillotina con rapidez sorprendente. Se veía la forma del aparato, que se destacaba en el muro gris. Empezó a hacerse de día y los faroles se apagaron. Entonces apareció otro coche en el boulevard de la misma bocacalle, y vino resonando y se paró en el mismo sitio que el anterior. Vimos que bajaron varias personas. Uno envuelto en un paletó gris; era, al parecer, Deibler, monsieur de París, el verdugo. El momento de la muerte no lo presenciamos. Un grupo de personas se había puesto delante. Después, como ya estaba más claro el día, pudimos ver cómo recogían un cubo de cinc y una cesta, quizá con la cabeza del guillotinado, el cuerpo del muerto, y los metían en el furgón. Los ayudantes limpiaron la guillotina con una esponja en un tres por cuatro, y al poco tiempo la habían desarmado, metido en el carro y se largaban. Una manga de riego estuvo echando agua durante algún tiempo sobre la acera, sin duda para limpiar la sangre y el serrín del asfalto. Los gendarmes y los guardias móviles se marcharon, y el boulevard Arago quedó como si no hubiera pasado nada.

—¿Y vieron ustedes de cerca al verdugo, a Deibler? —le pregunté yo.

—Algunos de la vecindad de la casa dicen que le vieron; que es un señor pequeño, viejo, de bigote y perilla blancos, que vestía gabán. Lo que se ha comentado mucho en el barrio han sido las protestas y la resistencia del asesino a que le llevaran a la guillotina. Dicen que insultó, que luchó, que daba verdaderos aullidos.

—Quizá ese señor Moyse creía que eso de matar a su hijo era un asunto privado y que nadie debía mezclarse en él —indico yo.

El pintor se muestra enemigo de la pena de muerte, y dice algunas vulgaridades de cajón.

—Yo no soy partidario ni enemigo —le contesto—. Es cosa que no tengo que decidir y no me interesa. Ahora, que este asesino de su hijo, de nombre bíblico, se conoce que pensaba que lo iban a dejar libre por tan poco cosa y que un día

aparecería por el boulevard Arago y vendría aquí a tomar un *bock* y a ver cómo guillotinaban a otro, lo que probablemente le parecería muy bien.

Dejamos el bar y pasamos por el boulevard Arago, por delante de la cárcel de la Santé, con su muralla gris, tenebrosa e hipócrita. Los árboles seguían echando la lluvia de sus pequeñas corolas amarillentas sobre el asfalto.

II

ASESINOS

El proceso de Weidmann nos hizo hablar y discutir mucho. La gente reacciona de distinto modo ante crímenes tan terribles. Hay personas que no quieren enterarse, unas por ser demasiado impresionables y tener miedo, y otras por falta de interés humano; hay quienes se preocupan, y se dan casos de mujeres que han quedado enamoradas del siniestro Wiedmann y que han ido a las sesiones de la audiencia y han estado sin comer para oírle y verle.

Algunas mujeres moralistas y un tanto pedantescas se indignan porque a una supuesta cómplice de los asesinos, y que seguramente no lo era, Colette Tricot, una mujer sin, voluntad, la echaron a la calle.

—Es una vergüenza —dicen.

Por ser sinvergüenza no se lleva a nadie a la cárcel. Esta tendencia de equiparar el delito o el crimen con la falta de conducta se da mucho en la gente. Es un carácter muy semítico.

El hombre que piensa: «Yo no soy capaz de cometer un crimen; por tanto, el criminal no me interesa», tiene que ser muy mediocre. Generalizando, puede decir lo mismo: «No soy capaz de hacer una heroicidad; por tanto, no me interesa el héroe», ni tampoco le interesará el loco, el violento, el apasionado, ni el enfermo, ni el suicida, ni la mujer, ni el niño. No le preocupará más que sus pequeños asuntos: si digiere bien o si digiere mal, si tiene que ascender en el escalafón y si le calienta mejor un abrigo o una capa.

Un caso como este de Weidmann tiene que llamar la atención de todo el mundo, y especialmente de los centroeuropeos, entre los que se da una criminalidad de tipo particular.

Desde Troppmann, criminal de origen germánico, que hace unos setenta años mató con un pico a una familia entera, hasta Weidmann, que ha matado fríamente a seis personas, hay varios tipos destacados de asesino que se han distinguido por su crueldad y su amoralismo.

Cada país tiene su forma de criminalidad.

Hubo no hace mucho un vampiro de Dusseldorf y un carnicero de Hannover, el uno Haussmann y el otro Grossmann, que se distinguieron por su barbarie y por su indiferencia. El asesino del hijo de Lindbergh creo que se llamaba Hauptmann y era también de raza germánica.

Claro que en todas partes hay criminales de esta clase, pero no en todas partes se une el instinto de matar con la indiferencia más extraña y la inteligencia fría y razonadora.

En Francia, el asesino de más fuste en el siglo XIX fue Lacenaire, que mataba y escribía versos que estaban bien, mejor que los de muchas personas honradas. Tipos parecidos eran Lebiez y Barré, que asesinaron a una vieja, y uno de ellos después dio una conferencia sobre la teoría de Darwin. Estos dos, con menos vitola, se parecían al tipo de Raskolnikoff, creado por Dostoievski en *Crimen y castigo*. Landrú tenía mucho carácter, pero era el criminal hipócrita, con una mentalidad de pequeño burgués. Como llevaba la cuenta de sus gastos en un cuadernito y los nombres de las mujeres que había hecho desaparecer, y este cuaderno había caído en manos de la justicia, el fiscal le preguntó una vez:

—Diga usted, Landrú: esta señorita cuyo nombre aparece en su cuaderno de notas, ¿qué fue de ella?

—¡Ah, señor fiscal! —contestó Landrú con aire compungido—; ¿quién sabe adónde va una mujer cuando ya marcha por la senda del vicio?

Landrú era un Tartufo dedicado al asesinato.

En Inglaterra se ha dado el criminal humorístico, y así pudo escribir Tomás de Quincey su célebre libro titulado *El asesinato como una de las bellas artes*.

Entre los monstruos ingleses, uno de los más célebres, y que dejó un renombre que aún queda, fue Jack el Destripador, que aterrorizó hace cincuenta años el barrio de Whitechapel, en Londres. Por cierto que últimamente un escritor ha defendido la tesis de que Jack podía ser una mujer, y quizá una comadrona. En Italia ha habido asesinatos feroces, y también en España y en todas partes, pero no eran tipos de inteligencia, sino hombres primitivos, salvajes y fieros, sin cultura y sin comprensión de la vida social.

Así, por ejemplo, Garayo, el Sacamantecas, de Álava, que mata a una mujer y le come un trozo de hígado.

Lo mismo se podría decir, aunque no tanto, del capitán Sánchez, en Madrid, que vivía en la Escuela de Guerra, y que en colaboración con su hija mató a un jugador que iba a su casa, lo enterró en una pared y dio a comer trozos de su carne en el rancho a los soldados que estaban a sus órdenes. Sánchez había sido un guerrillero en la guerra de Cuba y era un sádico.

Lo curioso en los criminales como Weidmann, que hay que suponer que eran arios, es que son relativamente inteligentes, de cierta finura, pero les falta casi en absoluto la conciencia moral.

Son, en un nivel bajo y de acción, lo que en la ideología es Nietzsche.

Weidmann tenía evidentemente condiciones de sugestión. Conoce a una bailarina americana, Joan Koven; la sigue, le habla un momento. La cita en su hotel La Voulzie, y ella, conquistada, va. Un chulo de país latino la hubiera explotado, la hubiera deshonrado y arruinado. Él la estrangula. Cierto que el asesino padece una deficiencia sexual, la criptorquidia, o sea que las glándulas están retenidas en el abdomen. Quizá ello, en parte, explique su actitud, pero lo principal en él es que no tiene conciencia, no sabe qué es lo bueno y lo malo.

Cuando se habla de esto, inmediatamente sale al paso un tópico repetido: el del criminal de nacimiento, el criminal nato.

¿Hay criminales de nacimiento? Evidentemente, los hay. En castellano se dice de un bruto: tiene malas entrañas. Lo lleva en la masa de la sangre. Es el sentimiento popular, que acierta. La educación, el ejemplo, puede influir algo, pero la base está en el organismo. No cabe duda.

Se ve a veces en los chicos cómo matan a un pájaro o pegan a un perro o a otro animal con verdadera delectación. En la cara se les nota una expresión de crueldad y de rabia. Tipos así, cuando son ya hombres, en la guerra, se deben de revelar como lo que son y tener una gran satisfacción en fusilar y en matar.

Habrán seres organizados, como Weidmann, que si la suerte los pusiera en un momento de guerra, llegarían a jefes, y quizá a jefes famosos. No sabemos lo que es la conciencia moral. Probablemente es un automatismo que se produce por contagio del medio ambiente y por repetición. No es un fenómeno de razonamiento. Cuando se ve un acto que subleva, no se hacen reflexiones. La protesta nace de una cerebración inconsciente.

Ahora que lo inconsciente tampoco sabemos lo que es. Inconsciente absoluto no es nunca lo vivo.

Entre los psicólogos, se emplean con frecuencia las palabras subconsciente y subconsciencia; pero mientras los conceptos no estén claros y bien limitados, no sirven más que para salir del paso.

Lo más aproximado a la realidad sería decir que hay en la vida psíquica impresiones de las cuales no se da cuenta clara el espíritu y que están como embozadas, como nebulosas.

A veces, una persona dice al médico:

—Ayer estaba yo pesado, de mal humor.

—Es que tenía usted fiebre, como hoy —le dice el médico.

El enfermo no lo notó más que vagamente.

En otras ocasiones, un hombre tiene una sospecha, una inquietud de que un amigo a quien considera afectuoso le tiene antipatía y hasta odio, y a'1 cabo de algún tiempo esta sospecha se convierte en certidumbre. Esa sospecha, como la intuición, ha sido semiconsciente.

La conciencia moral se podrá decir de una manera aproximada, pero que no sabría uno encontrar otra expresión más exacta es por completo consciente y al

mismo tiempo subconsciente.

La parte consciente está expresada en las máximas de las religiones: ama al prójimo como a ti mismo, etc. En el racionalismo, la fórmula más exacta sería la del imperativo categórico de Kant: obra de tal manera que la razón de tu voluntad en cuanto hagas pueda elevarse a ley universal de toda acción.

La parte inconsciente estaría formada por la raza, por el tiempo, por la Historia, que ha creado en nosotros, por herencia y por contagio, una mentalidad, una idea común del bien y del mal.

Una cuestión aneja a esta es la de la responsabilidad, que ha constituido el puente de los asnos de los juristas de todos los tiempos.

Kant resolvió a su modo la cuestión. En la *Crítica de la razón pura* afirmó que la libertad y el libre albedrío, considerados de una manera racional, científica, eran imposibles en una naturaleza regida por la ley de la causalidad y por el determinismo. En la segunda parte de su obra, en la *Crítica de la razón práctica*, consideró que la libertad y el libre albedrío eran postulados indispensables para la ley moral, y que debían ser aceptados necesariamente.

Prácticamente, se cree poco en la responsabilidad absoluta de los criminales. Cuando los peritos médicos psiquiatras dan sus informes, se ve, en general, que se atienen a conceptos muy relativos y de pragmatismo social.

El número de imbéciles, degenerados, locos, que terminan en el crimen, forma la mayoría de los criminales.

¿Cómo un hombre de buen sentido va a pensar, como Weidmann, que en una sociedad bien organizada y con una Policía inteligente se va a vivir matando personas cada quince días? Solo a un idiota se le puede ocurrir el practicar el oficio de matador de hombres. Seguramente, el mismo Weidmann, si volviera hoy a la vida, ya no mataría, no por bondad, sino porque comprendería la estupidez de su pensamiento.

III

VERDUGOS

No pasa mucho tiempo en Francia sin que se hable del verdugo. Hace unos meses se ejecutó en el boulevard Arago, al lado de la tapia de la cárcel de la Santé, a un criminal, Max Bloch. Era un iracundo, pero no un perverso. Mató a un matrimonio alemán e hirió a sus hijos. Era, según unos, polaco; según otros, ucraniano. En la ejecución le asistió una mujer, una abogada. En estos casos se hacen siempre alusiones a monsieur de París, los cronistas dirán alguna frase más o menos ingeniosa, y hasta otra.

Hace poco se ha publicado un libro titulado *Los señores Sansón, verdugos*, de Jorge Pair. En esa obra se cuenta la historia de los ejecutores del período de la Revolución, los más conocidos y famosos. El primer Sansón, Carlos Enrique, fue verdugo en tiempo de Luis XVI. En esa época, al parecer, no eran muy comunes las ejecuciones capitales; la labor más corriente del ejecutor de la justicia era imprimir con un hierro ardiendo una marca en el hombro derecho del reo condenado a trabajos forzados.

Este verdugo, Carlos Enrique, el primero de los Sansón, cogió el momento en el cual el doctor Louis y el doctor Guillotin proyectaron el aparato que al principio se llamó *Louison* y después guillotina. Este Carlos Enrique fue quien lo aplicó. Tuvo también que cortar la cabeza de su rey, y como era católico y monárquico, oyó en desagravio una misa de una manera devota.

Su hijo Enrique fue el verdugo del Terror, el que ejecutó a María Antonieta, a los girondinos, a Carlota Corday, a Bailly, a Lavoisier, a Danton y a Robespierre. Fue el gran segador de cabezas de la Revolución. El pueblo lo llamaba *Sans Farine*.

Enrique Sansón llegó hasta muy entrado el siglo XIX, y Balzac, Dumas y otros escritores célebres estuvieron a visitarle.

Víctor Hugo, en su libro *Cosas vistas*, habla de él.

Sansón vivía en la calle de Marais-du-Temple, en una casa aislada, cuyas persianas estaban siempre cerradas. Recibía muchas visitas, sobre todo de ingleses. Se les pasaba a un salón del entresuelo con muebles de caoba, y allí esperaban al verdugo. Este llegaba, hacía sentar a sus visitantes y hablaba. Los ingleses querían ver la guillotina. Sansón les llevaba a la calle de Albouy, próxima al canal de San Martín, al taller de un carpintero, donde estaba el aparato. Los curiosos rodeaban la máquina y se guillotinaban haces de heno.

Un día, una señorita inglesa pidió al verdugo que la atase a ella como a un reo y la sujetase en la báscula e hiciese funcionar esta:

El verdugo decía:

—No ha faltado más sino que me pidiera que dejara caer la cuchilla.

El hijo de Enrique Sansón, llamado Clemente, parece que tuvo que ser verdugo a la fuerza, aunque le repugnaba el cargo. Es esta una historia muy repetida. Se cuenta que antiguamente, cuando el oficio era obligatorio en la familia, se daban casos semejantes. En España hay la tradición de que el hijo de un verdugo, Diego, ilustrado y aficionado a las letras, fue obligado a ejercer sus funciones y que algo parecido pasó con el hijo de un verdugo de Ámsterdam, quien para librarse de la función familiar obligatoria se cortó la mano derecha.

El libro de Pair es interesante, pero creo que lo era más uno que se publicó como folletín en un periódico de Madrid, famoso en su tiempo. *La Correspondencia de España*, que se titulaba «Siete generaciones de verdugos». Eran unas supuestas Memorias del último de los Sansón y abarcaban desde 1688 a 1857.

Después de los Sansón abuelo, hijo y nieto, ha habido últimamente los Deibler,

padre e hijo. El último de estos, muerto hace unos meses, no ha dejado descendencia, al menos masculina.

Deibler padre fue el que ejecutó a muchos criminales conocidos del siglo XIX, como Pranzini, Prado, Vacher, Bonnot, etc., y a los anarquistas célebres Ravachol, Caserío, Vaillant, etc.

Deibler padre fue a veces ovacionado, como cuando guillotiné al destripador Vacher en la plaza de un pueblo. Esta vez se le aplaudió con verdadero entusiasmo. El último Deibler, Anatolio, parece que era un buen señor, funcionario modelo y excelente padre de familia. En la vejez tenía una lesión cardíaca. El hombre aseguraba que su oficio era monótono. Había ejecutado a unas cuatrocientas personas, lo que no está mal.

El último de los guillotizados, Moyse, era tipo repulsivo que había ahogado a un hijo suyo pequeño entre dos colchones.

Moyse, que, sin duda, creía que no se había extralimitado en nada al ahogar a su hijo, cuando lo sometieron al tocado para ir a la guillotina, insultó a Deibler y le dijo que tenía un bello oficio y que era un *sale voyou*.

Al parecer, Deibler quedó bastante ofendido de los insultos del infanticida, y dijo que la gente que se ejecutaba en París eran verdaderos miserables y que, en cambio, en provincias había que entenderse con gente del campo, con *bravos cultivadores*. Deibler murió súbitamente en una estación del Metro al ir a tomar el tren para ejecutar a un criminal en Rennes, y tuvo que sustituirle su primer ayudante, Desfourneau.

En Inglaterra, los verdugos han tenido mucho prestigio desde tiempos antiguos. Como dice Voltaire, el verdugo es el que podría escribir mejor la historia de Inglaterra, porque siempre ha sido ese gentilhomme el que ha zanjado las querellas políticas de los ingleses.

Yo he visto impresa la conferencia de James Bercey, verdugo de la ciudad de Londres, acerca de los que habían pasado por sus manos.

El anterior al actual, que estaba enfermo y neurasténico por haber ahorcado a una mujer que se sospechaba inocente, se suicidó. Los ingleses, en esto, dan siempre la nota individual y humana.

Los verdugos de Londres no se sabe nunca dónde viven, y cambian a propósito de domicilio para que nadie los reconozca en la vecindad.

Han pasado varios meses; la ciudad actual da una impresión grave y silenciosa. Muchas calles y avenidas que con el tumulto y el bullicio no se abarcaban bien, se ve ahora lo grandes que son, lo monumentales y suntuosas. Se advierte que el Municipio de París ha pensado siempre la ciudad muy en obra de arte.

En estos días hay en las calles muy poca gente, viejos, muchachos y mujeres. Casi ningún niño. No se nota excitación alguna. No hay exageración en nada. No hay discusiones ni disputas.

Yo suponía, al pensar que podía estallar la guerra en un París, si no tan exaltado como el que se ha descrito de la Revolución francesa, en un pueblo con oradores callejeros, grupos en las esquinas, discusiones, cánticos y algo de «Allons enfants de la patrie». No hay tal. Todo el mundo va a su trabajo un poco más serio que otras veces, piensa en sus asuntos y se muestra tranquilo.

En las calles de comercio hay bastantes tiendas cerradas, sobre todo librerías de viejo, estamperías, etc. En los cristales de los escaparates y en las ventanas se han puesto tiras de papel pegado que forman en general cuadrados y rombos.

En algunos edificios, estas bandas de papel que forman estrellas los embellecen.

Una casa construida por Le Corbusier, que hay en mi barrio, que es como la caja del gato, que a mí me parecía muy fea, desde que tiene esos papeles en sus ventanales la encuentro más bonita.

Algunos comerciantes artistas, en vez del dibujo simétrico, han hecho con las tiras de papel paisajes complicados en sus escaparates.

En las grandes avenidas, un tanto desiertas, las filas de árboles muestran un follaje que el otoño va tiñendo de rojo y de amarillo.

En las plazas y encrucijadas en donde hay grandes monumentos, los sacos de arena van amontonándose para su defensa. Hace días, Enrique IV, en el Puente Nuevo, asomaba su cabeza de bronce por encima de su cintura de tierra, y Luis XIV aparecía dentro de una jaula de tablas en la plaza de las Victorias. El Rey Sol ha quedado a la sombra.

Los parques están admirables con el otoño, un poco descuidados y olvidados. Hay hojas amarillas en los caminos, gorriones, tordos y palomas más osados que de ordinario. También hay gatos famélicos, que, sin duda, han preferido quedarse en la casa a seguir a sus amos, y merodean entre la hierba. Ahora quizá piensan en lo cara que cuesta la libertad.

Yo me paseo con frecuencia en los parques y noto en mí cómo la idea de la guerra expulsa la melancolía de las hojas secas, cantada por Verlaine:

Les sanglots longs

Des violons

De l'automne

no resuenan. Se conoce que esto es solo para épocas de paz. La idea de la guerra desinfecta el espíritu de la melancolía. Ahora no se capta en los jardines más que la belleza pura de los colores y de las líneas.

En algunos parques y plazas lejanos hay globos sobre la hierba, que deben de ser de la defensa antiaérea. Por la mañana, muy temprano, se los ve algunas veces por el aire.

En los parques se cavan trincheras y se ven sobre terraplenes de tierra removida los cañones delgados y negros que miran al cielo, como los anteojos de los astrónomos; ahora que esos tubos negros no buscan estrellas, sino posibles aeroplanos.

La noche de París es fantástica en estos monumentos. Sobre todo, a orillas del Sena, a la luz de la luna, es una decoración extraordinaria. Las torres de Nuestra Señora, los puentes, el río... No se sabe si se está soñando o se está despierto o si tiene uno que cantar alguna romanza.

Cuando la noche está nublada y negra, es muy fácil perderse.

Un amigo que tiene automóvil se encontró la otra noche despistado sin saber dónde se hallaba. Se detuvo delante de dos personas, y les preguntó:

—¿Por dónde se va de aquí a París?

—Si está usted en París.

Entonces preguntó por su calle, y le indicaron la dirección que debía seguir.

En estas noches oscuras, la gente va alumbrándose con una lámpara eléctrica de bolsillo, y entonces la calle parece una procesión de fantasmas.

Yo a veces, en el camino, encuentro a varias enfermeras de un hospital cercano, con sus trajes blancos y su cofia negra. Una de ellas, con los ojos lánguidos, me parece Doña Inés, que va a aparecer en el campo santo a Don Juan Tenorio.

Desde hace días hay noches estrelladas magníficas, y como no enturbia el cielo ese halo rojizo de las calles iluminadas de la ciudad, se ven todas las constelaciones como no se ven habitualmente aquí.

Cuando voy por el boulevard próximo, con sus casas grandes, oscuras y sin luces, y contemplo el cielo, me parece que estoy en el campo de España. Allá brilla Júpiter en el aire puro con su luz de plata azulada. Marte este año está más rojo que de ordinario. La Osa Mayor y la Menor van dando vueltas hacia el Este. La Estrella Polar y Casiopea juegan por encima de los tejados. Un poco bajo, en el horizonte, centellea un astro, que me figuro debe de ser Sirio con sus rayos misteriosos.

Lo militar se nota poco en París. Un día, por la mañana, entre la niebla, vi a lo lejos unos pelotones de soldados con casco y el uniforme de color verdoso. Tenía la columna un aire trágico y sombrío y daba la impresión de lo que debe de ser la guerra, en invierno, en climas un poco negros. Una semana después, en cambio, vi pasar por la avenida de Orleáns unas compañías de soldados. Iban sonrientes, hablando, cantando, pero sin alborotar ni llamar la atención, porque aquí el militar

parece que quiere demostrar que no manda.

V

TEMORES

La población hace casi su vida habitual. Como hay pocos autos y relativamente pocos ómnibus, el Metropolitano está siempre lleno.

Durante unas semanas, todo el mundo, mujeres y hombres, llevaba su caja de metal cilíndrica con la máscara de los gases asfixiantes. Como esos bombardeos tan cacareados no se dan, la gente empieza a olvidarse de ese tubo salvador.

Las mujeres, en el Metro, hacen labores de aguja y tejen ropas de lana.

Las multitudes entran y salen de los vagones, suben y bajan en silencio las escaleras y recorren los pasillos subterráneos, sin que haya nunca el menor incidente ni la menor discusión.

Durante mucho tiempo se ha hablado de los alertas o alarmas. Las calles de París están llenas de abrigo o de refugios. No creo que haya diferencia alguna entre unos y otros. El nombre varía solamente. Hay también refugios en los parques. En los portales de las casas se ve un cartel blanco que dice «abrigo» y luego el número de personas que puede contener.

Con la preocupación de los gases asfixiantes todos los respiraderos de las cuevas de las casas se han cerrado a cal y canto.

Los alertas no son, al menos por ahora, ni frecuentes ni molestos. Uno presencié en El Havre cuando acompañé a Evans, que se iba a Inglaterra. Me pareció cómico. Vivíamos en el cuarto piso de un hotel de la plaza Gambetta y tenía una vecina norteamericana, que era una rubia caprichosa, que tan pronto, al cruzarse en el pasillo conmigo, me saludaba amablemente como pasaba, sin mirarme, con un marcado desdén.

Una mañana comenzaron a sonar las sirenas de una manera estrepitosa. Yo me iba a levantar, pero me pareció que lo más prudente era quedarse en la cama. Entonces, en el pasillo empezaron a oírse gritos y voces. Golpeaban en el cuarto de la vecina. Debía de ser uno de sus adoradores. Después llamaron en mi puerta y yo tuve que levantarme. Había un joven que me dijo:

—Pero ¿no oye usted?

—Sí, ¿y qué pasa?

—Que es un alerta.

—Bien, ¿y qué? ¿Qué se puede hacer?

—Hay que bajar a ver al dueño del hotel para refugiarse en la cueva. Diga usted a

esta mujer de la vecindad que salga de su cuarto.

—¡Yo qué le voy a decir, si no la conozco!

—Vamos a la cueva.

—Bueno, vamos.

Comenzamos a bajar las escaleras. Estaban en los descansillos las viajeras americanas que esperaban el barco que llega al puerto, vestidas con pijamas y batas de noche, con los rizos entre horquillas y muy pálidas, como no pintadas.

El joven alborotador llamó al amo del hotel, que se presentó vestido de punta en blanco, y le dijo a este:

—Tenemos que ir a la cueva.

El patrón contestó ceremoniosamente:

—Perdone el señor, pero en el hotel no hay cueva.

A mí me entró la risa, y volví, riéndome, a mi cuarto.

El otro alerta lo presencié hace pocos días en París.

Era en plena mañana, con un cielo azul claro y un hermoso sol. No se veía ningún aeroplano en el horizonte. Yo dije:

—¿Para qué se va a ir al abrigo si no se ve nada?

—No importa. Cuando suena la sirena hay que ir. Así está mandado.

—Bueno, vamos.

El abrigo era grande, muy profundo; se tenían que bajar muchas escaleras y se salía a un subterráneo largo, con bancos, sillones de jardín y sillas e iluminado con luz eléctrica. No hacía frío ni humedad, la temperatura era agradable.

Yo me entretuve en observar el público. Había dos o tres mozalbetes alborotadores a los que sus padres riñeron porque chillaban demasiado, varias chicas sonrientes y pintadas que lucían las piernas, y algunos viejos tristes.

Cerca de mí estaba una mujer con una chica morenita de siete u ocho años, que escribía con lápiz, en un cuaderno del colegio, los nombres de sus primos, y decía a su madre que les tenía que escribir una carta. La madre asentía, riendo.

Un poco más lejos vi que había otra mujer con un aire muy triste, con dos niños crecidos. Debía de ser extranjera, porque hablaba francés con dificultad. Los niños, en cambio, hablaban mejor. Me acerqué disimuladamente para oír qué decían.

—¿Por qué nos quieren matar? —preguntaba el chico mayor, que tenía un aire avisado e inteligente.

—Porque los hombres son malos —contestó la madre por lo bajo.

—¿No creen, como nosotros, en Dios? ¿No dicen que todos somos hermanos?

—Sí.

—Y, ¿entonces?

—Cuando seas mayor comprenderás.

Este complejo de tristeza y de desgracia lo tienen, naturalmente, más que los naturales, los judíos, checos, polacos que han venido huyendo de un peligro y se encuentran con otro. Esto no tiene nada de raro.

Poco después, un señor se acercó a un teléfono y dijo que ya se podía salir.

El francés toma muy a broma las incomodidades de la guerra.

El otro día iban en el Metro, junto a mí, tres personas: un viejo con aire de empleado retirado, de expresión irónica, y un matrimonio joven, ella una rubia con los rizos alborotados y aire audaz, y un hombre que debía de ser su marido, de aspecto fuerte y sonriente.

El viejo resultó ser el padre de la rubia. Llamaba a su hija *mon petit*, y ella a su padre *mon pa*. La rubia preguntó a su padre qué tal estaban en el pueblo a donde los habían evacuado.

—¡Ah, muy bien, muy bien! —contestó el viejo, con sorna.

—¿Tenéis buena casa?

—Sí, dos cuartos y la cocina. Los cuartos estaban bastante sucios, y la cocina y el retrete olían mal y huelen todavía. Hay, además, pulgas, chinches y mosquitos. Tu madre se divierte limpiándolo todo, pero sigue oliendo mal y sigue habiendo bichos.

—¿Y tenéis buenas vistas?

—Sí, una ventana que da a un corral de cerdos. Por encima de la tapia se ve la carretera, por donde pasan los camiones. Es entretenido.

—¿Así que no es bonito?

—En los carteles de turismo dice que *c'est le plus beau pays de la France*.

Esta frase hizo reír a todo el mundo.

La rubia dijo que ellos viven entre jardines, y el padre le contestó:

—Ya verás, *mon petit*, cuando nos bombardeen los prusianos, qué va a quedar de tus jardines.

Y al oír esta palabra de los *prusianos*, que indicaba la edad del viejo, porque hace mucho tiempo que en Francia no se llama a los alemanes los prusianos, todo el mundo se echó a reír.

TERCERA PARTE

SUEÑOS DE OTOÑO

Las bocas de alcantarillas y de sótanos de París las están cerrando con ladrillos y con cemento, según ha dicho Gentil. Barbier ha reclamado, en algún centro oficial, que nos envíen para los inquilinos del quinto piso caretas para gases asfixiantes. Todos empiezan a andar con un tubo en bandolera. El tubo lleva dentro la careta.

He intentado ver si podía respirar con esa máscara, y he visto que para mí sería imposible tenerla cinco minutos.

—Tiene usted que habituarse a ello, Pagni —me ha dicho Dorina.

—No; yo soy un poco fatalista, y creo que el que está predestinado a morir de una bomba de aeroplano no morirá del escorbuto o de la cox de un asno.

—¿Es que no quiere usted esa careta?

—No.

—Y ¿qué va usted a hacer con ella?

—Se la regalaré al que me parezca.

Se habla mucho de los gases. ¿Son más pesados que el aire o más ligeros? Si son más pesados, quedarán en el suelo como si fueran líquidos, y envenenarán a los habitantes de los pisos bajos y no harán nada a los de los cuartos altos. Yo, en ese caso, me encuentro a salvo, porque vivo en un quinto piso.

Preocupado con esto, he dormido poco y me he despertado con un olor raro, mezcla de humo y de perfume no desagradable. De pronto me he dado cuenta y me he dicho:

«Estos son los gases asfixiantes. ¿Qué hago? Obremos con astucia.»

Me levanto, me visto y me asomo a la ventana.

Hay como una aurora boreal en el cielo, y nubarrones negruzcos. Comprendo que la gente que habla de los gases asfixiantes se ha equivocado de medio a medio. Estos gases no son más pesados que el aire, sino menos pesados. Se puede ir a la calle y a la orilla del canal. Voy bajando las escaleras con precauciones y sin hacer ruido. Por la calle andan unas enfermeras como en procesión, alumbrándose con unas lámparas eléctricas.

Miro por encima de las casas y veo clara la Osa Mayor y la estrella Polar sobre la veleta de una iglesia. Me choca, porque antes me había parecido ver el cielo nublado y tempestuoso. Entonces una de las enfermeras, con un aspecto de Doña Inés del *Tenorio*, me dice:

—Es mentira, no hay gases asfixiantes.

—¿Cómo que no? Entonces, ¿por qué hemos salido a la calle?

—No hemos salido a la calle; usted está en la cama.

Me incorporo y siento la sorpresa de siempre. Por la mañana me entero de que el olor raro que había en mi cuarto era que Rosa Vinay estaba quemando papeles y limpiando frascos de perfumes.

II

UN PUEBLO HUNDIDO EN TIERRA

En este pueblo moderno se ha encontrado que hay una ciudad antigua enterrada. Una ciudad con unas calles estrechas, en donde todo se conserva como hace cientos de años. Hay casas amarillas, tiendas, comercios.

Voy con un irlandés por delante de iglesias y palacios.

En las calles, al principio, ni un alma; todo está inmóvil y silencioso. Encuentro a mi paso un arco y lo atravieso. Sigo por un callejón, por en medio de la gente, de aire agresivo.

Me encuentro con un hombre joven que quiere acompañarme. Me explica la historia del barrio, mientras cruzamos una casa y otra y otra; luego va tomando un aire de amenaza, y al llegar a una feria como el Mercado de las Pulgas, de Clignancourt, en donde paran muchas familias conocidas, se sienta en un bazar, luego abre una puerta de este bazar y me dice que salga.

Me meto por un subterráneo y salgo al campo.

Desde aquí veo una muralla y unos hombres apostados. Yo comprendo el peligro y no quiero avanzar más, y entonces me despierto.

III

LIBRERÍA DE VIEJO

Por la noche voy a charlar al cuarto de Gentil. He visto que tiene libros muy buenos. Me ha hablado de ediciones y de obras raras, y me he mostrado como entendido en esas cuestiones.

De noche, en sueños, he ido a ver una librería de viejo en Madrid, en la Ribera de Curtidores. El librero era un desconocido, un tipo de gitano de aspecto amenazador,

alto y con bigote negro. Al entrar en el portal de su casa me ha mirado de arriba abajo con suspicacia. La tienda era húmeda y siniestra y llena de tomos viejos. En los rincones había lepismas grandes y plateados y escolopendras negras.

En la calle estaban amontonados, sobre un carro de mano, una gran cantidad de papeles y folletos.

Me he puesto a mirarlos, y he encontrado cosas tan extraordinarias que me han sorprendido.

Unos procesos de brujería antiguos, escritos con sangre, grimorios y documentos del siglo XIX sobre conspiraciones y sociedades secretas, con unos dibujos de todos los signos de la masonería.

Para mirarlos me he quitado el gabán y lo he dejado sobre los libros. Luego he separado varios tomos grandes y otros pequeños, y he preguntado al librero gitano:

—¿Cuánto vale esto?

—Los libros grandes, ocho duros grandes, y los libros pequeños, ocho duros pequeños.

—Yo no sé qué son duros grandes y duros pequeños.

Al meter la mano en el bolsillo, saco unas monedas de cobre:

—Nada, no puedo comprar nada —he dicho.

—Y entonces, ¿para qué me ha hecho usted esa pregunta? —me dice el gitano, y me mira amenazadoramente y echa mano a la navaja.

No le he contestado, y me he marchado de allá a la plaza Mayor, y después a la plaza de Herradores. No sé con qué objeto.

Me he fijado que estaba lloviendo y que me faltaba el gabán. He vuelto de nuevo a la librería de la Ribera de Curtidores con intenciones de interpelar al librero gitano y de atacarle si no me daba el gabán. He registrado el carro de mano y he encontrado el gabán, pero cuando me lo he puesto he visto que estaba hecho con una red de esparto, como una banasta de fruta.

El gitano, ahora, se reía de mi sorpresa.

Seguramente este sueño es una manifestación de melancolía que expresa de una manera inconexa la idea que uno tiene de la vida y de lo difícil que es desenvolverse en ella.

IV

EL HOTEL DE LOS DESFALLECIMIENTOS

Me han dicho:

—Es un hotel cómodo y magnífico como un palacio entre jardines. Allí se está

muy bien.

—¿Será caro? —he preguntado yo.

—No. Es el precio corriente.

—Es extraño.

Me decido a ir. Tomo el tren y veo el hotel desde la estación. Efectivamente, es un palacio blanco entre jardines soberbios. Brilla al sol como un ascua.

Tomo un cochecito ligero y me acerco. Subo una escalinata, y en el vestíbulo me siento en un sillón y comienzo a escribir una carta en una mesa que tiene unos tinteros grandes. Estoy contemplando el paisaje. Siento cierta pesadez en la cabeza.

Luego salgo a pasearme en el parque. Miro hacia el hotel, y veo que es un edificio enorme y derruido, como las Termas de Caracalla, de Roma, colocado sobre un cerro amarillento.

Subo a una gran terraza, llena de gente pálida y débil. Me siento al lado de una señora amiga y un mozo me trae una taza de té.

En una entrada de este palacio hay las personas de una Comisión que va a saludar a no sé quién, y al frente de ella va Abd-el-Kader, cuyo retrato he visto hace pocos días en una ilustración francesa del tiempo de Napoleón III.

De la comitiva se destaca un argentino o uruguayo, a quien conozco; me da la mano y no me dice nada.

En este café nadie paga ni nadie habla. Los mozos andan como sombras.

Con frecuencia, alguna persona que está en la terraza se desmaya y se pone blanco.

La gente dice:

—Es otro a quien le ha pasado lo mismo.

—Pero ¿qué le ha pasado? —pregunto yo, alarmado.

No me contestan.

—Me voy a la cama —digo, y me pongo a buscar mi cuarto, que tiene un número de tres cifras.

Al subir por las escaleras noto que el hotel no solo no está cuidado, sino que es desastroso.

Hay grandes rajaduras en las paredes, cortinas sucias y polvorientas. Entro en el cuarto, que es pobre. Abro una ventana y veo un patio negro y feo. La habitación mía es horrible. Los muebles están apolillados; la cama, mugrienta. No me decido a meterme en ella. Por el suelo veo que andan cucarachas grandes y negras y rojas y montones de pulgas.

Me levanto, voy a la puerta y la empujo con esfuerzo y la abro. Me duele el brazo y tengo una contractura en la pierna. Marcho por un pasillo con dificultad, pero con decisión. Y comienzo a bajar escaleras y a cruzar corredores. Cuanto más ando por escaleras, encrucijadas y pasillos, me parece que voy perdiendo fuerzas. La puerta está cerrada. Hay unos ventanales de cristal esmerilado, pero no los puedo abrir. Entonces agarro uno de los tinteros gruesos y pesados del escritorio, lo vacío de tinta

y lo tiro con fuerza contra el cristal, que salta en pedazos. Al respirar el aire exterior empiezo a encontrarme bien, adquiero fuerza, abro la ventana, salto fuera y abandono el hotel contento.

V

PREPARATIVOS DE VIAJE

Estos días siento la angustia de tener que hacer un largo viaje con un sabio profesor a quien conozco.

No sé cómo se llama, ni sé su especialidad. Solo sé que me espera en la estación del Metro del boulevard Augusto Blanqui.

Nos encontramos. La estación de ese Metro tiene varias escaleras para subir a la altura del viaducto que pasa por encima de la calle. Supongo que la escalera tendrá unos quince o veinte metros de alta.

Subimos ese señor y yo escalones y más escalones, y él me dice:

—Aún hay que subir más.

—¡Pero hombre!

—Yo no tengo la culpa.

«Me ha fastidiado este imbécil», refunfuño yo.

Llegamos a un rellano y el señor se escabulle no sé por dónde.

—«¡Qué impertinencia!», pienso.

Me encuentro delante de una puerta, la abro y me veo solo en una explanada con un monte al fondo, nevado, y una laguna a sus pies. Me da la impresión de ser alguna región nórdica de Italia.

—Aquí no hay ningún tren —digo, protestando.

La estación es mísera, llena de escombros. A lo lejos se ven unas montañas majestuosas formando un gran anfiteatro.

Voy de un lado a otro, y me encuentro con el jefe de la estación, vestido pobremente de gris y con una gorrita en la cabeza. Es un tipo que podría ser un ruso.

—¿Qué puedo hacer yo? —le pregunto.

—Lo que puede usted hacer —me contesta—, es aprovechar un tren de peregrinos. ¿Tiene usted algún inconveniente?

—Yo, ninguno. Pero aquí no veo ningún tren, ni con peregrinos ni sin ellos.

—Ahí lo tiene usted.

Efectivamente. Hay una fila de vagonetas pequeñas, roñosas, destartaladas, y en la primera una mujer guapa, vestida de monja, que dirige el tren, manejando un volante como de automóvil. Esta señora se parece a una dama veneciana que he

conocido hace dos o tres días en casa de unos amigos.

—¿No hay más que esto? —pregunto yo.

—No, no hay nada más.

—Pero esto es una mala chatarra.

—Sí, es posible. Pero no hay otra cosa.

Entro en la vagoneta y me siento sobre un banco de madera y me quedo medio dormido.

Me despejo al comenzar la marcha.

—¿Qué vamos a hacer? —le pregunto a la mujer, que es la conductora.

—Ahora bajaremos ese monte.

—¿Y luego?

—Luego ya verá usted.

—Bien, está bien.

Veo que la mujer que conduce lleva ahora un antifaz negro. ¿Para qué? No lo sé.

Se me ocurre fumar, lo que hace tiempo no hago. Saco un cigarro, enciendo una cerilla y la tiro con desdén a un automóvil viejo próximo. Al choque de la cerilla, el automóvil presenta primero un punto brillante, va este aumentando de tamaño y después se extiende a todo el coche, que inmediatamente queda rojo como un ascua. El automóvil baja la cuesta del monte incendiando cuanto encuentra a su paso. La mujer que dirige la fila de vagonetas hace marchar su aparato con habilidad y va detrás del automóvil incandescente.

Por en medio del campo cruzan ahora grandes trenes, entre llamas, a gran velocidad. El lago se ilumina con las luces rojas.

«¿Qué va a pasar aquí? —pienso—. Esto es algo del apocalipsis.»

Llegamos a un túnel, y en medio de él veo un agujero, una sima enorme.

—Estamos perdidos —digo yo—. Aquí no hay salvación.

—No, por ahí vamos a bajar —contesta la conductora amablemente.

—Pero ¿por dónde?

—Por ahí, le digo a usted.

—Eso es imposible.

—Hay una cremallera y verá usted cómo nuestro tren marcha muy bien. No crea usted que es tan malo.

Efectivamente, el tren de vagonetas entra en la sima y va pegado a la pared como un ciempiés. Baja de una manera vertiginosa y sale a una magnífica plaza de un pueblo de grandes palacios y una enorme catedral blanca. Los ventanales de esta, cubiertos de vidrieras de colores, están iluminados por el sol poniente. Al llegar allí, nos detenemos. Todos los altos próximos están ardiendo. Las llamas no llegan a la ciudad.

En la plaza hay una fuente gótica como la de Núremberg.

El agua es clara, limpia, cristalina, y sobre ella hay rosas de todos los colores.

—¡Qué belleza! —digo yo.

Entonces la mujer da un grito. Se quita el antifaz, y veo que no tiene cara, sino una calavera.

VI

LOS VERDUGOS DEL SUEÑO

Madame Latour me ha dicho:

—Por favor, Pagani, cédame usted su cuarto por dos días.

—Pues ¿qué pasa?

—Que ha venido una parroquiana antigua a la que debo favores y la he llevado a un cuarto del piso segundo, de los mejores de la casa, y me dice ahora que el balcón del cuarto está cerca de una ventana de la escalera y no quiere estar ahí.

No he tenido más remedio que aceptar la proposición. ¡Qué caprichos estúpidos! ¡Quién se va a meter en el cuarto de una tía vieja y fea y que no tiene nada que celebrar!

La habitación del segundo es más espaciosa y más elegante que la mía, pero hay en ella, sobre todo de noche, unos ruidos insoportables. Hay un hombre pequeño, achaparrado, ridículo, que pasa por el corredor dando unas patadas como si fuera un gigante. Unas mujeres con voz chillona repiquetean con los tacones de los zapatos en el suelo...; pero lo más molesto es el ruido del cuarto de baño.

El baño suena todas las noches, y a la madrugada, al lado de mi nuevo cuarto. Llamo a los que lo usan a esas horas los verdugos del sueño de los demás y, sobre todo, a una mujer u hombre que empieza a meter ruido alternando un grifo que hace un chirrido agudo con otro sordo, y no me deja dormir ni un momento con su estúpida música.

Como es cosa de dos días, no protesto.

La segunda noche, después de horas de insomnio, voy en un autobús. No tengo ninguna costumbre de utilizar este medio de locomoción, pero hace días que he tomado uno en la plaza de la Estrella.

Estoy en Roma, y voy en el coche en la plataforma de atrás. Pienso con cólera en los verdugos del sueño, malhechores del reposo ajeno.

Se detiene el autobús en la plaza de Exedra di Termina, y un hombre alto, fuerte y membrudo, vestido con uniforme y un gorro redondo de quinto o de presidiario, se me acerca y me dice con aire provocativo que es un trabajador.

—Yo trabajo por la noche y me baño cuando me da la gana, y no permito que nadie me critique ni me llame «verdugo del sueño». Cuidado con eso —me dice con cólera.

—Yo no me ocupo de usted para nada, ni le conozco, ni quiero conocerle —le digo yo con desprecio.

—Por sí o por no, tenga usted cuidado.

—A mí no me viene usted con insolencias ni con amenazas.

El hombre amaina, y dice:

—Tengo un camaranchón en el autobús para ir a mi trabajo.

Efectivamente, aparece poco después en un ventanillo en lo alto de la plataforma del coche con su gorro redondo.

El autobús va repleto, la gente entra y sale a cada paso.

Preocupado por la advertencia de ese hombre amenazador, he sacado unas hojas del bolsillo y me he encontrado que en la primera hablo de los «verdugos del sueño» y los ataco de una manera violenta y exagerada. Entonces, disimuladamente, saco la primera hoja y empiezo a romperla, pero el hombre del gorro redondo me mira por el ventanillo del agujero en donde descansa, como si se diera cuenta clara de lo que hago.

Sale la gente de la plataforma del coche, entran tipos también con uniforme y con gorro redondo, y con uno de ellos viene un joven mendigo y destrozado con aire de tonto, de color de tierra, vestido con un traje de tela amarilla.

Echamos a andar.

Uno de los hombres le habla al mozo con aire de mendigo, y este responde con una retahíla de tonto, gesticulando.

—Pero ¿qué es esto? —pregunto yo.

—Es que ese mozo se está confesando —contesta el hombre.

—Por si acaso —dice otro.

—Pero ¿es que lo van a matar? —vuelvo yo a preguntar.

—Para luego es tarde —dice uno.

Y se vuelven todos a reír.

—Pero ¿ustedes creen que esto es una broma? —pregunto yo, con voz fuerte.

—Claro que es una broma —contestan ellos.

El verdugo del sueño saca la cabeza por el ventanillo y hace movimientos de afirmación con la cabeza. Seguimos todos en el autobús, y nos paramos en las afueras.

Toda la gente desaparece de la plataforma, y entonces se oye un ruido de grifo de baño. El hombre del ventanillo saca la cabeza.

—Pero a ese joven —pregunto yo—, ¿no lo habrán matado?

—¿Por qué no? —me dice él—. Puede que sí.

Y yo, asustado, me despierto.

Tomo un coche de primera. No sé adónde voy a ir. Al salir el tren, una mujer joven abre la puerta del vagón y coloca en el asiento de enfrente una canastilla, y dentro un niño. La mujer se dispone a marcharse.

—Pero, señora —le digo yo—, ¿va usted a dejar al niño solo?

—Sí; cuando el tren se detenga vendrán a buscarle.

Efectivamente, el tren se detiene y dicen en la estación:

—El tren para aquí. El que quiera puede ir a la fonda.

—¿Y este niño?

—Yo no sé de quién es —contesto yo—. Lo han dejado ahí.

—¡Ah!, bueno; entonces usted es el responsable.

Tomo un coche y meten el niño en su canastilla; entro en la fonda, y lo dejan después en mi cuarto, encima de una mesa. Le contemplo y veo que ha disminuido de tamaño. Pienso si será uno de esos *niños de tubo* de que se habla en Inglaterra y que los fabrican con fecundación artificial.

Una criada de la casa habla de él, y dice:

—Es como el niño de San Antonio, que ni come ni bebe y esta gordito.

Poco después me avisan. Tenemos que marchar de esta fonda e irnos a otro pueblo en un autobús. El autobús va lleno de gente, y le ponen al niño en su canastilla sobre una red donde se colocan los equipajes. El conductor, un hombre joven, me dice:

—Ese es el padre de la criatura.

Y me lo muestra en el portal de una callejuela. Es un tipo de bigote negro y con aire de chulapo.

—Pero ¿a mí qué me importa por el niño, si yo no tengo nada que ver con él?

Al llegar a la nueva posada, me dicen:

—Ya hemos puesto al niño. Está sobre la mesilla de noche.

Le busco y no le encuentro.

—¿Dónde estará? —pregunto.

A lo último lo veo en el suelo, y tiene el tamaño de una yema de confitería, y está envuelto en un papel rizado. No se le ven los ojos ni nada.

—Es extraño —me digo—; se va a convertir en un óvulo.

Al salir de la casa veo que todos se han hecho tan pequeños que no se los ve.

VIII

UN RESTAURANTE

Me convidan a comer en el campo, en un restaurante, en el camino de Saint-Germain en Laye. El restaurante se llama Le Coq Hardi, y se encuentra en el lado izquierdo del camino. A la derecha está el Sena, ahora turbio, con unas arboledas verdes primaverales. Un poco más lejos hay un puente. Veo en el camino un carro con cómicos o payasos vagabundos.

Al volver a casa, sueño.

Es un magnífico teatro Guiñol, de figuras más grandes que las normales. Se representa un sainete cómico y fúnebre, un poco inspirado en una danza macabra; se titula *Guiñol, perseguido por la Muerte*. Guiñol se despide de Colombina y quiere escaparse, pero el juez y el gendarme le detienen y le llevan delante de la Muerte. Esta le agarra y le muestra su guadaña.

—Pero ¿cómo se permite una cosa así? —pregunto yo.

Entonces un vecino, el ex policía Barbier, me dice con gran misterio:

—Conviene esta enseñanza para el pueblo.

IX

EL SALÓN DEL HOTEL

El salón del hotel donde nos hemos reunido al principio, al sonar los alertas, se transforma después, en mi imaginación, en un acuario. La señora belga del traje blanco, que se tiende en una butaca con los pies en una silla, se ha convertido en un delfín. Una austríaca que viene con pantalones y con una capucha en la cabeza, me parece un rodaballo; un judío es un langostino; un español tiene aire de pez espada; una francesa gorda parece un atún; otra pequeña, flaca, ya vieja, puede ser una sardina, y un chico me recuerda una quisquilla. Hay también un señor que podría ser un pulpo... Todos estos peces y moluscos se dicen gracias, no siempre muy espirituales.

Entonces un cicerone pequeño y menudito, y un tanto afeminado, me dice:

—Este es un ingenio de casa de huéspedes.

Otros días, el salón del hotel se convierte en una cueva comunicada con el mar por un agujero con rocas. Diez o doce personas están en una cornisa de la cueva medio desnudas, sentadas, con un salvavidas en la mano. Unos ríen, otros hablan. ¿Qué esperan? No se sabe. Uno dice: «Ya pasó la tormenta». Suena un trueno terrible

y se escapa todo el mundo.

X

LA ARAÑA

Me han contado varias veces el caso de una mendiga. Tenía un niño, al cual, para hacerle llorar, ponía una venda en un ojo y en la venda media nuez vacía, y dentro de la nuez una araña. La araña movía las patas sobre el ojo de la criatura, y esta lloraba constantemente. Otros me dijeron que no era nuez, sino una cáscara de huevo la que aplicaba al ojo del niño, con una araña dentro.

Un médico, al notar que el niño lloraba constantemente, se extrañó de este llorar constante de la criatura, e invitó a la mujer a ir a su clínica para ver al niño, y como la mujer no quiso, llamó a un guardia e hizo que detuviera a la mujer.

La llevaron a casa del doctor. El médico quitó la venda a la criatura y encontró la araña. La historia no sé si es inventada o verídica.

A base de esto he soñado que veía a una muchacha rubia, como Dorina, tendida en la cama, con el cabello esparcido, como en un cuadro prerrafaelista que representaba a Ofelia.

Una araña peluda, con una mirada maliciosa, se le acercaba a la cara y vacilaba para decidirse por dónde empezar a comerla.

XI

OTRA VEZ LA ARAÑA

El médico me invita a ir a un castillo que ha comprado.

—¿En dónde está? —le pregunto—. ¿En el Norte o en el Sur?

—En el Sur.

—Bueno. Si no hay más remedio, vamos.

El viaje es rapidísimo. Llegamos a un pueblo que tiene unos caserones grandes, de color de tierra, al lado de una cantera, y de pronto nos encontramos dentro de un castillo de piedra y arena, triste y feo. Hay sótanos con bóvedas, y en uno de ellos un estanque.

—Puede usted pescar —me dice el doctor.

Efectivamente, echo unas cuerdas con anzuelos y saco unos peces como arañas viscosas, con unos ojos legañosos, que me miran con rabia.

Asustado, salgo de aquel sótano y empiezo a marchar por el interior del castillo, con las paredes amarillentas. Por los rincones hay unos señores antipáticos, con anteojos, que me miran desdeñosamente.

«No sé lo que tienen contra mí», pienso.

Quiero encontrar al doctor, pero no le veo.

«¿Qué le habrá pasado?», me pregunto.

De pronto, veo una puerta abierta y me echo a la calle. No reconozco el sitio que he visto anteriormente. Alrededor no hay más que barracas pequeñas y negras como las del Mercado de las Pulgas, de París.

Estoy asustado, y en una barraca creo ver a un guardia, y me acerco a él, pero cuando estoy a su lado veo que no es tal guardia.

—¡Ah!, usted busca al doctor —me dice—. Le llevaré hasta su casa. Sígame usted.

Este hombre es un golfo harapiento, con un pañuelo rojo al cuello. Tiene un aire de doblez y de hipocresía, unido a una expresión de amenaza que me sobrecoge; por la chaqueta le anda una araña.

Comenzamos a marchar por un camino que se va estrechando y elevando, y yo me digo:

«Estoy perdido. Este hombre me tira por el precipicio.»

Ya me veo en el fondo del abismo, cuando entramos en una tabernucha que está en lo más alto y que se ve llena de gente astrosa.

—Aquí está este —dice el del pañuelo rojo.

—Yo no creo que he hecho nada malo —replico yo.

—Nadie le reprocha a usted haber hecho algo malo —me contesta un hombre grueso y calvo.

Entonces una mujer joven, que está con una niña en el regazo, dice:

—Que venga a ver si entretiene a mi niña.

Miro a la niña. Es horrible; tiene unos ojos negros, brillantes, como iluminados por la fiebre, la piel amarillenta y el cuerpo cubierto de harapos. Una araña le anda por la cara y le pasa por un ojo. La araña me empieza a mirar con una persistencia y una furia tal, que me deja helado. Me parece que me va a empezar a hablar.

—Es imposible —digo yo, con una voz tan fuerte, que la taberna entera empieza a temblar, y me despierto angustiado.

Tengo que esperar a unas chicas que vienen en el tren.

Entro en este café próximo, que está en una plaza triste. Es un café zarrapastroso. Me siento a una mesa, pido una taza de café, y el mozo me indica que para tomar algo hay que pedir un carrete que tiene una cinta de papel. Luego, cuando hay que pagar algo, se cortan trozos de esa cinta.

—¿Cuánto vale ese carrete?

—Diez francos.

—Bueno. Démelo usted.

Me dan el carrete.

Tomo el café, que me parece bastante malo, y le llamo al mozo y le doy el carrete, y le digo que cobre.

El mozo va sacando unas tiras de papel sucio entre las risas de todos, y después de sacar toda la cinta, dice:

—No basta; hay que sacar otro carrete.

Vienen las chicas. Hay que cruzar el café.

Subimos una escalera, llegamos a unos billares, y desde aquí empezamos a pasar corredores. Pero ¿cómo puede estar esto tan lejos? El grupo de las muchachas se dispersa. «¿Qué les habrá pasado a esas chicas?», pienso, y sigo por los pasillos, subiendo y bajando escaleras, hasta que me encuentro en un café lleno de mujeres gordas, rubias, con el pelo peinado como un casco, y chulos viejos.

Hay un jovencito pálido bebiendo en una mesa, y de pronto se levanta y me dice con un tono agresivo:

—Esto no es *vassir*.

—Y a mí ¿qué me cuenta usted? —contesto yo—. Yo no sé lo que es *vassir*.

—Yo le voy a comer a usted los hígados —me dice, con los ojos inyectados.

—Yo le voy a aplastar a usted como a una cucaracha —contesto yo.

Y entonces miro al suelo y veo que está lleno de estos insectos, y que se suben por las sillas y por las mesas.

XIII

EN EL COLISEO

Ahora me instalo en el Coliseo de Roma, y me siento en una tribuna. ¿Qué pasa aquí? No lo comprendo. Todo el circo está lleno de figuras con trajes, pero dentro de los trajes no hay personas. A un empleado que se asoma por una ventana, le pregunto:

—Pero, oiga usted, ¿aquí qué ocurre?

—¿Usted no ha leído *El hombre invisible*, de Wells?

—Sí, una novela bastante desagradable.

—Cierto; pues aquí se ha llegado a hacer invisibles a los espectadores, y no se les ven más que los trajes.

—Y con los gladiadores ¿pasa lo mismo?

—Igual.

—Y ¿con las fieras?

—A estas se les ven solo las uñas.

—¿Qué cosa más extraordinaria, qué idea! Verdad es que a algunas personas les pasa igual.

—Es la ciencia.

—Bien, pero esto no interesará a nadie. Este público brutal lo que querrá ver es la lucha y la sangre.

—Antes, sí; pero ahora, no. ¿No sabe usted que ahora se siguen los partidos de fútbol por radio?

—Pues no lo sabía.

—Sí, estamos en la época de la metafísica de la patada y del puñetazo.

—Bueno, entonces me marchó, porque esta no es mi época.

Entonces, estas figuras sin cuerpo se levantan, y muchos dicen, sin duda dirigiéndose a mí:

—Es un loco, es un loco.

XIV

EL HOMBRE ARTIFICIAL

Aquel hombre que conocí en Londres hace años era un hombre artificial. Pero ¿eso era posible? Evidentemente, no parecía posible.

Yo trabajé para él. Veía que cuando salía a la calle conmigo y quería tomar un *cab*, tomaba unos y otros no. Me dijeron que tenía una pierna postiza, y como no

podía manejarla bien, buscaba un *cab* que tuviera un estribo bajo. Luego supe que le faltaba un brazo y tenía un ojo postizo.

Sueño con él, y, riendo, me explica sus secretos con una risa burlona. Se quita los ojos, los brazos, las piernas y, al último, no sé cómo no se queda sin cabeza.

XV

ESCENAS REVOLUCIONARIAS

He soñado con escenas revolucionarias o de guerra no sé en qué país. Las gentes entraban en subterráneos y capillas y rompían a martillazos estatuas y esqueletos. Las he seguido por pasillos negros y oscuros a la luz de las antorchas.

He visto un fusilamiento de imágenes delante de un tribunal.

—Y ¿por qué es esto? —le he preguntado a un hombre con gorro rojo.

—¿No ve usted que tienen dos llagas pintadas?

—Y eso, ¿qué importa?

—Que en los documentos dicen que deben tener tres.

Después se arma una enorme confusión, y se oyen tiros y gentes que caen como muñecos a un lado y a otro.

XVI

LOS PAPELES COMPROMETEDORES

Salgo de mi cuarto del hotel con un saco al hombro lleno de papeles escritos que me ha dado un señor que no conozco. ¿Por qué los he tomado? No lo comprendo. Me parece conveniente desprenderme de ellos.

Voy por una carretera a un pueblo de la frontera. Atravieso un túnel, en algunas partes muy oscuro, que traza varias curvas, y llego al pueblo fronterizo, que está en una ría ancha. Antes de pasar tengo que quemar los papeles. Supongo que llevo documentos importantísimos. Entro en una casa pequeña, que tiene una cocina negra por el humo de la chimenea y un banco enfrente. Hay un hombre.

—Voy a quemar estos papeles —digo.

—Y ¿por qué?

—Porque son papeles comprometedores.

—¿Para quién?

—Pues no lo sé, la verdad. Pero, en fin, me han dicho que hay que quemarlos.

—Bueno, pues yo le ayudaré a usted.

Intentamos encender fuego los dos y no lo conseguimos.

Luego logramos, echando alcohol, hacer una llama.

Salgo afuera y veo que los papeles andan por el aire y no se han quemado.

XVII

VIAJE DE NOCHE

Una casa acogedora y simpática de no sé dónde, con un gran jardín y un río.

Hay una mujer que habla conmigo en una galería de cristales, por donde se ven árboles en flor. Viste con un jersey blanco de lana y tiene los ojos azules, y un velo blanco en la cabeza.

—¿Vamos a hacer la excursión cuando amanezca? —pregunta ella.

—Si usted quiere, la acompañaré con gusto.

—Saldremos ¿a qué hora?

—Por la mañana.

Pasa la noche en un vuelo. Salgo de mi cuarto, bajo las escaleras, voy al portal y me encuentro en el campo.

Hay un olor ácido sofocante. La noche está negra. Lluve a chaparrón. No está ella. Avanzo unos pasos. Hay sombras que huyen asustadas. Tengo miedo, y me dedico a volver con espanto. Cruzo por un campo de escombros de máquinas de hierro y de ruedas. Marcho con dificultad.

El corazón me late violentamente. La puerta de la casa está abierta, pero se va a cerrar. Al lado de la puerta está ella, con su jersey blanco, pero no tiene cabeza, sino una calavera envuelta en velos.

Me echo sobre la puerta con horror y puedo pasar. El portal está con luz y templado. Respiro. En la pared veo un gran mapa pintado en cristal, con una luz que lo ilumina.

XVIII

LOS FETICHES

He traducido un pequeño manual de etnografía para un editor de América. El capítulo que más efecto me ha causado ha sido el de los fetiches africanos.

Al meterme en la cama, después de un momento de mareo, me he encontrado en un patio en donde había una serie de muñecos de madera con un espejo en el pecho.

—Sí, es para ver lo que pasa en el mundo —me dice el cicerone, que es un italiano con facha de pillo.

—¡Vamos, hombre! —le digo yo—. Nada de bromas.

El cicerone me enseña unos murciélagos con orejas largas y me lleva después a una cueva en donde hay unas serpientes grandes, gordas, con unos ojos grises maliciosos, y un negrazo, que es el sacerdote que les está preparando el *menú* en un hornillo, y tiene delante aves, conejos, leche y huevos.

—¡Asquerosos animales! —digo yo en voz alta—. Yo, como usted, los mataría a todos.

Salgo al campo, y veo a los Mumbo Jumbos, que van de casa en casa asesinando niños. A los viejos y viejas los desprecian.

El río es magnífico. Embarco en una canoa. Pasan por la superficie del agua cocodrilos, hipopótamos monstruosos, en balsas formadas por grandes árboles caídos van serpientes y monos. Todos estos animales me miran a mí con sorpresa.

Cruzo por encima de cataratas llenas de espuma y llego a un enorme delta, y respiro un aire inflamado de calor y de fiebre.

Al volver a la realidad siento algo de vértigo. Me parece que marchó en la cama de lado, y experimento una sensación de angustia en el epigastrio.

XIX

LA ENFERMA DEL ANTIFAZ

Estoy paseando por los arcos de la plaza de un pueblo. No sé cuál es. Supongo que es de una capital de provincia del Norte de España.

Me encuentro con un tipo joven, de estos obsequiosos, que me dice que debíamos ir a la casa de una señora que tiene interés en conocerme. No me dice por qué.

—Es muy simpática —me asegura—. Vive aquí mismo, en la plaza, en un hotel. Entraremos, si usted quiere, en su cuarto, por un ascensor particular que tiene.

«Es un poco raro», pienso yo.

Subimos y aparecemos en una alcoba grande, al lado de una cama en la cual reposa una vieja enferma, que tiene un antifaz que le tapa la mitad de la cara. A través de los agujeros de la máscara me miran sus ojos con una expresión de odio.

—No se quite usted el sombrero —me dice el amigo—. Aquí hace frío. A esta señora le han recomendado los médicos que viva en una temperatura baja para su enfermedad.

Van entrando otras viejas, con cara amarillenta de calavera, que se sientan en el cuarto y me miran con la misma hostilidad.

«¿Qué habré hecho yo a esta gente? —pienso—. Quizá he hablado mal de esas viejas en alguna parte.»

El amigo sigue mirando a la enferma, que está en la cama, y le da palmaditas en el hombro.

La vieja se me figura que me mira por los agujeros de la careta con gran ira.

Yo me siento indignado, y grito:

—Bueno, me voy.

Me levanto, con estupefacción de las viejas, y me acerco a una puerta cerrada con un cerrojo.

Descorro este, que chirría horriblemente, empujo con fuerza y se produce un estrépito de hierros y de cristales que se caen.

Paso a un desván, avanzo por él, tropezando y rompiendo todo lo que encuentro, y salgo a una escalera; de aquí al portal y luego a la calle, y, al llegar a ella, me despierto con el corazón palpitante.

Me queda la idea de si la vieja acostada en la cama sería la Muerte.

XX

LAS TRES GRACIAS

He visto en escultura varias veces el grupo de las Tres Gracias, una vez creo que en Suiza, otra en el Museo de Versalles.

Estas que se me presentan en el sueño son muy hermosas, sonrientes y vivas. Están coronadas de flores.

Me acerco a ellas, y me asombro a mí mismo por lo hábilmente que las galanteo. Las tres sonríen amablemente y una me ofrece un néctar en su copa.

Luego empiezan a pasar por delante nubes, primero ligeras y después más densas, y, al último, fuliginosas.

Al cabo de algún tiempo de pasar estas nubes, las Tres Gracias se han convertido en viejas arrugadas y desdentadas, tienen una expresión agria y amenazadora y

juegan con unos lagartos y escorpiones.

—¡Fuera, fuera! —grito yo—. Esos trucos no los acepto. ¡A la calle las Gracias, que son desgracias! —y me río de este chiste malo.

XXI

EL MAL FARIO

He conocido dos tipos que han llegado hace poco de España; el uno es un napolitano, el otro es almeriense. Hablan en broma de las supersticiones de sus pueblos respectivos.

Sueño con ellos; el napolitano me ha dicho en secreto que el almeriense es *jettatore*; el almeriense me ha asegurado que el napolitano da el mal fario. Lo extraño es que lo que se acusa el uno al otro es casi lo mismo. *Jettatura* y mal fario son cosas idénticas. *Jettatura* es acto de echar (echar una mala suerte), y fario es hacer (hacer maleficio).

Según Ovidio, había tres clases de suertes:

*Cuius ab attractu variarum monstra ferarum
In juvenes veniunt, nulli sua mansit imago.*

El *jettatore*, allá por donde va, queriendo o sin querer, causa desastres. Casi siempre es flaco, moreno y triste.

Al que le da el mal fario, le pasa lo mismo.

«Corre y merca un incensario y sahúmate ese cuerpo, mira que tienes mal fario», se dice en una copla andaluza.

Remedios contra la *jettatura* son el cuerno y el falo de metal. Remedios contra el mal fario, el hierro.

El cuerno y el falo son amuletos. El tabú del hierro es de la Edad del Bronce.

La *jettatura* tiene un origen algo menos innoble que el tabú del hierro. El tabú del hierro nace de un fondo de brutalidad y petulancia.

Todas las clases que se han considerado nobles por matar, por robar, por hacer conjuros, han tenido por despreciables a los trabajadores del hierro.

¡Qué cosa extraña!

El hombre semicivilizado, al ver a otros empleados en una obra tan sabia como fabricar objetos útiles de hierro, los miró como gente demoníaca y los odió y quiso despreciarlos.

El hierro ha sido durante mucho tiempo odiado como una novedad. El animal humano ha sido siempre bruto y misonéista, y todo lo nuevo le ha inspirado terror.

Los judíos, los romanos, los hindúes en sus épocas primitivas, no querían emplear el hierro. Les parecía, sin duda, una sustancia peligrosa.

Después se rindieron a la utilidad y ya quisieron acogerse a su potencia mágica. Y ahora tocar hierro frío es resto del antiguo tabú.

XXII

LICANTROPÍA

He escrito para la Enciclopedia americana, donde colaboro, un artículo sobre los licántropos, llamados antiguamente en Francia *loups-garous*.

Voy a recoger en mi artículo todo cuanto se dice en los diccionarios sobre los famosos licántropos y a reunir el máximo de explicaciones y anécdotas.

He podido comprobar que la palabra *wolf*, de los idiomas germánicos, procede del sánscrito *vagara* y de otras voces similares.

En la palabra *wara*, reduplicada en *war-war*, los sumerios y caldeos comprendían al lobo y al merodeador, al hombre que ronda al poblado con aviesas intenciones. En el germano antiguo existía la palabra *warou*, y los franceses, por reduplicación, hicieron la palabra *loup-garou* —el hombre lobo—, aunque etimológicamente la palabra significaría el lobo-lobo.

Después de escribir todo esto, me tiendo en la cama vestido, con el jersey puesto, porque hace mucho frío y se ha acabado la calefacción.

Ahora, de pronto, noto que ando por el suelo de mi cuarto a cuatro patas. Me miro en un espejo y me horrorizo. Descubro que soy un *loup-garou*. Empiezo a llorar con desesperación, y, más que llorar, aúllo.

¿Qué voy a hacer? Me he convertido en una fiera. Me toco el pecho y noto una piel gruesa (es el jersey).

«Puesto que soy una fiera auténtica, no hay más remedio que seguir siéndolo y dejarse de escrúpulos ridículos», digo.

Me he visto en el espejo unos ojos que fulguran, unos dientes blancos, unos colmillos agudos y una piel llena de pelo erizado.

Pues adelante.

Voy a empezar comiéndome unos niños de la vecindad.

Saldré del cuarto e iré a buscar a estos niños, porque necesito carne humana para mi nueva personalidad lobuna.

Pienso en dulces y en pasteles, siempre me gustaron; pero estos deseos me parecen ridículos y me río de ellos. Ahora no pienso más que en un muslo de niño o en un pecho de mujer.

—¿Para comerlos crudos? Sí, no lo niego.

Abro la puerta de mi cuarto y voy bajando las escaleras despacio. ¿Qué efecto va a producir si me ven?

¿Seré capaz de atacar a Dorina? Sí, yo no me detengo ya en nada. He hecho el terrible descubrimiento. Soy un *loup-garou*, y no tengo más remedio que obrar conforme a mi naturaleza.

Bajo las escaleras, husmeando en las puertas, y arañeo con las patas, y, de pronto, oigo a Dorina.

En el primer rellano de la escalera la encuentro. Tiene en la mano un palo. Aquí surge la tragedia.

—Pagani —me dice con energía—, ¡a la cama!

—Pero si soy un *loup-garou*, Dorina.

—Le he dicho a usted que a la cama, ¡imbécil!

Dorina se acerca a mí con el palo levantado, y yo huyo rápidamente y me encuentro en la cama.

XXIII

EL MARQUÉS

Me despierto de noche, o creo que me despierto, con el ruido ligero de unos pasos y de una puerta que gira en sus goznes.

Me incorporo en la cama y veo en mi cuarto al marqués amigo de madama Latour, que iba a curarse al hospital de San Luis, en pie, al lado de una mesita, como si fuera a hacerse un retrato. Tiene la mitad de la cara tapada con un trapo negro, como llevaba en vida. Era el padrino de madama Latour, la administradora de este hotel. Por lo menos ella le llamaba siempre padrino.

Tenía un lupus en la cara, y murió hace unos meses.

Le veo en mi cuarto vestido de negro, con levita, la mano apoyada en el velador, en una postura académica. Parece que quiere decirme algo.

—¿Qué hay? ¿Qué pasa? ¿Qué quiere usted de mí? —le pregunto con voz ahogada.

Él no contesta.

¿Estoy despierto o no? Si estoy despierto, esto es una alucinación. Pero estoy dormido y hago un esfuerzo y me despierto. Enciendo la luz. El cuarto, que me parecía grande y suntuoso, es el mío pequeño. No hay nadie en él, ni figura ni velador, y se oye el ruido de la lluvia y del viento en el tejado.

XXIV

LOS ANIMALES, EN VENTA

He ido a visitar a mi amiga Cleopatra. La encuentro sola y llorosa.

—¿Qué le pasa a usted? —le pregunto.

—Estoy muy triste, no tengo a nadie a mi lado.

—Cásese usted.

—No, no. Prefiero comprar un *caniche*. ¿Quiere usted acompañarme?

—Bueno, con gusto.

Vamos a una tienda donde se venden animales. El encargado es un pollito displicente. Enseña un *caniche*, o perro de aguas, magnífico, pero está enfermo.

—Todos los animales están igual —dice—. Pasen ustedes aquí.

Entramos en un jardín en donde hay muchos animales. El león se ha quedado calvo y sin melena; el cocodrilo no tiene dientes; el mono está tuberculoso, tose y escupe, y dice: *Rien, Rien!* Además, tiene la mala costumbre de roerse la cola, con lo cual se ha herido la médula espinal y está paralítico. El loro tiene la psitacosis, está con las alas caídas, los ojos turbios y con diarrea. Ha aprendido a decir en castellano: «Estoy malito, estoy malito».

Un gato tiene catarro, los ojos inflamados y la cabeza hinchada; el otro, que es de Angora, tiene sarna, y un pavo real estúpido está con los colores desteñidos.

Cleopatra dice que no quiere animales que se mueran pronto, y el pollito de la tienda dice que lo mejor que podría llevar es una tortuga, porque estos animales, a veces, viven doscientos años.

—Es una buena idea.

El pollito trae la tortuga, con un lazo rojo, y a mí me da tanta risa, que me despierto.

XXV

LA BUFONA DEL PUEBLO

Estaba en el claustro de un Instituto de capital de provincia, que tenía en medio un jardín espléndido, con grandes flores, rosas y campánulas. Este claustro gótico se había convertido en algo como un café y se encontraba lleno de personas sin carácter, de color ceniciento, sentadas en sillas delante de veladores.

Por en medio del público pretendían entrar filas de hombres y mujeres haciendo de cuña, empujando y alborotando.

Había tipos gruesos y achaparrados que se metían entre el gentío y forcejeaban para abrirse paso.

—Pero ¿qué esperan estos brutos? —pregunté yo en voz alta—. ¿No ven esos estúpidos que no hay sitio en él café?

—¡Ah! ¿Usted llama café a esto? —me dice uno.

—No sé cómo lo voy a llamar.

—Pues tenga usted cuidado con lo que dice.

De pronto entra una bufona vieja que conocí en un pueblo donde he vivido. Es pequeña, baja y achaparrada, con una peluca rubia, con ojos claros, cínicos, unos lunares con cerdas rojizas en la barbilla y una flor en el pecho. Todos los que están en la mesa se levantan ceremoniosamente y la saludan.

—¿Qué ridiculez es esta? —grito yo, y la voz mía suena de una manera estentórea—. Si esto es una vieja horrorosa, un fantasma repulsivo.

Al oírme, el público se levanta espantado y empieza a correr todo el mundo hacia la salida, y yo me quedo completamente solo.

XXVI

PERSECUCIÓN

Marcho por un pueblo grande. Tiene algo de París y alrededores como los de Roma.

En unas anchas explanadas corren unos camiones muy bajos; llevan gente vestida con trajes de colores y sombrillas blancas.

Van también unos coches con unos animales mecánicos que galopan de una manera vertiginosa, como si fueran caballos; pero hay otros animales y nos los puedo identificar.

Cuando llegan al fondo de la explanada se caen y siguen pataleando en el aire.

«¿Qué es esto?», me pregunto yo. Y me contesto en seguida: «Es un fenómeno de espejismo.»

Y saco un cuaderno del bolsillo y encuentro varios números. Representan los grados de refracción de las capas del aire y sus distintas temperaturas.

Hecho esto apunto unas ecuaciones en el papel, y queda resuelto el problema.

Ya tranquilizado sobre el asunto, tomo una calle con arcos, como la calle Rívoli, de París, llena de gente. Me miran entre el público un señor y una mujer morena, elegante.

«¿Me pasará algo?», me pregunto, y me miro en la luna de un escaparate. Llevo en la cabeza un turbante blanco.

Esto, sin duda, me obliga a dirigirme a un barrio moro.

Entro en este barrio. Debe de ser peligroso. Hay callejuelas y tiendas cerradas, donde no puede uno acogerse.

Me paro en una tiendecilla de un judío y le pregunto si me quiere cambiar una moneda de oro. El judío la mira y la pesa, y concluye por cambiarla.

Le pregunto cómo podré salir de este barrio, y me contesta:

—Es muy difícil.

Ahora voy por una calle estrecha, entro en ella perseguido por tres o cuatro.

Al mirar hacia adelante veo la calle enfilada; a un lado tiene una tapia negra, y al otro unas casas miserables.

No hay luz.

Avanzo lleno de terror, y a la salida de la calle, a mano derecha, me encuentro en un patio pequeño y negro. Varios gitanos me conocen.

Uno me dice:

—Le voy a regalar unos papeles, y después una cruz esvástica.

Al entregarme todo, añade:

—Son cinco mil pesetas.

Yo no tomo nada y echo a correr, y me reúno con una turbamulta de gente. Va huyendo por un campo árido.

Al llegar a una tapia, veo un perrazo, que me mira amenazante. Es un perro medio lobo, que no ladra.

Entonces se me ocurre comprar un trozo de pan en una tienda y un pedazo de carne. Le echo el trozo de pan y la carne al perro. Se queda con ellos en la boca.

Estamos delante de rincones hórridos y negros.

Algún chico o alguna mujer haraposa se me acercan, pero el perro los espanta solo con la mirada. Piensa, sin duda, que quieren quitarle la carne y el pan. Marcho yo, seguido por el perro, por entre gente amenazadora, hasta llegar a una puerta con unos soldados.

—¿Adónde va usted? —me dice uno de ellos.

—Voy a ir a un hotel del puerto, donde vivo.

—Está bien. Y ¿ese perro?

—No es mío. Me ha seguido.

El soldado le da con la bayoneta, y el perro se escapa aullando.

Me abren la puerta, y al encontrarme en un barrio comercial, próximo al puerto, me tranquilizo.

XXVII

EL RESTAURANTE

Este hombre me habla de un restaurante barato y bueno, y me convence de que vaya con él.

El restaurante está en el fondo de un pasillo y es un nido de apaches.

Están Bibi, Cheri, Pipi, Quiqui, etc., etc.

Pido la comida y me hacen pagarla por adelantado; luego me ponen un plato de habichuelas en la mesa, y al ir a comer me lo quitan y se lo llevan. Entonces encuentro en el bolsillo de la chaqueta una pistola, y desde dentro del bolsillo les apunto a los apaches. Ellos me miran asustados, y yo salgo del restaurante tranquilo.

XXVIII

UNA CIUDAD DESTRUIDA

Este pueblo, enormemente destruido, está próximo a una magnífica carretera recta. Al lado derecho de él hay grandes palacios en ruinas, y al izquierdo, nada. En medio, un parque magnífico.

—Sí —me dicen—, la casa que usted busca está cerca del río.

Voy a visitar a esa señora que no conozco y que tanto me preocupa.

Esta señora vive en una casa derruida, en donde los cuartos son altísimos, como naves de catedral. La señora no sabe contestarme a lo que yo le pregunto, y me dicen que vaya por otra puerta que me señala.

Entro por ella y salgo a la esquina de un subterráneo inmenso, lleno de columnas y de zanjas y de grandes paredes de piedra. Después entro en un parque, y al llegar a la verja me dicen que no se puede pasar ni salir de allí.

XXIX

EN LA MESA DE DISECCIÓN

Estoy en la cama; mi cuarto parece el gabinete de un dentista o de una clínica.

Hay unos hombres vestidos de blanco, con los brazos remangados. Van y vienen

y limpian unos aparatos brillantes. El jefe es un tipo con uniforme y una mirada dura. No sé qué quieren hacer conmigo. Creen que estoy muerto y me quieren hacer la autopsia. Entonces me esfuerzo por hablar y no puedo; quiero moverme, no puedo tampoco.

—¡Qué horror! ¿Qué van a hacer conmigo?

La mirada de ese hombre me espanta.

Al último, doy un resoplido y me levanto, y digo:

—No, no.

Me encuentro angustiado, y me empieza a golpear el corazón en el pecho como un martillo. Entonces tomo esta medicina calmante, y a la media hora ya estoy tranquilo.

XXX

LA APISONADORA

La apisonadora malintencionada me sigue. Tiene a un lado un faro y al otro nada. Es una apisonadora enorme y tuerta; debe de llevar un conductor malévolo, a quien no se ve. Persigue a todos los transeúntes de la avenida, y va aplastando hombres y árboles, y los lamina, y los deja en el suelo y quedan sin volumen. No parecen cuerpos, sino sombras. No veo cómo puede uno librarse de este aplastamiento. Subo a un piso alto y contemplo la avenida, llena de hombres y de casas laminadas.

Entonces aparece un tipo decidido y para la apisonadora.

—¡Bravo! —grito yo desde la ventana.

Luego va haciendo un ojal a todas las sombras de los hombres y de los árboles del suelo, les pasa una cuerda y los cuelga a todos como ropas puestas a secar.

XXXI

ESCAPATORIA

Llego a un pueblo de noche, con una señora de un tipo muy distinguido. Es una verdadera dama. Hablo con ella y quedamos de acuerdo con el empleado de una oficina que a la mañana siguiente nos proporcionará billetes en un tren para ir a un país maravilloso.

La noche se pasa en seguida. Al salir de casa veo a la bella señora, me agarra del brazo y vamos a buscar el despacho de los billetes. Miramos por aquí y por allá y no lo encontramos.

—Pero ¿dónde está esa oficina? —me dice la dama, apretándome el brazo con su mano enguantada.

Pues no lo sé.

Andamos por la derecha y por la izquierda, y nada. Luego miro a mi acompañante y la veo amarilla, horrible y con un aire satírico.

Me separo de ella y me voy a buscar la estación del tren para salir de allí lo más pronto posible.

El pueblo es laberíntico, y todo el mundo anda como las hormigas, de un lado para otro, buscando la estación como yo. Sin duda, nadie la encuentra. En esto, unos gendarmes nos obligan a meternos en un callejón negro y salimos a una cocina mísera, en donde un hombre flaco y amarillo nos dice que debemos pagarle una contribución por pasar por su casa.

Yo me escapo, y me encuentro en una calle ancha, con unas aceras muy estrechas, por donde va mucha gente, y luego veo con espanto que estas aceras están a una gran altura del arroyo, que es un enorme barranco amarillo. Cuando voy a intentar bajar el barranco por una cuesta, me despierto.

XXXII

EL HOMBRE QUE FALLA

—¿Quién es este hombre? —le pregunto a uno.

—Es el hombre que falla —me contesta él.

—No sé quién es —digo yo.

—Se llama Pagani.

—¡Ah!, sí; creo que le conozco —añado para disimular con malicia—. Es un caso de desdoblamiento. Me voy a seguir a mí mismo. Veré si tiene razón mi doble en sus quejas. Llegamos a una tienda amplia, donde hay una gran multitud. Mi doble dice que necesita tinta y una pluma, y en este momento bajan los cierres metálicos, y la gran tienda queda cerrada como una fortaleza.

Pagani, mi sombra, estudia todas las hendiduras de los cierres metálicos, y se dice:

«Es imposible, no hay manera de encontrar una rendija.»

Ya sin esperanza, se marcha y toma por un puente parecido al puente próximo al castillo de Saint-Angelo, de Roma. Se acerca a una gran estación del tren.

Mi homónimo y sombra saca unas maletas de la consigna llenas de cuartillas con escritos magníficos, científicos y literarios, cruza varios andenes, abre una puerta, y en estos momentos pasa un tren con una velocidad vertiginosa.

Pagani adopta una actitud muy triste, de circunstancias, y, sin duda, decide ir a un puerto.

Toma un tranvía, con sus dos maletas en las manos, y yo le sigo.

El tranvía marcha como una exhalación cruzando campos, valles y ríos. Llegamos a un muelle y avanzamos hasta la punta. Hay un desembarcadero hecho con vigas de madera y cubierto de tejas. Parece un lavadero muy grande. Pagani pide con voz lastimera una lancha para sus magníficos estudios, pero no hay ninguna para él. Sin embargo, salen constantemente unas canoas de acero, brillantes, para otros autores. Un empleado le dice que el barco ya se fue, y le muestra el agua revuelta por la hélice, con burbujas como de jabón. El trepa sobre un acantilado, y desde allí ve las barcas que se alejan. Entonces se pone la mano en el pecho y canta:

*Deh non parlare al misero del suo perduto bene
Ella sentia, quell'angelo pietà delle mie pene,*

y después de esta romanza de *Rigoletto*, desaparece.

XXXIII

CLEOPATRA

Esta amiga mía a quien yo llamo Cleopatra es española, es muy guapa y parece un muchacho. Es amiga de Manón. A mí me trata amablemente, y yo la tengo afecto. Durante la guerra civil de España sufrió persecuciones; pero de todas ellas salió fácilmente, porque es una mujer de serenidad y valor. Ella dice que está delicada del pecho, pero yo no lo creo.

Hoy me convida a merendar en su cuarto. Encuentro su habitación muy transformada y elegante. Hablamos, leemos, y me pregunta:

—¿Qué tiene usted en los ojos?

—Un poco de catarro.

—¿Por qué no se los limpia usted?

—¿Cómo limpiarlos?

—Pues así, es muy fácil.

Se aprieta un ojo y lo salta a la mano, lo limpia con el pañuelo y se lo vuelve a poner.

—A veces, no me fijo y me lo pongo al revés —dice ella.

—Pero ¿cómo? Eso es imposible.

La miro con asombro, y después se quita una oreja e inmediatamente se la pega.

—Ahora me voy a quitar los bronquios para que usted los vea, porque usted entiende de Medicina.

—No, no, yo no entiendo nada.

Y digo esto con tanta fuerza, que me despierto.

XXXIV

ALERTA EN LA CALLE

En la casa del médico, que es como el doble de Nickles, suena el alerta.

El médico me dice:

—Vamos a bajar. El portero se considera responsable si no se va al refugio.

Vamos al portal, donde hay varias personas temerosas.

—Pero ¿no se puede salir a la calle? —pregunté yo.

—Sí.

—Entonces me voy.

Salgo a la calle, que está desierta. Voy por la avenida. En algunos portales asoma la cabeza de alguna persona.

Realmente, por ahora no se oye nada; pero el silencio impresiona un poco, y voy marchando, ¡hala, hala!, hasta que me siento en el suelo, cansado, y veo que estoy en mi cuarto.

XXXV

LA BELLA DAMA

He pensado en este pobre marqués enfermo, esperando en el hospital. ¡Qué desdicha!

El pabellón está en un jardín pobre y oscuro. Los enfermos aguardan sentados en un banco del pasillo. Unos tienen la nariz carcomida, otros los ojos cerrados o los labios tumefactos. Son casos de lupus, cáncer, sífilis, herpes y eczemas.

¡Qué humanidad más desdichada y miserable! Por el corredor pasa un cirujano joven, con una blusa blanca y con los brazos desnudos manchados de sangre.

Por una puerta entreabierta se ve una señorita vestida de color de rosa, que mira

con el microscopio preparaciones hechas con el tumor o con la sangre del enfermo que espera en el pasillo. Veo que es Manón Lubomirsky, mi vecina del hotel.

Pasa una vieja sin nariz, un hombre lleno de úlceras, un chico ciego y paralítico, que marcha apoyado en dos muletas y dirigido por su madre. ¡Qué horrores! ¡Qué miseria!

Todo esto, que he visto por la mañana, lo he soñado por la noche; pero en el sueño, el jardín es más romántico y más hermoso, y en él sonrío una dama amable, que es la Muerte.

CUARTA PARTE

SUEÑOS DE INVIERNO

I

ADIVINACIÓN

Estoy en una casa encerrado. Sobre un armario hay un gallo. Me presentan ropas viejas, huesos y otros objetos que reconozco. Hay una mujer gorda acurrucada, que de pronto se endereza y tiene cerca de dos metros de estatura.

—A ver estas ropas, ¿de quién son? —me pregunta.

—De la señora de Tal —contesto yo—. Era muy guapa.

—No se preocupe usted de ella. Ya murió. ¿Y este hueso?

—Este hueso, ¿no será de aquel niño que paseaba en la carretera de aquel pueblo de cerca de Venecia delante de mi casa?

—Del mismo; también murió. ¿Y esta peluca?

—Esa peluca debe de ser de un señor que conocí en la infancia.

—Eso es. ¿Y este cuaderno?

Es un cuaderno mío...

—Ese cuaderno no sé de quién es —contesto yo en broma.

—Sin duda, usted no conoce más que los objetos que pertenecieron a los muertos.

Y yo me río con malicia.

II

LOS CUBISTAS

Me echo en la cama, y al cabo de algún tiempo quedo en un estado entre sueño y vela nada agradable. Doy muchas vueltas de un lado a otro, y poco a poco comienzo a calmarme. Al final me encuentro en la plaza de un pueblo gótico completamente nevado, con una luz muy fuerte, que me hace daño en los ojos. Hay una tribuna delante, y me dicen:

—Siéntese usted ahí.

Todos los que están sentados tienen en la cabeza una corona muy metida en las sienes. A mí me invitan a ponerme una, y me la pongo; pero noto en seguida que me hace daño. Hay unas bailarinas en la plaza con trajes de colores, y unas comparsas de hombres vestidos con túnicas adornadas con cuadrados y triángulos de color de cinc.

Bailan al son de bombos y platillos.

—¿Quiénes son? —pregunto.

—Son los cubistas.

Tengo una sensación de angustia y de hastío.

Los cubistas me producen una repugnancia incomprensible por lo exagerada. Después viene un carro lleno de muertos y fantasmas, con la cara tapada, vestidos de blanco, tocando estridentes trompetas, como en el cuadro de Brueghel *El triunfo de la Muerte*. Encima aparecen los conocidos. Miran a todos los muertos y los dejan con desprecio, como diciendo: «No, no. No buscamos esto». Después veo a mi lado a Pagani, un doble mío.

—Y todo esto, ¿qué significa? —pregunto a un enmascarado.

—Nada.

—Entonces, ¿por qué me han traído a este pueblo?

—Nadie le ha traído; usted ha venido porque le ha dado la gana.

—Y ¿por qué no salimos de aquí? —pregunto yo.

—Ahora va a explicar un sabio la geometría de cuatro dimensiones.

—Yo no quiero oír eso. Yo no sé que haya más que dos geometrías: la geometría plana, de dos dimensiones, y la geometría del espacio, de tres.

—¿Y el tiempo?

—El tiempo no está dentro de la geometría.

—Tenga usted cuidado con lo que dice.

—Yo diré lo que me dé la gana. Además, quiero que me quiten esta corona, porque me hace daño.

Y forcejeo y me la arranco.

III

LA MUERTE

Dos días después, un domingo por la tarde, vamos al Mercado de las Pulgas, de Clignancourt, y de la parte de Saint-Ouen, Gentil, el librero y yo. Entramos en una barriada construida en un foso, a un lado del boulevard Ney, formada por barracas, con calles estrechas, sobre una tierra negra, fangosa y estéril.

Algunas de las barracas y casitas tienen a la puerta nombres rusos, polacos, rumanos y españoles.

En un pequeño corral de botellas rotas y de ladrillos hay un grupo extraño.

Una vieja desmelenada, con el pelo blanco, los ojos brillantes y una viola en la mano, canta una canción horrible. Después aparecen unas gentes desharrapadas, con

antorchas humeantes, y van acompañando a la vieja. Me parece estar en una escena medieval del *Triunfo de la Muerte*.

IV

LA BOA

Estoy en un museo de Historia Natural no sé de qué pueblo. Hay unas boas enormes disecadas en las paredes. El conserje me dice que no abra la puerta, porque es peligroso.

«Bueno —pienso yo—, este hombre me cree tan tonto que voy a tener miedo de los animales disecados.»

Abro la puerta, e inmediatamente se lanza sobre mí una serpiente boa enorme. Cierro la puerta al momento, y la boa queda cogida por el cuello.

El animal ruge y comienza a echar lagrimones.

—Déjeme usted libre, Pagani —me dice de pronto.

—No, no, porque entonces usted se lanza sobre mí.

—No, le juro a usted que no; le doy a usted mi palabra...

—¡Bah!... ¡La palabra de una serpiente!... ¡Cualquiera se fía de ella!... Ahora, si fuera usted un león, un toro o un elefante...

—Parece mentira, señor Pagani, que dé usted fe a esos lugares comunes literarios tan ridículos.

—Bueno, está bien; espere usted un poco.

Entonces cojo una salvadera de un tintero y lleno de polvo los ojos a la boa, que grita, y después le digo:

—Ahora, ya puede usted salir.

Me escapo, y oigo dentro un tumulto espantoso.

En estos días me han escocido los ojos. He tenido un catarro, que ha terminado con una ligera conjuntivitis. Estoy en pleno desierto, y hay en el campo hornos con carbones encendidos. Ahora, de pronto, empiezo a divisar unas piernas. Andan solas, no veo el cuerpo de las gentes que van unidas a estas extremidades, y supongo si tendré algún grave defecto en la vista.

Voy siguiendo las piernas. Entro en un gran castillo, lleno de salas lujosas, con patios y columnas. Paso de una habitación a otra, y cada vez estas son más desnudas y pobres.

El único cuarto donde me detengo es un cuarto blanqueado, donde no hay absolutamente nada. Luego observo en el suelo, en un rincón, un perrito flaco y un cerdo pequeño, negro y peludo, como un puerco espín. El cerdo tiene unos ojos muy vivos e inteligentes; el perro lleva una especie de traje con papeles o pieles escritos a mano.

Oigo decir:

—Estos animales producen grandes perjuicios.

—¿Cuáles? No sé.

El perro me recuerda uno que me mordió, aunque este es muy pequeño y aquel era muy grande. El cerdo es un animal de quien se ocupan mucho los etnógrafos.

En la puerta del cuarto blanqueado hay un ventanillo.

Desde fuera, alguien intenta agarrar al perro y al cerdo, pero inmediatamente vuelven.

Yo meto un escobón por el agujero para impedir que vuelvan, pero no lo consigo.

Salgo del cuarto, paso por sitios cada vez más negros y más sombríos, por encima de fosos llenos de agua, y logro salir a la calle de una ciudad, y allí me pierdo entre la gente.

Es un pueblo antipático. Salgo con una maleta pesada, renqueando, y voy, fatigado, hasta la estación, que está en un paseo.

Los empleados son zarrapastrosos.

—¿Cuándo sale el tren? —pregunto.

—A las diez.

Hay un tren pequeño y miserable. Ando de arriba abajo, impaciente. Ese no puede ser el tren de viajeros. Nadie se acerca a él.

De pronto, el tren pequeño se marcha.

—¿Cuándo sale el tren nuestro? —pregunto.

—Ya ha salido.

—Pero si todavía son las diez menos cuarto en el reloj.

—Es que el reloj está parado.

VII

MIEDO DEL POLÍTICO

Desde las ventanas de mi cuarto observo a este político, cacique de toda la provincia. Se pone a reclamar algo a alguien que no se ve, a gritos, con mucha violencia.

Dice que es un enfermo cardíaco, y, efectivamente, se lo oye respirar con dificultad. A veces, tiene palpitaciones, y el ruido de su corazón se escucha a lo lejos como golpes de martillo. No comprendo cómo puede ser eso.

Ahora se presenta en una casa un joven con aire duro a reclamarle algo. El político se pone a dar explicaciones, sin conseguir nada, y el joven se va gritando en una actitud amenazadora.

Entonces, el cacique habla por teléfono con unos amigos, después vacila en quedarse en casa o en salir a la calle. Se decide por marcharse, y el joven le sigue decididamente. Van uno tras otro por las calles y callejones, y yo los veo a los dos desde la ventana. Llegan a una casa llena de corredores y de escaleras, y el político se encierra en una torre y va cerrando todas las comunicaciones, menos una ventana, desde la cual mira a la calle.

Entonces, el perseguidor aparece en un balcón de enfrente y se pone a mirarle al político con un anteojo pequeño y a hacerle fotografías.

El cacique empieza a quemar papeles, respira con dificultad y vuelven a oírse los latidos de su corazón como martillazos.

VIII

SENSACIÓN DE MISERIA

Estoy en un sótano pequeño, con una rampa para subir a la calle. Tengo a mano un carrito, donde debo cargar mi equipaje. El equipaje consiste en dos o tres maletas rotas, dos cestas y unas cuerdas de esparto. Hay también un sombrero de copa ridículo; no comprendo para qué lo guardo.

Voy poniéndolo todo en el carro y subo por la rampa. Marcho empujándolo como puedo hasta recorrer una callejuela negra. Salgo a una plaza brillante de luz.

De pronto, pasa un auto y pega sobre el carrito y lo tira al suelo. Recojo los trastos con paciencia. La gente de la calle los mira con curiosidad e ironía. Yo los meto en el carro y sigo arrastrándolo.

Paso por una tienda con un espejo en el escaparate, y me asombro de encontrarme tan zarrapastroso. Sigo tirando del carro, y se cruzan delante de mí antiguos amigos; me miran con curiosidad a través de una lente, y dicen, muy convencidos:

—No le conocemos ni le hemos conocido jamás.

Yo me encojo de hombros, y se me acercan unos cuantos jovencitos. Dan vueltas alrededor de mí. Algunos se suben encima del carro, gritan desaforadamente, saltan sobre las maletas viejas y el sombrero de copa; lo tiran por el aire, y el sombrero, con gran sorpresa mía, se convierte en un globo, y va subiendo por el espacio.

—¡Hala, hala! —me dicen los guardias de la calle—. ¡Adelante, adelante!

Avanzo, y veo unas cuantas mujeres, y, entre ellas, una profesora amiga, y Dorina, la chica de la administradora del hotel, y estas dicen:

—Nosotras sí le conocemos.

Entonces, yo, en broma, me pongo la mano en el pecho y canto con una voz muy bronca una canción napolitana.

IX

PÁNICO

Estoy en un pueblo. Voy con Le Brouillard por el camino.

—Ya vienen los masones —me dice—. Vamos a ponernos detrás de estos árboles.

Vienen los masones, ciento o ciento cincuenta, con barbas, uniformes y mandiles, espadas y banderas. Van todos en formación, como militares.

Le Brouillard y yo seguimos paseando, y, al poco rato, él me dice:

—Ahora vienen los Rosa-Cruces.

Nos metemos en el atrio de una iglesia moderna, y pasan formados por delante de nosotros doscientos o trescientos Rosa-Cruces, todos al paso, todos barbudos y con anteojos.

—No son Rosa-Cruces —indica de pronto Le Brouillard.

—¿Por qué?

—Los Rosa-Cruces no llevan barba. Esto los distingue de los masones.

—No comprendo cómo puede haber tantos —digo yo.

—Y no bastan —me contesta un hombre que está al lado mío—. Porque en este pueblo hay muchos materialistas.

—Quizá sea usted uno de ellos —le indico yo en broma.

—No; el materialista principal es usted —me replica él.

Entramos en un portal, y vemos pasar a doscientos o trescientos jóvenes de etiqueta, con guantes blancos en la mano.

Empiezo a comprender que son los tipos de los escaparates de los bazares de ropas hechas.

Entonces abandono al vecino del Hotel del Cisne, vuelvo al pueblo y me meto en la fonda, en donde hay una porción de personas; la gente huye, haciendo aspavientos, cuando me ve, y me dicen que no vaya a mi casa por la carretera, sino por un atajo. Es lo que hago.

Tomo un sendero estrecho. En una ermita, cuyas puertas han abierto, se ve una cripta llena de luces y de exvotos, y en la calle hay una multitud de enfermos, cojos y mancos, echados en el suelo, en cruz, que cantan y rezan.

Me meto a campo traviesa, y, al querer acercarme al sitio donde vivo, veo que me cierra el paso el canal de un molino, un canal de aguas fangosas, turbias y negras.

X

EL CARRO FANTASMA

Esta tarde de domingo he estado en el Mercado de las Pulgas, de la Puerta de Clignancourt, hablando con un vendedor que se llama Jacob y que es amigo mío. He visto unas cosas curiosas, entre ellas un relieve de madera que representa una cabeza de un tipo raro, que tiene en el fondo dos salamandras y un escarabajo. No sé si será la efigie de algún naturalista.

En otro puesto he visto una antigua tiorba o viola, con grabados y pinturas, y una tabla gótica, seguramente falsa, pero que me ha llamado mucho la atención. Ahora voy en automóvil, por la carretera, con un señor. No sé quién es. Tiene una larga perilla de color caoba, como el del relieve de madera que he visto en la feria en el

fondo de dos salamandras y un escarabajo.

Por delante de nosotros, y estorbándonos el paso, va un carro pequeño, lleno de ataúdes negros, tirado por un caballo esquelético.

—Pero ¿cómo puede correr tanto ese carro, que no le podemos pasar con nuestro auto? —pregunto yo.

—No sé —dice el señor de la perilla—. No lo entiendo.

Nos detiene un grupo de soldados en la carretera. Cantan la canción *Auprès de ma blonde*:

—*Que donneriez-vous, ma belle,*

Pour avoir votre ami?

—*Je donnerais Versailles,*

Paris et Saint Denis.

Auprès de ma blonde

Qu'il fait bon dormir!

El carro que nos precede no lleva cochero, sino una mujer rubia, flaca, con un aire germánico, la cara cuadrada, las greñas al viento, una túnica blanca y un látigo en la mano derecha. Me parece una figura de Alberto Durero o de Brueghel. He visto una mujer así en el hospital de San Luis.

La mujer sube a su vehículo, azota al caballo con el látigo y echa a correr por el camino. No hay manera de alcanzar al carro. Imposible. Tenemos que ir detrás. La mujer se para en ventas y tabernas del camino, en casas aisladas, y en todas partes unos cuantos hombres alegres sacan del carro cajas de muerto y dicen:

—Vengan. Todas se necesitarán.

Seguimos así. Empieza a oscurecer. La mujer enciende dos antorchas a los lados del pescante. Echan un humo terrible. Luego marcha más despacio, se para con mayor frecuencia y deja en el recodo del río diez o doce ataúdes, en la cantera treinta o cuarenta, y así sigue adelante, distribuyendo féretros.

—Pero ¿cómo puede llevar tantas cajas de muerto en ese carro? —digo al señor de la perilla.

—No sé. No lo comprendo —me contesta él.

—Lo que debemos hacer es volvemos —indico yo.

—¿Usted cree?

—Claro que sí.

Mi compañero necesita mucho tiempo para maniobrar con el automóvil y dar la vuelta en la carretera. En este momento, la mujer del carro toma la tiorba y empieza a darle al manubrio y a sacar unos sonidos agrios. Se oyen risas acá y allá.

Yo subo a una torre próxima rápidamente, y, al asomarme por ella, veo que todo el suelo, en una gran extensión, está lleno de ataúdes.

Estoy en la plaza de un pueblo desconocido. Es el sitio una explanada, como el raso de una iglesia, cubierto de hierba verde, con una cerca de piedras y varias mesas también de piedra.

Ha habido unas elecciones, que, sin duda, las han ganado algunos de opiniones distintas a las mías.

Hay unas comparsas de ciegos; van unos con estandartes, otros tocando guitarras y mandolinas. Cantan una canción que yo he oído de chico en la calle, dándole una expresión malévola.

—¡Qué estupidez! —grito yo—. ¿Por qué cantarán esto? ¿A qué vendrá la malicia de estos imbéciles?

En las mesas de piedra están sentados muy serios algunos señores importantes, de pelo cano. Yo paso entre unos y otros. Me miran con marcada antipatía.

—¡Qué idiotez! —dice uno, refiriéndose a mí—. ¡Dice que se puede emplear el gerundio!

Hay unas señoritas elegantes. Entran en la iglesia próxima, con unos ademanes muy amanerados y de teatro.

En el otro extremo de la playa se ve una biblioteca. La gente lee muy afanosa. En un salón de baile, las parejas dan vueltas de vals. Abajo, en un parque, blanquean las estatuas, y un puerto del río parece el embarcadero de Citerea del cuadro de Watteau.

En este pueblo han realizado, sin duda, una porción de proyectos indicados por mí hace años en las conversaciones. Yo había propuesto el parque con estatuas, la sala de lectura, el teatro con salón de baile y el desembarcadero en el río.

Han hecho todo lo que yo proponía, y ahora me miran como si no hubiera pensado más que estupideces. Todo porque acepto el gerundio.

Empiezo a pasar por entre las mesas de piedra, en las que se hallan sentadas gentes. Me miran y no me conocen. Aquí encuentro un manuscrito rarísimo, y allá, un incunable.

—Pero ¿cómo se han tirado estos libros y estos papeles? —le pregunto al alguacil.

—Se habrán caído al trasladar la biblioteca —me dice él—. ¿Eso qué vale?

—¿Cómo que no vale? Vale millones.

Sin duda, lo que digo es exagerado.

A nadie se le ocurre recoger aquellos libros preciosos.

«Será cosa de llevar alguno a casa», pienso yo.

Los libros vistos antes eran los que debía haber llevado y no estos. Empiezo a buscarlos y me tropiezo con los ciegos. Siguen cantando su estúpida canción. Me encuentro fastidiado, por no dar con ningún libro que valga la pena.

XII

SENSACIÓN DE PELIGRO

Voy andando por un emparrado de una galería altísima.

Esta galería está al borde de un muro ancho, y veo desde arriba plazas, iglesias, una calle en feria, llena de barracas, un canal y un lago negro. Voy charlando amigablemente con varias personas.

Al llegar al final del muro falta el piso, en parte, y no tengo más remedio que agarrarme al emparrado, y voy con relativa facilidad, hasta ver que este se corta, y no hay para seguir en la misma dirección más que un cable grueso chispeante de electricidad.

Debe de ser un cable de alta tensión. En un momento pienso: «Cuando el voltaje de un cable es muy grande, no tiene ninguna influencia mortífera sobre el hombre».

A la gente que anda por la muralla le pregunto:

—¿Por aquí ha pasado alguna vez alguien?

—Sí —me dicen, han pasado Paul Garay y Guillermo Alder.

No conozco a ninguna de estas dos personas, ni aun si existen.

—¿De dónde he sacado estos nombres?

No me recuerdan nada. Sin embargo, los he oído de una manera clarísima.

Estoy como un mono, sosteniéndome en las últimas ramas del emparrado, y me decido a agarrarme al cable eléctrico.

Voy por él suspendido, y veo a mis pies pueblos con sus ríos, sus canales, sus iglesias. Me canso y me quedo sentado sobre un cerro, sin ninguna molestia.

XIII

TIPOS DEL MADRID ANTIGUO

Este es un tipo de guardia a la antigua: seco, moreno, con el bigote negro y aire de mal humor. Viste pantalón oscuro y chaquetilla clara, sombrero con el ala sobre los ojos y un bastón de hierro en la mano. Le veo y le reconozco en seguida.

—¿Se acuerda usted de mí? —me pregunta él.

—Sí, hombre; ya lo creo.

—¿Se acuerda usted que, hace muchos años, un día encontré yo a dos golfos en la travesía del Arenal, que está entre esta calle y la calle Mayor, y a uno le di con el bastón unos golpes en la espalda y le dejé medio derrengado, y que usted protestó, y yo le dije que, si no se callaba, le iba a llevar a la cárcel atado codo con codo?

—Sí.

—Pues soy yo.

—¿No ha progresado usted mucho desde entonces?

—No, ya ve usted. No he progresado nada. Me he casado con una viuda que tiene bastante mal genio y me obliga en casa a fregar los platos.

—¡Qué desastre! —le indico en broma.

—Lo que dice usted, caballero. Mire usted que obligarme a mí a esa faena... Yo, que he sido siempre un hombre terrible.

—Es verdad. En la travesía del Arenal demostró usted que era un bárbaro.

—¡Ya ve usted qué decadencia!

—¡Qué se va a hacer! Son cosas de la vida.

Es de noche, parece verano. Vamos los dos juntos por algunas callejuelas madrileñas, muy pobres, de Barrios Bajos. A él le conocen y le tienen mucho odio. Es, sin duda, un sabueso terrible. Tiene un olfato extraordinario. Arrima el ojo a un agujero, y allí encuentra algo raro.

—Mire usted por aquí —me dice—. Ese que ve usted ahí es un tío muy negro.

Miro, y veo una reunión de gente sospechosa y de mal aspecto, que parece que está conspirando. En unos lados, el antiguo guardia entra atrevido, da gritos y prende. En otros lados se asusta y se larga.

Hay un sitio donde algunos políticos gritan:

—Aquí, Sonsoniche —murmura el guardia—. Hay que *achartarse la mui* y no decir una palabra. Yo a todo el mundo le dejo *garlar*, que yo rastreo más de lo que parece.

Veo que este hombre emplea frases de caló.

Los hallazgos del tipo me sorprenden: donde mete su palo, allí hay algo. Revuelve un montón de basura y salen unos papeles gravísimos.

—A la mosca, que es verano —dice.

Después vamos los dos por unas callejuelas mal iluminadas y vemos casas pobres, un obrero rodeado de su mujer y de sus hijos, en un zaquizamí estrecho, que se mueren de hambre; en otro lado, un viejo, sin duda revolucionario, que se va a suicidar, porque está perseguido por alguien; una casa convertida en cárcel, con mucha gente casi desnuda, y un cuarto donde se celebra una sesión espiritista, con un velador negro.

Seguimos nuestro paseo por las calles estrechas y oscuras, y al llegar al campo, el hombre, sin decir nada, se va alejando poco a poco, y de pronto desaparece.

XIV

EL GATO NEGRO

Estoy en un balcón del hotel. Me asomo al patio, bastante estrecho, con losas de piedra y un sumidero en medio. Paseándose por él hay un gato grande, con un aire orgulloso. Va de un lado a otro, poniendo en arco el espinazo y levantando la cola. A veces, maúlla mirando arriba, y veo su mirada de oro, brillante, llena de rabia, que casi me da miedo.

Pienso: «Aquí va a pasar algo». Y me quedo mirando desde el balcón. En esto, de una ventana de enfrente sale un hombre con la cara tapada, y trae una jaula y la pone en el alféizar.

Abre la jaula, y escapa un pájaro muy bonito. Luego echa a volar.

Entonces, el gato da unos saltos terribles y coge al pájaro, y este empieza a dar unos chillidos lastimeros, y en un instante lo mata. Después sale otro pájaro y pasa lo mismo. Le miro al hombre de la jaula, a quien no se le ve la cara, con antipatía.

Entonces veo en mi balcón una losa suelta, la cojo con las dos manos y la tiro al gato. Le doy. El felino queda un momento inmóvil. Después, el animal, despatarrado, sale de debajo de la losa y va arrastrándose por el patio y desaparece por el sumidero, tras de lanzarme una mirada de odio.

XV

EL ESPIONAJE

Me encuentro en el cinematógrafo, adonde no voy casi nunca. Delante de mí, en una platea, hay un hombre elegante. Tiene la cara pálida y afeitada, monóculo, traje negro, de etiqueta, bufanda blanca, sombrero de copa, polainas y guantes también blancos y una flor en el ojal.

Comprendo, con una intuición maravillosa, que la flor del ojal no es tal flor, sino el objetivo de una máquina fotográfica. Estoy convencido. A este tipo no le conozco. Quizá le he visto en un cartel pegado a las paredes de las estaciones del Metro.

«¿Por qué me observa este hombre?», me pregunto.

Seguramente no me conoce, no me ha visto nunca ni sabe quién soy.

Al verle distraído me levanto, me acerco a la puerta y escapo a la carrera.

Voy a una avenida oscura, con faroles azules, de luz escasa, como de tiempo de guerra, y por si me sigue el hombre, me meto en un pasaje. En medio de ese pasaje hay un bar iluminado. Avanzo, me pongo en la zona de sombra, y al poco rato

aparece el elegante, con su traje de etiqueta, su bufanda blanca y la falsa flor en el ojal.

Me ha visto, evidentemente, aunque se hace el distraído.

Incomodado, tomo un taxi y voy, con una velocidad vertiginosa, por calles y plazas, y llego a la orilla de un canal, donde me bajo y salto a una gabarra.

Al poco rato, el elegante, haciéndose siempre el distraído, aparece en la gabarra.

El canal se hunde en un subterráneo. Lo atravesamos y salimos a una parte llena de barcos, cerca del río.

Yo salto de un barco a otro, hasta el muelle, subo unas escaleras, veo una iglesia y me meto dentro.

Llevo en el bolsillo de la chaqueta una llave de la puerta de mi casa. La llave se ha convertido no sé cómo en un revólver.

Voy dando vueltas a la iglesia, y en un confesonario le veo al tipo elegante, con su bufanda blanca.

—No, no —grito, y al sonido de mi voz estentórea desaparece todo.

XVI

SUEÑO DE UNA MUJER

La madre de Dorina, madame Latour, sueña con gran tristeza, por lo que cuenta, que se va a morir al día siguiente, y que es costumbre en el barrio, y obligación de ella, encargarse un ataúd. Se lo dice a su hija, y ve que ella no se conmueve en modo alguno.

—Bueno, vamos —le indica—. ¿Tú crees que se podrá llevar el ataúd hasta casa en un coche?

—Sí; seguramente lo llevarán —contesta Dorina, sonriendo.

Llegan a una tienda de La Vallete y encargan el ataúd. El dueño de la tienda de pompas fúnebres, muy elegante y muy sonriente, toma las medidas de madame Latour con un metro flexible, y le enseña un ataúd blanco, y le dice que es muy gentil.

—Pero una casada creo que no puede llevar un ataúd blanco —dice ella.

—Pues no hay más que este de ese tamaño. Le pondremos, si usted quiere, unos *foulards* negros muy *chic*.

—No, no.

—Si quiere usted este más pequeño, se lo podremos dar.

—Sí; pero eso de estar encogida, aunque sea muerta, me espanta.

—Bueno, pues entonces espere usted hasta las nueve de la mañana, y si no, le

enviaremos el ataúd blanco.

Y el comerciante sonrío con una de sus más amables sonrisas. Dorina hace lo mismo.

Madame Latour se indigna con la indiferencia de todos y se despierta.

Cuando me cuenta su sueño, yo le digo:

—Evidentemente, usted tiene una preocupación por su cuerpo mucho más grande que yo. Porque yo, al menos, no me preocupo tanto de mi futura carroña.

XVII

DE HISTORIADOR OFICIAL

Me nombran en este país historiador oficial, con uniforme y por real orden.

Voy paseando de pueblo en pueblo. Entro en una casa de campo en que hay mucha gente y mucha animación. Es un sitio bien arreglado, muy confortable.

Hay un joven sentado en un sillón con la cabeza apoyada en la mano y el mirar melancólico.

—¿Qué le pasa a usted? —le pregunto.

—Aquel joven que puso usted en su libro y le llamó usted convaleciente de una enfermedad era yo —me dice.

—No recuerdo nada, ni creo que le he visto nunca a usted.

—Sí; era yo. Me vio usted paseando por el campo, le dijeron que estaba enfermo, y dijo usted en su libro: «Era un joven moreno y alto, con los ojos negros». Me ha fastidiado usted.

—¿Por qué?

—Todo el mundo me lo ha dicho.

—Bueno, está bien. Me voy de aquí.

—Sí, sí, márchese usted.

—¿Por qué?

—Porque ustedes son muy materialistas.

—Bien. No quiero oír más necedades.

Salgo de la casa, marchó por la carretera y me encuentro con un cura que me saluda. Hablamos de los manzanos y de los perales, y luego el cura me dice en voz insinuante:

—A mí también me ha perjudicado usted mucho, porque ha dicho usted de mí: «Era un cura alto, flaco, que llevaba un sombrero de teja muy pequeño». Todo el mundo ha pensado que era yo.

—No comprendo esa estupidez —le he dicho yo—. Creo que hay otros curas

altos y flacos y con sombrero pequeño, además de usted.

El cura me ha mirado sonriendo con una sonrisa triste, como si estuviera en el martirio, y se ha alejado de mí.

Al llegar al pueblo he visto que mucha gente echaba a correr despavorida, porque decía que yo los iba a sacar en algún libro.

XVIII

LA ANTROPOFAGIA

Es un paisaje este que no puedo fijar con seguridad de dónde es. Tierras áridas, amarillas, con desmontes cortados a pico. Anda por las carreteras una gran cantidad de automóviles para arriba y para abajo, no sé con qué objeto. Pasan, como procesiones de hormigas. Vivo en un pueblo de la carretera, medio derruido y horrible.

De pronto se me presenta un hombre alto, delgado y de aire algo mefistofélico.

—Vamos a comer —me dice.

Y me lleva delante de un autocamión que se abre y tiene un escaparate lleno de carne, de jamones y de embutidos.

—Bueno, vamos a comer —digo yo.

Me siento, y uno que está a mi lado me dice de pronto:

—¿Ha visto usted?

—¿Qué hay?

—Mire usted esas alcachofas.

Las miro, y son cabezas de personas reducidas.

—Pero ¿qué es esto? —pregunto yo, espantado y lleno de horror—. Eso no puede ser. Sería un crimen horrendo.

—Pues lo es.

Entonces me levanto y me vuelvo a mi barriada con el comensal.

—Este hombre nos ha dado a comer carne humana —me dice.

Llego a mi casa, voy a mi cuarto y me meto en la alcoba de una antigua fonda, sin luz y sin ventilación, con una puerta de cristales. Estoy allí tendido en la cama, y de pronto golpean el cristal con la mano.

—Salga usted —me dice el hombre flaco y mefistofélico.

—No quiero.

—Salga usted y no sea tonto.

Salgo, y el hombre me lleva a un automóvil, en donde hay toda clase de verduras; pero ninguna alcachofa que sea una cabeza reducida.

—No sea usted cándido —me dice—, ya no se come carne humana.

—¿Usted cree?

—Por lo menos se come con otra salsa.

Y con esto me tranquilizo, lo tomo a broma y me echo a reír.

XIX

MODERNO Y TRADICIONAL

Este amigo mío ha vivido en una casa muy bonita del norte de Italia.

Era una casa antigua bien conservada, con sus muebles, cuadros, recuerdos de familia, etc. Tenía un parque con grandes árboles, y cerca, un valle, con bosques, prados y un arroyo de aire idílico.

Hace tiempo le veía a este amigo entusiasmado. Por lo que me dijo, habían encontrado una mina de petróleo especial cerca de su casa, e iban a hacer una carretera por detrás de su finca y una estación. El hombre no cabía en sí de gozo. Veía en perspectiva un porvenir espléndido.

Ahora me encuentro, sin saber cómo, en casa de mi amigo. Le veo inquieto y preocupado.

—Pero ¿qué ocurre? —le pregunto.

—¿No lo notas? Aquí no se puede respirar.

—Es verdad. Hay un olor acre desagradable.

Salimos al parque, y se ven pasar por los caminos próximos unas multitudes apretadas que van y vienen de la estación, y se oyen ruidos de máquinas y silbidos de tren. Algunos chicos se suben a las tapias, y con unas sierras muy largas están cortando los árboles.

—Aquí no se puede vivir —me dice el amigo.

Volvemos a la casa, y notamos que delante de todas las puertas hay una multitud que habla, gesticula y grita.

—Vamos a escapar —me dice el amigo.

Y me da un capote gris para que me vista, y los dos salimos a hurtadillas y oímos que un momento más tarde la casa entera se llena y crujen todas las paredes con la muchedumbre, que no cabe.

Estamos en el Metropolitano, en un vagón, apretados.

—Ahora nos pararemos —dice un señor elegante, de sombrero de copa y bufanda blanca—. Porque va a haber un alerta.

—Y usted, ¿cómo lo sabe? —le pregunto yo.

—Yo lo sé. Tengo medios de saberlo —me dice él de una manera categórica.

Efectivamente, el Metro se para y se oyen ruidos a lo lejos de bombas que estallan.

—Pero este hombre, ¿cómo puede saber esto?

Le contemplamos todos, y el tipo se pavonea. Es un joven alto, esbelto, muy elegante, con su sombrero de copa y su bufanda blanca.

—Ahora va a acabar el alerta —asegura después.

Efectivamente, se acaba, y seguimos andando en el Metro.

Yo me olvido de dónde voy. Paso por unas estaciones tan lujosas, que parecen verdaderos palacios. Me encuentro en una estación, que no conozco, con una escalera automática. Entro en ella y me dejo llevar. Llegamos hasta una plataforma de un gran ascensor, que sube también. Desde allí veo la ciudad magnífica, el río y los aeroplanos, que trazan curvas en el aire.

El hombre del Metro, de sombrero de copa y bufanda, levanta la mano, en la que tiene un rollo de papel, y dice:

—Basta ya.

Y todos los aeroplanos desaparecen.

—¿Ve usted? —me dice—. Esto es muy fácil.

—Pero ¿usted quién es para mandar así?

—Ya se lo diré otro día.

Y el hombre desaparece, cantando esa canción de *Carmen*:

L'amour est enfant de Bohème.

Yo me asomo a un lado y a otro de la plataforma, que ahora baja despacio, y me veo cerca de mi hotel.

XXI

EN UN TALLER

Me encuentro en un patio inmenso, con un claustro alrededor, sucio, lleno de mujeres y hombres que bordan en grandes bastidores figuras humanas y símbolos: rosas, corazones, cruces esvásticas, signos solares, etc.

—¿A mí me corresponde una de esas telas? —le pregunto a un señor que lleva un gorro negro.

—Sí, sí; cójala usted de ese montón.

Cojo una e intento salir de aquel patio. Es imposible. A lo último, me quitan la tela y me encuentro en una callejuela negra y horrible. Sigo a unos y a otros, y salgo a una plaza con un reloj. Ya estoy a salvo; por lo que veo, esta es una estación del Metro.

Tengo un momento de esperanza; pero pronto la pierdo, porque hay una pared entre la plaza y la estación que no se puede escalar.

XXII

EN UN ESTUDIO DE ESCULTOR

He ido a buscar a un amigo escultor. Vive en un barrio de artistas.

A la izquierda del portal hay una escalerilla, y alguna gente suele subir por ella. Yo subo también, llego al taller del escultor y digo:

—Bueno, aquí me quedo. Ya veré si viene ese.

De pronto se sienta un hombre a mi lado, tiene una cabeza blanca (no sé si de porcelana o un huevo grande, de avestruz), unos ojos sin brillo y un bigote pintado y una voz muy débil.

—Mi caso es muy curioso —me dice.

Y abriéndose la levita negra, muestra que tiene en el pecho un ventanillo con un vidrio, a través del cual se ve el corazón y las arterias, que se ensanchan y se encogen de una manera rara.

—Pero usted no es una persona viva —le digo yo.

—¿Cómo que no? Lo soy.

—No, no. Su cara es de porcelana o de celuloide, y el pecho, de cristal, como en una poesía de no sé quién.

—¿Quiere usted decir aquello de: «Para un viejo, una niña siempre tiene el pecho de cristal»?

—Sí.

—Pues eso es de Campoamor.

—Sea de quien sea, le voy a romper la cabeza con esta cucharilla, porque eso no es cabeza: es un huevo.

Levanto la mano, y el hombre desaparece.

XXIII

LA INMANENCIA DE LOS INSTRUMENTOS

Estamos en un momento de la rebelión de las máquinas, en un inmenso rascacielos rodeado de un parque, en donde se han reunido casi todos los modelos de las industrias conocidas.

De pronto, los instrumentos fabricados por el hombre se lanzan a la guerra contra él. El tren pasa por delante del edificio y no se para en las estaciones. Sigue marchando por el campo y se para donde le da la gana.

El ascensor sube y baja, huyendo de los que intentan tomarlo; los autobuses de las calles van trazando curvas caprichosas, sin hacer caso del público.

El gramófono no cambia de disco, la sirena lanza sus sonidos cuando le da la gana, todas las cosas creadas por el hombre se comienzan a considerar independientes o a ponerse contra él. Los timbres eléctricos chillan, las grúas suben y bajan sin objeto, las máquinas de coser dan puntadas en el mismo sitio, los martillos no quieren dar en los clavos, sino en las paredes; los tornillos no quieren entrar en los agujeros, ni los botones en los ojales. Desde las ventanas del rascacielos se ve el campo, y ocurre lo mismo. Es un espectáculo extraordinario. El agua no baja de las esclusas ni quiere entrar en las acequias de los molinos. Se dice que los marxistas han convencido a todas estas máquinas inventadas por el hombre para que se subleven contra él.

La inmanencia de los objetos y utensilios creados por la ciencia humana es un fenómeno bastante cómico.

El hombre quiere que su hijo le obedezca; el hijo no le obedece; el padre, aunque sea muy bruto, comprende, a veces, que las inclinaciones de su hijo pueden ser diferentes a las suyas.

Pero esto de que los utensilios no cumplan el fin para que se los ha inventado es extraño. Ya no tienen objeto humano, lo tienen en sí mismo.

Así, este tornillo se empeña en no penetrar en el agujero de la madera o del hierro, en donde tiene su objeto, para el que se lo ha fabricado; este botón no quiere entrar en el ojal y quedar allí sujeto; el tornillo se siente protestante, se ha metido en

una rendija del suelo y no sale de allí; el botón ha quedado en el tubo de una cañería o en la garganta de un niño; el alfiler no quiere atravesar la doblez de una tela, rasga la piel y hace un arañazo profundo.

Después he leído que esta idea de la revolución de los artefactos inventados por el hombre contra las intenciones humanas está en un libro de Samuel Butler, quizá en *Erewhon*, pero no recuerdo haberla leído, porque de ese libro, que me elogiaron mucho, no leí más que el principio.

—Este me gustó; los esfuerzos del personaje por cruzar una zona de montes infranqueables está muy bien; pero cuando llega a la utopía, la ciudad misteriosa, en donde el Gobierno lleva a la cárcel a los enfermos y premia a los ladrones, ya estas mistificaciones y otras parecidas me parecieron de poca gracia.

Pero puede que esta fantasía de las máquinas que trabajan solas, sin el control de un hombre, la haya oído alguna vez, y se me ha presentado en sueños.

XXIV

ENGAÑOS DE LAS COSAS

Me encuentro en la vía Nazionale, de Roma, desierta, de noche y a la luz de la luna. En un portal cerca de un palacio, ahora no recuerdo cómo se llama, hay un tipo, casi un gigante, hablando con una muchacha.

El gigante, alto y voluminoso, se acerca a mí y me dice:

—Se engaña usted mucho en la opinión que tiene sobre la gente.

—Puede ser —le contesto yo—. No me creo infalible.

El tipo me acompaña y me indica su sombra en el suelo, en la que parece un hombre pequeño.

—No sé cómo se las arregla.

Después se reúne a mí un señor gordo y con patillas, a quien conocí de chico, y parece en la sombra un tipo flaco y distinguido.

Al poco rato viene un jorobado, y la sombra, en el suelo, da una silueta esbelta y gallarda.

Luego nos acercamos a la fuente de una plaza, miramos el agua del estanque y se ve en el fondo, con toda clase de detalles, una catedral gótica.

—¡Qué arte más raro del engaño! —digo yo.

—Pero ¿qué es el engaño? ¿Lo que se refleja, o lo reflejado? —me dice una voz cerca de mí.

Voy paseando por este pueblo muy conocido por mí con un antiguo amigo, militar retirado, el comandante X.

El comandante me dice:

—Este pueblo va muy mal.

—¿Por qué lo dice usted?

—No sabemos adónde vamos a ir a parar.

—Nadie sabe eso nunca más que los profetas.

—Le advierto a usted que aquí hay muchos masones.

—¿Qué va a haber aquí masones! No crea usted fantasías.

—Sí, señor; yo lo sé de buena tinta. Los hay.

—¿Vamos, hombre!

—Sí, es verdad, sí. Usted es un escéptico.

—No; soy escéptico de lo que no tiene sentido común. Creo lo que veo.

—¿Usted sabe lo que me pasó a mí con el vino de Chianti?

—Sí; sé que compró usted una barrica y la decomisó el alguacil, y como no constaba que usted hubiese pagado los derechos de la alhóndiga, se llevó la barrica a su casa y se la bebió.

—¿Y usted no encuentra que eso es un abuso?

—Sí, lo encuentro. Pero usted no demostró que había pagado los derechos de consumos.

—Porque me dijo el arriero que él los había pagado ya.

—Le engañó. Usted necesitaba un documento que demostrara el pago. La administración no se puede ocupar de cosas.

—Pues se debía de ocupar. Usted no lo quiere creer. Hay unas luchas terribles aquí. ¿Usted no ha visto el pan que está marcado con triángulos? —me pregunta el comandante.

—¿Cómo que está marcado?

—Sí; se hacen señales.

—¿Por quién?

—Por los masones.

—¡Bah!

Vuelvo a ver al comandante. Me aborda y me dice:

—Ahora también hay una lucha terrible entre los partidarios de la tienda que llaman el Arca de Noé, fascistas rabiosos, y los partidarios de la viuda de Bonelli, comunistas fanáticos. El amo del Arca de Noé es un viejo siciliano, y la viuda de Bonelli es piemontesa. Ahora pasaremos por el centro del pueblo —termina el comandante—, y verá usted cómo hay alguna broma agresiva sobre uno de los comercios rivales.

Efectivamente, pasamos por la parte más céntrica de la aldea, y vemos dos cuerdas cruzadas de un lado a otro de la calle, y en medio de cada una, un letrero grande. En uno dice:

ALPARGATAS DEL ARCA DE NOE
(Estado en que se encuentran en seis días de uso)

Las alpargatas están completamente destrozadas; los pedazos de estopa le salen por todas partes.

En la otra cuerda se lee otro letrero:

GORRAS DE LA CASA DE LA VIUDA
(A los ocho días de compradas)

Las gorras están llenas de agujeros, como si estuvieran acribilladas a tiros.

Damos una ligera vuelta por el pueblo, y, al volver, han cambiado las muestras y los letreros. En el centro de la primera cuerda se muestra un jamón apolillado, y el letrero de:

JAMON CON GUSANOS DEL ARCA

En la otra cuerda hay un bacalao con este letrero:

BACALAO PODRIDO DE LA VIUDA

Damos una segunda vuelta, y nuevo cambio. Ahora hay una cesta, y dice:

HABAS CON GORGOJO DEL ARCA

Y en la otra:

ARROZ CON ARENA DE LA VIUDA

—¿En qué va a acabar esto? —me dice el comandante.

—No sabemos si llegará la sangre al río.

Miramos al río. Está lleno de truchas grandes, como no hemos visto nunca, y al volver de nuevo a la calle vemos a lo lejos al dueño del Arca de Noé con sus dos hijos colgados en una cuerda, y en la otra, la viuda con sus dos hijas. Unos y otros se mueven suavemente, como si no tuvieran peso, a impulso de las corrientes del aire.

—Pero ¿esto será verdad?

—Completamente verdad.

—¡Qué bárbaros! —digo yo.

—Sí; esto va a acabar mal —dice él—. Aquí van a matar a más de uno.

—Si esto empieza así, ya hay por lo menos seis.

No comprendo cómo el comandante dice que van a matar a más de uno.

—Lo mejor es que vayamos a pasear al cementerio. Es un poco más alegre —indica el militar retirado.

—¿Usted cree?

—Mucho más alegre. Hay sol y flores.

Entramos en el cementerio. Anochece en seguida y se ve la luna, que se muestra por encima del monte, entre los cipreses altos y negros. Por en medio de las tumbas anda una mujer vestida de máscara, que nos dice:

—No me conoces, no me conoces.

—Parece la Muerte —digo yo.

—Quizá lo sea —contestó el comandante—, porque aquí, como le digo a usted, el mejor día va a pasar algo muy gordo.

—Sí es verdad —le contesto yo, como si todo esto que estamos viendo no tuviera nada de extraño.

XXVII

EL GATO EN EL AUTOMÓVIL

Este día de mayo voy con un amigo escultor por las calles de París. Las calles se ven muy tristes. Vamos al barrio de Montrouge, a casa de uno que tiene un horno de cocer estatuas de barro. Pasamos por la avenida del Maine.

El escultor me dice:

—Al motor le falta agua, porque las válvulas hacen un ruido raro. ¿Dónde habrá agua?

—Seguramente, en algún garaje.

Pasamos por delante de una tienda donde venden gasolina. En la portada, en un banco, se ve una jarra.

El escultor la toma, se acerca al coche, levanta la parte de delante del auto y comienza a echar agua.

—Venga usted —me dice— y verá lo que hay.

Miro, y dentro hay un gato negro, tranquilo, acurrucado, que nos mira con sus ojos amarillos.

—¡Qué cosa más extraña! —digo yo.

—Pues ahí se ha metido y ahí está —contesta él.

—Pero ¿no se caerá?

—No, no; está ahí seguro, en esa pequeña plataforma. Va muy bien, como ve usted, y no quiere dejar el sitio. Cuando llegamos a casa me sigue y me hace fiestas.

—Pero ¿ya lo ha visto usted otras veces?

—Sí. Yo empiezo a creer si será el espíritu de alguna persona muerta de mi familia —dice el escultor.

—Pues si es un espíritu, es un espíritu evidentemente viajero.

XXVIII

FANTASÍA ESTRATÉGICA

En todos mis sueños veo al hombre con una mezcla de perfidia y pedantería. Son dos condiciones humanas que considero esenciales y me producen terror. El verlas exageradas es también consecuencia de un temperamento misantrópico.

En el barrio imaginario donde vivo se ha decidido fortificarlo. Nos amenazan, al parecer, con un ataque de no sé quién.

Las ideas más contradictorias reinan en el barrio. Unos quieren hacer rogativas;

otros, atrincherarse en los montes; otros, armarse.

Unos comisionistas, al parecer partidarios del espiritismo, se han apoderado de un velador de la fonda y le han pedido consejo nada menos que a Napoleón.

El velador, según dicen, ha empezado a saltar. Napoleón no ha contestado más que tonterías; uno de los comisionistas le ha preguntado al emperador algo en mal francés; pero el espíritu de Napoleón sabía solamente decir: *Merci, bonjour, Oh là là!*, y cosas trascendentales por el estilo.

Después, los comisionistas han llamado al espíritu de un teniente de carabineros que vivió en el pueblo, para preguntarle su opinión sobre nuestra guerra, y como solo contestaba vaguedades, le han dicho:

—¿Qué hay por ahí, por el mundo de los espíritus?

—Nada.

—Pero por lo menos habrá lluvia y mal tiempo.

—Ca, ni eso.

Esto me ha recordado la historia del viaje del personaje de Juan Pablo Richter, que va por encima de las nubes y no oye más que la lluvia en el silencio de la noche.

Los técnicos del pueblo hacemos en un momento cosas extraordinarias. Los directores somos tres: Nickles, Mac Donald y yo, los tres vecinos del último piso del Hotel del Cisne.

Hemos construido un dique en un barranco y hemos formado un lago.

Uno de los arroyos va por un canal a nuestro barrio y nos lleva el agua. Tenemos unas máquinas eléctricas de una fuerza enorme, con radiadores, que lanzan unos rayos ardientes que lo volatilizan todo. Hay una porción de artefactos ingeniosos para defenderse de los cañones y de los aeroplanos.

A los enemigos, cuando aparecen en las inmediaciones, los dejamos muertos, inmóviles, convertidos en estatuas. A esta acción la llamamos el lothismo, por la mujer de Loth, y empleamos el verbo lothificar.

Los montes de alrededor y los próximos al lago tienen un aire extraordinario, como poblado por fantasmas.

Yo recorro todas las mañanas las fortificaciones. Los alrededores están llenos de túneles hechos en las rocas, y de escaleras de piedra.

Este amanecer voy con mis dos técnicos en una canoa automóvil por el estanque nuevo y por uno de los túneles; hablamos de nuevos proyectos que nos maravillan. Al desembarcar y salir al muelle, un sargento me señala a uno de los jóvenes que va conmigo, el alto y rubio, y me dice:

—¡Eh, *musiú!*

—¿Me llama usted a mí? —le pregunto yo.

—Sí, señor.

—¿Qué pasa?

—Oiga usted, *musiú*. Este hombre que va con usted está *fu* —y se lleva un dedo a la sien.

—Mire usted que llamarle *musiú* a un hombre que tiene ascendientes en el pueblo desde el siglo XIV —me dice, sorprendido, el amigo.

Yo me río mucho de ello, y le contesto:

—Pues mire usted que decir de un hombre como usted que está *fu*.

—¿Qué? ¿Lo *lothificamos* a este imbécil? —me pregunta el médico pequeño y moreno.

—No —dice el otro—. Siempre tiene que haber estúpidos. Es conveniente en una sociedad bien organizada.

XXIX

EN LA EXPOSICIÓN

Voy con Dorina, la chica del hotel, a una Exposición universal. No se parece a la pasada, pues todo en ella es puramente científico. Me encuentro con que empleo una serie de palabras no usadas por mí hasta ahora.

Decido visitar varios palacios de la Exposición. En el uno están los descubrimientos modernos. Entre estos, los más importantes son el traduscopio, aparato para traducir de diferentes lenguas, complicadísimo, porque es menester cambiar los discos para cada lengua; el ortodeoscopio, instrumento que sirve para ordenar todas las ideas y darles forma lógica, y que puede considerarse como un aparato de ortopedia mental.

Se ve también la representación mecánica de las teorías de Mendel, de Einstein y la de los Quanta de Plank y gráficas del metabolismo de la vida vegetal y animal.

Hay también el imaginoscopio, basado en la fotografía, para desarrollar y completar las imágenes del cerebro, y los críticoscopios, para hacer la crítica exacta de las producciones literarias y científicas y ver si falta o sobra algo en un proyecto cualquiera.

Con estos aparatos se puede hacer un estudio o un ensayo sobre cualquier materia en diez o doce sesiones, agotando el asunto de una manera lógica y total.

También se pueden hacer dramas shakesperianos y dramas ibsenianos, aunque resultan un poco monótonos.

Después de este palacio visitamos el de los animales sintéticos.

En este rascacielos hay distintas secciones: la de los animales útiles, la de los decorativos y la de los peligrosos. Entre los útiles están el buey-cerdo, la perdiz-gallina, el perro-oveja, el salmón-merluza y otros por el estilo.

Entre los decorativos, el gato-pavo, el caballo-toro, el ruiseñor-golondrina, que son los más curiosos.

En el departamento de los animales perjudiciales hay verdaderos monstruos; así son el escorpión-sapo, la araña-pulpo, la cucaracha-chinche y el cocodrilo-buitre. El cocodrilo-buitre está constantemente cloroformizado e hipnotizado y sujeto con tres cadenas, porque si no, se quiere escapar y lanzarse contra la gente.

También hay dinosaurios vivos enormes, que aúllan y les crujen los dientes.

Al salir de la Exposición hablo con Dorina y me dice con seriedad que ella conoce de antes a estos animales sintéticos y que ha tenido varias veces gatos-pavos en su casa, con dos patas de ave y la cara de felino.

XXX

RASCACIELOS CEMENTERIOS

Otra cosa curiosa de esta Exposición son los rascacielos cementerios. Acepto en seguida que se llamen los *rascacielos*. Estos *rascacielos* son edificios gigantes, de cincuenta o sesenta pisos, y tienen unos cementerios con corredores y salones llenos de nichos.

En cada nicho existe una urna de mármol y sobre la urna donde están las cenizas del muerto hay una fotografía en color del hombre o de la mujer como era en su juventud.

Si el espectador se entusiasma con el aire del difunto o difunta, hace una solicitud, y la administración del *rascacielo* le llevan a un salón especial y allí ve al interfecto en una película de cine, oye su voz, y si el entusiasmo crece, entonces la administración le ofrece un néctar, fabricado con la ceniza del difunto o difunta, y, según parece, varios de los que beben este licor se curan de sus enfermedades, sobre todo de las enfermedades del estómago.

También dicen que a algunas personas les molesta esta idea y prefieren emplear las cenizas en hacer un camafeo o utilizarlas como polvos de salvaderas.

XXXI

MAPA CELESTE

Estoy dando lecciones a dos hijos de una familia burguesa, de un comerciante de vinos. Este señor ha venido con mapas del cielo; no sé dónde los habrá comprado, y quiere que se los explique a sus hijos.

Los dos mapas semicirculares son del cielo de enero del lado Norte y del lado Sur.

He mirado los mapas para llegar a enterarme y me he calentado la cabeza porque es un asunto nuevo para mí y que no conozco.

Como he comprobado la estampa con el cielo me he mareado un poco y me he ido a la cama.

Me levanto. Unas enfermeras vestidas con capas azules y tocas blancas y unas lámparas eléctricas en la mano pasan por la calle.

Estamos en enero de 1940. ¿Qué pasará en el mundo dentro de un año, de dos o de tres? ¡Cuánta gente muerta! ¡Cuánto desastre!

Me duermo. Hacia el Este, a la derecha, veo la Osa Mayor, el Carro, con sus siete luminares grandes.

A la derecha, estrellas que no forman constelaciones, de figura clara, y una muy brillante, Regulus.

En medio, en el Norte, la Osa Menor y la Polar, y rodeando a las dos Osas, el Dragón y, cerca, Vega, de la constelación de la Lyra, clara y hermosa.

Luego a la izquierda, al Oeste, Casiopea, con sus cinco estrellas grandes, y Pegaso.

El horizonte Sur me parece menos característico. Al Oeste, derecha, Andrómeda, el Carnero y la Ballena, y a la izquierda, al Este, grandes estrellas: Sirio, Aldebarán, Rigel, Capella, Betelgeuse y los Gemelos.

De pronto, las estrellas han empezado a moverse y a dar vueltas. Luego todo se desvanece. Al pronunciar esta palabra, me pregunto: ¿Por qué no se emplea en castellano la palabra de origen latino *evanescer*, que a mí me parece muy sugestiva? Con este motivo me hundo en disquisiciones etimológicas no muy sabias ni profundas.

XXXII

LITERATURA Y COCINA

A esta chica de la encargada del hotel de la calle de los Solitarios le digo yo una vez:

—¡Oye, Dorina! ¿A ti no te gustaría publicar un libro pequeño de versos?

—Pero yo no sé hacer versos.

—Ya me lo figuro. Yo tengo un tomo de versos que escribí en colaboración con un amigo.

—¿En francés?

—Sí.

Al decir esto comprendo que lo que digo es falso; los versos los debió de hacer un belga conocido por mí en la juventud. Yo no me he dedicado a la poesía nunca. También pienso que el belga no hacía tampoco versos. Entonces, ¿de dónde demonios ha salido este tomo de poesías?, ¿y por qué hablo de él?

—Si esos versos son bonitos, me gustaría mucho decir que son míos —contesta Dorina—. ¡Una chica que ha publicado un tomo de poesías! Es muy distinguido. ¿Qué van a decir en el colegio de Pantin?

A los pocos días el libro está publicado con un magnífico papel y un retrato de Dorina maravilloso. El libro lo firma Dorina de Latour. La obra tiene gran éxito. Los entusiastas preparan un banquete. Al comedor del hotel viene una porción de gente, unas señoras vistosas, unos melencidos de negro con la Legión de Honor en la solapa, un abate rojo con el pelo largo, varios jovencitos muy atildados y el guitarrista de un bar del boulevard de la Chapelle, con su cara de rata, y la mujer gorda y herpética que suele acompañarle.

Dorina está elegantísima, como una dama del tiempo de madama Pompadour, sonriendo con una sonrisa muy espiritual.

Unas cuantas personas, se conoce que de poca importancia, sin condecoraciones, en vez de entrar en la sala grande del restaurante, nos metemos en un cuarto pequeño próximo, y allí estamos discutiendo y hablando. Somos casi todos los del piso quinto: Rosa Vinay, madama Philippe, Manón Lubomirsky, Gentil, Le Brouillard, Perronet, Nickles, Mac Donald y yo.

—¿Y se puede saber por qué están ustedes aquí? —pregunta un jovencito elegante, al parecer periodista, con un lápiz y un papel en la mano, donde va tomando notas—. ¿Es que el refugiarse aquí es una protesta?

—No, no. Nada de eso.

—¿Es que no creen ustedes que esos versos los ha escrito Dorina?

—Si no los ha escrito ella los habrá escrito su madre —dice uno.

—O quizá usted mismo —digo yo.

—Yo no soy tan tonto para perder el tiempo en eso —me contesta él—. Será usted, que anda queriendo conquistar a la chica y que es un viejo verde.

—¿Yo?

—Sí; usted.

—Usted es un impertinente y un necio.

—Sí, sí, es muy posible. No digo que no.

—Lo que no comprendo es esto: si no da usted importancia a la poesía, ¿por qué ha venido a este banquete?

—Pues he venido porque la comida la ha guisado mi amigo Beltrán, y no hay otro para poner el cordero con patatas.

—¡Qué gente más vulgar! —dice uno—. No siente el arte. Prefieren las patatas a la poesía.

—¿Y por qué no? —pregunta otro, casi congestionado de cólera—. ¿Por qué no?

Yo no le permito hablar con desdén de las patatas cuando están bien guisadas.

—¡Patatas! ¡Qué vulgaridad, hablar de patatas! Comprendo que se hable de salmón o de pollo a la crema o de un lenguado a la normanda. Eso sí lo comprendo; pero de patatas, eso no me cabe en la cabeza.

—Yo no puedo hablar —me dice un señor gordo, melancólico y asmático—. Esta vez he fallado ante los amigos que me conocen.

—¿Por qué?

—Porque he elegido ostras, un caldo, salmón y pollo, y he recomendado el *menú* a los amigos. Las ostras no eran del todo frescas. El caldo tenía demasiada sal. El salmón no estaba caliente y el pollo no olía a leña, sino más bien tenía gusto a coque. Después he pedido un vino de Borgoña, que no estaba tibio, sino frío. Nada, me he reventado, me he desacreditado; de esta hecha pierdo mi reputación.

—¡Bah! ¿Quién lo va a saber?

—La gente se entera. No sabe usted la expectación que hay por una cosa así. ¡Un hombre como yo fracasar de esta manera! Tendré que volver otro día para ver si logro recuperar el prestigio perdido.

Para tranquilizar el cotarro, un joven elegante canta la romanza de *Carmen*: «La fleur que tu m'avais jeté dans ma prison...», y después una muchacha, «Si tu m'aimais, là-bas tu me suivrais...», de la misma ópera.

En esto nos avisa el mozo del hotel, con aire de espanto, que Dorina y otra señora están tirándose los panecillos a la cara. El guitarrista, con su boina y sus melenas, se pone a tocar la guitarra y a cantar la habanera *La paloma*.

—¡Pero este hombre está loco! —decimos.

—Pues la Dorina no anda tampoco lejos de estar trastornada.

Ahora, la chica no hace el menor caso a nadie y los invitados se tiran los platos unos a otros.

—Esto no puede ser verdad —digo yo varias veces—. Es evidente que no puede ser verdad. Es demasiada locura.

XXXIII

EN EL ÓMNIBUS

Voy en un ómnibus destartelado por unas callejuelas oscuras, sucias y mugrientas. No sé qué pueblo sea este. No lo reconozco.

La gente que va en el coche es zarrapastrosa y mal vestida. Llevan unos trajes viejos, arrugados, llenos de manchas de grasa.

La cobradora es una mujer pálida, de aire enfermizo, vestida de uniforme, con

una gorrita y una cartera.

Viene a darme el billete. «Son treinta céntimos», me dice. Meto la mano en los bolsillos, y no tengo un cuarto. Registro el chaleco. Nada. Entonces saco la cartera, en donde llevo todo el dinero, y veo que no tengo más que recortes de periódico. ¿Cómo puede ser esto?

—No tengo dinero —le digo a la cobradora—. Mañana le dejaré los treinta céntimos donde usted me indique.

—Mañana no serán treinta céntimos los que tenga usted que pagar, sino treinta francos.

—Yo tenía dinero y me lo han quitado, probablemente aquí.

—Sí, pero usted no ha pagado, y hay que pagar.

—¿Cómo voy a pagar si no tengo aquí ni un cuarto? Déjeme usted que vaya a coger el dinero.

—¿Cómo se llama usted?

—Procopio Pagani.

—¡Qué risa!

—¿Por qué risa?

—Yo me entiendo, y como no ha pagado usted, tiene que llevar este cartel.

El cartel pone: «Procopio Pagani no ha pagado». La cobradora del ómnibus me lo pone en el pecho.

La gente del ómnibus ríe. Bajamos en una callejuela negra y yo intento quitar el cartel, que está como pegado a mi cuello, y, después de algunos esfuerzos, lo quito y lo pisoteo.

QUINTA PARTE

SUEÑOS DE PRIMAVERA

I

LAS FLORES DE DORINA

Dorina se encuentra un poco enferma, lánguida y caprichosa. Está en un cuarto del hotel muy bonito, con un papel estampado de flores.

—Yo quisiera, Pagani —me dice—, que me trajera usted unas rosas.

—¿Quiere usted unas rosas?

—Sí.

—Se las traeré en seguida.

Aquí cerca, en la plaza de Belleville, suele haber flores.

Salgo corriendo, y voy al mercado del barrio. Cuando llego están cerrados todos los puestos. Sin duda, es más tarde de lo que yo suponía. Hay una caseta que no está cerrada, y me acerco a ella rápidamente.

—¿Qué quiere usted? ¿Rosas? —me dice la vendedora con aire burlón.

—Sí.

—Ahí las tiene usted.

Y me da un ramillete de flores marchitas y negruzcas.

II

LUCHA DE INGENIO

Es un pueblo que no he podido identificar. No sé si es de Suiza, de Dinamarca o de Austria. Debe de ser muy civilizado.

Presencio aquí la lucha de habilidades y de ingeniosidades entre el gobernador, con aficiones de detective, y una señora rubia, secretaria suya, con una malicia genial.

El gobernador es flaco, moreno, con bigote pequeño y melenas y aire de catedrático.

La señora rubia lleva un pelo como de virutas y va muy pintada. Está a sueldo para inventar atentados terroristas fingidos en el palacio del Gobierno y en sus alrededores. El jefe de la Policía tiene la misión de descubrirlos todos.

La señora rubia, muy imaginativa, inventa máquinas extraordinarias.

Los sobres, encima de la mesa, estallan; los sillones revientan; los hierros de los

balcones se rompen; hay pisapapeles que son una bomba; un barómetro salta en pedazos; una cornisa del techo se cae y un reloj aparece con una serie de cañones de pistola que apuntan amenazadoramente sobre cualquiera.

Los criados del palacio, dirigidos por el gobernador y el detective especialista, estudian los sistemas de defensa, y la señora, los del ataque.

La señora lleva siempre la ventaja.

Suponen el gobernador y el policía que el peligro, por ejemplo, está en una lámpara eléctrica o en el pestillo de una puerta, cuando una almohada comienza a sonar al apoyar la cabeza encima y se registra un sillón y se ve que dentro hay una máquina de relojería.

En todos estos casos un gramófono entona una canción en burla.

III

LA CASA DE LA ALDEA

Voy haciendo este viaje a pie por un camino hundido, próximo a un río turbio y blanquecino, y me viene a la imaginación la palabra impecuniosidad, leída hace días en una revista de París. La palabra puede ser española o italiana como francesa. No creo que se use en castellano, pero en unas relaciones antiguas he visto llamar a un hombre sin dinero impecunioso. Cuando pronuncio esta palabra difícil, una persona, a mi lado, hace un gesto de molestia, y yo, sin querer, vuelvo a repetirla.

Llegamos a un pueblo. El acompañante se despide y voy rondando el pueblo alrededor de la muralla, y entro por una calle. Voy después por un camino en cuesta, preocupado por las preguntas de las personas conocidas y por lo que me van a contar.

En un rellano de la cuesta hay una taberna al aire libre y varias personas sentadas. Una entona con la guitarra la canción napolitana *Santa Lucía*, de Gaetano Braga. Un marinero viejo, alto y gordo, se levanta impresionado y viene a verme.

—¿Eres tú? —dice.

—Sí.

—¿Ya vienes?

—Sí, ¿por qué no?

—Tienes aire de hombre cansado.

—Seguramente.

Dicho esto, él se vuelve a sentar en la taberna y yo sigo subiendo la cuesta.

Veo a uno de mis amigos antiguos hablando con dos o tres aldeanos, y ninguno se acerca a mí.

Supongo será por no llamar la atención.

Llego a mi casa. Ahora está en un alto escarpado, rodeada de una vegetación enmarañada de zarzas y de arbustos. Atravieso como puedo los obstáculos y me acerco a la puerta cerrada. Salto a una empalizada, me meto por un ventanillo conocido por mí, paso a una leñera y, al entrar, cierro con cerrojo, pero se me enredan las ramas en los pies. Cojo una tijera de podar y corto aquí y allá hasta desembarazarme de los obstáculos.

Mientras hago esta operación, un aldeano, antiguo hortelano, ha notado, sin duda, la entrada de alguien en la bodega; saca una linterna eléctrica de una luz muy fuerte y la lanza sobre la leñera y se ilumina esta con una luz fuerte. Luego, sin duda, no ve nada y se marcha.

Entonces subo yo las escaleras con precaución. Los escalones crujen, llego al primer piso y encuentro a una señora joven, vestida elegantemente, un poco a la antigua, de negro, con puntillas y guantes de corte, que me pone una mano en el hombro.

—Ya has vuelto —me dice.

—Sí, con aire de hombre cansado, me ha dicho ese viejo marinero.

—Bien; pero has vuelto.

—No cabe duda. Tú estás como siempre.

—¿Crees tú?

—Así me parece a mí.

—Pues mira, muchas veces pienso que ya he muerto.

—¡Ca!; no lo creas; estás como siempre, tan guapa como antes.

—Bueno, ahora tenemos que ver qué hacemos con esta sala.

—Veo que tu manía por la decoración subsiste.

—Sí; siempre.

Abre una puerta y entramos en la sala, que está llena de muebles, unos encima de otros, en la mayor confusión. Hay armarios, espejos, mesas, estatuas, sillones, relojes dorados y cuadros hasta el techo.

—Yo no sé lo que se podrá hacer —digo yo—. Creo que hay demasiadas cosas.

—Veo que no tienes sentido de organización —me dice esta señora, riendo.

—No, ya lo sabes.

—Bien; es lo mismo. Daremos un paseo en coche.

—¿En coche por estos montes?

—Sí; pero si no quieres que vayamos en coche, iremos en lancha —y al decir esto salimos de la casa y nos asomamos a una roca que está sobre un mar espléndido y tranquilo.

Este hombre joven, con un aire aguileño, que debe de ser judío y que habla con un aire de suficiencia muy clásico de la raza, me dice que hay en París iglesias de todas las religiones y que él conoce un centenar de persas maniqueos. No sé si es verdad eso. He ido a visitar esta iglesia persa en sueños. Tiene aire oriental y está en una callejuela estrecha de un barrio extraviado.

El guardián es un tipo de cara redonda, de ojos achinados y de mirada suspicaz. Es misterioso de ademanes, viste de negro. Se me acerca de una manera insinuante. Lleva boina y un balandrán.

—Y ¿qué quiere usted? —le pregunto yo.

—Le voy a decir a usted una verdad trascendental.

—Bien, dígamela usted.

—¿Usted ha pensado en el maniqueísmo?

La pregunta me sorprende.

—No creo que mucho; poco más o menos, como otro cualquiera —le contesto, por decir algo.

—Pues ya que ha pensado en eso, le tengo que hacer otra pregunta. ¿No ha encontrado usted a quién se parece Ormuzd, el dios del Bien?

—No.

—Pues a Ahriman, el dios del Mal. ¿Y sabe usted por qué?

—No.

—Pues porque están hechos con la misma sustancia. Ormuzd es el que afirma; Ahriman es el que duda. Ormuzd es la ciencia y Ahriman es él jefe de los que no tienen jefe. Es decir, la duda y la rebeldía. En todas las religiones los primeros son los diablos. En la religión judía, los Elohim son antes que Javeh, y en la europea los titanes antes que Júpiter. Lucifer y Satán, Belzebú y Astaroth son dioses hasta que se convierten en demonios. Moloch es un dios en una religión y es el diablo en otra. Apréndalo usted para que no le choque.

Al decir esto, el persa del balandrán y de la boina se ríe y desaparece.

He entrado de reportero en un periódico y el director me dice que tengo que hacer una información sobre la vida que lleva el emperador Valdemar XII en un hotel de la avenida de los Campos Elíseos.

¿Cómo me voy a presentar en un hotel lujoso? Yo, que no tengo más que un traje raído, un sombrero seboso y unas botas viejas.

De pronto, sé que un antiguo amigo mío, medio italiano, como yo, está empleado en el hotel de la avenida de los Campos Elíseos, y voy a verle.

Mi medio paisano me hace grandes elogios del emperador Valdemar. Según él, es un hombre amable, sabio y culto, de una seriedad y de una gran pureza de costumbres. La señora que dirige la servidumbre del hotel, muy vistosa y elegante, asegura que el emperador tiene gran éxito entre las damas.

—*L'empereur Valdemar c'est un homme charmant* —me dice; *tantes les femmes raffolent de lui*.

Yo le indico a mi paisano que me gustaría ver a Valdemar XII en su cuarto, en la intimidad, como si fuera yo un *valet de chambre*.

Él me advierte que el emperador huye de la gente curiosa y que suele estar en su cuarto pensando y estudiando alta filosofía.

Yo le digo al paisano que él debía encontrar una ocasión para que yo viera a Valdemar por la rendija de una puerta.

—Lo pensaré —me indica.

Al poco tiempo me asegura que ya ha encontrado el procedimiento. En una moldura del decorado de la alcoba del emperador hay una rendija y desde ahí le veré.

Voy al hotel y me meto por un pasillo y me coloco en un rincón estrecho que me sirve de observatorio.

Valdemar XII está en bata. Despide al criado muy seriamente, cierra todos los balcones del cuarto y echa unas cortinas espesas.

Se parece a Favart d'Isère, el viejo cómico amigo de Le Brouillard. Por esto ya dudo de él. Cuando ya se ve solo, cambia de expresión y toma un aire alegre. Después se acerca al espejo, hincha los carrillos y se da un golpecito en ellos con la punta de los índices. Luego repite con brío la expresiva palabra de Cambronne.

Después canta la canción de *La flauta encantada*, de Mozart, que yo le oía a un relojero bávaro en Venecia:

*Zur Liebe kannt ich dich nicht zwingen
Dich gebe'ich dir die Freiheit nicht.*

Y después la del matrimonio, de *Fígaro*:

Will der Herr Graf ein Tänzelein wagen

*Tänzelein wagen
Soll er's nur sagen,
Ich spiel' ihm eins auf.*

Luego saca un retrato de una señora casi desnuda, y canta:

Ah, le superbe point de vue!

con música de Mis Helyett; después se dedica a *La viuda alegre*, y entona aquello de

Jadis il habitait dans le grand bois frileux...

Después se quita la bata, la echa al suelo y baila y canta con música de *la Machicha*:

*Un espagnol sévère
Fait la conquête
Au sortir du Moulin
De la Galette.*

Yo estoy tentado por decirle por la rendija del tabique:

—Emperador, es usted un farsante.

VI

JULIETA, EN EL BALCÓN

Soy joven y estoy rondando la casa de una muchacha, novia mía, en la plaza de un pueblo de Italia.

De pronto se abre el balcón, y aparece ella:

—¿Qué haces? —me pregunta.

—Pienso en ti, vida mía.

—¿De verdad?

—¿Por qué voy a decir mentira?

—Ten cuidado, porque puede venir mi padre en este momento y encontrarte.

—No vendrá.

—Creo que está ahí. Escóndete.

—¿En dónde?

—Sube al balcón.

Me agarro a una reja, y de la reja paso a los hierros del balcón y salto dentro.

Entonces el padre aparece en la plaza y, sin duda, me ve.

—¡Julieta! —grita.

—¿Qué?

—Un hombre ha subido a tu balcón.

—¿Un hombre? Yo no he visto nada.

—Sí, sí. Era un hombre. Abre pronto.

—Vete al jardín —me dice ella—, y saltas la tapia subiéndote primero a un árbol que hay cerca de la puerta. Yo te dejaré a la entrada.

Vamos juntos y me abre una puerta que da al jardín. Bajo unas escaleras y tomo un camino enlosado. Comienzo a andar, y voy hala que hala.

En el cielo brillan enormes estrellas y la tierra se va convirtiendo en un pantano.

Al final veo una puerta, pero al ir noto que hay unos perros o lobos que guardan la salida y que me miran con rabia, con los ojos brillantes.

«Estoy perdido», pienso.

Entonces empieza a cantar el gallo y me tranquilizo.

VII

PROPAGANDISTAS

Estoy en una tienda oscura de París. De pronto aparece el poeta melencólico que tenía una reunión en el café de la Closerie de Lilas. Va de negro, chalina, y sombrero ancho, y deja un periódico que se llama *Renovación Renovadora*.

Viene después un señor serio, con lentes y cuello duro, planchado. Es un redactor de *La Acción Francesa*, y deja otro periódico, *La Tradición Tradicional*, y luego viene un anarquista desastrado, con melenas, y da una hoja: *La Revolución Revolucionaria*. Todavía aparece más tarde un comunista con un manifiesto titulado *Marxismo marxista*.

Yo me incomodo y digo la palabra de Cambronne de una manera atronadora, y todos ellos desaparecen.

VIII

UN ÓPTICO

Es una tienda pequeña de óptico del Barrio Latino, con un bocal en el escaparate lleno de agua transparente, y dentro de él, unos cuantos hipocampos que suben y bajan por el líquido, haciendo girar sus hélices.

La palabra hipocampo es griega, y quiere decir, según unos, caballo retorcido, y según otros, caballo gusano.

Estos pequeños peces tienen una serie de hélices para subir y bajar por el agua y una cola prensil.

Yo suelo contemplar hipocampos en el escaparate de una tienda de la avenida de los Campos Elíseos, en un pequeño acuario, pero nunca los he visto en una tienda del Barrio Latino.

El óptico es un hombre joven con un aire de sabio. Me estudia la vista, y me dice:

—Tiene usted condiciones para ver fantasmas.

—¡Qué cosa más estúpida! —replico yo—. ¿Es que hay fantasmas?

—Si los ve usted y cree en ellos, ¿cómo va usted a decir que no los hay?

IX

ANTEOJOS PENETRANTES

Vuelvo poco después.

El óptico supone si tendré yo condiciones para emplear anteojos penetrantes.

—¿Qué quiere decir eso?

—Hay ojos capaces de percibir la luz negra y de ver a través de los cuerpos opacos; pero necesitan, para tener completa esa condición, emplear unos anteojos especiales con unas lentes raras.

El óptico me estudia la vista y hace una porción de fórmulas y de pruebas y me pone los anteojos. Me miro la mano y veo sus ligamentos, sus arterias y sus huesos. Es desagradable. Salgo a la calle. Contemplo a los hipocampos. Suben y bajan en el agua.

X

DESDOBLAMIENTO

Me desdoble y me veo a mí mismo. Mi doble tiene la condición de ser sonámbulo. Esta noche, mientras yo dormía, mi doble se ha levantado y se ha ido a abrir la ventana.

—¿Qué ocurre? —he preguntado yo, espantado.

—Hay un hombre escondido en el cuarto.

—¿Qué hace?

—Está echando en el aire unos polvos venenosos con un fuelle.

Al moverme en la cama, el diván ha crujido, y al despertar he oído el ruido de la sirena.

—«Bien —me he dicho—, en castigo de mi tontería, no me levanto, ni voy a la cueva.»

La alarma ha acabado pronto y me he vuelto a dormir.

XI

VIAJE A LA LUNA

Dorina, la chica del hotel, está leyendo ahora *Los miserables*, de Víctor Hugo.

Dorina me dice de pronto que se puede ir a la Luna, y que la acompañe.

—¿Qué estupidez! —le digo yo—. Pero ¿cómo puedes creer una cosa así?

—Pues no es estupidez. Es una verdad. Lo que usted tiene es miedo, Pagani.

—¿Yo miedo? Donde tú vayas iré yo.

—Pues nada, vamos.

—¿Adónde?

—A la estación.

En el camino me dice Dorina que hace dos días soñó que de repente, en una mesa, se levantó una cobra con cara de gato y la estuvo mirando a ella atentamente. ¿Qué podría significar esto?

—Nada, Dorina —le dije yo—; tonterías.

Nos metemos en una especie de ascensor grande. Va mucha gente.

—Atención —advierete el empleado—; el que tenga miedo puede todavía salir de aquí.

Algunos viejos salen entre la rechifla de todos. Se cierran las puertas y comienza un chirrido desagradable. La gente se pone pálida.

—Ya estamos.

Se abren las puertas del ascensor y salimos a un pasillo de paredes de acero, con unas ventanas por donde se ven montes nevados y mares de hielo.

Dorina está pálida y yo también. Tomamos una píldora y luego otra. No resistimos.

—Yo me muero —digo yo, y me tumbo en el suelo del pasillo.

XII

EL NUEVO CUARTO

He estado en Normandía unos días acompañando a Evans. Luego he venido a París, a mi antiguo domicilio, y después sueño que he cambiado de casa.

Me despierto con terror y con la idea de que no sé dónde me encuentro. Pero ¿me he despertado de veras?

No sé dónde está la llave de la luz eléctrica. ¿Qué hago? Antes, en mi cuarto, la llave estaba encima de la cabecera de la cama. Después, al lado derecho.

¿Dónde he puesto los anteojos? No lo sé. No me atrevo a levantarme porque voy a tropezar.

Vamos a pensar con calma. Quizá ya brilla la luz del día. ¿Dónde está la ventana? Tampoco lo sé.

¿Y esta pared que había a la izquierda? La toco. Está en el mismo sitio que en mi antiguo cuarto.

Pero aquí, en esta nueva casa, no puede estar en el mismo lugar y de la misma manera.

Tengo la idea de que estoy en un hotel que comunica con el Metro y que tiene un ascensor con una cama. El hotel que comunica con el Metro es el Hotel Terminus, que está en la estación de San Lázaro, y edificios que tengan ascensores con cama únicamente se ven en las clínicas.

Yo he estado en una clínica hace poco a visitar a una amiga.

Entonces, ¿dónde me encuentro?

Voy a explorar el lado derecho. No hay mesilla de noche. Ha desaparecido. Es extraño. Aquí hay una lámpara. Voy a seguir el cordón. Aquí está la llave. Aprieto, y nada. ¿Dónde estoy?

La inquietud me despierta. Luego veo que estaba soñando que me despertaba y que seguía durmiendo.

Ahora me encuentro con que me he despertado de verdad y que el cuarto no ha cambiado en absoluto.

XIII

LOS PAGANISTAS

Estoy en un anfiteatro lleno de gente. Un orador subido a una tribuna habla con fuego. Dice así:

—Cuando el ilustre Procopio Pagani fundó las leyes de la paganística, no pensaba, como han creído muchos, en explotar a la Humanidad con sus grandes descubrimientos. No, era demasiado generoso para ello.

Yo le digo a mi vecino:

—¿Y usted conoce bien la teoría de Pagani?

—¡No la voy a conocer! Si he sido ayudante de Pagani durante veinte años. Soy el jefe de la izquierda paganista.

«¡Qué mentiroso! —pienso yo—. ¡Qué farsante!».

Otro espectador de al lado me asegura que algunos confunden a Pagani con Paganini.

Se ríe.

—Usted es un imbécil —le increpo yo.

De pronto me dicen que los antipaganistas están a la puerta. Salgo a un túnel, y, efectivamente, allá están unos señores con caras largas y tristes que han sido desterrados por sus teorías antipaganistas. Hay también con ellos algunos señores viejos marxistas.

Me dan algunas explicaciones, y yo transijo.

XIV

HOTEL FASTUOSO

Viajo a un pueblo del centro de Europa durante una Exposición. Un pueblo brillante, todo de metales y de cristal.

Llegamos los viajeros de la sección H. Una entrada de gran palacio. Vamos por un *tapis roulant* que marcha como una serpiente recorriendo unos corredores anchos, primero del piso principal y luego de los otros. Todos los turistas van quedando en sus sitios respectivos con una exactitud matemática. No hay el menor error.

Yo quedo en el número de la sección H., que me corresponde. Abro la puerta y me encuentro con una mujer con un niño. No dice nada, me mira y se va.

CONVERSACIÓN CON UN SUICIDA

El parque de las Buttes-Chaumont está hecho, como dentro de una hondonada, en una depresión de la tierra.

El parque tiene en la hondonada un lago, y en medio de este, un cerro rocoso de setenta u ochenta metros de elevación, con un templete en lo alto. Al cerro, con su templete, le llaman el Laberinto, y a los dos puentes que le unen a las orillas a uno le dicen el Puente Suspendido y al otro el de los Suicidas.

Sin duda, este nombre me ha hecho suponer que me he encontrado con un suicida dispuesto a tirarse al lago.

Era un hombre derrotado, harapiento y de color gris. Como gritaba, me he acercado a él.

—¿Qué quiere usted? —le he dicho.

—Soy un suicida, pero no me atrevo a tirarme desde aquí al agua.

—Pues entonces no es usted un suicida. Es usted un farsante.

—¿Usted se tiraría desde aquí?

—Yo, no; pero yo no soy un suicida *amateur*.

—¿Usted cree que suicidarse supone valor o cobardía?

—No me venga usted con preguntas de colegio. Esas son majaderías. Lo mismo da que sea una cosa u otra, porque la opinión de las gentes para mí no tiene importancia. Cada cual hace lo que le parece mejor.

—Me fastidia usted, señor Pagani. Yo esperaba de usted un consejo.

—Bueno, pues se lo daré, porque veo que no tiene usted ganas de liquidar. Puede usted convencerse de que para suicidarse en París es más clásico tirarse al Sena y de desaparecer en un estanque más distinguido ir al lado del Bosque de Bolonia.

—Tiene usted razón, señor Pagani. Me ha dado usted una idea magnífica. Un verdadero *tubo*, como decimos aquí. No sabe usted lo que se lo agradezco.

—Bueno, entonces, adiós, y que le vaya bien, todo lo bien que le puede ir a un suicida fracasado.

XVI

LO QUE DICE DANTON

Estoy delante de la estatua de Danton, del boulevard Saint-Germain. Ahora suelo interpelar a las estatuas, y estas me contestan. No sé cómo he llegado a adquirir tal habilidad.

Como Danton está extendiendo su brazo y alargando la mano, le he preguntado:

—¿Está usted diciendo aquello de que para vencer al enemigo se necesita audacia, audacia y siempre audacia?

—No.

—¿Es que está usted cantando *La Marsellesa*?

—Tampoco.

—Pues entonces, ¿qué hace usted?

—Estoy viendo si va a llover. Me canso de tanta lluvia.

—Pues nada, si quiere usted, vamos a entrar en un café de estos, en el de Deux Magots o en el de Flora.

—Danton baja de su pedestal como puede y entramos los dos en el café más próximo y luego desaparece.

XVII

UNA DROGA

A este médico conocido, a quien veo de tarde en tarde, le encuentro en el Metro y me pregunta:

—¿Marcha usted bien?

—Así, así. Tengo con frecuencia noches de insomnio, blancas, aburridas, en que no se me ocurre nada que valga dos cuartos.

—Sí. ¿Qué quiere usted?; en esta época, con la amenaza de la guerra, solo la gente joven duerme bien.

—Yo no pretendo dormir como un muchacho, pero me contentaría con tener un insomnio divertido, en el que se me ocurrieran cosas amenas.

—Pues le voy a dar una píldorita de prueba y podrá usted divertirse.

Saca de la cartera una píldora envuelta en un papel plateado y me la da.

Noches después viene el insomnio, la inquietud, los bostezos, etc.

—Vamos a ver el efecto de la píldora.

La trago.

Son las dos de la mañana. Tengo alguna más excitación que de ordinario. Pasan imágenes por mi cerebro unas tras otras, con una abundancia perturbadora. Todo lo siento de una manera exagerada: ideas, sentimientos, recuerdos. Soy un hombre importante, me luzco en todo, y al cabo de poco tiempo soy un pelagatos. Estas alternativas me divierten y me hacen reír a carcajadas.

Pronuncio discursos maravillosos, improviso versos parnasianos, y, al último, me duermo.

Al despertar pienso:

«Debo de llevar mucho tiempo dormido. ¿Qué hora será?».

Supongo que la mañana, pero no entra la luz en el cuarto. Escucho y pasa el tiempo.

Da una campanada.

«Es la media», pienso.

Me pongo a leer y dan las tres. Todas estas alegrías y proyectos, todo este sueño, ha ocurrido en una hora.

Voy a preguntar al médico amigo de qué se componía la píldora que me dio, pero el médico se ha marchado a París.

¡Cuántas cosas hay dentro de nuestro cerebro que no conocemos! Tenemos nuestra conciencia que vigila, y después nuestra personalidad oficial, que, a su vez, vigila a la conciencia.

XVIII

LOS MANIQUÍES

Estoy en un gran boulevard, delante de un escaparate de ropas hechas, en donde hay una serie de maniqués vestidos con trajes a la última moda. Todos muy refinados y elegantes, y algunos con sombreros de color. Se parecen a las antiguas figuras de cera del museo de Londres de madama Tussaud, y del museo Grévin, de París. Estos tipos tienen un aire de discreción y antipatía como si guardaran un secreto.

Llevan cada uno en el brazo o en el pecho una tarjeta blanca con el precio.

Ahora, ante mí, veo con asombro que se cambian miradas de inteligencia. Me alejo del escaparate y oigo después una carrera desenfrenada de gente. ¿Son los maniqués de la tienda? Deben de ser ellos, a juzgar por sus trajes nuevos.

«Ya todo es posible», pienso. Y me encuentro en el cuarto.

XIX

MIS LIBROS IMPORTANTES

Estoy haciendo una obra importante sobre la historia del mundo. He visto con sorpresa que tengo una enormidad de notas clasificadas y ordenadas sobre etnografía, zoología, botánica, prehistoria, etc., etc.

Guardo esta documentación en una estantería especial que he construido yo mismo, pues me parece que cualquier carpintero, dándose cuenta de lo sabia que es la distribución y el orden de mis papeles, comprendería su trascendencia.

Temo que me copien los datos y que los publiquen en artículos a nombre de cualquiera.

Esta noche oigo ruido en mi cuarto y veo a un hombre con una linterna sorda que se acerca y mira y lee los papeles que tengo en la mesa.

El hombre, después de hacer unos cuantos gestos desdeñosos y de echar las cuartillas con desdén, dice:

—Papa... gaga... nini... Pagani.

Esto me ha producido una gran cólera, y al incorporarme en la cama, en el cuarto no hay nadie.

XX

UNA IMPRUDENCIA

En este pueblo donde ahora vivo, y donde había un río pequeño, lo han ensanchado y han construido un puente de hierro magnífico, de lo más extraordinario que se puede ver.

Esas obras colosales de América del Norte no son nada al lado de nuestro puente. El río se ha convertido en un brazo de mar magnífico. Estoy admirado.

Al salir de casa, veo al público alrededor de una estatua colosal, de bronce.

No sé qué representa, si la Industria, el Comercio, la Navegación o la Agricultura.

El alcalde pronuncia un discurso y dice que él y sus hijos lo han construido.

Yo me siento y escucho, y cuando concluye el discurso me dicen que hable, y leo lo que dice en latín un letrado del pedestal de la estatua, y el alcalde y todo el público echa a correr, asustado, porque en aquella inscripción se habla muy mal de la gente del pueblo. Y probablemente con razón.

He traducido para la Enciclopedia donde colaboro varios artículos del francés y del inglés sobre la luz oscura y la emisión de los rayos del mismo carácter. Puede que algún beocio lector de esa Enciclopedia crea que el que ha escrito ese artículo es un sabio y que el sabio piense que el redactor es un ignorante y un bárbaro.

En todas estas explicaciones de la física moderna pasa igual. No se ocupan los tratadistas de cambiar la terminología científica, y el profano no la entiende.

Luz oscura, luz que no se ve. Para la mayoría, esto es una broma. Si nos encontráramos en un sótano o en el fondo de una mina y el sabio físico nos dijera, mirando un aparato: «¡Qué luz hay aquí!», diríamos todos: «Este señor se burla de nosotros».

Aunque yo no he entendido lo que he dicho en mi artículo, parece que si se tiene un aparato de emisión de rayos infrarrojos, y después se captan estos con un receptor especial, se puede ver a través de algunos cuerpos opacos, es decir, ver objetos que tienen luz negra.

Yo lo acepto, y no solo acepto, sino que en un instante hago dos aparatitos: el uno de emisión y el otro de recepción.

Bajo las escaleras y llego al portal: «*cordon, s'il vous plait*», digo en la portería, y voy a la calle, y entro en una casa y después en otra y luego en otra.

¡Qué horrores veo! ¡De qué enormidades me entero! Este señor, que me parecía un buen hombre, es un usurero indecente; esta dama respetable tiene dos o tres queridos; esta niña de aire cándido está enredada con un viejo... No quiero saber más, y cojo mis dos aparatitos y los tiro al canal de San Martín.

He soñado que he hecho un descubrimiento importante. He encontrado la razón y la interpretación de los sueños. He escrito mi teoría en una cuartilla. Es una explicación clara y definitiva. Mi hallazgo va a sorprender a los fisiólogos.

Me dirijo a la Universidad. Entro en el claustro. No hay nadie. Paso a una clase y veo a un hombre grueso y bajito que anda con un carro de mano de la derecha a la izquierda, metiéndose por salas y laboratorios.

—Yo le llevaré al centro de los investigadores —me dice.

Después de pasar por salas suntuosas, con estatuas y retratos, me conduce, siempre con su carrito, a un corredor oscuro y me señala una puerta, y me dice:

—Ahí es donde están los descubridores y los inventores.

Abro la puerta y me encuentro en un sótano oscuro y negro, con rejas, lleno de gente.

En una parte hay cajas de imprenta mugrientas, y algunos componen líneas, otros están escribiendo y otros en actitud pensativa.

«Me ha engañado ese hombre del carro», me digo.

Me acerco a la puerta, y cuando se abre esta, me escapo.

Al llegar al pasillo, un hombre me pregunta:

—¿Usted ha descubierto algo?

—Yo, nada, nada.

—Entonces puede usted pasar.

Y me escapo a la calle.

XXIII

GRANDEZA Y PEQUEÑEZ

Mi amigo el inglés Evans y yo hemos ido de noche, en el boulevard de la Chapelle, a un bar lleno de gente maleante.

El patrón, que me conoce, ha dicho que nos va a obsequiar con un ajenjo. El inglés no lo quiere. Yo, sí.

—¿Ya sabe usted el *calembour* que hacían hace años sobre el ajenjo? —le pregunto.

—No.

—Ya recordará usted que las botellas de ajenjo tenían una etiqueta con este letrero: *Absent Pernod fils*, pues se decía: *Le serpent a perdu nos pères, l'absent perd nos fils*.

—Bromas de parisiense, poco trascendentales —ha dicho el inglés.

He salido del bar con la cabeza un poco trastornada. Sin duda, ya tengo poca fuerza y tres ajenjos me perturban. Me he metido en la cama y he tenido vértigos y he andado como flotando de la derecha a la izquierda, mareado.

Cuando se me ha ido pasando el malestar me he llevado la mano a la cabeza y me ha parecido que esta me había crecido. La frente, la nariz, la boca, todo se me figuraba enorme. Me he decidido a levantarme y a ir trompicando al lavabo. Me he mirado al espejo y he visto que no he cambiado. He vuelto al cuarto y me he sentado en la cama y he bebido agua.

Unos días después he tenido una neuralgia y he tomado aspirina. He llegado a dormir bien, y después del sueño me he llevado la mano a la frente y me ha parecido tan pequeña que me ha chocado. La frente, la cabeza, la nariz, el cuello, todo mi cuerpo se me antojaba tan reducido que me ha chocado.

Entonces he recordado el sueño de la noche del ajeno, y me he decidido a no medir mi cuerpo. Después he pensado:

«Cuando uno no sabe el tamaño de su cuerpo, ¿qué sabrá de lo demás?.»

XXIV

DESDE UNA VENTANA

Voy por unas calles estrechas y negras, asustado; llego a una hermosa plaza. Me meto en un portal, subo una escalera y me encuentro en un cuarto de aire antiguo, amarillento, con un gran mirador de cristales.

Desde él veo un río de aguas oscuras que viene en línea recta hacia la casa en donde estoy, desde el punto lejano del horizonte.

A cierta distancia, a menos de un kilómetro, hay como una punta negra: un dique que avanza desde una orilla, pero que no llega hasta la otra.

Hay gentes que vienen a cruzar el río y se echan en él vestidos cerca de esa punta negra, y cuando llegan al sitio en que está cortado el dique las olas los arrastran, y se ven mujeres y hombres que van flotando por encima del agua.

Abro una ventana enfrente del mirador, que da sobre la hermosa plaza tranquila, y me digo:

«Esto está bien. Aquí se puede andar.»

Bajo y doy unas vueltas a la plaza, contento; pero al encontrar la boca de una callejuela, veo que abajo corre el río ancho y amarillo, con olas grandes amenazadoras, y veo que si quiero seguir no hay más que una acera estrecha.

Me asusto y me vuelvo, y me despierto con vértigo y con el corazón palpitante.

Voy con mi amigo Evans, hispano inglés, al Museo Carnavalet. Hay una Exposición de retratos de personajes de la Revolución francesa. Vemos a Danton, a Robespierre, a Carlota Corday, a madama Roland. También hay un busto coloreado de Marat, tan naturalista, que viéndolo a solas podría dar miedo.

—Grandes figuras y pintores mediocres —dice el inglés.

—Cierto —contesto yo.

—En España, por el mismo tiempo —añade—, tipos mediocres y un gran pintor, como Goya.

—Es verdad.

—Estos viven por sus obras y aquellos por su figura.

—¿Qué le parece a usted la Revolución francesa? —le pregunto al inglés.

—Es un ensayo exagerado de latinización de Francia.

—¿Para usted malo?

—Sí.

—¿Y el imperio de Napoleón?

—Algo peor.

Evans tiene antipatía por el emperador.

—Pero ¿no cree usted que era un hombre de talento? —le pregunto.

—Claro que lo era; talento estratégico y matemático. Poca cosa como hombre. Un tipo bilioso, pequeño, barrigudo y cetrino. Es el tipo del mediterráneo, atracado de macarrones y de aceitunas; verde, sin cejas y sin pestañas. Es el hombre sin gracia. Todo para él es serio: las condecoraciones, los penachos, los uniformes, los títulos, las estadísticas. No tiene en su vida un rasgo de humor. Shakespeare no hubiera podido hacer ni una tragedia ni una comedia con su vida.

Salimos del Museo y vamos paseando hacia los mercados, y entramos a cenar en una taberna en donde hay dos o tres mozos españoles camareros.

Después, como todavía es temprano, voy a casa de Evans, y allí mi amigo me muestra un álbum con retratos de Napoleón, y después un libro inglés sobre Dostoievski.

—¿Ha leído usted algo de él? —me pregunta Evans.

—Sí; lo de los presidios.

—¿Los recuerdos de la casa de los muertos?

—Eso es, y también el *Eterno marido*.

—Todo terrible.

—Es verdad.

Me enseña algunos retratos del escritor eslavo y marchó hacia mi calle en el Metro. Al llegar cerca de mi casa, entro en un bar y tomo una botella de cerveza.

XXVII

DOS PERSONAJES

Hoy, de pronto, recuerdo la conversación con Evans y me despierto o creo que me despierto dos horas después. Tengo delante a Napoleón, sentado a una mesa. Está, sin duda, estudiando mapas y haciendo planes estratégicos. Se le ve frío, correcto, tomando notas y escribiendo con una letra muy mala.

Recuerdo que me contó Evans que a Volney, el autor de *Las ruinas de Padmira*, porque le dijo que Francia deseaba la restauración de los Borbones, Bonaparte le pegó una patada en el vientre que le tiró al suelo.

Estoy deseando que se vaya, pero no me atrevo a moverme. En esto se oye el chirriar de una contraventana, que después golpea el viento. Enciendo la luz. Napoleón se ha marchado.

Ahora se me ha quitado el sueño y supongo que tengo por delante varias horas de insomnio. Si todavía al amanecer durmiera un poco, me levantaría despejado; si no duermo, pasará todo el día inquieto y nervioso.

Pienso en lo que hablé con Evans y en sus ideas, en lo que me dijo de Dostoievski y en los retratos que me mostró de este escritor.

Ahora, de pronto, le veo en mi cuarto. Está sentado delante de una mesa pobre, en un sofá raído. Tiene unas barbas largas y una cara juanetuda. Tan pronto se ríe como llora con desesperación. No sé lo que dice, naturalmente, pero tiendo a llorar y a reír con él.

Un camión comienza a meter ruido en la calle, y la sombra de Dostoievski se va.

XXVIII

FÓRMULAS DEL PROFESOR

Este profesor que veo desde la ventana de mi cuarto es la quinta esencia de la pedantería de todos los catedráticos de las Universidades del mundo entero. Destila la pedantina, la pedantona, la pedantoxina y los demás alcaloides tóxicos de las series A y B.

Habla en un anfiteatro. Viste de negro, lleva melenas y una chalina flotante. Tiene una sonrisa irónica y de suficiencia y una actitud que el público entero, que le rodea, celebra.

—¿Qué es la ciencia? ¿Qué es la historia? ¿Qué es la filosofía? —se pregunta.

Y entonces el profesor va a la pizarra y escribe fórmulas matemáticas en ella. Yo supongo que todas son mistificaciones y majaderías.

A veces se vuelve y dice con una sonrisa de petulancia:

—Ahora lo habrán comprendido ustedes. *N'est-ce pas?*

—¡Farsante, idiota! —grito yo con voz estruendosa.

Luego digo con energía la palabra de Cambronne y el público entero desaparece.

XXIX

LA BARRACA DE LA FERIA

Voy por el boulevard Voltaire, y después por la antigua barrera del Trono. Veo a un hombre alto, vestido de titiritero, a la puerta de una barraca de feria, haciendo el *bonimení* (el reclamo), como dicen aquí. A su lado hay un enano vestido de rojo. A los dos los conozco.

Tomo la entrada y paso. Es una barraca a la antigua, con figuras de cera. Todas son de asesinos célebres: Lacenaire, Troppmann, Prazini, Prado, Vacher, Jack el *Destripador*, El Chato de El Escorial, El Vampiro de Dusseldorf, Weidmann, etc.

Hay damas elegantes que miran estas figuras horrorosas de asesinos, y dicen, en serio o en broma:

—¡Qué simpático! ¡Es encantador!

Yo conozco, entre el público, a varias personas, y me acerco a ellas, que desvían la vista para no saludarme.

Comprendo que debe de ser un error grave el haber entrado aquí. Una mujer con aire de italiana me muestra con el abanico el sitio de salir y, en la puerta, el enano vestido de rojo me lanza una mirada furiosa.

Creo que es en la poesía «Correspondences», del libro de Baudelaire titulado *Las flores del mal*, donde se dice:

Les parfums, les couleurs, et les sons se répondent. Todos los snobs del Norte y del Sur, del Este y del Oeste se han entusiasmado con esta frase que no tiene nada de extraordinario. Claro que los perfumes, los colores y los sonidos se responden, pero no se entiende la respuesta. Lo mismo se responden el sol, el frío, la humedad, los dolores y las alegrías.

Me han obligado a hacer de mago, y digo extravagancias en mi cátedra. Todas las fantasías que se me ocurren parecen geniales, porque voy vestido de nigromántico y llevo en la cabeza un cucurucho negro de papel.

—Pero ¿ustedes no han notado el olor de los colores? —pregunto.

—No.

—¡Qué poca penetración! Es cosa de ponerse a ello.

Brilla una luz morada.

—¿A qué huele ahora?

—A heliotropo.

—Eso es.

Brilla una luz roja.

—¿Y ahora?

—A pimienta.

Brilla una luz roja parda.

—¿Y ahora?

—A fresas.

—Pues a mí me parece que huele a calor —dice uno.

Desde este momento empiezan las divergencias, y las opiniones se separan y acaba el mundo pensando que estas correspondencias de olores y de colores son una estúpida mistificación.

Estoy en una vuelta de la carretera que va por el borde del golfo de Gascuña, que tiene hacia el mar una cerca.

Las olas se agitan abajo con espumas de plata, saltando por encima de los peñascos negros. El cielo tiene color de tormenta, con unos tonos azules, verdes y rojos.

Se me ocurre pararme.

«¿Para qué?», me pregunto.

Sin embargo, me paro.

Al poco rato aparece una muchacha y se sube sobre la cerca, con la cara hacia el mar y la espalda hacia la tierra. Va con el pelo suelto y apenas lleva ropa. Cuando la miro veo que tiene una cara resplandeciente y unos ojos verdes profundos. Me mira y sonrío. Después canta, y yo la oigo, maravillado. Me habla con entusiasmo de los abismos del mar.

De pronto comprendo que hay un peligro, y me lanzo al otro lado de la carretera, donde no se ve el mar.

Y me voy alejando de allí sin volver la cabeza, porque temo que esa sirena o esa náyade me arrastre al fondo del océano.

SEXTA PARTE

SUEÑOS DEL ALCOHOL Y DE LA DIGITAL

Tengo un catarro crónico que me va dejando aplanado y triste.

Gentil me dice:

—Veo que anda usted un poco deprimido.

—Sí, es verdad.

—Yo, cuando estoy así, tomo unas gotas de digitalina. ¿Usted no ha probado eso?

—No.

—Pues si usted quiere yo le daré un frasquito de un extracto digital, y toma usted diez gotas durante tres o cuatro días.

—Bueno, probaré.

He tomado esas gotas y me han dado un poco de tono.

Evans me ha regalado dos botellas de *whisky* escocés.

Tomo la digitalina y el alcohol a pequeñas dosis y marchó un poco mejor, pero sueño con más intensidad y con imágenes más fuertes que de ordinario.

Estoy asomado a una ventana, contemplando la calle de los Solitarios, cuando veo un magnífico automóvil con unos grandes focos, que se acerca a la puerta del hotel.

«Amigo, hermoso automóvil; seguramente no viene por mí», pienso.

Se oye el mosconeo de un teléfono. Esas gentes vienen a buscarme. Son una señora argentina, una amiga suya y un periodista.

—¿Usted es Pagani? —me preguntan.

—Sí, señora.

—Tenemos gusto en conocerle.

—Es mucha bondad.

—¿Por qué?

—Porque yo no tengo personalidad ninguna.

—Es usted muy modesto.

Quieren llevarme a cenar. Me invitan a pasear en auto. Charlamos de las cosas actuales. Una de estas señoras, argentina, paisana mía, habla de lo que ha visto en sus viajes.

Nos acercamos a un jardín de los alrededores de París, vemos un estanque medio vacío, con una ondina de piedra que muestra la mitad de su cuerpo verde. Después cenamos en un restaurante, y luego de cenar nos asomamos a una terraza, desde donde contemplamos París en una gran llanura debajo del cielo claro, con algunas nubes blancas. Al lado de una muralla vemos una banda de cometas que toca con

sonidos estridentes.

Ahora, de pronto, me encuentro en Venecia. Voy a tomar el tren en una estación desconocida para mí, cerca de un canal oscuro y turbio. El sitio se parece al barrio donde viví yo.

Me meto en la estación. Esta tiene muchas vidrieras y carteles. Me veo de pronto en un barullo de gente, y entre el tumulto varios conocidos escritores, pintores y músicos, muy pálidos, algunos melenudos, con facha de figuras de cera, que sonríen con un aire de falsedad y de humildad desagradable. Marchan en cuadrilla, unos con capa y otros con chaqueta de terciopelo. Ninguno me es simpático.

En la fila para tomar el billete, en las apreturas, me encuentro con una mujer vestida de rojo. Está delante de mí y se vuelve a mirarme. Es muy guapa, rubia, sonrosada, con ojos azules y una sonrisa enloquecedora. Se parece a mi vecina María Alejandra Lubomirsky, a quien nosotros llamamos Manón. Los empujones la echan en mis brazos.

—Yo la conozco a usted —le digo.

—Sí; lo supongo.

—La he visto alguna vez de lejos.

—Es posible. No me sujete usted más entre sus brazos, Pagani.

—No he sido yo, han sido los empujones que la han echado sobre mí. Tiene usted que reconocer que nunca he tenido la audacia de conquistarla.

—Sí, es verdad. Ha hecho usted mal.

—¿Va usted de viaje?

—Sí.

—Y ¿adónde va usted?

—Voy a mi casa de campo. Voy a llevar allí los libros, los cuadros y las estatuas de Fulano, Zutano, etc.

Esos que cita son los melenudos que andan por la estación.

—Y ¿para qué quiere usted esa bazofia? —le pregunto yo.

—Quiero guardarlo todo. Yo doy la suerte.

—¡Qué tontería!

—No es tontería. Yo soy la Fortuna.

—Y ¿no va a llevar estos cuadernos míos?

—No.

—¿Y este cuadro?

—Tampoco.

—Y ¿por qué?

—Porque a usted le quiero, Pagani, pero a esas cosas que ha hecho, no.

—Esas cosas serán tan malas como las de esos imbéciles que andan por ahí, pero no peores.

—Bien; pero ellos las han hecho con más ilusión que usted.

—¿Qué importa la ilusión?

—Para mí, mucho.

—Veo que tiene usted gran simpatía por las obras de los estúpidos —digo yo, con rabia.

—Y ¿por qué solo van a tener suerte los listos?

—Y ¿por qué van a tenerla solo los tontos?

—Cada cual sabe lo que hace. Yo soy caprichosa.

—¿No nos veremos nunca?

—Alguna vez, quizá.

«Es una mujer esta que tiene mala sangre —pienso yo—. Pero es muy guapa y muy atractiva. No piensa que yo he escrito la diezmillonésima parte del cuadrante del meridiano terrestre. ¿Cómo ha sido esto? No lo comprendo. Sí, ahora recuerdo. Esto lo digo porque un autor que se las echaba de espiritualista me decía que había llegado al metro de producción. ¡Cuánta tontería! Yo no creo en la Fortuna. Eso es una necesidad.»

Dominado por la cólera, me acerco a la taquilla a tomar un billete. La verdad es que no sé adónde voy.

—Cómprenos usted a nosotros billetes —me dicen algunos de los escritores y pintores pálidos y melenudos que andan por allá, con un tono quejumbroso.

A mí me cargan estos tipos con aires de figura de cera y voz meliflua.

—Eso es lo que falta —digo yo, con mal humor—, que a esos imbéciles les tenga yo que ayudar.

A pesar de mi furia, compro los billetes y me dan una serie de papelitos de colores. No sé para qué, porque paso con ellos adelante y no se los entrego a nadie.

Al llegar al andén me despierto, y pienso que estaba soñando estupideces, y poco a poco me vuelvo a dormir, y retorno al sueño pasado.

II

SIGUE EL SUEÑO

Abro una puerta de cristales y avanzo en una estación. No hay un alma. La gente ha desaparecido. No comprendo cómo. Al lado hay una llanura surcada por canales, entre unas orillas negras cubiertas por polvo y humo. Pasan unos barcos magníficos de color caoba, llenos de ventanas de cristal, a través de los cuales se ven unas caras inexpresivas y estúpidas.

—¿Serán estos también gentes elegidas por la fortuna? —me pregunto.

Voy andando; tropiezo y se me caen al suelo todos los billetes de colores que me han dado en la entrada. Quiero recogerlos y no puedo. Han caído en el agua y allí se

han deshecho.

Tomó por uno de los malecones, muy decidido, avanzo por él y me adelantan unas barcas blancas adornadas con flores artificiales, con gente elegante, pero también de aire antipático.

Al final del malecón me encuentro el camino cerrado por una cadena. Vigilando la salida, veo un animal. Al principio me parece un toro negro. No; no es un toro, sino un pájaro grande con el cuerpo en forma de sapo. Va y viene moviendo unas alas pesadamente, deslizándose por un alambre y haciendo la guardia.

Lo miro asombrado, y él me mira a mí con ojos pequeños y brillantes, lleno de ironía, con la lengua fuera. Lo reconozco. De pronto, comprendo un secreto; me abalanzo sobre él con furia, le meto la mano en la boca, le agarro por la lengua y le doy vueltas como a un calcetín. El monstruo suelta una sangre roja y verde, y entonces todo cambia. Comprendo que ahora puedo entrar.

Guardan la entrada dos leones soberbios y sonrientes.

—No tema usted nada —me dice uno de los leones—. Puede usted seguir adelante.

El otro león levanta la pata hasta llevarla a la boca como un gato, con un gesto muy característico de una señora conocida mía.

Siento un momento de cólera al ver que el palacio tiene una entrada guardada por toros alados como las esculturas asirias de Khorsabad, que están en el Museo del Louvre, y que me molestan y me parecen odiosas y antipáticas.

Se acerca a mí un caballo blanco, monto rápidamente y aparezco en el camino, y paso por un magnífico parque, por una alameda que cruza un misterioso bosque.

El cielo es de un azul radiante; el paisaje, encantador.

Hay un olor embalsamado, y se va mostrando entre árboles un palacio maravilloso. Canto el recitativo de *Lohengrin*, en donde se habla de Montsalvato, y que le oía cantar a un amigo:

Im fernen Land, unnachbar Euren Schritten.

Avanzo por el parque, y veo lagos azules, rocas blancas y negras, misteriosas, con grutas, ríos claros, cristalinos, por entre árboles y praderas y macizos de flores. Hay estatuas magníficas que se destacan en el follaje. Estoy encantado, ansiando entrar en ese admirable palacio. Supongo estará lleno de maravillas.

Al acercarme a él, el cielo se comienza a poner un tanto sombrío, y aparece el arco iris. Suena una sirena de fábrica. Algo pasa.

Me acerco a una gran plazoleta cuadrada, con hierba verde, y veo, en medio, un globo cautivo con la forma de una cabeza de mujer de aire maligno.

La figura se balancea a un lado y a otro, y tiene una expresión de necesidad y de suficiencia que me molesta.

—¿Quién habrá sido el que ha puesto aquí esta estupidez, estropeándolo todo? —pregunto yo con una voz que suena de una manera estruendosa en el aire.

Hay en el jardín unos viejos ridículos con unas barbas largas y blancas, de un tipo

pedantesco y remilgado.

De repente oigo como un sonido de clarín, y se acerca por el aire una sirena brillante con escamas de plata, cola de pez y alas de libélula. Marcha como un aeroplano, zumbando, me mira con unos ojos azules profundos y reconozco en ella a la mujer que había visto en la estación, y pasa por encima de mí dando unos gritos estridentes. Estos gritos me inquietan, y me despierto angustiado.

III

FANTASÍA DE ESTUDIANTE

Estoy en una clase grande de la Universidad de Buenos Aires, donde hay un gran número de alumnos. Me siento en un banco de atrás, lo más lejos de la tarima desde donde habla el profesor.

Soy estudiante, tengo un amigo, pero no recuerdo cómo se llama. En el fondo de la clase donde estamos hay una antesala del Museo de Historia Natural, con armarios llenos de pájaros disecados. Allí nos hemos metido el amigo mío y yo, temerosos de que nos pregunten la lección.

El profesor es un señor alto, corpulento, melenudo, con una gran barba cuadrada negra y muy severo.

El recurso ideado por mi condiscípulo y yo no deja de tener su malicia. El profesor pasa lista, pone falta y luego llama, señalando con el dedo, a cualquiera de los de la clase y le dice:

—A ver, venga usted aquí.

Nosotros hemos buscado la combinación de contestar a la lista, y luego escabullimos en esta antesala del Museo. Así no nos puede señalar y llamar el profesor.

Mi amigo el condiscípulo canta:

*Buenos Aires, la perla del Plata,
Buenos Aires, mi patria querida...*

—Bueno, nada de estupideces —le digo yo—. ¿A qué vienen esas canciones ahora?

Estamos escondidos en la antesala del Museo, y miramos al profesor, y vamos teniendo la sospecha de que sabe dónde nos encontramos.

Al mismo tiempo, todos los pájaros disecados de los armarios nos miran con curiosidad y con asombro a través de los cristales, y nos van produciendo inquietud. Entonces, en un momento en que el profesor se vuelve de espaldas, salimos

rápidamente de la antesala para ver de alcanzar la puerta de la clase, pero al mismo tiempo el profesor se vuelve, nos mira y nos quedamos paralizados, y mi amigo canta:

*Buenos Aires, la perla del Plata,
Buenos Aires, mi patria querida...*

IV

OLVIDO

Voy a casa de esta señora. Se parece un poco a mi vecina madama Philippe.

Vive en un palacio aristocrático del barrio de San Germán. El saloncito es elegantísimo, muy del siglo XVIII: muebles de caoba con incrustaciones de cobre, sillones cómodos y un escritorio. Hay estampas del siglo XVIII, *Le Bal Paré* y *El Concierto*, de Agustín Saint-Aubin, grabados por Duolos; *Las Tullerías* y *El paseo por las murallas de París*, todas ellas obras maestras en su género. Hay una pintura de pastel, de La Tour, y una estampa, reproducción de un cuadro de Boilly, del tiempo del Imperio, *La llegada de la diligencia*.

En el balcón, cortinas de seda y otras de muselina, a través de las cuales se ven los árboles del parque.

Esta señora me recibe muy amablemente, y hablamos de muchas cosas. Se ha pasado la tarde.

—Y ¿qué era lo que usted quería decirme? —me pregunta ella.

—No sé, la verdad. La he oído a usted con tanto gusto, que ya no lo recuerdo.

Ella se ríe con gracia, y yo, en la calle, canto la romanza del Conde de Luna, de *El Trovador*:

Il balen del uso sorriso d'una stella vince al raggio.

V

DE MAGIA

Manón Lubomirsky me dice que trabaja en una gran peletería de un boulevard, en cuyo escaparate hay un camello disecado. Supongo que conozco la tienda, pero es posible que no la haya visto nunca. Voy a verla.

El animal del escaparate es un dromedario, porque tiene solo una giba en la espalda. Su cara parece de un hombre viejo y burlón, con sus ojos tristes y sus barbas.

Ahora voy montado en un animal parecido por un país de liliputienses. Paso por unos pueblos muy cuidados, que están al lado de un mar brillante, bajo un cielo azul.

El camello esquiva las torres y las casas de los pueblos y pone las patas, con un maravilloso talento, sin estropear nada, en las plazas, en las calles anchas y en las avenidas. Yo me asombro de su habilidad y de su destreza. No sé cómo se las maneja para marchar entre tanto obstáculo sin hacer daño a nadie ni tropezar con nada. Debe de ser un camello o dromedario inteligentísimo.

En uno de esos pueblos, el animal se arrodilla y yo me bajo y me encuentro en tierra. Entonces se me presentan dos hombres, uno es un sueco que ha estado en la región del Hoggar, y el otro un egipcio a quien yo le digo que debemos hacer una sociedad comercial para proteger la vida de los cocodrilos del Nilo.

Los dos hombres me dicen que me esperan, y me llevan a un cuarto pobre, con una mesa en medio y dos o tres sillas.

—¿Qué vamos a hacer aquí? —pregunto yo.

—Vamos a hacer la consulta —dice uno de ellos.

—No sé qué consulta es —contesto yo.

El sueco saca una víbora del bolsillo, el egipcio otra, y los dos al mismo tiempo las sujetan con el pulgar en la mesa, aplastándoles la cola como si fueran de barro o cera. Es una operación que hace con mucha frecuencia un escultor amigo con sus figuras.

Los animales se retuercen furiosos y me producen espanto. Al cabo de algún tiempo se calman y nos miran tranquilamente, con una mirada de inteligencia.

—Ahora vamos a ver lo que piensan —dice el sueco.

—Sí, es lo que hay que hacer —añade el egipcio.

Y esparcen rápidamente por la mesa una capa de arena.

Miro y me asombro al ver que las víboras van marcando letras misteriosas en la arena.

—Pero ¿será esto posible? —me pregunto.

—¿No ve usted que es posible? —me dicen el sueco y el egipcio.

Y cuando estoy maravillado, se abre la puerta, y una ráfaga de viento se lleva a las dos víboras y a los dos hombres, y yo me encuentro en el cuarto de mi hotel.

VI

BAILE CAMPESTRE

Estoy en un baile campestre en los alrededores de París. En realidad hace ya lo menos dos años que estuve en uno de esos bailes. Hay mucha mujer guapa, y una de ellas, rubia, que baila con un negro feo y antipático, a quien veo con frecuencia en un café de Montparnasse.

—¡Qué gusto más raro! —digo yo.

Supongo, no sé por qué, que ese negro se puede llamar Batuta o Batata. Es un negro bozal, que se ríe enseñando los dientes.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunto.

—Vivo de las mujeres, *señó* —me contesta él.

—¿Cómo que vives de las mujeres?

—Sí, vivo de las mujeres que me *apresian*, *señó*.

—¿Aquí? ¿En París?

—Sí.

—Y ¿qué son esas mujeres? ¿Algunas negras?

—No, *señó*. Son señoras blancas, condesas y marquesas, porque la amistad de Batata se *apresia*, *señó*.

—Bueno, Batata, no me vengas con estupideces; tú eres una mula, aunque negra.

Batata o Batuta me da largas explicaciones. Por mi gusto, y si no fuera tan fuerte, creo que le daría un puntapié por impertinente y por necio; pero me contengo.

VII

SUEÑO DE AMOR

Me cuentan la historia de los amores del viejo Pagani. Es una historia inverosímil, pero a mí me agrada. El viejo Pagani, mi doble, hace un recuento de los años, y resulta que no tiene setenta y tantos, sino veinticinco, y que está en una edad perfecta para casarse. Manón y Dorina se quieren casar con él. ¡Qué problema para él! ¿Cómo resolverlo? A Dorina la conoce de niña. Es muy buena chica, pero Manón le enloquece. ¿Qué va a hacer? No lo sabe.

Manón ha heredado una fortuna, y Dorina también.

—¡Qué indecisión!

Mi doble ha encontrado un secreto para ganar dinero. Madama Latour me dice que no quiere que me case con su hija. ¿Por qué? ¿Está celosa? Pero ¿no comprende

madama Latour que ella está casada?

Pagani, mi doble, es hombre generoso. Tiene demasiado dinero y piensa que el exceso de negocios no le va a dejar disfrutar de la situación que se le presenta.

VIII

FANTASÍA NOVELESCA

He pasado dos veces de noche por el muelle del canal del Ourcq para hacer un encargo de la dueña del motel, y estaba todo aquello tan solo y tan triste, que he tenido miedo. El canal del Ourcq se forma con un río del mismo nombre, y este río, afluente del Marne, entra en París a unirse al Sena.

Después he visto, en un almacén de la avenida de los Campos Elíseos, una estampa muy romántica.

Sueño de noche.

Nos hemos reunido dos amigos. Vamos en busca de un país misterioso, en una de las regiones del centro de África. Hemos visto un canal que atraviesa una cordillera. Se hunde en la tierra y se presenta después, a una gran distancia, entre montes, en una hoz profunda e inabordable, con paredes cortadas a pico.

Hemos echado varios pedazos de madera pintados de colores, y luego, toneles cerrados.

Vamos a ver si aparecen a los cincuenta o sesenta kilómetros en la corriente de agua, cuando esta sale a flor de tierra y entra en la hoz inabordable.

Sucede así, y a las siete u ocho horas de desaparecer en la tierra vuelven a aparecer los objetos en el fondo del desfiladero, entre montes cortados a pico.

Se ve este río o canal desde unas crestas de piedra, a una gran profundidad.

Queremos llegar a él, y fabricamos dos cajas submarinas de metal, como ataúdes flotantes, con su hélice; tienen luz eléctrica y posibilidad de llevar comida. Podemos pasar por los sitios más estrechos.

Mi amigo se decide a meterse en una de estas cajas de metal cerradas y a aventurarse por aquel abismo subterráneo.

Yo le espero en el desfiladero, a ver si aparece o no.

Sale, lo compruebo, vuelvo al sitio de partida y me aventuro a hacer el viaje subterráneo.

Cuando nos encontramos los dos en el desfiladero enorme, entre las altas murallas negras, abrimos cada uno nuestra pequeña embarcación y vamos avanzando hasta llegar al pie de una gran catarata.

Paramos aquí, y podemos escalar, con dificultades, esta pared de treinta o

cuarenta metros, y al llegar a la parte alta, otra vez, con nuestras cajas flotantes, avanzamos por un cañón profundo que tiene algunos boquetes, por donde entra la claridad del día.

Este cañón está lleno de animales monstruosos, y hay en él un ambiente helado. Navegamos aguas arriba durante mucho tiempo.

Después de recorrer el inmenso túnel salimos a un valle misterioso que tiene un gran encanto.

Hay un río ancho, con rocas de distinta forma, flores con una corola pomposa y pájaros de todos los plumajes. Los monos saltan de rama en rama. Los leones, tranquilos, nos miran amablemente, sentados a la orilla del río.

Este sueño se relaciona con otro anterior, porque veo en medio de una gran plaza un estanque redondo, y en el centro de este estanque, varias sirenas que duermen.

Una de ellas es la misma sirena u ondina ya conocida por mí: la veía antes marchar por el aire zumbando con furia; ahora, por el contrario, está lánguida y sonriente dentro del agua cristalina, con el cabello rubio esparcido en las ondas.

Parece dormir; pero de cuando en cuando abre los ojos azules, da un coletazo y se aleja riendo.

IX

MEMORIA CIENTÍFICA

Resulta que he escrito una importante Memoria para la Academia de Ciencias y que la tengo que leer inmediatamente. Demuestro que no hay verdad absoluta en los teoremas matemáticos, que no son más que manifestaciones de la inteligencia humana y maneras de ser de esta.

Me han mandado impresa mi gran Memoria, y hay tanta prisa por conocerla, que tengo que corregir las pruebas en la calle, al lado del puente de las Artes. Allí me han traído una mesa y las galeradas, sin numerar.

Estorbo a los bibliófilos, y a los librereros de viejo que pasan.

—¿Qué hace este señor? ¿Por qué han puesto esa mesa? —preguntan al pasar.

—¿Sabe usted? Ese señor está corrigiendo una Memoria importante que va a leer en el Instituto de Francia.

—Y ¿sobre qué es?

—Parece que es sobre problemas matemáticos.

Mis papeles, sin numerar, me dan terribles apuros. No voy a poder ordenarlos para leerlos. Estoy inquieto y preocupado. Poco a poco voy poniéndolos en orden. Las fórmulas matemáticas no comprendo cómo las he puesto, porque ahora no sé

dónde empiezan ni dónde acaban. De pronto se presenta un comisario de Policía, de negro, con sombrero de copa y una banda roja. Es Barbier.

—¿Usted es el que dice que las fórmulas matemáticas no tienen valor?

—Hombre, verá usted; le explicaré a usted.

—Aquí no hay explicaciones que dar. ¿Sí o no?

—No, no he dicho eso.

—¡Ah, vamos!

El comisario se marcha.

Después se sienta un joven pálido a mi lado y empieza a revolver mis papeles, y dice a cada paso:

—¡Qué ignorancia! ¡Qué ignorancia! ¿Quién ha escrito esto?

—Yo.

—¡Qué ignorancia!

—Pues ¿qué pasa?

—Que ha escrito usted estos papeles con tinta negra, y hay que hacerlo con tinta roja.

De pronto viene un gendarme y dice:

—Bueno, bueno. Fuera de aquí. No se puede interrumpir la circulación delante del Instituto.

Luego coge la mesa y los papeles y los tira al río.

X

EJERCICIOS ACROBÁTICOS

Va uno de noche buscando a alguien.

Estoy en una barriada vieja y rara. Hay coches de caballos.

Entro en una habitación, debe de ser la mía, con una maleta pesada en la mano. Me acerco a las puertas, y estas se abren.

Aquí duerme una señora vieja; me mira sin sorpresa; allí hay un matrimonio y unos niños.

En el suelo de estos cuartos hay cartas; sin duda, las ha dejado el cartero y no las han recogido.

¿Qué es lo que pasa? No lo sé. No comprendo. Todo el mundo está dispuesto a partir.

Me asomo a una ventana y veo, a lo lejos, una orilla con rocas blancas.

Me meto en un portal donde hay varias mujeres, y me señalan una plaza con casas antiguas, y me indican por dónde debo ir para seguir mi camino.

Tomo por una calle arruinada, y un guardia me dice: «No se puede seguir».

Quiero despedirme de una muchacha conocida, y pienso encontrar su calle y su casa. Me obligan a tomar un ómnibus, cruzo por entre multitudes que corren y hablan, entramos en un pueblo muy animado y nos detenemos en una plazuela delante de una casa grande. Es la Redacción de un periódico.

Subo a la Redacción, y en vez de unos cuartos pobres y sucios, como antes, hay una sala grande, blanca, llena de gente alegre. El público deja en medio un espacio libre.

En este espacio hay varias personas, y en medio, un escritor, al parecer famoso.

—Usted tiene que trabajar conmigo —me dice.

—Trabajar, ¿en qué? —le pregunto yo.

El escritor famoso, a quien no conozco bien, se pone a andar con las manos en el suelo, y yo hago lo mismo. Tras de unos saltos mortales, primeramente da una vuelta y después dos en el aire.

—Ahora usted —me indica.

—Es imposible que yo haga eso.

—¡Hala, hala!

Efectivamente, doy estos saltos mortales extraordinarios, y luego nos invitan a los dos a quedarnos en el espacio, y nos lanzamos decididos a girar en el aire, hasta que, ya cansados de este deporte, descendemos a tierra y nos marchamos.

XI

MI AMIGO EL HOMBRE DE MUNDO

Este ex diplomático sabe perfectamente el francés, el inglés, el alemán, el ruso, el griego y el latín. Ha viajado por el mundo entero, ha estudiado muchas cosas y no encuentra colocación en París. Ha puesto un cartel en la puerta de su cuarto aceptando el ser chófer, intérprete, cocinero, cualquier oficio modesto; pero no le sale nada. Esto no le preocupa; al revés, se ríe alegremente.

Anda en un pequeño automóvil de la derecha a la izquierda, que ha arreglado él con uno viejo que le costó cuatrocientos o quinientos francos, y no pierde la ilusión de encontrar algo marchando en su automóvil.

Yo le veo, a veces, en el cuarto de Cleopatra. El ex diplomático bebe, habla, ríe y puntea en un pequeño laúd. Yo le digo que se va a volatilizar con el alcohol. El otro día le aseguraba a Cleopatra:

—No comprendo, querida amiga, cómo se puede querer a los hijos.

Cleopatra, al oír esto, se ponía pálida y sonreía tristemente.

—Entonces, tampoco se comprende que se pueda querer a los padres —le contesté yo—. A la madre, todavía; pero al padre, eso me parece imposible.

El diplomático se ríe y entona, acompañándose del laúd, el aire de Madamina, que canta Leporelio en la ópera *Don Juan*, de Mozart. El diplomático es un mozartiano entusiasta, como yo.

Después se dedica a beber un líquido tan fuerte, que cuando alienta echa por la boca un vapor luminoso.

—Hombre, no beba usted tanto —le digo yo.

—Si eso es lo único bueno que se puede hacer —contesta él.

—Se va usted a volatilizar por el alcohol.

—Mejor que mejor —dice él.

De pronto toma una actitud de Buda, con las piernas cruzadas, charla y charla, y por último, veo, con sorpresa, que sube en el aire como un globo y desaparece entre la bruma, rodeado de palomas.

XII

EL ORGANILLO DEL INVÁLIDO

Es un viejo inválido que se detiene todos los domingos con un organillo delante de nuestro hotel. El organillo lo lleva sobre cuatro ruedas de goma.

Es un viejo alto, vestido de negro, de pelo blanco, con bigote retorcido y gorra negra con visera de concha. Le falta el antebrazo derecho, y sustituye a la mano un gancho brillante de acero. Le falta también una pierna.

No se parece al capitán Cuttle, de la novela de Dickens *Dombey e hijo*, que usaba también un gancho de acero en sustitución de una mano. Este no tiene aire de marino, sino de mariscal francés, con el pelo blanco, bigote y patillas cortas. Su aspecto es de buen hombre, apacible y tranquilo.

Empieza a tocar con la mano izquierda. Su repertorio son cuatro piezas de música: La canción de *Los Girondinos*, «*Mourir pour la Patrie*»; el vals *Sobre las olas*; la canción del «Toreador», de *Carmen*, y *El carnaval de Venecia*. Sobre la tapa del organillo lleva varios papelitos de colores de una rifa y de la buenaventura.

Le estoy contemplando al viejo cojo y manco con sorpresa. Ha tocado *Los Girondinos*, «*Mourir pour la Patrie*», y han aparecido tres o cuatro señores con un aire antiguo de la Revolución francesa, y una señora con pamea se ha acercado al organillero y le ha tomado varios de sus papelitos.

«Será una casualidad», he pensado yo.

Después ha tocado el vals *Sobre las olas*. Este vals tuvo un gran éxito hace

cuarenta o cincuenta años. No sé si era portugués o mejicano; tenía una letra española un tanto cursi:

Olas que al llegar plañideras muriendo a mis pies, nuevas del hogar para cada viajero traéis.

Al comenzar esta tocata han aparecido dos o tres señores con grandes sombreros, traje con cola, mangas de farol, del tiempo de la Otero y de la Liane de Pougy, y dos o tres señores con el aire de la misma época.

Toca después el inválido la canción del «Toreador», de *Carmen*, y aparecen en la calle unos tipos españoles de capa y unas muchachas con mantilla de madroños.

Me quedo maravillado.

Por último, toca el vals de *El carnaval de Venecia*, la canción que Paganini arregló de un aire popular de la ciudad de las lagunas, llamada *O mamma*, y salen unas venecianas con una pandereta en la mano.

«Esto es una maravilla —me digo yo—. Este viejo es un mago o un encantador.»

Salgo a la calle para hablar al organillero cojo y manco y preguntarle cómo consigue estos efectos; pero el organillero ha desaparecido.

XIII

LA CASA PERDIDA Y EL PUEBLO ABSURDO

Voy en auto por unas calles largas, simétricas, llenas de automóviles. Parecen calles de Londres o de París. Yo no las conozco.

Es un pueblo magnífico, lleno de estatuas, con unas avenidas enormes y un arco de triunfo inmenso. Me dicen, con asombro por mi parte, que es un nuevo Madrid que se ha hecho mientras yo he estado fuera. Entonces pretendo ir a mi antigua casa.

—A la calle de Toledo —le digo al chófer.

El chófer dice que ya no existe esa calle. Salto del auto con una maletilla pequeña, y echo a andar por avenidas y plazas, pensando encontrar mi casa como un objeto perdido. Comprendo que es absurdo, porque no se cambia todavía el sitio de las casas como un poste o un farol. Pero no me llego a convencer: todo lo que veo es maravilloso.

La calle por la que voy me asombra. Es extraordinaria. No he visto nunca nada tan parecido.

Está llena de grandes palacios de distinto color, con escudos historiados, y hay a un lado y a otro pasajes con puertas de cristales, tiendas antiguas de librerías, anticuarios y puestos de campesinos que venden frutas y castañas.

—¡Qué pueblo! No he visto nunca nada parecido.

En la calle hacen tertulia, sentados en sillones y sillas, señores de negro con una cinta roja en la levita, canónigos y damas elegantes, de aire del siglo XVIII.

«¡Qué estúpidos hemos sido nosotros al asegurar que Madrid tenía poco carácter! —me digo yo—. No hay otro pueblo igual.»

Lo malo es que no sé dónde está mi casa. Ha desaparecido. Intento orientarme, y me digo: «Quizá estaba enfrente de este pasadizo. Ya no está. Hay otra casa antigua, pero no la mía, en el mismo sitio».

La gente toda se halla tan distraída, que no me atrevo a preguntar nada a nadie. Los chicos se deslizan por las calles con patines y carritos, extendiendo los brazos y dando voces.

Verdaderamente desolado, quedo quieto en una esquina, cuando se para un coche antiguo, una mañuela, delante de mí.

—¿Quiere usted dar una vuelta? —me dice el cochero amablemente.

—Bueno.

Subo en el coche, y el caballo echa a correr como el viento. Vamos a las Vistillas. Luego salimos a la plaza de Oriente, y de pronto veo que el caballo, con la estatua de Felipe IV, anda haciendo cabriolas alrededor de la plaza.

«Yo creí que este caballo era de bronce», me digo a mí mismo.

Poco después aparece el caballo de la plaza Mayor, con Felipe III encima.

«Esto es una cosa absurda —pienso—. Lo mejor es salir de este pueblo. Esas extravagancias me parecen disparatadas y de mal gusto». Mi cochero me mira sonriendo y me lleva al Campo del Moro, luego al paseo de Rosales, a los altos de la Moncloa y de Chamberí, hasta salir a las Ventas. Hay un paseo asfaltado magnífico que domina el anfiteatro del Guadarrama. En los montes se ven castillos y torres que antes no se veían.

—Vaya un paseo, ¿eh? —me dice el cochero.

—Sí, es extraordinario. No sé cómo se ha hecho esto ni comprendo que en unos minutos se le pueda dar la vuelta al pueblo.

Vamos a la Puerta de Alcalá, y al avanzar por la calle de este nombre, veo aparecer la Cibeles con su carro de piedra tirado por sus leones; le sigue después el general Espartero, Isabel la Católica y en general Concha.

«No, esto es demasiado —pienso yo—, y no lo acepto.»

—Qué, ¿le llevo a su casa? —me pregunta el cochero.

—No, no. Yo aquí no tengo casa. La casa mía se ha perdido, y yo no sé dónde está. Además, un pueblo así, donde todas las estatuas de bronce o de piedra se mueven como en la escena del Camposanto, del *Tenorio*, no me entusiasma nada. Me trastorna y me perturba. Así que me voy, no sé adónde, pero me voy.

XIV

VUELOS

Yo, de chico, soñaba muchas veces que volaba; pero nunca volaba por el campo, por encima de los árboles o por debajo de las nubes. Volaba solo por dentro de las habitaciones y pasaba de una a otra, deslizándome cerca del techo, como si fuera nadando.

El otro día, Dorina, la chica del hotel, y yo subimos a la torre de Nuestra Señora y vimos pasar varios aeroplanos cerca de nosotros.

Dorina decía:

—¡Cómo me gustaría volar!

—¿Para qué? —le pregunté yo.

—Debe de ser tan hermoso bañarse en el aire y en el sol.

—Eres una chica, Dorina. Hay que ser una persona práctica.

Unos días después he tenido una ligera fiebre y he soñado que era un abejorro que marchaba por el aire, pero a poca altura, y cruzaba el parque de las Buttes-Chaumont. La impresión me pareció muy agradable, y pensé que Dorina tenía razón.

Después recordé que hace tiempo leí la historia de un filósofo chino que soñó una vez que era una mariposa, y cuando se despertó, como era un verdadero filósofo, se dijo a sí mismo:

«¿Soy de verdad un hombre que ha soñado que era una mariposa, o soy una mariposa que sueña que es un hombre?»

XV

SUEÑO EN ITALIA

Vuelo sobre el campo en un aeroplano pequeño que tiene unas alitas y un motor que no mete ruido. Viajo por Italia, a una altura de ocho o diez metros por encima de la tierra.

Ahora voy a orillas del Mediterráneo.

Marcho por encima de un río claro. Los campos están llenos de almendros en flor; las colinas, verdes, pobladas de árboles.

Se ven templos blancos de mármol con estatuas clásicas. Ahora paso por encima de la bahía de Nápoles.

Él mar está azul con espumas blancas; el cielo tiene nubes rojizas y pomposas en el horizonte.

En el puerto, un pescador prepara la vela de su barca y canta una canción. Creo que es del prólogo de *Mefistófeles*, de Boyto, que habré oído hace más de cuarenta años. Después canta *Santa Lucía*, de Gaetano Braga, y *Oh Mari* y varias canciones de Tosti, oídas en la infancia. Ahora escucho *Ideóle*:

*Io ti seguiu com'iride di pace
Lungo le vie del cielo:
Io ti seguiu como un'amica face
De la notte nel velo.
E ti sentii ne la luce ne l'aria
Nel profumo dei fiori;
E fu pienna la stanza solitaria
Di te, dei tui splendori.*

Después canta *Marechiare*:

*Quando sorge la luna a Merechiare
Perfino i pesci tremano d'amore.*

—Bueno, bueno, basta —dice alguien.

Luego, la voz vinosa de un traperero grita en la calle:

—*Chand bit!*

XVI

EL BOMBARDEO DEL ÁTOMO Y DEL ESPÍRITU

Voy de cicerone a la Exposición antigua de la orilla del Sena. Cuando explico cuestiones de arte y de historia me voy defendiendo; pero al llegar al Palacio de los Descubrimientos fallo.

La gente quiere una explicación sobre el bombardeo del átomo y la desintegración de la materia.

Había hecho un preámbulo hablando de todo esto, tomándolo de un manual en el que se citaban a William Crookes, a Becquerel, a Einstein, a Curie, a Rutherford, a Bohr y a otros físicos más modernos, y barajaba los nombres de electrones, fotones, neutrones, positrones; pero como lo esencial no lo entiendo, lo he suprimido.

He leído el libro de Luis de Broglie *Materia y luz*.

Al principio parece que se entiende bien, pero luego se acumulan los datos y las fórmulas y no se puede seguir.

Los detalles se comprenden, a veces; pero el fundamento de las teorías, no.

Pregunto a un físico. No me aclara nada, pero me dice que el apellido Broglie se pronuncia en francés *Broall*.

No creo que esto tenga mucha importancia para explicar la desintegración del átomo.

Para dilucidar todas estas cuestiones hay que acudir a la teoría de la relatividad de Einstein, que no la entiendo, y a la de Planck, que tampoco se entiende, y a otras muchas teorías, igualmente incomprensibles, lo cual quiere decir que la ciencia, en su ascensión, ya no sirve para el hombre corriente. La ciencia comienza a ser como la antigua alquimia: una teoría y una práctica para gente distinta a los demás. La crema de la Humanidad se recluirá en los conocimientos, y la baja seguirá pensando en sus estupideces vulgares. Un porvenir tonto para el mundo.

Yo, en esta cuestión de la relatividad que tiene relación con la desintegración atómica, no entiendo nada, a pesar de que he traducido algunos artículos que hablan sobre ella o sobre puntos relacionados con ella.

Lo único que creo comprender es que las matemáticas y la física matemática, inclusive, no son más que conceptos humanos. Los axiomas son axiomas para el hombre y nada más. Si tuviéramos otro cerebro, tendríamos, posiblemente, otra geometría y otra matemática. El mundo es nuestra representación, como decía Schopenhauer, aclarando y popularizando lo que había dicho Kant. Desde este punto de vista, no solo ya los teoremas, sino los axiomas, son, por un lado, vulgaridades, y, por otro, falsedades.

Dos cosas iguales a una tercera son iguales entre sí. Para el carpintero, para el ingeniero, para el relojero. Pero ¿dónde hay dos cosas iguales? En ninguna parte. Ni aun esta partícula de oro será igual a esta otra. No tendrá la misma temperatura, ni la misma irradiación. Fuera de nosotros no hay líneas rectas, ni paralelas, ni triángulos, ni cuadrados, ni esferas. Todos estos conceptos son humanos y útiles para nosotros, pero nada más.

No es que dé uno importancia mística a las palabras, pero con las palabras se entiende el hombre.

Después de todo, la ciencia es en gran parte un diccionario o un vocabulario, y de las cosas no sabemos más que sus nombres y sus atributos. No podemos llamar átomo a lo que se puede dividir; como si supiéramos que el plomo o el estaño no son metales simples, sino compuestos, no los deberíamos seguir llamando así.

El átomo ya no es el átomo antiguo, la unidad indivisible de Demócrito. La significación de la palabra, tomada del griego, era su cualidad de ser indivisible, impartible. ¿Es divisible? No es el átomo. Hay que darle otro nombre desde el momento que indica otra idea.

Ya la física no es la física clásica; es física y química reunidas.

Se asegura que la materia y la fuerza son lo mismo. Para aceptar esto hay que cambiar el diccionario científico. Ahora se dice que la materia tiene cuatro dimensiones, y que la cuarta dimensión es el tiempo. No creo que esto sea un

descubrimiento. La dimensión, hasta ahora, siempre ha sido una cuestión de medida en el espacio, solo en el espacio. Se ha dicho que todo cuerpo tiene tres dimensiones: longitud, latitud y profundidad, y así se ha dividido la geometría en plana, o de dos dimensiones, y geometría del espacio, de tres. Hay otro factor en los objetos que es el tiempo; ya lo sabemos, pero no es geométrico. No geométricos hay otros muchos más.

Con la pequeña lección aprendida he ido a la Exposición y he visto que a la mayoría de mis oyentes les parecían mis explicaciones suficientes y sobrantes. Hoy, un joven me ha preguntado con cierta energía:

—Pero para usted, ¿el átomo es materia o es fuerza?

Yo he fantaseado sobre la fuerza y la materia.

—Antes se decía —arguye el estudiante— que el átomo era lo indivisible. Si ahora es divisible, no es átomo. Si es divisible y es materia, ¿de qué se compone?

—Yo supongo que de materia y de fuerza.

—Si hay materia, es divisible.

—Parece lo lógico.

—No es comprensible que la materia se pueda convertir en fuerza. Nosotros no tenemos más que conceptos humanos para comprender los hechos y no podemos salir de ellos.

—Así parece. Yo no tengo ideas personales sobre esta cuestión.

—Un átomo, ¿cómo se puede aislar? —sigue diciendo el estudiante—. El átomo se descompone en un protón y en electrones, y forman entre ellos algo como un sistema planetario: como el sol y sus planetas.

—Eso se asegura.

—Pero ¿qué son ese protón y sus satélites los electrones? Porque si son cantidades infinitesimales de materia, serán también divisibles. Pero no son materia, dicen. Son fuerza. Esto ya no lo podemos entender. Más no se puede convertir en menos, ni mayor en menor, dentro de nuestra inteligencia. Estos físicos lo que deben hacer primero es una terminología nueva, y, aceptándola, veremos si nos entendemos.

Yo no he querido insistir en esta cuestión, que me parece irresoluble, y el estudiante se ha puesto a discutir con un señor, el cual afirmaba que en la física moderna, en la química y en las matemáticas han cambiado muchas nociones. Con relación a la idea del átomo, de la materia y de la fuerza —según él—, se tienen otros conceptos y se acepta el tiempo como cuarta dimensión. El estudiante ha replicado:

—Desde hace miles de años no se han podido idear más que dos geometrías: la geometría plana, de dos dimensiones, y la geometría del espacio, de tres. Por otra parte —asegura—, la ciencia, para mí, es un catálogo, una nomenclatura.

Los hemos dejado discutiendo y hemos seguido adelante.

He llegado a casa, y al acostarme, cansado de tanto andar, he visto en sueños que se bombardeaba el espíritu del hombre y que luego se reconstituía él solo. Pero ¿en qué se descomponía? No lo he podido comprender. No era ese análisis vulgar y

pedestre de la psicología clásica de las facultades del alma. Era otra cosa más sencilla, que se imponía en sueños con perfecta claridad; pero cuando me he despertado, pensando si tendría el secreto en la mano, he visto que dentro de la mano no tenía nada.

Al explicar estas evoluciones del pensamiento a una señora vieja, me ha dicho:

—Parece mentira, señor Pagani, que nos cuente usted esas cosas. Yo, que siempre le he tenido a usted por una persona decente.

XVII

EL DIPLODOCUS SENTIMENTAL

He ido de cicerone con unos turistas al Museo de Historia Natural. Llevaba un poco la lección aprendida. Estas cosas muertas no me producen a mí mucha curiosidad. Lo vivo sí me hace efecto. Cuando estuve en el zoo de Londres y vi el acuario, muchas noches, con el recuerdo de aquellos bichos raros, no podía dormir.

En el Museo de Historia Natural he dado mis explicaciones. Me he detenido ante el esqueleto del diplodocus, reptil famoso del género dinosaurio. El esqueleto que hay aquí es una reproducción, como otras que hay en varias ciudades europeas, del original, que está en el Museo de Carnegie, de Pittsburgo.

He dicho que el nombre de este reptil viene del griego diplos, διδύο (doble) y dokos, δοκός (viga), porque tiene unas vértebras que parecen dobles, con unos estiletes longitudinales. He añadido que el animal, de cabeza pequeña, mediría unos veinticinco metros de largo y que no tenía medios de lucha. Probablemente, un niño con un palo le haría correr.

—Y ¿cómo vivían estos animales? —me han preguntado.

—Vivían en lagos, con el cuerpo hundido en el agua, sacando un poco la cabeza fuera de la superficie y comiendo vegetales.

De noche voy a mi cuarto, y antes de dormir pienso en el reptil fósil del Museo de Historia Natural.

En el primer sueño veo una cabeza que se acerca a mi cama. Es el diplodocus. ¿Dónde tiene el cuerpo? Sin duda, en la calle. Con veinticinco metros de largo puede llegar desde la acera a mi cuarto. El diplodocus se muestra muy triste.

—¿Qué le pasa a usted? —le pregunto.

—¿Qué me va a pasar? Soy muy desgraciado. Solo, sin amigos...

—Ya comprendo. Es usted un diplodocus sentimental, un dinosaurio melancólico. Puede usted cantar, como Rigoletto: *Solo, difforme, povero, per compassion mi amo.*

Al Hotel del Cisne han venido a verme mi amigo Evans con dos señores: uno español, ex director de un laboratorio histológico de Madrid, hombre pequeñito y menudo, y un austríaco que ha vivido y ha hecho excavaciones en España. Los dos parece que son notabilidades científicas.

El español, que se dedica a estudios sobre el sistema nervioso, se ha referido a investigaciones de las cuales yo no tengo idea. Nos ha hablado de las neuronas, de sus apéndices, de la neuroglia que estudió con genialidad el doctor Achúcarro, y de la microglia. Claro que esto que ha contado, y de lo cual yo había oído decir algo vagamente, no me ha producido extrañeza. Lo que sí me ha chocado es que ha dicho que ha llegado a hacer una película de cine en que se representa el movimiento de integración y desintegración de las células nerviosas.

—¿Y va usted a exponer esa película? —le ha preguntado Evans.

—Por ahora, no. La expondré si doy unas lecciones en Cambridge.

—¿Es que se estropean al exhibirlas?

—Sí, y no sirven más que para gente técnica.

Este señor histólogo desea saber las señas de un laboratorio de este barrio. He telefoneado a Nickles, que me ha contestado diciéndome dónde se encuentra el centro a donde quiere dirigirse el histólogo. Hemos ido acompañándole y le hemos dejado a la puerta del edificio que buscaba.

El antropólogo tiene que presentarse en la Prefectura de Policía y cumplir un trámite burocrático para marcharse a Suiza. Le acompañamos, tomamos el Metro, llegamos a la Prefectura y se resuelve rápidamente el asunto.

El antropólogo nos convida a comer cerca de su casa, en un restaurante de la avenida Suffren, en la esquina de la avenida de la Motte Picquet.

Se come bien y se charla.

Evans le pregunta su opinión sobre los arios y los no arios, sobre los braquicéfalos y los dollicocéfalos.

El profesor austríaco nos habla de que en los laboratorios centroeuropeos se convierten, por la alimentación, en pocas generaciones los ratones dollicocéfalos en braquicéfalos, y al contrario. El mozo que nos sirve la mesa escucha con curiosidad.

Voy a mi casa y sueño con calaveras, que se ensanchan y se estrechan como si fueran de goma, y con neuronas, que son unas señoras vestidas de blanco que acogen a sus invitados y los despiden con gran amabilidad.

XIX

EL DOCTOR ACHÚCARRO

Después de dormir tres o cuatro horas normalmente, al despertarme me encuentro mi cuarto convertido en un laboratorio, y paseándose en él al doctor Achúcarro. Le veo tal como era: alto, flaco, desgarbado, con un tipo de sueco o de noruego, el pelo y la barba rubios, la nariz sonrosada y el tipo sonriente. Va vestido con una blusa blanca.

—Pero oiga usted —le digo—. ¿Sabe usted que me han hablado de usted como de un sabio importante?

—¡Bah! No haga usted caso —me contesta, riendo.

—Pero si dicen que ha hecho usted descubrimientos de trascendencia.

—Nada. Todo eso no es más que pasar el rato.

—Pues me lo han dicho profesores notables.

—No se fíe usted de los profesores notables.

—Entonces, ¿de quién hay que fiarse?

—Yo creo que de nadie —y añade, riendo—. La cuestión es vivir.

—¿Y usted vive?

—No sé. Creo que ya estoy muerto, pero no se lo quiero decir a nadie.

Después de esto sale del cuarto, y el laboratorio desaparece.

XX

LA CABEZA DE UN NIÑO

Me encuentro en una sala elegante, con decoración del siglo XVIII. Muebles, cuadros, cortinas, todo brillante y con un fulgor extraño. Me siento alegre, optimista. Dorina toca en un laúd una melodía de Glück, y yo la oigo embelesado.

De pronto entra una mujer con un manto gris y deja la cabeza de un niño en el mármol de la chimenea. Es una cabeza viva, rubia, sonrosada, que habla y ríe y dice ingeniosidades.

«Pero ¿cómo puede ser esto?», me pregunto yo.

La cabeza del niño sigue diciendo sus gracias.

Un momento después entra, encorvada, una mujer con un manto gris. Se yergue, y veo que tiene dos metros de estatura. Me mira con aire iracundo, coge la cabeza del niño y desaparece.

Dorina deja de tocar el laúd y me mira.

Tengo un sueño que se va repitiendo en mí con diversas variaciones. Dorina me ha regalado un gabán blanco, muy caliente, y un sombrero gris.

Salgo a la calle con un maletín en la mano. La gente me mira. ¿Por qué me mira? Debe de ser el gabán blanco, que llama la atención. Me contemplo en la luna de un escaparate, y parezco un rey mago de Navidad. Noto que me he alejado de la casa y pienso en volverme al hotel.

—¿Para qué va usted a ir por ahí? —me dice una mujer con un aire amable e insinuante—. Cruce usted por mi casa, y en un momento llega usted a la suya.

Sin desconfiar, entro en el portal y al momento pienso:

«Ya me ha engañado otra vez.»

En esta primera casa tengo que ir por unos subterráneos oscuros y siniestros. La maleta que llevo en la mano ya no la puedo sostener y tengo que dejarla en el suelo. El gabán me pesa y me lo quito.

Después me encuentro en un laboratorio abandonado, con un gran ventanal y unos aparatos.

Busco en los estantes y encuentro un soplete.

«Esto es lo que yo necesito», pienso.

Y entonces, con el soplete, fundo el vidrio del ventanal y salgo a la plaza de una fortaleza enorme y derruida, en donde hay una gran muchedumbre. Se ven delante unas murallas de piedra amarilla con torres oscuras. La gente va y viene por este patio, al parecer, sin objeto.

Después veo una puerta del muro, paso por ella y salgo a un magnífico parque, y recorro sus avenidas y bordeo un lago.

El mundo entero está temblando. Nadie duerme tranquilo.

Los centinelas gritan con voz vibrante: «¡Alerta!».

Es el miedo.

Se oyen voces estrepitosas, voces de mando, estentóreas.

Es el miedo.

Hay gente que tiene la cara del mismo color que el uniforme, amarillento y

terroso.

Es el miedo.

El que prende está pálido y desencajado y el que ha sido preso también.

Es el miedo.

El mundo tiembla de miedo y las músicas tocan himnos de victoria.

Es el miedo.

XXIII

EL PANKLASTON

Estoy prisionero en un monte horadado, que es de arena y de piedra. Somos miles de personas en unas galerías con paredes y techos de cristal. Nos asomamos por las ventanas a un paisaje ceñudo y sombrío.

¿Por qué estamos aquí? Yo, al menos, no lo sé. Supongo que es por algo que se relaciona con la guerra mundial.

Desde una abertura me pasan un paquete de tabaco. Tiene dos iniciales: P. K.

Yo, con esta malicia intuitiva que me ha brotado, comprendo que no es tabaco. ¿Cómo he averiguado lo que es? No solo lo he averiguado, sino que me explico en seguida su etimología, a pesar de no saber arriba de media docena de palabras en griego. Pan es todo, y klaston, roto. El panklaston es un producto que desorganiza cuanto toca.

Lo echo por la ventana, y veo que inmediatamente comienzan a deshacerse las murallas y las piedras de nuestro encierro, sin ruido, sin explosión ninguna. Salgo al camino, y el monte y los alrededores se van disolviendo. Todo desaparece sin humo, sin explosiones, en un silencio imponente. Entonces tomo un auto anfibio y me voy alejando unas veces por tierra y otras por encima del agua, y contemplo cómo se deshace la costa.

—¡Hurra! ¡Hurra! —grito con entusiasmo.

Adelante tengo espacio y libertad.

SÉPTIMA PARTE

EPÍLOGOS FUNAMBULESCOS

LA MUERTE DE LE BROUILLARD

Hemos tenido en el pasillo del piso quinto una baja, un acontecimiento triste. El señor Le Brouillard ha muerto, y ha muerto como un filósofo, sin molestar y sin dar guerra a nadie.

En estos días de nieve y de frío intenso, en los cuales ha bajado la temperatura más de diez grados bajo cero, el señor Le Brouillard no se ha querido quedar en casa, y ha ido a dar su paseo cotidiano al parque de las Buttes-Chaumont con su *macfarlán*, pelerina, ulster o lo que sea. El pobre hombre ha cogido una afección pulmonar, y en tres días se ha muerto.

Manón Lubomirsky se dio cuenta de la enfermedad del viejo y le ha atendido cariñosamente.

A Le Brouillard parece que le entró de pronto una gran indiferencia y un aplanamiento enorme. Preguntó por sus amigos Favart y Tom Ship. Manón les avisó a estos, y Tom Ship apareció en seguida.

Le Brouillard ha muerto, al parecer, muy sereno.

Yo no me he dado cuenta hasta que por la noche me ha contado lo que pasaba Gentil.

Hemos ido los dos, y allí hemos visto al pobre viejo vestido de negro, en medio de la cama, en el cuarto mísero, velado por Manón y por el *clown*.

Al parecer, Tom Ship le conocía hacía ya mucho tiempo. Manón le saludaba en la escalera y le hablaba algunas veces. Desde que supo que su vecino estaba gravemente enfermo, se ofreció para cuidarle, y allí estuvo, en el cuarto, dándole a sus horas caldo y un poco de té caliente con coñac.

El pobre viejo se olvidaba de su enfermedad para mirarla con entusiasmo y con asombro.

Hemos hablado con Manón y con Tom Ship.

—¿Cuándo le van a enterrar? —le hemos preguntado a Tom.

—Mañana por la mañana. ¿Van ustedes a ir alguno?

—Yo, no —he dicho—. Yo le tengo miedo a la nieve y a estas temperaturas terribles, y no quiero ser el segundo de la serie que vaya al cementerio a dedicar su cuerpo a la cría del gusano.

—Claro, es natural —dijo Manón—. Usted, además, no lo conocía. Nosotros hemos cuidado a este pobre viejo y hemos hecho un poco dulce su final. Lo demás, ¡qué importa!

—Tiene usted razón. ¡Nada!

—Lo demás es solo espectáculo.

—Yo —ha dicho Tom Ship— he sido amigo suyo desde hace mucho tiempo, y quiero acompañarle hasta el campo santo. Favart, el viejo cómico, también ha sido su amigo, pero no vendrá. Es un egoísta.

—Y usted, ¿de qué le conocía a Le Brouillard? —le he preguntado a Manón—. ¿Solo de verle en el ascensor?

—Sí, al principio solo de eso. Luego, como sabe usted, soy muy amiga de madama Latour y de Dorina. Usted, Pagani, también lo es.

—Sí, es verdad; las dos son muy buenas conmigo...

—Pues en una época que Dorina estaba delicada, su madre le decía que fuera a pasear al parque de las Buttes-Chaumont; pero la chica contestaba que se aburría sola. Yo, que no tenía nada que hacer, la acompañé algunas veces. Un día le vimos al señor Le Brouillard sentado en un banco, y Dorina le saludó muy afectuosamente.

—¿Tienes mucha simpatía por ese viejo? —le dije.

—Mucha, es muy bueno.

—¿Por qué lo dices?

—El invierno pasado estaba el pobre sentado en un banco, tomando un poco el sol, y se le presentó delante una chica flaca, harapienta, temblando de frío, y le pidió limosna. Él le dio unas monedas, y luego, pareciéndole poco, se quitó la bufanda de lana que tenía y se la dio, y él se subió el cuello del abrigo y se fue a casa.

Le hemos dicho a Manón que se debía ir a acostar. Vacilaba.

—Nosotros estaremos aquí hasta que vayan a llevar el cadáver.

Ella titubeó, y después dijo:

—Bueno, pues entonces me voy.

Se levantó, me dio la mano, y yo se la estreché efusivamente. Al acercarse Gentil y tenderle la mano, este se la besó y la llamó princesa.

—Muy bien —le dije yo después—. No en balde se llama usted Gentil.

—De nombre nada más.

Unos momentos más tarde comenzó a sonar la sirena en el aire de París y se apagaron todas las luces de la casa y de la calle.

—No es alegre todo esto —dijo melancólicamente Gentil.

En aquel momento llegó el médico forense. Era un hombre alto, flaco y serio. Miró el cadáver de Le Brouillard, y, acercando la vela con una mano, con la otra le abrió un ojo, lo observó y salió del cuarto.

Tom Ship le acompañó hasta la puerta de la casa por la escalera, que estaba a oscuras.

—¿Usted le conoce a ese Tom Ship? —le pregunté a Gentil.

—Sí.

—¿No se llamará de este modo?

—No; me han dicho que se llama Juan Mulot.

—¡Qué apellido!

—Mulot, en francés, es el ratón campesino.

—Pues en español, Mulot es casi mulo, o sea *mulet* en francés.

—Así que ratón o mulo —dijo Gentil—. No es una etimología apetecible.

—Es cierto.

Gentil y yo hemos salido del cuarto con la idea de ponernos un gabán y unas zapatillas y volver de nuevo.

—¿Y usted va a ir al entierro? —le he preguntado a mi vecino.

—No, creo que no. Andaremos por aquí por si se necesita algo. Tom Ship será el que formará el cortejo.

Al parecer, el *clown* es el que más se ha ocupado del difunto. Él ha vestido el cadáver de Le Brouillard con un traje negro y le puso sobre la cama con dos velas a los lados. Como al muerto se le caía la mandíbula, Tom Ship le preguntó a Manón si no tendría una cinta negra. Ella dijo que sí, y se la trajo. Entonces Tom puso la cinta de manera que sujetara la mandíbula y que al mismo tiempo no se notara, quedando disimulada por el pelo largo.

Al volver le dijo a Tom Ship:

—Lo que podíamos hacer es relevarnos.

—Yo, de todas maneras, solo o acompañado, me quedaré en el cuarto. Era mi único amigo.

—¿Y para qué? —dije yo—. Dejaremos abierta la puerta de la habitación y echaremos un vistazo cada media hora. Yo tengo un calorífero eléctrico en mi cuarto y allí podemos estar más calientes.

—Pues yo tengo también calorífero eléctrico, y, además, un hornillo —advirtió Gentil—. Les puedo dar a ustedes una taza de café y una copa de coñac.

—¡Hombre, magnífico! —exclamó Tom Ship—. Vamos allá.

—¿Usted tomará café? —me dijo Gentil.

—No, no podría dormir ni un momento. Tomaré media copa.

Fuimos al cuarto del librero. Encendió el calorífero y estuvimos charlando.

De cuando en cuando nos levantábamos para ver el cadáver, y si las velas, que eran de alguna grasa muy mala, no sé si de parafina, seguían ardiendo.

Tom Ship habló del muerto. Según él, era una persona de carácter, digna de ser conocida, hombre desgraciado, sin suerte, que le había explotado la familia y que no había tenido en su existencia larga un buen momento. En vista de ello, se había dedicado a tomar en serio cualquier fantasía, cualquier extravagancia, y a considerarla como un entretenimiento.

Por este motivo, coleccionaba prospectos y hojas de árbol, y cualquier cosa. No porque las creyera de interés, sino porque las consideraba como manera de pasar el rato.

Tampoco era un hombre chiflado, que se creyera fuerte y que pensara que podía desafiar las inclemencias del tiempo. No; lo que le pasaba era que estaba deseando

morirse.

—Pues, amigo, no teníamos nosotros esa idea de él —dijo Gentil—. Nosotros creíamos que era un pobre chiflado.

—No, no; nada de eso.

—¿Y el cómico viejo que se reunía con ustedes? —pregunté yo.

—¿Favart? Ese es un idiota petulante. Le Brouillard andaba con él porque no tenía nadie con quien pasear.

—¿Qué apellido raro! Le Brouillard: ¡la niebla!

—No se llama Le Brouillard.

—Pues ¿cómo se llamaba?... ¿Brulard?

—Ni Brulard ni Le Brouillard. Se llama Víctor Bruñe. Le Brouillard era como un nombre de guerra.

—¿Y con qué objeto lo empleaba?

—Pues, al parecer, cuando hacía estas figuritas y estos teatros de cartón, le dijeron en algún comercio que debía poner su apellido como marca de autor, y para no poner el verdadero, puso Le Brouillard, y unos le llamaban Le Brouillard, y otros, más o menos en broma, *Débrouillard*, que quiere decir, como usted sabe, *desenvuelto, astuto*.

—Está bien: Bruñe, oscurecer, y Le Brouillard, la niebla, son algo parecido —observó Gentil.

—Era un tipo más misterioso de lo que creíamos nosotros —dije yo.

—Parece que sus parientes, padre y hermanastros, eran gente rica, con una casa de Banca —explicó Tom.

—Y ¿cómo él no siguió con sus parientes?

—Estos tenían el dinero de la casa en sus manos y pretendían mandar despóticamente. Al parecer, era indispensable pasar de empleado unos cuantos años. Entonces él se separó de ellos y dijo que prefería vivir pobre y con independencia que rico y sometido. Y a consecuencia de su actitud, riñó con la familia y no se trató más con ella.

—¿Y perdió su parte de herencia?

—La perdió.

—¿Un individualista?

—Sí, un intransigente como pocos.

—Está bien que haya esa clase de gente dura que no se somete.

—Ya no habrá mucha gente de esa —dijo Tom Ship.

—¿Y usted habría hecho algo parecido, Pagani? —me preguntó Gentil.

—En la juventud, quizá.

—Manón, nuestra princesa —siguió diciendo Tom Ship—, le conocía a Le Brouillard desde hace algún tiempo, y tenía buena amistad con él. Así, desde el momento que supo que estaba enfermo, se presentó en su cuarto para cuidarle. También ha venido la administradora del hotel y su hija.

—¿Y qué clase de hombre era? —le pregunté a Tom.

—Era un hombre muy íntegro, de una moral austera.

—¿Y vivía solo de hacer juguetes de cartón?

—No; tenía un pequeño retiro como empleado.

—¿Y los juguetes estaban bien?

—Sí. Tenían cierta gracia. Hacía escenarios, luego los pintaba y les ponía unas figuritas que se movían con unas tiras de cartón. Los vendía en el barrio del Marais, en la calle del Temple y de los Archivos. Otras veces los llevaba al Mercado de las Pulgas, de Saint-Ouen.

—¿Y era hombre culto?

—Había estudiado en un buen colegio. Pero no había cursado altos estudios.

—¿Y leía algo ahora?

—Sí; Manón le prestaba libros. Ella decía que se le podían prestar porque no los manchaba, ni los arrugaba. Una vez que echó una mancha de tinta en un volumen caro que le había prestado nuestra polaca, compró otro nuevo en una librería, para devolvérselo, y se quedó con el manchado.

—¡Qué pulcritud! —dijo Gentil—. No es esto muy frecuente entre otras personas.

—Él no lo dijo, pero yo lo noté, porque vi el primer ejemplar sobre la chimenea de su cuarto.

—Y usted ¿conoce su vida anterior, señor Ship?

—No; hablaba poco de esto.

—¿No le gustaba contar intimidades?

—Al parecer, no.

Después se habló de otras muchas cosas, de la política, del carácter que podía tomar la guerra, y se pasó la noche muy rápidamente. Cada media hora se levantaba alguno de nosotros para mirar en el cuarto del muerto por si caía algún trozo de mecha de los cirios, que eran de una fabricación muy mala, y se quedaban encendidos y podían quemar la alfombra.

Hacía mucho frío, y, naturalmente, el cadáver no tenía indicios de putrefacción.

En un momento en que Tom Ship pasó más tiempo que de ordinario en la alcoba mortuoria, me preguntó Gentil:

—¿Qué le parece a usted el difunto Le Brouillard?

—Que era un hombre de valor.

—Un héroe anónimo y oscuro.

—Por lo menos, tenía madera de ello, y nosotros no nos hemos mostrado muy inteligentes al tenerle por un viejo tonto.

—¿Y eso le importa a usted?

—Sí, porque demuestra que somos gente bastante incomprensiva.

—Bien, ¿y qué? Seguiremos viviendo lo mismo.

—¡Hombre!, me parece casi indigno que diga eso.

—No hay motivo, amigo Pagani. ¿Vamos a apesadumbrarnos porque no hemos

tenido una idea clara del carácter de una persona?

—¿Por qué no?

—¡Qué tontería!

—¿Por qué?

—Porque no es posible tener una idea clara de todo lo que nos rodea, ni aun de lo que está próximo. ¿Vamos a medir y a pesar lo que valen los hombres que andan a nuestro lado? ¿Para qué?

—Se ve que tiene usted una idea bien mala de la gente.

—Ni buena ni mala; una idea práctica. Hay que acomodarse a las circunstancias y vivir con las personas que a uno le interesan por sus ideas o por sus medios de fortuna. ¿Va usted a investigar si el vecino tiene estas o las otras condiciones? ¡Qué locura! ¿Para qué?

Yo protesté un poco, y él dijo con sorna:

—Se ve que el *brouillardismo* es para usted algo serio.

—¿Por qué no?

—¿Usted no encuentra en todo esto un poco de novela de Balzac?

—No; yo encuentro en Balzac mucho peso muerto. Se nota en sus obras una época que ya no es la nuestra.

—¿Y Dickens?

—Dickens creo que vive más unido, naturalmente, a Inglaterra.

—¿Y los rusos?

—Esos viven aún, y creo que vivirán todavía mucho tiempo.

—¿A quién se refiere usted?

—Sobre todo a Tolstoi y a Dostoievski.

—Sí... Es muy posible. Esa es gente nueva, y nosotros, los latinos, somos gente vieja.

II

LA CARRERA DE TOM SHIP

Gentil y yo contamos algunos incidentes de nuestra vida y después comprendimos que Tom Ship (Juan Mulot) tendría quizá más cosas que poder contarnos, y le invitamos a que lo hiciera, y accedió sin hacerse rogar.

—Les contaré mi vida en grandes rasgos —comenzó diciendo—. Yo soy hijo de unos merceros de la calle de Saint-Denis. Los Mulot llevan ya tres o cuatro generaciones de merceros. La mercería en Francia era el tercero de los seis cuerpos de mercaderes, y la corporación tenía sus armas con seis arcos, un sol y la divisa en

latín: *Te toto orbe sequemar*. (Te seguimos por todo el orbe). Mi padre era un hombre cominero, formado en el pequeño comercio, con algunas cualidades y, naturalmente, muchos defectos del hábito profesional. Mi madre se había acostumbrado a pasarse la vida detrás del mostrador y a decir dónde estaban los carretes, los hilos, los alfileres, las cintas y los cordones, y si le sacaban de eso y de cobrar y de pagar facturas, no daba pie con bola.

Mis dos hermanos mayores eran egoístas, mezquinos y desconfiados, y no veían en el mundo más que mercería.

Uno de ellos, el de más edad, todavía se interesaba algo en lo que yo contaba, y a veces se reía; el otro me tenía por un intruso que había venido al mundo para despojarle de su parte de herencia.

Teníamos también una hermana, dura, egoísta, casada con un empleado del Ayuntamiento, que siempre estaba pensando en lo que le correspondía de la tienda y haciendo reclamaciones a mi madre.

El cariño de la familia. ¡Qué farsa!

Yo iba a la escuela municipal, y allí me hice amigo de un muchacho, Jean Barón, que era hijo de una portera de la calle de El Cairo.

Era un chico atrevido y audaz, pero con muy buen fondo. Era un poco quijote; siempre se ponía a favor del débil contra el fuerte y de todo lo que fuese injusticia.

Soñaba con hacer algo y salir de la miseria. No quería explotar a nadie, y a veces anduvo a puñetazos con los chulos (los *maqueraux*) que pululaban en el Faubourg Montmartre y en el boulevard de Sebastopol.

Juanito tenía un espíritu de caballero andante y los demás chicos le admirábamos.

Sus ocurrencias, sus decisiones nos sorprendían a todos.

Recuerdo que fuimos de chicos a ver la ejecución de Menesclou, en la plaza de la Roquette. Este Menesclou era un miserable que había violado y degollado a una niña de cuatro años, y cuando el verdugo le cortó la cabeza en la guillotina en la plaza de la Roquette, Juan Barón le gritó al verdugo: «¡Bravo, Deibler! Eso hay que hacer con todos los chulos y canallas del pueblo».

En este momento Jean Barón estaba rodeado de apaches.

Juanito era un hombre romántico, muy inteligente; podría haber estudiado una carrera, pero no tenía dinero para ello, y entonces se le ocurrió hacerse acróbata. Yo no sé de dónde conoció a un gimnasta viejo que se ofreció a darle lecciones gratis en una barraca de las afueras. El gimnasta viejo, el señor Lepage (*Ratka* de nombre de guerra; no sé de dónde había sacado este apodo), tenía algo como un gimnasio en Clignancourt. *Ratka* comenzó a dar lecciones a Juanito, y en poco tiempo el mozo adelantó muchísimo.

Yo quise también tomar lecciones, pero no tenía el ímpetu de Juanito.

Al año siguiente, Jean Barón entraba en una compañía que funcionaba en el Circo de Invierno y después en el Circo Medrano. Debutó con el apodo de *Jokho*, que es el nombre que tiene el orangután. A mí me daba entradas y solía ir a verle.

Juanito (*Jokho*) progresaba. Hacía cosas para mí inverosímiles. Daba unos saltos mortales para adelante y para atrás sorprendentes. Tenía un ímpetu que entusiasmaba al público.

Las mujeres del circo estaban entusiasmadas con él.

El viejo Lepage, su maestro, le decía: «Ten cuidado con las mujeres. El gimnasta no puede dedicarse a ellas».

Juanito no hacía caso y estaba enredado con una equilibrista rusa, que era preciosa.

Como suponía el viejo Lepage, Juanito falló, y una noche, en un salto mortal, dio con la nuca en la barra y quedó muerto. Fue un desastre.

Yo lo sentí mucho. Tenía amigos en el circo y afición al espectáculo. No tenía arranque para ser un gran gimnasta.

Celebré una larga conferencia con el maestro Lepage (*Ratka*). Discutimos la cuestión. Evidentemente, para el salto yo no tenía facultades. «Quizá pudieras servir para *clown* o para excéntrico musical», me dijo él.

Lo empecé a pensar y a estudiar. Yo no era capaz de inventar algo nuevo. No sería jamás un *clown* genial. Podría imitar a uno y a otro, tomar de este un detalle, de aquel otro, y si no en París, trabajar en capitales de provincias.

En esto murió mi madre y repartieron la hijuela entre todos los hermanos. Era mayor de edad. Me correspondieron algunos miles de francos.

Yo, entonces, con el dinero en el bolsillo, me fui a Londres y estudié la labor de todos los *clowns* y payasos, no solo de los célebres, sino también de los humildes. Leí bastante literatura inglesa. Pensé que podría haber cierta originalidad en ser, en vez de un *clown* hamletiano, un *clown* falstaffiano.

Hamlet, como saben ustedes, es un jovencito melancólico, y aunque Shakespeare no lo pintó esbelto y gallardo, la gente tiene de él la idea de un príncipe pálido y romántico. En cambio, Falstaff es para todos un personaje gordo, bajo, tripudo, rubicundo, algo parecido a Sancho Panza, y yo pensé que se le podía sacar algún partido.

—Sí, y también a Dickens. De sus novelas *Pickwick*, *Bleack-House* y *Dombey e hijo*, las he leído muchas veces, me han dejado una impresión vaga y maravillosa, como cuentos de hadas. Lo demás de la literatura inglesa no me divierte.

—A mí me pasa lo mismo —dije yo.

—¿Es que creen ustedes que Dickens es superior a los demás escritores ingleses? —preguntó Gentil.

—Yo creo que sí —indiqué—. Creo que no hay ninguno que se le pueda comparar.

—Es posible que ustedes estén más expuestos a admirarle que yo.

—Estuve dos años en Londres —siguió diciendo Tom—, y al cabo de este tiempo debuté en París, y tuve éxito. Como yo sabía que no era un gran *clown*, me hice un reclamo en la Prensa muy grande.

—¿Cómo eligió ese nombre de guerra de Tom Ship?

—Por capricho, por el sonido nada más. Después entré en la compañía de los Circos Singer, que viajaban por todas partes, y anduve por Europa y América. Yo sabía que no tenía nada de genial, pero me ganaba la vida muy bien, mucho mejor que me la hubiera podido ganar en la mercería de la calle de Saint-Denis.

—No es nada raro.

—Después me relacioné con una muchacha que era amazona, una chica muy buena, y decidimos casarnos y retirarnos cuando tuviéramos alguna fortuna. Trabajamos sin desdeñar nada, yendo a todas partes, y conseguimos asegurar el porvenir. Treinta años después de dejar la tienda de la calle de Saint-Denis, volví a ella y hablé con mis hermanos. Estaban viejos y momificados. Me miraban con asombro, como a un bicho raro. Miraban a mi mujer con estupefacción.

«Pero ¿qué ha sido esto? —debían de pensar—. ¡Qué misterio! ¡Qué secreto ha tenido este!»

—Y ¿qué trabajo hacía usted, principalmente?

—De todo. Parodias. Había leído, como les he dicho, a los humoristas ingleses, y les había sacado todo el jugo posible. Hacía el inglés absurdo, que a todo dice *Aoh yes*. Recitaba, caricaturizados, algunos versos de Víctor Hugo; hacía todo lo clásico de los payasos.

III

HISTORIAS DE ALGUNOS «CLOWNS»

—Yo tengo algunos libros sobre *clowns* célebres —dijo Gentil.

—No los saque usted —indicó yo—, porque si no nos aplasta usted con la erudición.

—¿Usted ha conocido a Auriol, que tenía fama como *clown* francés? —preguntó Gentil a Tom.

—No. Juan Bautista Auriol fue el último *clown* de la escuela francesa, y había desaparecido de la escena mucho antes de morir en 1881. Largo tiempo después, el que se había llamado bajo el reino de Luis Felipe el hombre-pájaro, estaba reemplazado por celebridades inglesas o americanas: Kennebel, Price, Boswell, Simpson, Ireland, los Craggs, Los Magilton, los Hanlon-Lees.

—Yo he oído hablar de Boswell —dijo Gentil.

—Boswell era admirable —repuso Tom Ship—. Un *clown* lúgubre, extraordinario. Este ser grotesco, que aparecía en el circo embadurnado de harina, pintarrajeado como un salvaje, tenía bromas macabras que producían en el público

espanto y dejaban al espectador con carne de gallina. Había en este bufón, cuando aparecía en la pista, algo vagamente terrible. Su risa sonaba como una campana rota. Murió de una manera trágica. Estaba enamorado de una bella amazona inglesa completamente frívola. A esta, que era preciosa, no le dirigía jamás la palabra más que en los ejercicios acrobáticos.

—Gwynplaine y la duquesa Josiana, de *El hombre que ríe* —dijo Gentil.

—Eso es. Para dirigirse a la bella amazona, Boswell empleaba frases tomadas de Shakespeare, que recitaba como un fuego sombrío. A veces alternaba lo fúnebre con lo cómico, y ella se reía a carcajadas.

—¿Y qué le pasó a ese hombre? —pregunté yo.

—Se mató de un tiro de pistola al salir de una representación durante la cual había ensayado, vanamente, ahogarse, poniéndose con la cabeza para abajo sobre la arena mientras su dama galopaba a caballo alrededor de él.

—¡Qué historia más novelesca! —dije yo—. ¿Usted le llegó a conocer a Boswell?

—Sí.

—¿Y cómo hombre era también raro?

—En la calle era un hombre amable y fino. En la pista tenía algo de Pickwick. Conocía la literatura inglesa muy bien y la explotaba con un talento genial. No entendiéndole se le admiraba; pero entendiéndole era algo único. Sobre todo, el contraste extraordinario de sus palabras con los hechos sorprendía. Era un artista improvisador maravilloso. Hacía el elogio, al parecer sincero, de una persona o de una cosa, y después le añadía un pequeño detalle grotesco, y todo parecía que se deshacía; se desmoronaba como una de esas pirámides humanas de los gimnastas de circo. Yo no sé lo que hubieran parecido sus historias escritas; pero dichas por él, esta mezcla de solemnidad y de burla, era algo magnífico. Era un bufón sombrío, verdaderamente genial.

—¿Les gusta a ustedes esa gracia sombría de los ingleses? —preguntó el librero.

—A mí, mucho.

—A mí, no —indicó Gentil—. Prefiero la gracia latina.

—La gracia latina casi no es gracia —repuso Tom Ship.

—Yo, de lo que conservo un recuerdo extraordinario —dijo— es de los Hanlon-Lees. Los vi en la infancia y me parecieron algo extraordinario, nunca visto.

—Es que eran maravillosos —dijo Tom Ship—. La historia íntima de ellos también era trágica. La compañía de los Hanlon-Lees duró muchos años y se hicieron aplaudir en todos los circos del mundo.

—Yo los vi en Madrid —dije.

—Al principio representaban pantomimas divertidas, bajo la dirección de un tal Agoust, con el que se habían asociado en Chicago. Trabajaban también en la cuerda floja. Los Hanlon-Lees eran seis hermanos. En Cincinnati, uno de ellos, Thomas, tuvo una caída espantosa y se partió el cráneo. Se le arrojó la cabeza mal que bien, y los cinco hermanos, que eran implacables, le forzaron a trabajar. Sobre su cráneo mal

compuesto saltaban los cinco a pies juntos y el pobre hombre se volvió loco.

—¡Qué brutos!

—Más tarde quisieron prescindir de Agoust para no pagarle su parte —dijo Tom Ship—. Resolvieron, según se cuenta en una historia, matarle como por casualidad en la escena durante la representación. Había un momento en donde Agoust debía hacer como que saltaba por encima de un espejo de seis metros de alto, sobre el cual Eduardo, uno de los hermanos, estaba subido. De ordinario, el acróbata tomaba la carrera y en el momento preciso del impulso gritaba: ¡Oh!, para advertir a su compañero. Eduardo esperaba la señal para quitar el espejo, y una vez no lo quitó para que se estrellara el saltarín. En otra escena en donde los hermanos se perseguían alrededor de una estufa, Agoust, vestido de gendarme, golpeaba a los otros a golpes terribles de un barómetro gigante, dados en el pecho y en la cabeza. Agoust, para defenderse, había terminado por armarse de un sable verdadero, y decía entre dientes: «Al primero que me hiera, lo mato». El público creía que era broma y se reía a carcajadas, pero no había tal broma.

—¿Y los Craggs? Esos también figuraron mucho —dijo Gentil.

—Los Craggs tenían la especialidad de vestir de caballeros elegantes, frac negro, corbata blanca y gardenia en el ojal de la solapa. Daban el salto peligroso, después de *la pirámide*, subían los unos sobre los otros, se desplomaban como castillo de naipes, sin que se les moviera un milímetro el lazo de la corbata o el puño de la camisa.

—¿El *clown* de frac negro era el corriente en Inglaterra?

—Sí, pero había de todas las indumentarias y de todos los colores; muchos *clowns* no solo tenían negro el traje, sino también la cara y las manos embadurnadas de hollín. Es una tradición en el país que esta clase de *clowns*, llamados *minstrels* (menestrales), deben figurar como negros en recuerdo de una *troupe* venida de América.

Como Tom Ship tenía una gran erudición acerca de *clowns* y no la tenía menos Gentil, hablamos de Joa Grimaldi, cantado por Dickens; de Kernp, Canler, Lariflion. Tony Grice, Billy Hayden, Tonitoff, Footit y Chocolat.

Todavía hablamos de *clowns* modernos, de Gover Belling y su Augusto Filsp, de Little Tioh y de Wedelman, cuando se presentó Barbier diciendo que había un empleado de la Alcaldía de barrio pidiendo algunos datos acerca del muerto. Fue Gentil y quedamos Tom Ship y yo.

Tom era inagotable; había visto tanto y había leído tanto sobre el circo, que no daba fin a sus historias.

Hablando de funámbulos, le pregunté por Blondín, que yo no sabía quién era.

—Hombre, Blondín fue acróbata célebre en el tiempo por sus travesías en la cuerda floja hacia 1860 —dijo—. De Blondín se hablaba mucho en mi infancia y se decía que era francés. Empezó en un circo de Nueva York; luego se le ocurrió la idea de tender un cable por encima de la catarata del Niágara, en un arco de herradura que traza el río, y pasar por encima. Hubo un entusiasmo enorme por él; unas veces, en

medio del cable, se comía una tortilla, sentado en una silla; otras, pasaba a alguno en las espaldas, generalmente a su hijo. También le invitó a ir con él al príncipe de Gales, que estaba por entonces en América; pero el príncipe, prudentemente, no aceptó. Un día pasó una carretilla con una persona dentro por encima del cable.

—¡Qué sentido de equilibrio! El cable sería grueso.

—Sí, claro. A lo último subía solo, se detenía en medio de la carrera, echaba una cuerda, y de un barco subía una mesa, un banco, comestibles, un hornillo, una sartén, un trozo de pan, una botella de vino y hacía una tortilla, y se instalaba a comer en su cuerda encima del agua, a sesenta metros de altura.

—Yo tengo también una biografía de Blondín —dijo Gentil, que entró en el cuarto en aquel momento.

—Bueno, déjela usted en el tintero, porque si no, nos va usted a convencer que esta conversación que estamos teniendo aquí la hemos copiado de cualquier parte.

—¡Qué quiere usted! No hay nada nuevo debajo del sol.

—Un imitador de Blondín —dijo Tom— atravesó en 1862 el Sena sobre un cable de hierro, entre Cours-la-Reine y el Quai d'Orsay.

Tom Ship nos contó después con detalles lo que ocurrió en este acontecimiento que él consideraba trascendental.

Luego nos habló de *clowns*, de payasos, de excéntricos musicales, del hombre elefante, del decapitado que habla, del hombre incombustible, de la mujer con barba, del domesticador de ratas, del físico de la plaza pública, del cantor de la calle, de los voceadores y vendedores ambulantes, del hombre-mono, del hombre-mosca y del hombre-serpiente.

Hablando después de la psicología de la gente de circo, dijo que no eran los tipos naturalmente alegres los más divertidos para el público.

Había habido cómicos y payasos que nunca eran tan graciosos como cuando les dolía algo. Entonces, para disimular su dolor, se excedían, y el público se reía a carcajadas.

Como el dolor, según él, excitaba a veces la facultad de hacer reír, el peligro aumentaba la curiosidad.

A un domador holandés que aseguraba en los carteles que manejaba a las fieras sin el menor peligro, le decía el director de un circo de París:

—No insista usted demasiado en eso, y deje usted al público la esperanza de que alguna vez se lo puedan comer a usted, porque si no va a ir nadie.

Otra vez nos quedamos solos Tom Ship y yo.

—Nuestro amigo Gentil es demasiado erudito. Aplasta con sus conocimientos. Cuente usted todo lo que sepa de artistas de circo. A mí me interesa.

—Es muy difícil explicar la especialidad de los Tony Grice, de los Hanlon-Lees, de Footit, de Tonitoff, de Fratellini, Rico, Antonet o Chocolat. Había que verlos.

—¿Era gente original, de talento?

—Sí.

—¿Y la invención?

—La invención no es tan fácil como se cree en el circo. Aunque parece que se improvisa, se improvisa poco; más bien se copia.

—¡Qué extraño!

—Nosotros, la gente de circo, sabemos quiénes fueron los inventores de los efectos teatrales que para el público no tienen nada de particular y que muchos suponen que son ocurrencias espontáneas de un momento. Usted habrá oído a algún *clown* entrar en la pista y preguntar al director, vestido de frac y de corbata blanca: *Voulez-vous jouer avec moi?*

—Sí, he oído esta frase creo que varias veces.

—Pues esta frase que se pronuncia con acento y énfasis inglés de teatro: *Fotez-vous-chué afee moa?*, es una invención de Billy Saunders, gran *clown* inglés, que vino a París a final del siglo XVIII al circo de Astley.

—¿Y dura todavía en el repertorio?

—Sí, sí dura aún. No hay quien sepa sustituirla.

—Es curioso que la invención de una frase que parece vulgar tenga tanta importancia para imitarla durante más de cien años.

—Es que la imaginación del hombre es muy poca cosa.

—Sí, es verdad.

—Yo he tenido interés por el circo y he comprado algunos libros que hablan de los trabajos de los artistas dedicados a él, y he visto que todo tiene su historia y su tradición: las frases, las piruetas y las cabriolas. De Broc fue el primero que dio el salto del trampolín llevando en la mano dos antorchas encendidas. Lestard, el creador del trapecio volante...

—A mí, de los trabajos de circo, me interesa, sobre todo, el *clown*.

—Sí, lo comprendo. Es lo más literario..., pero en los ejercicios de acróbatas hay cosas extraordinarias. Había que ver, por ejemplo, a Rico y a su compañero Alex cuando hacían su entrada en escena en los patinadores, en el Circo Medrano, aquí, en París. ¡Qué fibra! ¡Qué brío!

—¿Y ese Rico era español?

—Creo que no. Se llamaba Enrique Briatore; tenía grandes condiciones de gimnasta.

—A mí la gimnasia y el acrobatismo me sorprenden, pero me cansan en seguida. En el circo prefiero el *clown*.

—En el *clownismo*, los ingleses han sido los primeros.

—Sí, yo también así lo creo.

—El pueblo que inventa una palabra, inventa la idea.

—Es evidente. No puede haber toreros más que en España —dije yo—, aunque ahora quizá los haya en América, ni *clowns* más que en Inglaterra, ni *chansonniers* más que en Francia.

—En algunas ideas generales —repuso Tom— la palabra del país inventor puede no ser más que un rótulo.

—El rótulo ya es mucho.

—Sí, es verdad.

—En esa cuestión de los *clowns* todo debe ser de origen inglés.

—Sí, todo lo importante.

—¿Y Charlot?

—Charlot es un *clown* genial que le ha dado a su tipo algo de espíritu judío, una mezcla de atrevimiento, de timidez y de gracia de fracasado.

—¿Y ha añadido algo al repertorio de los *clowns*?

—No; ha hecho una obra suya personal difícilmente asimilable. El repertorio de los *clowns* va transmitiéndose de generación en generación, y como no tiene norma escrita, cada cual va tomando del fondo común lo que le conviene. Lo mismo pasa con las pragmáticas del cómico.

—Pero estas se hallan más reglamentadas —dije yo.

—¡Ah, claro!, son más fijas y también más tradicionales. El actor tiene que aceptar fórmulas exteriores de su arte y de la sociedad, y acomodarse al papel; el *clown* puede inventar lo interior y lo exterior, la letra y la acción. Necesita ser más espontáneo y más genial.

—¿Y cuáles, según ustedes, han sido los más sobresalientes en el oficio?

—El primero y el más famoso del siglo XVIII fue José Grimaldi, que trabajaba en el teatro de Coven Garden, de Londres. Debió de tener mucha importancia, porque se hicieron varios retratos suyos y una estampa de su muerte.

—Y unas Memorias escritas por Dickens.

—Es verdad. El padre de José Grimaldi fue también *clown*, y se llamó Pierna de Hierro.

—¿Así que en Inglaterra, en el siglo XVIII, ya existía el *clown*?

—Sí; después de Grimaldi y del signor Paolo, vino Tom Mathews, y luego otros varios. Ya por entonces comenzó la especialidad del *clown* shakespeariano, que recitaba, sobre todo, el parlamento lúgubre de Hamlet, mezclándolo con bufonadas.

—Esto daría una sensación como de «danza de la muerte» de la Edad Media.

—Es posible. Después, el oficio de *clown* se matizó y se dividió en especialidades. Quizá por influencia de franceses y de norteamericanos, se creó el excéntrico musical. Entre algunos artistas franceses de café-concierto y tipos como Crock, no hay más que una diferencia muy pequeña.

—¿Quién era Crock?

—Era un húngaro. Un excéntrico que comenzó su vida de preceptor y luego se hizo artista de circo.

—¿Ha conocido usted buenos *clowns*?

—A todos los de mi época.

—Y ¿quién cree usted que era el mejor?

Yo creo que el más completo era Jorge Footit. Era hijo de un empresario de circo. Había sido funámbulo, acróbata volante, jinete y luego *clown*.

—¿Se haría rico?

—No creo; era jugador, como otro compañero suyo también célebre en el tiempo: Chocolat. Los otros *clowns* que recuerdo, cada uno tenía su especialidad. Antonet, en la lección del profesor de clarinete o en la imitación de Kubelik, era magnífico.

Kubelik era un violinista checo, joven prodigio, que apareció al final de siglo. No sé si se acordará usted de él.

—Sí, me acuerdo.

—Antonet tenía el guardarropa más rico y más variado de todos los *clowns*. Ricardo Flexmore imitaba cómicamente a las bailarinas del tiempo, empezando por la Taglioni...

—A mí no me interesa mucho eso. Me interesa, sobre todo, el *clown* clásico.

—El *clown* más clásico era el *clown* shakespeariano, y yo creo que entre ellos, el que estaba más dentro de su papel era Boswell, que trabajaba en el circo Franconi, de París, cuando yo era chico. Ya le he hablado a usted de él. Era un hombre terrible.

—¿Siempre han usado los *clowns* la misma indumentaria?

—No. El traje de los *clowns* ha variado mucho. Grimaldi llevaba pantalones anchos y una peluca con cresta de gallo; el signor Paolo, un tricornio de lana; Tom Mathews, indumentaria de payaso, con guerrera blanca; algo parecido llevaba Boswell; Screiber iba de pierrot; Rico, de payaso a la antigua; Footit, traje de chino, pantalones cortos, chaqueta y cuello de camisa de escolar; Tonitoff aparecía con una túnica rameada de chino; Bill-Hayden, que era un humorista de mucho ingenio, llevaba una etiqueta, como si él fuera un frasco o un bote, y unas veces se leía en su espalda: «Mostaza», y otras, «Pimienta» o «Confitura»; William Philipps y Rudolf Seiffert tenían mucha originalidad en los trajes, y Francisco Fratellini era muy elegante; Franconi llevaba una peluca multicolor, con un penacho; los Gontard, plumas de pavo real, con las que hacían ejercicios de equilibrio, y Medrano (Bum-bum), y Ricardo, un mechón de pelo rígido, de un efecto grotesco.

—Y ¿qué vida hacía esa gente?

—Había de todo: desde padres de familia modelos, hasta borrachos y jugadores.

Había gente que quemaba la vida rápidamente, y otros que resistían mucho tiempo, y eran muy prácticos.

Flexmore, *clown* inglés, casado con Francisca Auriol, hija mayor del acróbata francés, llegó a muy viejo y a ser rico.

V

PAYASOS DE ESPAÑA

A las cinco de la mañana volvió a sonar la sirena de alarma. Se apagaron de nuevo las luces de la casa. Algunos de nuestro piso salieron al corredor, y con una linterna en la mano bajaron al refugio.

Gentil y yo dimos vuelta al pasillo y nos asomamos a una ventana. Nevaba. La calle estaba blanca y parecía más pobre y más miserable que de ordinario. El cielo estaba sombrío.

Gentil sintió el deseo de bajar al salón, quizá para dedicarse a sus mistificaciones, y yo volví a reunirme con Tom Ship. Fuimos a mi cuarto y nos quedamos a oscuras.

—¿Ha vivido usted en España? —me preguntó el antiguo *clown*.

—Sí, la mayor parte de la juventud.

—¿En qué época?

—Desde el final del siglo XIX hasta la otra guerra mundial.

—¿En dónde?

—En Madrid.

—Yo también he vivido en Madrid en ese mismo tiempo que usted dice.

—¿Algunos meses?

—No, algunos años.

—Y ¿qué hacía usted?

—Era empresario.

Tom Ship me avivó recuerdos de la época de mi juventud, que los tenía ya olvidados, de hacía ya cincuenta años, de cuando yo era joven. Me habló del teatro de Apolo, con Rosell y los Mesejos, de Manolo Rodríguez, de Julio Ruiz y de Carreras, del circo de Parish, de la bella Geraldine y del circo de Colón, con la pista acuática.

—¿Y le fue a usted bien en Madrid? —le pregunté.

—Sí. Era socio de otro empresario. Trabajábamos en Madrid y en provincias.

—¿Y en qué circo?

—Teníamos un circo volante, que lo instalábamos en varios sitios. Últimamente lo tuvimos en Madrid en la calle de Churruca.

—No sé dónde está esa calle.

—Hacia la glorieta de Bilbao.

—¡Ah, sí! Supongo dónde es.

—Un barrio nuevo.

—Sí. ¿Y tenían ustedes buenos artistas?

—Bastante buenos. Por entonces pasaron por España Seiffert, Alex, Antonet, Beby... En nuestro circo trabajó Tony Grice, hijo del famoso *clown*, y Frediani, que hacía sus ejercicios a caballo. El padre de este era coleccionista de miniaturas, y ponía anuncios para comprarlas en los pueblos. También trabajaron con nosotros los Andréu y Bitets. Tuvimos a Rico con su *troupe* de malabaristas; a *Pepino* y *Tonino*, con el cerdo amaestrado; a los hermanos Albano, a *Pipo*, que era buen *clown*; a Bellini, el último atleta, y a otro que hacía el número que se llamaba la mariposa. También teníamos a *Ignoto*, que era un gimnasta que trabajaba en el trapecio volante y era ciego.

—¿Ciego? ¡Qué extraño!

—Sí; esto no le quitaba ninguna seguridad en sus ejercicios.

—¿Y no llegaron a llevar grandes artistas, como Gover Belling o Little Tich?

—No. Esos iban al circo de Parish. Al que tuvimos fue al gimnasta Seiffert, con su mujer, a la que llamaba lady Evans, equilibrista, muy rubia y muy guapa.

—¿Y había algún gusto especial en Madrid y en España?

—Sí, cada país tiene su afición. En Inglaterra gusta el *clown*; en Francia, el payaso y el excéntrico musical; en Alemania, el gimnasta; en Portugal y en América latina, los domadores de caballos, y en España, el trapecio volante.

—¿Y esa gente de circo era seria?

—Había de todo. La mayoría no era muy de fiar, y se armaban zancadillas unos contra otros. Algunos querían ser caballeros. Por ejemplo, Carcedo, alambrista condecorado, que daba saltos mortales con botas de montar y polainas, quería pasar en la calle por militar, y llevaba los bigotes a la húngara. El *clown* Santos era de Madrid, y buen artista, y trabajaba con un tal Lepart haciendo pantomimas. ¿Sabe usted en qué terminó?

—No.

—Pues terminó en servir de sujeto a un célebre misticador, llamado Onofroff, que hipnotizaba, según él. Santos fingía la catalepsia admirablemente.

—Sí, yo recuerdo el nombre de Onofroff. ¿Y no había nadie del público que identificase a Santos y notase la superchería?

—No. Se caracterizaba muy bien, y no era fácil reconocerlo.

—¿Y la mujer de usted trabajaba todavía?

—No, ya no. Mi mujer estaba un poco delicada de salud y no podía hacer trabajos de equilibrista. En el circo volante solía estar a la puerta, porque algunas gentes de la claqué entraban pagando dos reales, y ella vigilaba para que no se escaparan estos cuartos.

—Y ¿resistieron mucho tiempo en España?

—Cerca de cuatro años. Un número que tenía entonces mucho éxito era una imitación de Charlot hecha en el trapecio. Nos faltaban con frecuencia comparsas y aprendices, y yo tuve que ir muchas veces a la Casa de Labor de la Moncloa, cerca de la Escuela de Arquitectos, donde se entrenaban algunos muchachos saltando en el trampolín sobre el estiércol.

—Y ¿qué eran esos muchachos?

—La mayoría de estos chicos eran del Hospicio. Los mejores saltadores salían de allí.

—No había oído nunca hablar de esto.

—Sí, los golfos comenzaban sus ejercicios gimnásticos en la barra que limitaba antes el paseo del Prado y que después la quitaron. Luego iban a la Moncloa.

—Y ¿saltaban bien?

—Algunos sí. Otros lo hacían a la *remanguillé*, como decían allí.

Yo me reí de esta palabra, que había oído alguna vez en España, puesta en boca de un extranjero.

—Esta alarma parece que dura —dije yo después.

—Sí, parece que sí.

VI

BELLING Y LITTLE TICH

—Y en Madrid, ¿qué carácter tenía en su tiempo el circo grande? —le pregunté a Tom Ship.

—El mismo carácter que en todas partes.

—¿A quién recuerda usted más?

—El *clown* que más recuerdo es Gover Belling. Era muy divertido. Solía comenzar el número con una conversación con Leonard Parish, el *manager* o no sé si dueño del circo. Recuerdo a Belling muy alto, con traje gris, holgado, botas enormes, de las que salía el dedo gordo del pie monstruoso; las rodillas salientes, el sombrero roto, un paraguas abultado y una maleta en la mano, echando bocanadas de humo por la boca. Al entrar en la pista decía: «Señor Leonard. Yo venir aquí a mi *trabaco*». «Señor Belling, aquí no se permite fumar», indicaba el *manager* con una pronunciación de madrileño. «Aoh!... Yes..., yo comprender bien el español, señor Leonard... Aquí no permitirse fumar. Aoh!... Yes...». Y tiraba el cigarro al suelo, e inmediatamente sacaba otro y luego otros, todos encendidos, y seguía echando bocanadas de humo como una chimenea o como una locomotora. Después se quejaba de que le apretaban las botas y se las quitaba y empezaba a sacarse los calcetines, y

comenzaban a salir metros y metros, manifestando él una sorpresa cómica. Después de quedar ya tranquilo y descansado, veía entre el público que se erguía su compañero, su *augusto*, que se llamaba Filps, protestando con furia de su falta de decoro. Filps tenía una actitud rígida y desesperada, de muñeco de caja de sorpresas. Iba vestido de frac, con cuello grande, la corbata blanca, los guantes blancos, la cabeza rapada y un gran mechón de pelo en la frente. «No, no», gritaba ante la falta de educación de su compañero. Belling hacía como que experimentaba una gran sorpresa al verle; le miraba a su *augusto*, poniéndose la mano sobre los ojos como una visera, y cuando le tenía delante le sonreía, le cogía con su manaza, como si fuera un candelero o una botella; le daba un beso y después una bofetada. El diálogo de Belling y de su *augusto* Filps solía ser muy gracioso e ir acompañado de grandes extravagancias. ¿Usted no los vio?

—Sí, pero no me fijé tanto como usted.

—Hacían también entre los dos una parodia de una corrida con un perro de aguas grande, a quien le ponían una cabeza de toro de cartón con cuernos. Belling, sin duda, era hombre observador, porque había cogido las actitudes y gestos de los toreros y los imitaba y caricaturizaba con gracia. Belling y el *augusto* Filps hacían el paseo del comienzo de la corrida con sus capas, contoneándose cómicamente al son de una marcha torera. Cuando sonaba el clarín para la salida del falso toro, el *augusto* Filps daba saltos de terror y se quedaba en una cómica actitud de espanto, con las piernas que le temblaban. «Aoh!... Este tener *mocho* miedo —decía Belling, riendo, dirigiéndose al público—; ya *verrás*, ya *verrás*, pobre Filps». Le apartaba a un lado como a un muñeco, y se acercaba, contoneándose, al supuesto toro, y este daba un salto y espantaba a Belling, que echaba a correr, poniendo tiesos los pelos de su peluca, lo que hacía un efecto muy cómico. Después los dos toreros hacían mil disparates raros, perseguidos por el perro. Otro *clown* gracioso y humorista era Little Tich. Little Tich, muy pequeño, parecía un gnomo. Se presentaba vestido de etiqueta con las mejillas, la sonrisa en los labios y unas botas enormes. No eran las suyas las botas deformadas y monstruosas, con un dedo gordo del pie grande y saliente, como las de Gover Belling. Estas eran el invento de Billy Hayden. Las botas de Little Tich eran largas y delgadas. Tenían como suelas unas láminas de acero muy flexible. Hacía con ellas cosas inverosímiles. Una de ellas era dejar el sombrero de copa en el suelo y empezar a hacer ceremonias a una persona y a inclinarse arriba y abajo, y llegaba en la inclinación tanto, que se encasquetaba en la cabeza el sombrero de copa puesto en el suelo. Tich estaba casado con una española. Yo le vi un momento en una casa de Londres. No se parecía casi nada a como se presentaba en el circo. De tal modo se transformaba. Otro *clown* original era Wedelmann, que entre otras varias cosas cantaba a dúo con un gallo que tenía amaestrado.

—Mucha pericia se debe de necesitar para eso.

—Figúrese usted.

—Y en América del Norte, ¿había buenos *clowns*?

—Como acróbatas y como *clowns*, eran magníficos los Hanlon-Lees. Hacían cosas extraordinarias, como de magia; un tren que descarrilaba y caía en escena, gente que saltaba por las ventanillas y se cruzaba y se entrecruzaba en el aire. Era un espectáculo sorprendente. Después no he visto nada parecido. Hay, además, los *clowns* negros, que tienen su carácter.

—¡Ah!, claro es. Y estos, ¿son buenos?

—Sí, los negros suelen ser *clowns*, bailarines y excéntricos musicales de un brío extraordinario. En una revista de gran espectáculo que se daba hace veinte años en Londres, titulada *Los pájaros negros*, había momentos en que los actores parecía que andaban por el aire más que por el suelo. Una escena en el barrio chino, de Nueva York, entre un amarillo grueso, inmóvil, impasible, con las piernas cruzadas como un Buda, que tocaba el violín de dos cuerdas, del que sacaba una nota cómica y discordante, y un negro con la boca roja que se reía a carcajadas y se agitaba alrededor del amarillo como un moscardón, era de una extravagancia tal, que hacía reír a las inglesas del público y dar gritos, a pesar de su habitual reserva.

VII

SALTIMBANQUIS

Al cabo de un cuarto de hora de aullidos siniestros, la sirena chilló con más pausa y después calló. Se encendieron las luces y la gente comenzó a subir a los cuartos.

Se presentó Gentil, después de haber embromado con sus mistificaciones a la gente del hotel. Tom Ship acababa de hablar de algunos *clowns* y explicaba la especialidad de Grock. Se entretuvo aún en dar detalles de las distintas clases de gimnastas, de payasos y de otros artistas del trapecio y de la cuerda floja.

Gentil sacó de sus estantes varios libros con dibujos y estampas coloreadas de gente del circo.

Tom quedó un poco sorprendido y humillado.

—No le haga usted caso —le dije—. Si toma usted en cuenta los datos de los escritores hasta cuando tose usted o se rasca, está usted imitando a alguien. Siga usted con sus historias.

—No, ya dejaremos eso.

Tom Ship entonces quiso referirse a los saltimbanquis que había conocido en las calles de París.

—De eso hay libros —dijo Gentil.

—¿Sí? No lo sabía.

—Aquí tendré yo dos o tres.

—Este es un hombre insoportable con su erudición —dije yo.

Gentil trajo *Los saltimbanquis*, de Gastón Escudier, y vimos estampas de gigantes, enanos, moros, negros, mujeres con barbas, hechiceros, músicos ambulantes, animales domésticos, chicos descoyuntados, una mártir de las Buttes-Chaumont, cuando la Commune, y otras cosas.

—Esto le hubiera interesado a Le Brouillard —dijo Tom.

También vimos dibujos del decapitado que habla, del hombre elefante, de la foca que canta, etc.

Contemplamos otros grabados.

—Este tipo que se llama aquí el marqués de la Vejiga —dije yo— le he conocido. Aquí dice que era un hombre que se había fabricado un instrumento con una vejiga, un palo y una cuerda de guitarra. Yo he conocido a un tipo que tocaba en una fibra de un palo de escoba con un arco.

—Aquí tengo otro libro de Carlos Yriarte, que se titula *París grotesco* —dijo Gentil—. *Las celebridades de la calle*. Esto es diez o doce años más antiguo.

En esta obra aparecían los excéntricos musicales que tocan con vasos suspendidos, dándoles con un mazo, y otros extravagantes. También estaba la estampa del hombre-orquesta. En francés llaman a este *Solsirepipfan* y en España, que había otro así, le llamaban *Dorremifasol*.

—Aquí hay otro libro de Víctor Fournel —dijo Gentil—: *Lo que se ve en las calles de París*; y tengo otras diez o doce obras que hablan de lo mismo.

—Amigo Gentil —le dije yo—. Esto es aplastarnos con los datos.

Antes de amanecer se presentó Pietro, el criado, en nuestro cuarto, y dijo que estaría velando el cadáver y luego irían al entierro.

—¿Usted piensa ir al cementerio? —me dijo Gentil.

—No, para mí sería demasiado masoquismo el ir a un cementerio por un sitio tan zarrapastroso, tan desolado y triste como este barrio y esta calle.

—Tiene usted razón.

—Vamos a la cama. Es lo único que se puede hacer —murmuró Gentil.

—No es mal remedio si se tiene sueño —dije yo—. Pero yo no tengo más que cansancio.

Nos despedimos de Tom Ship y nos marchamos al cuarto.

Yo me fui a acostar. Gentil hizo lo mismo.

Por la tarde me dijeron que se había verificado el entierro de Le Brouillard a las siete de la mañana y casi a oscuras. No había ningún auto por allá, y los únicos que quisieron acompañar al muerto hasta el campo santo fueron Tom Ship y el mozo del hotel, Pietro. Como el cementerio está próximo de casa, cerca del parque de las Buttes-Chaumont, Pietro quería ir a pie, pero Tom Ship le convenció que era mejor ir en el mismo coche fúnebre, porque había mucha nieve en la calle y no hacía mucho frío. Se entendieron con el chófer del coche fúnebre y fueron y volvieron en un momento.

Manón... ¡Viva Manón!

Se dice que nuestra vecina del quinto, María Alejandra Lubomirsky, es de una familia principesca de Polonia. Para el mundo elegante ha sido la princesa María Alejandra dama que ha brillado en espléndidas fiestas y en grandes salones. Para nosotros, pobres diablos del quinto piso del Hotel del Cisne, de la calle de los Solitarios, es solo Manón.

Manón es simpática, imprevisora y alegre. Toda su alma está en su risa, en su alegría y en su inconsciencia.

Cuando cruza por el pasillo, para ir a su cuarto, con la risa sonora, el aire voluntarioso, los ojos azules y el pelo rubio alborotado, parece que a su alrededor todo se ilumina y sonrío.

—Manón... ¡Viva Manón! —decimos con entusiasmo.

Todos somos viejos en este piso. Todos, menos ella, tenemos aire de momias secas y apolilladas, gesto agrio y displicente en los labios, miradas apagadas y movimientos tardos. Pero cuando ella llega, como un pájaro brillante, por este rincón sombrío, no hay en nosotros más que sonrisas. Su voz nos encanta y su perfume nos enloquece.

«Manón... ¡Viva Manón!»

Manón tiene un refugio, un *pied-à-terre*, en este hotel mísero, para los días difíciles. ¿Por qué? ¿Teme algo? ¿Necesita esconderse?... No lo sabemos. Cada uno de nosotros, inquilinos del quinto piso, vive su pequeña tragedia. Quizá a Manón le pase lo mismo. No le gustan a ella ni las explicaciones ni las reclamaciones, ni las quejas. No hay que preocuparse. «Todo se arreglará», dice, convencida. Alegre y ligera, no pretende ser consecuente consigo misma, y, sin embargo, lo es.

Ni las alarmas, ni el peligro de los bombardeos, ni la idea de los gases asfixiantes le asustan.

A veces dice a madama Latour:

—Pero ¿es que ha habido alarma esta noche? Yo no lo he notado. ¡Tenía tanto sueño!

—Querida Manón —le dice madama Latour—, es usted única.

Yo no sé ni los amores ni las aventuras de esta rubia principesca, pero creo que a cualquiera de nosotros, viejos egoístas, momificados y desagradables, del quinto piso, sería capaz de cuidarnos si estuviéramos enfermos y necesitáramos de ella, como ha cuidado de Le Brouillard, que vivía cerca de su cuarto. Y ¿qué mayor heroicidad que esta?

Manón es como una golondrina que ha hecho su nido en la cueva de los búhos siniestros. Cuando la vemos, todos la saludamos sonrientes:

«Manón... ¡Viva Manón!»

Hay días tristes, desdichados. Se ha ido a buscar a un amigo, y el amigo acababa de salir. A la vuelta llovía a chaparrón y se ha refugiado uno en un portal, y se ha encontrado uno con un hombre antipático conocido. En el comedor, la cena estaba fría y mala. Se ha dirigido uno a su cuarto con un aire enfurruñado y triste, y ha visto a Manón y ha cambiado con ella un saludo, y, sin querer, el gesto agrio se ha convertido en otro de alegría y de contento.

«Manón... ¡Viva Manón!»

Hay tardes de domingo horribles. El barrio destila tristeza y fastidio, con su aire provinciano y siniestro. Se siente por todas partes el temor de la guerra. El cielo se muestra gris, y su tristeza se mete en el cerebro. Gente endomingada anda por las calles, al parecer, sin objeto. El canal de San Martín ofrece un aire fúnebre peligroso y pestífero. Parece enfermo de lepra. Se aleja uno de allí, y al pasar por una calle triste se oyen las notas vacilantes de un piano. ¡Qué tristeza! ¡Qué abandono!

Se tiene el capricho de entrar en el parque de las Buttes-Chaumont. Los árboles están desnudos y esqueléticos; los bancos, mojados, y las enredaderas, sin hojas, se han transformado en manojos de cuerdas negruzcas. Como nosotros en años, las plantas han envejecido en meses.

Al llegar al hotel y al cruzar el corredor de nuestro piso, se oye la voz de Manón, que canta un aire romántico, cuya letra no se entiende.

«Manón... ¡Viva Manón!»

Hay tardes en las que se queda uno en casa. Se asoma a la ventana. Las nubes pasan negruzcas por el cielo, y el viento frío gime en las buhardillas. La calle tiene un aire triste. Las veletas y las caperuzas de las chimeneas se agitan a impulso de las corrientes de aire sobre el horizonte gris.

La tarde parece agonizar entre la niebla, como nosotros agonizamos en nuestro rincón. Se piensa en Le Brouillard, ese pobre viejo enterrado en el cementerio del barrio. Allí o a otro lugar próximo iremos pronto los demás.

A veces la lluvia arrecia, y hay que cerrar la ventana; el agua azota los cristales con furia. Las nubes, pesadas y negruzcas, pasan amenazadoras por el cielo.

Se baja al salón del piso bajo. Pobre salón siniestro y miserable. No hay luz. No hay nadie. Un piano abierto muestra en el atril un cuaderno de música usado por el tiempo y por las manos de los pianistas.

Se vuelve al piso alto. Los viejos sombríos que andamos por allí, pensamos en enfermedades y en sepulturas, en cementerios húmedos y tristes.

En un momento de estos, Manón, sonriente y pomposa, como un símbolo primaveral, llega envuelta en un impermeable de gasa, y entra en su cuarto y canta alegremente.

«Manón... ¡Viva Manón!»

Ahora, cuando miramos desde la ventana los tejados próximos, cubiertos de nieve, y pasamos envueltos en viejos gabanes raídos, ella viene con un abrigo espeso,

las mejillas rojas y los ojos chispeantes.

Y al iniciarse la primavera, al llegar los días claros, los cielos azules y las nubes rosadas, cuando los soldados salen serios y melancólicos de las bocas del Metro, cantando:

*Auprès de ma blonde,
Qu'il fait bort dormir,*

nosotros tenemos la impresión de un final lamentable, mientras que ella muestra esperanza y alegría.

ENVÍO

Princesa: Que aparezcas en el almanaque de Gotha o no, nada nos importa. Nos contentamos con verte. Tú eres la única alegría del quinto piso del Hotel del Cisne, de la calle de los Solitarios, y tu prestancia y tu canto de sirena nos consuelan de nuestras miserias.

«Manón... ¡Viva Manón!»

París, mayo, 1940.

IX

NOTICIA FINAL

Terminada la guerra, el recopilador de estas historias y fantasías encargó a un amigo comerciante que iba y venía a París que pasara por el Hotel del Cisne y preguntara por Procopio Pagani y sus amigos. Le advertí que, si no estaba en el hotel, fuera a buscar a un hombre de un puesto de la Feria de las Pulgas de Clignancourt, llamado Jacobo de apellido, y que si a este tampoco le encontraba, se dirigiera a una de las librerías importantes del boulevard Haussmann, que no solo vendía obras modernas, sino también antiguas, y hablase con el librero, llamado Gentil.

Todas las investigaciones fracasaron. El Hotel del Cisne, de la calle de los Solitarios, no existía. Si existía, ya no se llamaba así. El vendedor del puesto de la Feria de las Pulgas se había marchado no se sabía adónde, traspasando su negocio.

Respecto a Gentil, había hecho un viaje a Inglaterra y después se marchó a América, y allí estaba. Al parecer, no se dedicaba a los libros viejos, y tenía otros asuntos comerciales que le producían más.

De Pagani no se conocía el paradero. Pensé que quizá marchara al campo, en

donde se decía que tenía un pariente. De las demás personas del hotel no se sabía tampoco nada.



PÍO BAROJA (San Sebastián, 28 de diciembre de 1872 - Madrid, 30 de octubre de 1956). Novelista español, considerado por la crítica el novelista español más importante del siglo xx. Nació en San Sebastián (País Vasco) y estudió Medicina en Madrid, ciudad en la que vivió la mayor parte de su vida. Su primera novela fue *Vidas sombrías* (1900), a la que siguió el mismo año *La casa de Aizgorri*. Esta novela forma parte de la primera de las trilogías de Baroja, *Tierra vasca*, que también incluye *El mayorazgo de Labraz* (1903), una de sus novelas más admiradas, y *Zalacaín el aventurero* (1909). Con *Aventuras y mixtificaciones de Silvestre Paradox* (1901), inició la trilogía *La vida fantástica*, expresión de su individualismo anarquista y su filosofía pesimista, integrada además por *Camino de perfección* (1902) y *Paradox Rey* (1906). La obra por la que se hizo más conocido fuera de España es la trilogía *La lucha por la vida*, una conmovedora descripción de los bajos fondos de Madrid, que forman *La busca* (1904), *La mala hierba* (1904) y *Aurora roja* (1905). Realizó viajes por España, Italia, Francia, Inglaterra, los Países Bajos y Suiza, y en 1911 publicó *El árbol de la ciencia*, posiblemente su novela más perfecta. Entre 1913 y 1935 aparecieron los 22 volúmenes de una novela histórica, *Memorias de un hombre de acción*, basada en el conspirador Eugenio de Aviraneta, uno de los antepasados del autor que vivió en el País Vasco en la época de las Guerras carlistas. Ingresó en la Real Academia Española en 1935, y pasó la Guerra Civil española en Francia, de donde regresó en 1940. A su regreso, se instaló en Madrid, donde llevó una vida alejada de cualquier actividad pública, hasta su muerte. Entre 1944 y 1948 aparecieron sus *Memorias*, subtituladas *Desde la última vuelta del camino*, de

máximo interés para el estudio de su vida y su obra. Baroja publicó en total más de cien libros.

Usando elementos de la tradición de la novela picaresca, Baroja eligió como protagonistas a marginados de la sociedad. Sus novelas están llenas de incidentes y personajes muy bien trazados, y destacan por la fluidez de sus diálogos y las descripciones impresionistas. Maestro del retrato realista, en especial cuando se centra en su País Vasco natal, tiene un estilo abrupto, vivido e impersonal, aunque se ha señalado que la aparente limitación de registros es una consecuencia de su deseo de exactitud y sobriedad. Ha influido mucho en los escritores españoles posteriores a él, como Camilo José Cela o Juan Benet, y en muchos extranjeros entre los que destaca Ernest Hemingway.